

STEFAN ZWEIG

FOUCHÉ EL GENIO TENEBROSO

INTRODUCCIÓN

José Fouché fue uno de los hombres más poderosos de su época y uno de los más extraordinarios de todos los tiempos. Sin embargo, ni gozó de simpatías entre sus contemporáneos ni se le ha hecho justicia en la posteridad.
A Napoleón en Santa Elena, a Robespierre entre los jacobinos, a Carnot, Barras y Talleyrand en sus respectivas Memorias y a todos los historiadores franceses -realistas, republicanos o bonapartistas-, la pluma les rezuma hiel cuando escriben su nombre. Traidor de nacimiento, miserable, intrigante, de naturaleza escurridiza de reptil, tránsfuga profesional, alma baja de esbirro, abyecto, amoral... No se le escatiman las injurias. Y ni Lamartime, ni Michelet, ni Luis Blanc intentan seriamente estudiar su carácter, o, por mejor decir, su admirable y persistente falta de carácter. Por primera vez aparece su figura, con sus verdaderas proporciones, en la biografía monumental de Luis Madelins, al que este estudio, lo mismo que todos los anteriores, tiene que agradecerle la mayor parte de su información. Por lo demás, la Historia arrinconó silenciosamente en la última fila de las comparsas sin importancia a un hombre que, en un momento en que se transformaba el mundo, dirigió todos los partidos y fué el único en sobrevivirles, y que en la lucha psicológica venció a un Napoleón y a un Robespierre. De vez en cuando ronda aún su figura por algún drama u opereta napoleónicos; pero entonces, casi siempre reducido al papel gastado y esquemático de un astuto ministro de la Policía, de un precursor de Sherlock Holmes. La crítica superficial confunde siempre un papel del foro con un papel secundario.

Sólo uno acertó a ver esta figura única en su propia grandeza, y no el más insignificante precisamente: Balzac. Espíritu elevado y sagaz al mismo tiempo, no limitándose a observar lo aparente de la época, sino sabiendo mirar entre bastidores, descubrió con certero instinto en Fouché el carácter más interesante de su siglo. Habituado a considerar todas las pasiones -las llamadas heroicas lo mismo que las calificadas de inferiores-, elementos completamente equivalentes en su química de los sentimientos; acostumbrado a mirar igualmente a un criminal perfecto -un Vautrin- que a un genio moral -un Luis Lambert-, buscando, más que la diferencia entre lo moral y lo inmoral, el valor de la voluntad y la intensidad de la pasión, sacó de su destierro intencionado al hombre más desdeñado, al más injuriado de la Revolución y de la época imperial. «El único ministro que tuvo Napoleón», le llama, singulier génie, la plus forte tête que je connaiss, «una de las figuras que tienen tanta profundidad bajo la superficie y que permanecen impenetrables en el momento de la acción, y a las que sólo puede comprenderse con el tiempo». Esto ya suena de manera distinta a las depreciaciones moralistas. Y en medio de su novela «Une ténébreuse affaire» dedica a este genio grave, hondo y singular, poco conocido, una página especial. «Su genio peculiar -escribe-, que causaba a Napoleón una especie de miedo, no se manifestaba de golpe. Este miembro desconocido de la Convención, lino de los hombres más extraordinarios y al mismo tiempo más falsamente juzgados de su época, inició su personalidad futura en los momentos de crisis. Bajo el Directorio se elevo a la altura desde la cual saben los hombres de espíritu profundo prever el futuro, juzgando rectamente el pasado; luego, súbitamente -como ciertos cómicos mediocres que se convierten en excelentes actores por una inspiración instantánea-, dió pruebas de su habilidad durante el golpe de Estado del 18 de Brumario. Este hombre, de cara pálida, educado bajo una disciplina conventual, que conocía todos los secretos del partido de la Montaña, al que perteneció primero, lo mismo que los del partido realista, en el que ingresó finalmente; que había estudiado despacio y sigilosamente los hombres, las cosas y las prácticas de la escena política, adueñóse del espíritu e Bonaparte, dándole consejos útiles y proporcionándole valiosos informes... Ni sus colegas de entonces ni los de antes podían imaginar el volumen de su genio, que era, sobre todo, genio de hombre de Gobierno, que acertaba en todos sus vaticinios con increíble perspicacia». Estos elogios de Balzac atrajeron por primera vez la atención sobre Fouché, y desde hace años he considerado ocasionalmente la personalidad a la que Balzac atribuye el «haber tenido mas poder sobre los hombres que el mismo Napoleón». Pero Fouché parecía haberse propuesto, lo mismo en vida que en la Historia, ser una figura de segundo término, un personaje a quien no agrada que le observen cara a cara, que le vean el juego. Casi siempre está sumergido en los acontecimientos, dentro de los partidos, entre la envoltura impersonal de su cargo, tan invisible y activo como el mecanismo de un reloj. Y rara vez se consigue captar, en el tumulto de los sucesos, su perfil fugaz en las curvas más pronunciadas de su ruta. ¡Y más extraño aún! Ninguno de esos perfiles de Fouché, cogidos al vuelo, coinciden entre sí a primera vista. Cuesta trabajo imaginarse que el mismo hombre que fue sacerdote y profesor en. 1790, saquease iglesias en 1792, fuese comunista en 1793, multimillonario cinco años después y Duque de Otranto algo más tarde. Pero cuanto más audaz le observaba en sus transformaciones, tanto mas interesante se me revelaba el carácter, o mejor, la carencia de carácter de este tipo maquiavélico, el más perfecto de la época moderna. Cada vez me parecía más atractiva su vida política, envuelta toda en lejanía y misterio, cada vez más extraía, mas demoníaca su figura. Así me decidí a escribir, casi sin proponérmelo, por pura complacencia psicológica, la historia de José Fouché, como aportación a una biografía que estaba sin hacer y qué era necesaria: la biografía del

diplomático, la más peligrosa casta espiritual de nuestro contorno vital, cuya exploración no ha sido realizada plenamente.
Una biografía así, de una naturaleza perfectamente amoral, aún siendo, como la de José Fouché, tan singular y significativa, me doy cuenta de que no va con el gusto de la época. Nuestra época quiere biografías heroicas, pues la propia pobreza de cabezas políticamente productivas hace que se busquen más altos ejemplos en los tiempos pasados, No desconozco de ninguna manera el poder de las biografías heroicas, que amplifican el alma, aumentan la fuerza y elevan espiritualmente.
Son necesarias, desde los días dé Plutarco, para todas las generaciones en fase de crecimiento, para toda juventud nueva.
Pero precisamente en lo político albergan el peligro de una falsificación de la Historia, es decir: es como si siempre hubiesen decidido el destino del mundo las naturalezas verdaderamente dirigentes. Sin duda domina una naturaleza heroica por su sola existencia, aún durante decenios y siglos, la vida espiritual, pero únicamente la espiritual. En la vida real, verdadera, en el radio de acción de la política, determinan rara vez -y esto hay que decirlo como advertencia ante toda fe política- las figuras superiores, los hombres de puras ideas; la verdadera eficacia está en manos de otros hombres inferiores, aunque mas hábiles: en las figuras de segundo término. De 1914 a 1918 hemos visto como las decisiones históricas sobre la guerra y la paz no emanaron de la razón y de la responsabilidad, sino del poder oculto de hombres anónimos del mas equívoco carácter y de la inteligencia mas precaria. Y diariamente vemos de nuevo que en el juego inseguro y a veces insolente de la política, a la que las naciones confían aún crédulamente sus hijos y su porvenir, no vencen los hombres de clarividencia moral, de convicciones inquebrantables, sino que siempre son derrotados por esos jugadores profesionales que llamamos diplomáticos, esos artistas de manos ligeras, de palabras vanas y nervios fríos. Si verdaderamente es la política, como dijo Napoleón hace ya cien años, la fatalite moderne, la nueva fatalidad, vamos a intentar conocer los hombres que alientan tras esas potencias, y con ello, el secreto de su poder peligroso. Sea la historia de la vida de José Fouché una aportación a la tipología del hombre político.
Salzburgo, otoño 1929.

CAPÍTULO PRIMERO

ASCENSO (1759-1793)

EL 31 de mayo de 1759 nace José Fouché -¡todavía le falta mucho para ser Duque de Otranto!- en el puerto de Nantes.
Marineros y mercaderes sus padres y marineros sus antepasados, nada más natural que él continuase la tradición familiar; pero bien pronto se vió que este muchacho delgaducho, alto, anémico, nervioso, feo, carecía de toda aptitud para oficio tan duro y verdaderamente heroico en aquel tiempo. A dos millas de la costa, se mareaba; al cuarto de hora de correr o jugar con los chicos, se cansaba. ¿Qué hacer, pues, con una criatura tan débil?, se preguntarían los padres no sin inquietud, porque en la Francia de 1770 no hay todavía lugar adecuado para una burguesía ya despierta y en empuje impaciente. En los tribunales, en la administración, en cada cargo, en cada empleo, las prebendas substanciosas se quedan para la aristocracia; para el servicio de Corte se necesita escudo condal o buena baronía; hasta en el ejército, un burgués con canas apenas llega a sargento. El Tercer Estado no se recomienda aún en ninguna parte de aquel reino tan

mal aconsejado y corrompido; no es extraño, pues, que un cuarto de siglo más tarde exija con los puños lo que se le negó demasiado tiempo a su mano implorante. No queda más que la Iglesia. Esta gran potencia milenaria, que supera infinitamente en sabiduría mundana a las dinastías, piensa más prudente, más democrática, más generosamente. Siempre encuentra sitio para los talentos y recoge al mas humilde en su reino invisible. Como el pequeño José se destaca ya estudiando en el colegio de los oratorianos, le ceden con gusto la cátedra de Matemáticas y Física para que desempeñe en ella los cargos de inspector y profesor. A los veinte años adquiere en esta Orden -que desde la expulsión de los jesuitas prevalece en toda Francia- la educación católica, honores y cargo. Un cargo pobre, sin mucha esperanza de ascenso; pero siempre una escuela en la que él mismo aprende a la vez que enseña. Podría llegar más alto: ser fraile un día, tal vez obispo o Eminencia, si profesara. Pero cosa típica en José Fouché: ya en el escalón inicial, en el primero y más bajo de su carrera, resalta un rasgo característico de su personalidad: la antipatía a ligarse completamente, de manera irrevocable, a alguien o a algo. Viste el habito de clérigo, esta tonsurado, comparte la vida monacal de los demás Padres espirituales, y durante diez años de oratoriano en nada se diferencia, ni exterior ni interiormente, de un sacerdote. Pero no toma las órdenes mayores, no hace voto; como en todas las situaciones de su vida, dejase abierta la retirada, la posibilidad de variación y cambio. A la Iglesia se da temporalmente y no por entero, lo mismo que mas tarde al Consulado, al Imperio o al Reino. Ni siquiera con Dios se compromete José Fouché a ser fiel para siempre.
Durante diez años, de los veinte a los treinta, anda este pálido y reservado semisacerdote por claustros y refectorios silenciosos. Da clase en Niort, Saumur, Vendome, París, pero casi no siente el cambio de lugar, pues la vida de un profesor de seminario se desarrolla igual en todas partes: pobre, silenciosa e insignificante, lo mismo en una ciudad que en otra, siempre tras muros callados, siempre apartado de la vida. Veinte, treinta, cuarenta discípulos, a los que enseña latín, matemáticas y física; muchachos pálidos, vestidos de negro, a los que lleva a misa y a los que vigila en el dormitorio. Lectura solitaria en libros científicos, comidas pobres y sueldos mezquinos. Una existencia conventual, humilde. Anquilosados, irreales, al margen del tiempo y del espacio, estériles y humillantes, parecen estos diez años silenciosos y sombríos de la vida de Fouché. Sin embargo, aprende durante ellos lo que ha de ser, más tarde, infinitamente útil al diplomático: el arte de callar, la ciencia magistral de ocultarse a sí mismo, la maestría para observar y conocer el corazón humano. Si este hombre, aún en los momentos de mayor pasión de su vida, llega a dominar hasta el último músculo de su cara; si es imposible percibir una agitación de ira, de amargura, de emoción en su faz inmóvil, como emparedada en silencio; si con la misma voz apagada sabe pronunciar lo cotidiano y lo terrible, y si puede cruzar con el mismo paso sigiloso los aposentos del Emperador y la frenética Asamblea popular, ello se debe a la disciplina incomparable de dominio sobre sí mismo aprendida en los años de religión; a su voluntad domada en los ejercicios de Loyola, y a su expresión educada en las discusiones de la retórica eclesiástica secular. Tal es el aprendizaje de Fouché antes de poner el pie sobre el podio de la escena mundial. Quizá no sea casualidad que los tres grandes diplomáticos de la revolución francesa: Talleyrand, Sieyes y Fouché, salieran de la escuela de la Iglesia maestros en el arte humano mucho antes de pisar la tribuna. El mismo lastre religioso pone un sello especial a sus caracteres -por lo demás contradictorios-, dándoles en los minutos decisivos cierto parecido. A esto reúne Fouché una autodisciplina férrea, casi espartana, una resistencia interior extraordinaria contra el lujo, la fastuosidad y el arte sutil de saber ocultar la vida privada y el sentimiento personal. No, estos años de Fouché a la sombra de los claustros no fueron perdidos. Aprendió enseñando.

Tras muros de conventos, en aislamiento severo, se educa y desarrolla este espíritu singularmente elástico e inquieto, llegando a alcanzar una verdadera maestría psicológica. Durante años enteros sólo puede actuar invisiblemente en el círculo espiritual más estrecho; pero ya en 1778 comienza en Francia esa tempestad social que inunda hasta los muros mismos del convento. En las celdas de los oratorianos se discute sobre los derechos del hombre igual que en los clubes de los francmasones. Una extraña curiosidad empuja a estos sacerdotes jóvenes hacia lo burgués, curiosidad que hace derivar también la atención del profesor de Física y Matemáticas hacia los descubrimientos sorprendentes de la época: las primeras aeronaves -los montgolfiers- y los grandiosos inventos en el terreno de la electricidad y la medicina. Los religiosos buscan contacto con los círculos intelectuales, y este contacto lo facilita en Arras un círculo extraño llamado de los «Rosatis», una especie de «Schlaraffia», en la que los intelectuales de la ciudad se reúnen en animadas veladas. El ambiente es modesto. Pequeños burgueses, gente insignificante, recitan poesías o pronuncian discursos literarios; los militares se mezclan con los paisanos.
José Fouché, el profesor religioso, es muy bien recibido en estas veladas, pues sabe mucho sobre los nuevos descubrimientos de la Física. Allí, en amigable reunión, escucha, por ejemplo, como recita un capitán de ingenieros llamado Lazaro Carnot versos satíricos, compuestos por él mismo, o atiende al florido discurso que pronuncia el pálido abogado, de delgados labios, Maximiliano de Robespierre (entonces aún daba importancia a su nobleza) en honor de los «Rosatis». Aún disfruta la provincia de los últimos soplos del Dixhuitieme filosofante. Reposadamente escribe el señor de Robespierre, en vez de sentencias de muerte, graciosos versos; el médico suizo Marat, en vez de crueles manifiestos comunistas, escribe una novela dulzona y sentimental, y en algún rincón de provincia se afana el pequeño teniente Bonaparte por imitar al Werther con una novela. Las tempestades están todavía invisibles tras el horizonte.
Parece un juego del destino: precisamente con este abogado pálido, nervioso, de orgullo inconmensurable, llamado Robespierre, hace amistad el tonsurado profesor de seminario, y sus relaciones están en el mejor camino de trocarse en parentesco, pues Carlota Robespierre, la hermana de Maximiliano, quiere curar al profesor de los oratorianos de sus achaques místicos, y se murmura de este noviazgo en todas las mesas. Porqué se deshacen al fin estas relaciones no se ha sabido nunca; pero quizá se oculte aquí la raíz del odio terrible, histórico, entre estos dos hombres, tan amigos antaño y que más tarde lucharon a vida o muerte. Entonces nada saben aún de jacobinismo y de rencor, al contrario: cuando mandan a Maximiliano de Robespierre como delegado a los Estados Generales, a Versalles, para trabajar en la nueva Constitución de Francia, es el tonsurado José Fouché quien presta al anémico abogado las monedas de oro necesarias para que se pague el viaje y se pueda mandar hacer un traje nuevo. Es simbólico el que en esta ocasión, como en tantas otras, tenga los estribos para que otro inicie su carrera histórica, para luego ser él también quien en el momento decisivo traicione y derribe por la espalda al amigo de antaño.
Poco después de la partida de Robespierre a la Asamblea de los Estados Generales, que ha de hacer temblar los fundamentos de Francia, tienen también los oratorianos en Arras su pequeña revolución. La política ha penetrado hasta los refectorios, y el perspicaz oteador que es José Fouché hincha con este viento sus velas. A propuesta suya mandan un diputado a la Asamblea Nacional, para demostrar al Tercer Estado las simpatías de los clérigos. Pero esta vez, el hombre tan precavido en otras ocasiones obra con precipitación, sin duda porque sus superiores le envían, como medida correccional -lo que no constituye un verdadero castigo, pues carecen de fuerza para ello-, a la institución filial de Nantes, al mismo puesto donde aprendió de niño los fundamentos de

la ciencia y el arte del conocimiento humano. Mas ya es adulto y experto, y no le seduce enseñar a los muchachos Geometría y Física. El sutil oteador presiente que se cierne sobre el país una tempestad social, que la política domina el mundo... Y a la política se lanza. De un golpe tira la sotana, hace desaparecer la tonsura y en vez de pronunciar sus discursos políticos ante los niños lo hace ante los buenos burgueses de Nantes. Se funda un club -siempre empieza la carrera de los políticos en un escenario, prueba de la elocuencia-, y un par de semanas después ya es Fouché presidente de los Amis de la Constitución de Nantes. Alaba el progreso, aunque con precaución y tolerancia, porque el barómetro de la honesta ciudad señala una temperatura moderada. Los ciudadanos de Nantes no gustan del radicalismo, temen por su crédito; quieren, sobre todo, hacer buenos negocios. No quieren -ellos que obtienen de las colonias opulentas prebendas- proyectos tan fantásticos como el de la manumisión de los esclavos. José Fouché, certero observador, redacta un documento patético contra la abolición de la trata de esclavos, que aunque le proporciona una severa represión por parte de Brissot, no mengua su reputación en el estrecho círculo de los burgueses. Para asegurar su posición política entre ellos (¡los futuros electores!), se casa muy pronto con la hija de un rico mercader, una muchacha fea, pero de buena posición, pues quiere convertirse rápidamente en un perfecto burgués; es el tiempo en que -bien lo presiente él- el Tercer Estado va a tener en sus manos la dirección, el predominio. Todo esto son ya los preliminares del verdadero fin que se propone. Apenas se convocan elecciones para la Convención, se presenta el antiguo profesor de seminario como candidato. ¿Y qué es lo que hace todo candidato? Promete, por lo pronto, a sus buenos electores todo lo que pueda halagarlos. Así jura Fouché proteger el comercio, defender la propiedad, respetar las leyes; como en Nantes sopla más el viento de la derecha que el de la izquierda, truena con mayor elocuencia contra los partidarios del desorden que contra el viejo régimen. Y, efectivamente, en 1792 es elegido diputado de la Convención, y la escarapela tricolor sustituye, por largo tiempo, a la tonsura, llevada oculta y silenciosamente.
José Fouché cuenta en la época de su elección treinta y dos años. No es de agradable presencia, ni mucho menos: cuerpo seco, casi espectralmente esmirriado; cara de huesos finos y líneas picudas; afilada la nariz; afilada y estrecha también la boca, siempre cerrada; ojos fríos de pez, bajo párpados pesados, casi adormecidos, con las pupilas de un gris felino como bolitas de cristal. Todo en esta cara, todo en este hombre, está, por decirlo así, provisto de una menguada y fina materia vital. Parece un personaje visto con luz de gas, pálido y verdoso; sin brillo en los ojos, sin sensualidad en el gesto, sin metal en la voz, lacio y revuelto el pelo, rojizas y apenas visibles las cejas, de una palidez grisácea las mejillas, jamás el pigmento colorea esta cara con arrebol saludable; siempre hace el efecto, este hombre tenaz, inauditamente duro para el trabajo, de un ser cansado, de un enfermo, de un convaleciente. Todo el que le ve recibe la impresión de un hombre sin sangre ardiente, roja, pulsante. Y, efectivamente, también en lo psíquico pertenece a la raza de los flemáticos, de los temperamentos fríos. No conoce pasiones recias, avasalladoras; no es arrastrado hacia las mujeres ni hacia el juego; no bebe vino, no le tienta el despilfarro, no mueve sus músculos, no vive más que en su estudio, entre documentos y papeles. Nunca se enfada visiblemente, nunca vibra un nervio en su cara. Sólo para una leve sonrisa, cortés, mordaz, se contraen estos labios afilados, anémicos; nunca se observa bajo esta mascara gris, terrosa, aparentemente desmadejada, una verdadera tensión; nunca delatan los ojos, bajo los párpados pesados y orillados, su intención, ni revela sus pensamientos con un gesto.
Esta sangre fría, imperturbable, constituye la verdadera fuerza de Fouché. Los nervios no le dominan, los sentidos no le seducen, toda su pasión se carga y se descarga tras el

muro impenetrable de su frente. Deja jugar sus fuerzas y acecha despierto las faltas de los demás. Espera pacientemente a que se agote la pasión de los otros o a que aparezca en ellos un momento de flaqueza para dar entonces el golpe inexorable. Terrible es esta superioridad de su enervada paciencia; quien así puede esperar y ocultarse, bien puede engañar hasta al más sagaz. Obedecerá tranquilamente, sin pestañear. Sonriente y frío, soportará las mas recias ofensas, las más viles humillaciones; ninguna amenaza, ningún gesto de rabia conmoverá a este monstruo de frialdad. Tanto Robespierre como Napoleón se estrellaran contra esta calma pétrea, como el agua contra la roca. Tres generaciones, toda una época fluye y refluye en mareas pasionales mientras que él persiste frío e insensible.
En esta imperturbable frialdad de su temperamento radica el verdadero genio de Fouché. Su cuerpo no le pone trabas, no le arrastra; está casi siempre al margen de todo. Su sangre, sus sentidos, su alma, todos estos turbadores elementos del sentir de un hombre normal, están ausentes en este enigmático hasardeur, cuya pasión se detiene íntegra en el cerebro. Este seco personaje de escritorio ama viciosamente la aventura, su pasión es la intriga; pero únicamente en la esfera del espíritu sabe depurarla y gozar de ella, y nada oculta mejor y más genialmente su lúgubre placer de lo caótico, del complot, que su disfraz de fiel y honesto burócrata que lleva toda la vida. Tender los hilos desde su aposento, parapetado detrás de expedientes y documentos; asestar el golpe criminal, inesperado e inadvertido, esa es su táctica. Hay que mirar profundamente la Historia para percibir en la ráfaga de la revolución, en el resplandor legendario de Napoleón, la figura de Fouché, de apariencia humilde y subalterna, en realidad omnímoda, definidora de una época. Durante toda una vida actúa en la sombra sobre tres generaciones. Patroclo cayó como cayeron Héctor y Aquiles, mientras prevaleció Ulises, el astuto. Su talento sobrepuja al genio; su sangre fría perdura sobre toda pasión.
La mañana del 12 de septiembre hace su entrada en la sala la recién elegida Convención. Ya no es tan solemne y pomposo el saludo como, hace tres años, en la primera Asamblea Constituyente. Entonces aún estaba en el centro un magnífico sillón de damasco bordado con blancas flores de lis: el sitial del Rey; y al entrar éste, se levantó respetuosamente la Asamblea y recibió al Monarca con vivas y ovaciones. Ahora están inválidos sus castillos, la Bastilla y las Tullerías; ya no hay Rey en Francia; hay sólo un señor grueso llamado por sus recios guardianes y jueces Luis Capeto, que se aburre como impotente burgués en el Temple y espera su sentencia. En su lugar mandan ahora en el país los setecientos cincuenta instalados en su propia casa. Tras la mesa presidencial se yerguen en letras gigantescas las nuevas tablas mosaicas de las leyes, el texto original de la Constitución, y adornan las paredes del salón, símbolo amenazador, las varas de los lictores y el hacha mortífera.
En las galerías se reúne el pueblo y contempla curioso a sus representantes. Setecientos cincuenta miembros de la Convención entran a paso lento en la Casa Real, extraña mezcla de todos los estados y profesiones: abogados cesantes con ilustres filósofos, sacerdotes fugitivos con militares insignes, aventureros fracasados con afamados matemáticos y poetas galantes. Como en un vaso violentamente agitado, todo se ha mezclado en Francia, todo lo ha invertido la revolución. Es tiempo de aclarar el caos. Ya la disposición de los asientos indica un primer ensayo de orden. En el salón anfiteatral, donde se mezclan los alientos y chocan las frases hostiles, están colocados, abajo los tranquilos, los serenos, los cautos: el marais, el pantano, como llaman irónicamente a los que en todas las decisiones carecen de pasión. Los turbulentos, los impacientes, los radicales, toman asiento arriba, en los bancos más altos, en la

«montaña», que casi tocan con sus últimas filas las galerías, como para indicar simbólicamente que tienen a su espalda la masa, el pueblo, el proletariado.
Estas dos potencias sostienen la balanza. Entre ellas se tambalea, en flujo y reflujo, la revolución. Para los ciudadanos, para los moderados, es ya perfecta la República con la Constitución conquistada, con la aniquilación del Rey y de la nobleza, con el traspaso de los derechos al Tercer Estado; ahora quisieran mas bien poner diques y retener la marea removida desde el fondo, defender lo seguro. Condorcet, Roland, los girondinos son sus cabecillas, representantes del clero y de la clase media. Pero los de la «montaña» quieren seguir empujando la ola hasta que arrastre todo lo que quedó existente de antaño, todo lo anticuado; quieren a Marat, a Danton y Robespierre como jefes del proletariado, la revolution intégrale, radical hasta el ateísmo y el comunismo. Después del Rey quieren echar a tierra las demás potencias viejas del Estado: dinero y Dios. Inquieta, oscila la balanza entre los dos partidos. Si vencen los girondinos, los moderados, se debilitara la revolución poco a poco en una reacción primero liberal y luego conservadora. Si vencen los radicales, navegarán por todas las profundidades y torbellinos de la anarquía. Así no engaña la solemne armonía de las primeras horas a ninguno de los presentes en el salón predestinado, cada uno sabe que aquí comenzara pronto una lucha a vida o muerte por el espíritu y por el Poder. Y el sitio en que toma asiento un diputado, abajo, en el «llano», o arriba, en la «montaña», indica ya de antemano su decisión.
Con los setecientos cincuenta que entran solamente en el salón del Rey destronado entra también, silencioso, cruzada sobre el pecho la banda tricolor de representante del pueblo, José Fouché, el diputado de Nantes. Desaparecida la tonsura y olvidado ya el traje de sacerdote, viste, como los demás, sencilla ropa de ciudadano.
¿Dónde tomará asiento José Fouché: entre los radicales de la «montaña» o entre los moderados del «llano»? José Fouché no titubea mucho tiempo. No conoce mas que un partido, al que es leal y al que permanecerá fiel hasta el fin: al más fuerte, al de la mayoría. Así, pesa y cuenta también esta vez interiormente los votos y ve que el Poder se inclina del lado de los girondinos, de los moderados. Con ellos están Condorcet, Roland, Servan, los hombres que tienen en sus manos los Ministerios, que influyen en todos los nombramientos y que reparten las prebendas. Allí puede estar seguro. Y allí toma asiento.
Pero cuando alza casualmente los ojos hacia arriba, donde han tomado sus posiciones los adversarios, los radicales, se cruza su mirada con otra mirada severa, desdeñosa. Su amigo Maximiliano Robespierre, el abogado de Arras, ha reunido allí a su alrededor a sus partidarios. Irónico y glacial, a través de sus impertinentes, observa cruel, orgulloso de su propia terquedad, que no perdona las vacilaciones y flaquezas de los demás, al oportunista Fouché. En este momento se rompe el último lazo de la amistad de estos dos hombres. Desde entonces siente Fouché a su espalda, detrás de sus ademanes y sus actos, la mirada de cruel examen y severa observación del eterno acusador, del implacable puritano. ¡Hay que tener cuidado!
Nadie tiene más que él. En los protocolos de las sesiones de los primeros meses falta por completo el nombre de José Fouché. Mientras que todos se precipitan con ímpetu y presunción hacia la tribuna a hacer proposiciones, a declamar latiguillos, a acusarse y enemistarse, el diputado de Nantes nunca pone los pies sobre el púlpito. La insuficiencia de voz (así se excusa ante sus amigos y electores) le impide hablar públicamente. Y como todos los demás se quitan, ávidos e impacientes, la palabra de la boca, se destaca con simpatía el silencio de esta aparente modestia. Pero en verdad no es modestia, sino cálculo.

El ex físico estudia primero el paralelogramo de las fuerzas, observa, vacila antes de formular su opinión, porque ve oscilar continuamente la balanza. Precavido, reserva su voto decisivo para el momento en que comience a inclinarse definitivamente a un lado o a otro. ¡Por nada gastarse demasiado pronto; por nada sujetarse antes de tiempo; por nada ligarse para siempre! Aún no se ve claramente si la revolución ha de avanzar o si ha de retroceder, y, como buen hijo de marinero, espera para lanzarse al lomo de la ola que el viento sea favorable y mantiene entre tanto su nave en el puerto.

Además, ya en Arras, tras los muros del convento, había observado cuán pronto se desgasta en una revolución la popularidad, cómo se convierte el grito popular de Hossaniza en el grito de Crucifige. Todos o casi todos los que durante la época de los Estados Generales y de la Asamblea Constituyente se habían destacado eran víctimas del olvido o del odio. El cadáver de Mirabeau, ayer aún en el Panteón, había sido exhumado vergonzosamente de aquel lugar; Lafayette, celebrado triunfalmente hacía algunas semanas como padre de la Patria, era considerado como traidor; Custine, Pethoin, ovacionados poco antes, se arrastraban temerosos en la sombra, lejos de la publicidad. No. No había que surgir precipitadamente a la luz, no había que sujetarse demasiado ligeramente; que se inutilicen, que se gasten los demás. Una revolución -lo sabe muy bien este hombre precozmente sutil- nunca pertenece al primero, al que la inicia, sino al último, al que la culmina asiéndose a ella como a una presa.

Así se agazapa taimada e intencionadamente en la oscuridad. Se acerca a los poderosos, pero evita todos los Poderes públicos y visibles. En vez de escandalizar en la tribuna y en los periódicos, prefiere ser elegido en las Comisiones, donde se gana en la sombra conocimiento de la situación e influencia sobre los acontecimientos sin ser observado ni odiado. Y, efectivamente, su manera de trabajar tenaz y rápida le gana simpatías; su invisibilidad le protege contra toda evidencia. Desde su despacho puede observar descuidadamente cómo se ensañan los tigres de la «montaña» y las panteras de la Gironda, cómo los grandes apasionados, cómo las grandes figuras destacadas de un Vergiaud, Condorcet, Desmoulins, Danton, Marat y Robespierre se hieren a muerte. Él contempla y espera, pues sabe que hasta que no se aniquilen los apasionados no empieza la época de los que supieron esperar, de los prudentes. Sólo se decidirá cuando la batalla se vislumbre ganada.

Este aguardar en la oscuridad es la actitud de José Fouché durante toda su vida. No ser nunca el objeto visible del Poder y sujetarlo, sin embargo, por completo; tirar de todos los hilos eludiendo siempre la responsabilidad. Colocarse, parapetado, detrás de una figura principal, y empujarla hacia delante; y en cuanto esta avance excesivamente, en el instante decisivo, traicionarla de manera rotunda. Éste es su papel preferido. Lo interpreta como el más perfecto intrigante de la escena política, en veinte disfraces, en innumerables episodios bajo los republicanos, los reyes o los emperadores, siempre con el mismo virtuosismo.

A veces se le presenta la ocasión, y con ella la tentación, de representar el papel principal, el papel de héroe en el drama mundial. Pero es demasiado perspicaz para desearlo seriamente. Tiene plena conciencia de su rostro feo y repulsivo, que no se presta para las medallas y emblemas, para el lujo y la popularidad, a lo que no podría ofrecer nada heroico con una corona de laurel sobre la frente. Sabe de su voz delgada y enfermiza que puede muy bien susurrar, sugerir, insinuar, pero nunca arrastrar a las masas con elocuencia inflamada. Sabe que su fuerza reside en el aposento de burócrata, en la habitación cerrada en la sombra. Allí puede acechar y explorar holgadamente, observar y convenir, tirar de los hilos y enredarlos mientras permanece impenetrable, hermético.

Éste es el último secreto de la fuerza de José Fouché, que, aunque anhela el Poder, la mayor cantidad posible de Poder, se conforma con la conciencia de su posición; no necesita sus emblemas ni su investidura. Fouché tiene amor propio desmesurado, pero no ansia de gloria; es ambicioso sin vanidad. La vara de lictor, el cetro de rey, la corona de emperador pueden llevarlos otros tranquilamente. cede gustoso el brillo y la dicha de la popularidad. A él le basta con enterarse de la cosa, con tener influencia, con ser él quien manda verdaderamente sobre quien tiene la apariencia de mando, y, sin exponer su persona, hacer el juego emocionante, el juego tremendo de la política. Mientras los demás se ligan fuertemente a sus convicciones, a sus palabras y gestos oficiales, queda él, tenebroso y escondido, interiormente libre; es lo permanente en el proceso fugitivo de apariciones. Los girondinos caen, Fouché queda; los jacobinos son arrojados, Fouché queda; el Directorio, el Consulado, el Imperio, el Reino y otra vez el Imperio zozobran y desaparecen, pero siempre queda él, el único, Fouché, gracias a su refinado retraimiento y a su valor audaz para perseverar en la falta absoluta de vanidad.
Pero llega un día en el proceso mundial de la revolución, un día que no admite vacilaciones, un día en el que cada cual tiene que dar su voto terminante, concreto, con «sí» o «no»: el 16 de enero de 1793. La manecilla del reloj de la revolución señala mediodía. La mitad del camino esta andado. Palmo a palmo se ha arrancado el Poder a la Monarquía. Pero aún vive el Rey, Luis XVI, aunque prisionero en el Temple. Ni ha sido posible dejarle huir, como esperaban los moderados, ni se ha conseguido que encontrase la muerte en aquel asalto al palacio realizado por la furia del pueblo, como secretamente deseaban los radicales. Le han humillado, le han quitado libertad, nombre y categoría; pero aún por su solo aliento, por su sangre heredada, es Rey, es el nieto de Luis XIV, y aunque ahora sólo se le llame desdeñosamente Luis Capeto, sigue siendo un peligro para la joven República. Por eso formula la Convención la pregunta de vida o muerte. En vano habían esperado los indecisos, los cobardes, los cautos, las personas del carácter de José Fouché, poder escapar por votación secreta de emitir su juicio definitivo. Robespierre exige terminantemente que cada representante de la nación francesa pronuncie su «sí» o «no», su Vida o Muerte, en medio de la Asamblea, para que sepa el pueblo y la posteridad el lugar que a cada uno corresponde: a la derecha o a la izquierda, en la bajamar o en la pleamar de la revolución.
Ya el 15 de enero, Fouché ha definido claramente su propósito. Pertenece a los girondinos, y el deseo de sus electores, netamente moderados, le obliga a pedir clemencia para el Rey. Pregunta a sus amigos, sobre todo a Condorcet, y ve que están todos dispuestos a evitar una medida tan irrevocable como la ejecución del Rey. Y como la mayoría esta en contra de la sentencia, se pone Fouché, naturalmente, de su parte; la noche anterior, la del 15 de enero, lee a un amigo el discurso que piensa pronunciar para justificar su deseo de clemencia. Sentarse en los bancos de los moderados le obliga a ser así.
Pero entre aquella noche del 15 de enero y la mañana del 16 transcurre una noche intranquila y agitada. Los radicales no han estado ociosos: han puesto en marcha la máquina de la rebelión de las masas, que saben dominar tan magistralmente. En los arrabales truenan los cañones del escándalo; las secciones llaman con sus tambores a las gentes del pueblo; todos los batallones irregulares de la rebelión, a los que recurren siempre los terroristas invisibles, que los mueven para alcanzar por la fuerza decisiones políticas y a los que pone en acción en pocas horas un gesto del cervecero Santerre. Estos batallones de los agitadores de barrio son conocidos de las pescaderas y aventureros desde la gloriosa conquista de la Bastilla; se los conoce de la hora vil de los asesinatos de septiembre. Siempre, cuando hay que romper el dique de las leyes, se

revuelve a la fuerza esta gigantesca ola del pueblo, y siempre lo arrastra todo consigo, irresistible, hasta a aquellos a quienes ha hecho surgir de sus bajos fondos.
Miles y miles cercan, ya al mediodía, la Escuela de Equitación y las Tullerías; hombres en mangas de camisa, el pecho desnudo, amenazantes, pica en mano; mujeres vociferantes, insultadoras, con carmañolas de rojo ígneo; guardia ciudadana y gente callejera. Entre ellos se multiplican los provocadores de la rebelión: Fournier, el americano; Guzmán, el español; Theroigne de Méricourt, esa caricatura histérica de Juana de Arco. Si pasan diputados sospechosos de votar por la clemencia, se vierte sobre ellos un diluvio de insolencias como cubos de basura, se alzan puños, se profieren amenazas contra los representantes del pueblo. Con todos los medios del terrorismo y de la fuerza bruta trabajan los amedrentadores para conseguir que la cabeza del Rey sea puesta bajo la cuchilla.
Y esa intimidación hace su efecto en todos los espíritus apocados. Medrosos, se aprietan en sus asientos los girondinos, a la luz oscilante de las velas, en esta noche gris de invierno. Los que ayer esperaban aún, decididos a votar contra la muerte del Rey para evitar la guerra con toda Europa, están intranquilos y desunidos bajo la enorme presión de la rebelión del pueblo. Por fin, ya bien entrada la noche, se verifica la primera citación de nombres, y - ¡qué ironía! - le toca precisamente al jefe de los girondinos, a Vergniaud, al otras veces tan apasionado orador, cuya voz resuena siempre como un martillo sobre la madera vibrante de las paredes. Pero ahora teme no pasar, como jefe de la República, por bastante republicano si perdona la vida del Rey. Y él, que siempre fué bravo y furioso, se acerca a la tribuna, lento, pesado, la testa poderosa vergonzosamente inclinada, y dice en voz baja: La mort.
La palabra resuena como un diapasón por la sala. El primero de los girondinos ha fallado. De los demás permanecen firmes la mayor parte: trescientos entre setecientos votos se inclinan al perdón, a pesar de que saben que una actitud de moderación política requiere en esta ocasión mil veces más audacia que una firmeza aparente. La balanza oscila mucho: un par de votos pueden decidir. Por fin es llamado el diputado de Nantes, José Fouché, el mismo que aseguro ayer aún a los amigos que defendería con palabras inflamadas la vida del Rey, el que hace diez horas se manifestaba como el más decidido entre los decididos. Pero mientras tanto ha contado los votos el antiguo profesor de Matemáticas, y, buen calculador, Fouché ha visto que con ello daría un paso en falso, ligándose al único partido al que nunca habría de pertenecer: al partido de la minoría. Ya no duda. Con sus pasos sigilosos sube ligeramente a la tribuna, y de sus labios pálidos se escapan, tenues, estas dos palabras: La mort.
El Duque de Otranto escribirá y pronunciará más tarde cien mil palabras para excusar, como una equivocación, estas dos palabras que le estigmatizan de régicide, de asesino del Rey. Pero estas dos palabras están dichas públicamente y, anotadas en el Moniteur, no se las puede borrar de la Historia ni de su vida, en la que serán memorables, pues significan su primera caída oficial. Ha traicionado alevosamente a sus dos amigos Condorcet y Daunou, se ha burlado de ellos, los ha engañado. Pero no tiene que avergonzarse de ello ante la Historia: otros más fuertes, como Robespierre y Carnot, Lafayette, Barras y Napoleón, los más poderosos de su tiempo, serán burlados por él en la hora de la desgracia. En este momento se descubre por primera vez en el carácter de José Fouché otro rasgo muy marcado: su osadía. Si deja traicioneramente un partido, no lo hace nunca despacio y cautelosamente, nunca se desliza con disimulo de las filas. Lo hace a la luz del día, con fría sonrisa. Con estupefaciente naturalidad se pasa directamente al antiguo adversario y acepta todas sus palabras y argumentos. Lo que creen y dicen los partidarios anteriores, lo que piensa la masa, el público, le deja completamente frío. Le importa una sola cosa: estar siempre con el vencedor, nunca con

el vencido. En la rapidez de rayo de este cambio, en el cinismo sin medida de su transmutación, muestra una dosis de osadía que involuntariamente anonada y causa admiración. Le bastan veinticuatro horas, a veces una hora sola, a veces un solo minuto, para arrojar francamente la bandera de sus convicciones y desplegar con estrépito la contraria. No va con una idea, va con el tiempo, y mientras más ligero corra, más ligero le seguirá.

Sabe que sus electores de Nantes se indignaran cuando lean al día siguiente en el Moniteur su voto. Hay, pues, que arrollarlos, en vez de convencerlos. Y con esa rápida audacia, con esa osadía que le presta en esos instantes casi una aureola de grandeza, no espera la indignación, sino que se adelanta al asalto con un ataque. Al día siguiente de la votación manda imprimir un manifiesto en el que proclama ruidosamente, como su convicción más leal y sincera, lo que en realidad le ha sugerido el miedo a caer en desgracia ante el Parlamento: no quiere dejar a sus electores tiempo para pensar y calcular, quiere aterrorizarlos y amedrentarlos, dando el golpe con rápida brutalidad.

Ni Marat ni los mas acalorados jacobinos son capaces de escribir de manera más sangrienta que este hombre, ayer aún tan moderado, a sus bravos, a sus buenos electores burgueses: «Los crímenes del tirano han sido descubiertos y llenan de indignación todos los corazones. Si no cae su cabeza enseguida bajo la espada, pueden caminar tranquilamente con las suyas erguidas todos los ladrones y asesinos, y el caos más terrible nos amenazara. Los tiempos están con nosotros y contra todos los reyes de la tierra». Así proclama la ejecución como necesidad inevitable quien el día anterior llevaba preparado en el bolsillo un manifiesto, probablemente igual de persuasivo, contra la ejecución.

Y, efectivamente, el astuto matemático había calculado bien. Como buen oportunista, conoce la irresistible gravitación de la cobardía; sabe que en todos los momentos políticos de la masa es la audacia el decisivo denominador de todo cálculo. Tiene razón: los buenos burgueses conservadores se agachan tímidos ante este manifiesto descarado e inesperado; confundidos y perplejos se apresuran a dar su consentimiento para una decisión con la que no están conformes interiormente en lo más mínimo. Ninguno se atreve a contradecir. Y desde aquel día tiene José Fouché en su mano la dura y fría palanca con la que dominará las más difíciles crisis: el desprecio a la Humanidad.

Desde esa fecha memorable, el 16 de enero, elige (por el momento) José Fouché, con su carácter de camaleón, el color rojo. El moderador se convierte de la noche a la mañana en archirradical y ultraterrorista. De un salto se encuentra en medio de sus adversarios, y una vez entre ellos decide colocarse en el ala extrema de la izquierda, en la más radical. Con una rapidez fantástica adopta este espíritu frío, este reseco burócrata, para no quedarse atrás, el lenguaje más sangriento de los terroristas.

Hace rigurosamente proposiciones contra los emigrados, contra los sacerdotes; azuza, truena, se enfurece, degüella con palabras y gestos. Verdaderamente, podría volver a hacer amistad con Robespierre y volver a sentarse a su lado; pero este hombre de conciencia incorruptible, de duro espíritu protestante, no ama a los renegados; con doble desconfianza repele ahora al tránsfuga, cuyo radicalismo ruidoso le es más sospechoso que su antigua moderación.

Fouché barrunta, con sentido atmosférico agudo, el peligro de tal vigilancia y ve acercarse días críticos. Aún se cierne la tormenta sobre la Asamblea y ya se insinúan en el horizonte político las luchas trágicas entre los jefes de la revolución, entre Danton y Robespierre, entre Hebert y Desmoulins; habría que decidirse de nuevo dentro del mismo radicalismo; pero a Fouché no le gusta comprometerse antes de que la declaración esté exenta de peligros y sea propicia a la ganancia. Sabe que hay situaciones en los momentos decisivos que domina un diplomático, lo más sabiamente,

eludiéndolas. Así es que prefiere ausentarse del ruedo de la Convención durante la lucha y no volver a pisarlo hasta que ésta se haya decidido. Para fundar y justificar su retirada tiene la suerte de que se le presente con oportunidad una excusa honorable: la Convención elige doscientos delegados de su seno para que mantengan el orden en las provincias. Fouché, que no se encuentra bien en la atmósfera volcánica del salón de sesiones, hace todo lo posible por ser uno de los enviados y consigue ser elegido. Se le concede así una tregua. Puede tomar aliento. ¡Que luchen mientras tanto unos con otros, que se aniquilen entre sí haciendo lugar, haciendo sitio, con su apasionamiento, para él, soberbio y ambicioso! ¡Pero ahora, alejarse, evadirse, no tomar partido entre los partidos! Unos meses, unas semanas son mucho en aquellos tiempos en que el reloj del universo corre frenéticamente.
Cuando llegue el momento de volver estará decidida la suerte y entonces podrá situarse tranquilamente y sin peligro al lado del vencedor, en su partido de siempre: en la mayoría.
Se ha estudiado poco la historia provincial de la revolución francesa. Todas las descripciones concentran la atención pasmada en la esfera del reloj de París, donde solo es visible el signo de la hora. Pero el péndulo que regulariza su marcha sostiene su eje en el país y en el ejército. París no es más que la palabra, la iniciativa, el motor; pero el país inmenso es la acción, la fuerza decisiva y continua.
Pronto reconoce la Convención que el tempo revolucionario de la capital y el del país no coinciden. Los lugareños, los habitantes de las aldeas y de las montañas, no piensan con la misma rapidez que las gentes de la capital. Absorben más despacio y con más cuidado las ideas y se las apropian a su manera.
Lo que en la Convención se convierte en ley en una hora, se filtra despacio, gota a gota, por el país, y casi siempre adulterado y diluido por la burocracia realista provincial, por el clero, por los hombres del antiguo régimen. Por eso hay siempre una hora de atraso en las regiones respecto a París. Si gobiernan en la Convención los girondinos, aún elige la provincia realista; cuando los jacobinos triunfan, empieza el acercamiento espiritual de la provincia a la Gironde. Inútiles son contra esto todos los decretos patéticos, pues sólo lenta y tímidamente se abre paso la palabra impresa hasta la Auvergne y la Vendee. Así acuerda la Convención desplazarse en verbo y presencia activamente a la provincia para avivar el ritmo de la revolución en toda Francia, para dar jaque al tiempo vacilante y casi antirrevolucionario de las comarcas rurales. Elige de su propio seno doscientos delegados que deben representar su voluntad y les da poderes casi ilimitados. Quien lleva la banda tricolor y el sombrero de pluma roja tiene derechos de dictador. Puede cobrar contribuciones, pronunciar sentencias, pedir reclutas, destituir generales; ninguna autoridad puede oponerse al que representa con su persona, santificada simbólicamente, la voluntad de la Convención Nacional íntegra. Su poder es ilimitado, como antaño el de los procónsules de Roma, que llevaron a todos los países sometidos a la voluntad del Senado. Cada uno es un dictador, un soberano, contra cuyo fallo no se puede apelar ni recurrir.
Enorme es el poder de estos embajadores escogidos; pero enorme también su responsabilidad. Dentro de la provincia que se les asigna parece cada uno un rey, un emperador, un autócrata. Pero detrás de su nuca manda su destello siniestro la guillotina. El Comité de Salud pública vigila cada queja y pide implacablemente a cada uno cuentas exactas sobre la administración de los fondos. Contra el que no muestra suficiente energía se aplicaran duras sanciones; quien, por otra parte, se deja arrastrar por una furia excesiva, también ha de esperar su castigo. Si prevalece el terrorismo, toda medida de este género se considerará acertada; si se inclina la balanza hacia la clemencia, se juzgara, en cambio, como improcedente. Señores, en apariencia, de todo

un país, son en realidad verdaderos siervos del Comité de Salud pública y están sometidos a la tendencia que rige la hora. Por eso miran de soslayo, con el oído atento a las señales de París. Mientras deciden sobre la vida y la muerte de los demás, han de estar alerta para conservar la propia vida. No es, ni mucho menos, un cargo fácil el que aceptan. Igual que los generales de la revolución ante el enemigo, saben todos que sólo una cosa los salva de la afilada cuchilla: el éxito.
En el momento en que Fouché es enviado como procónsul, se inclina la balanza del lado de los radicales. Así, pues, matiza Fouché su acción en el departamento de la Loire inferieure, en Nantes, Nevers y Moulins, con un tono rabiosamente radical.
Truena contra los moderados, inunda el país con un diluvio de manifiestos, amenaza a los ricos, a los timoratos, de la manera más cruel; pone en pie regimientos enteros de voluntarios bajo presión moral o efectiva y los manda contra el enemigo. En fuerza organizadora, en rápido conocimiento de la situación iguala, por lo menos, a cada uno de sus compañeros; en audacia verbal los supera a todos.
Porque -y esto hay que anotarlo- José Fouché no permanece en un margen de cautela, como los célebres campeones de la revolución, Robespierre y Danton, ante la cuestión de la propiedad eclesiástica y privada, que aquéllos declaran aún respetuosamente «invulnerables». Fouché se traza decididamente un programa radical, socialista y comunista. El primer manifiesto comunista claro de la época moderna no es, por cierto, el célebre de Carlos Marx, ni el «Hessische Landbote», de Jorge Buechner, sino la tan desconocida «Instruction de Lyon», intencionadamente olvidada por la historiografía socialista, y que lleva las firmas de Collot d'Herbois y Fouché, pero que, sin duda alguna, fue redactada sólo por éste. Tal documento enérgico, que en sus postulados se adelanta a su época en cien años -y que es uno de los más sorprendentes de la revolución-, bien merece la pena de ser sacado de la sombra. Aunque pretenda atenuar su significado histórico el hecho de negar desesperadamente más tarde el Duque de Otranto las palabras escritas como simple ciudadano José Fouché, siempre definirán éstas su credo de antaño. Visto como documento de la época, se nos presenta Fouché como el primer socialista verdadero, como el primer comunista de la revolución. Ni Marat ni Chaumette han formulado los más audaces postulados de la revolución francesa, sino José Fouché. Con mayor claridad y agudeza que la mejor descripción, ilumina su texto el retrato espiritual de Fouché; en otras ocasiones -casi siempre- parece desleírse en una zona de penumbra...
Esta «Instruction» comienza audazmente con una declaración de infalibilidad justificativa de todas las osadías: «Todo les está permitido a los que actúan en nombre de la República. Quien se excede en cumplirlas, quien aparentemente pasa del límite, aún puede decirse que no ha llegado al fin ideal. Mientras quede sobre la tierra un solo desgraciado, debe proseguir el avance de la libertad».
Después de este preludio enérgico, en cierto sentido ya maximalista, de Fouché, la siguiente definición del espíritu revolucionario: «La revolución esta hecha para el pueblo; pero no hay que entender por pueblo esa clase privilegiada, por su riqueza, que ha acaparado todos los goces de la vida y todos los bienes de la sociedad. El pueblo es únicamente la totalidad de los ciudadanos franceses, sobre todo esa clase social infinita de los proletarios que defienden las fronteras de nuestra patria y que sustentan a la sociedad con su trabajo. La revolución sería un absurdo político y moral si no se ocupara mas que del bienestar de unos cuantos cientos de individuos y dejara perdurar la miseria de veinticuatro millones de seres. Por eso sería un engaño afrentoso a la Humanidad el pretender hablar siempre en nombre de la igualdad, mientras separa aún a los hombres desigualdades tan tremendas en el bienestar». Después de estas palabras introductivas desarrolla Fouché su teoría preferida: que el rico, mauvais riche, no será

nunca un verdadero revolucionario, nunca un republicano leal; que toda revolución, nada mas que burguesa, que deje persistir las diferencias de bienes, tendría que volver a degenerar inevitablemente en una nueva tiranía, «porque los ricos se tendrían siempre por otra clase de seres». Por eso exige Fouché del pueblo la energía más extremada y completa, la revolución integral. «No os engañéis: para ser un verdadero republicano, tiene que sufrir cada ciudadano en sí mismo una revolución parecida a la que ha cambiado la faz de Francia. No puede quedar nada común entre los vasallos de los tiranos y los habitantes de un país libre. Por eso tienen que ser completamente nuevas todas sus obras, sus sentimientos y sus costumbres. Estáis oprimidos y debéis aniquilar a vuestros opresores; habéis sido esclavos de la superstición eclesiástica, y no debéis tener otro culto que el de la Libertad... Todo el que permanece al margen de este entusiasmo, que conoce alegrías y tribulaciones ajenas a la felicidad del pueblo, abre su alma a intereses fríos, calcula lo que rentará su honor, su posición y su talento, y se aparta así por un momento del bien general; todo aquel cuya sangre no arde vindicadora ante la opresión y la opulencia; todo el que tenga una lágrima de compasión para un enemigo del pueblo, y el que no guarda toda la fuerza de su sentimiento para los mártires de la Libertad, todos estos mienten, si se atreven a llamarse republicanos. Que abandonen el país, si no quieren que se los desenmascare y que su sangre impura riegue el suelo de la Libertad. La República no quiere en su seno mas que seres libres, está dispuesta a aniquilar a los demás, y no reconoce como hijos sino a los que quieren vivir, luchar y morir por ella.» En el tercer párrafo de esta instrucción se convierte la confesión revolucionaria en un manifiesto comunista desnudo y franco (el primero explicito de 1793): «Todo el que posea más de lo indispensable ha de contribuir con una cuota igual al exceso a los grandes requerimientos de la patria. De modo que habéis de averiguar, de manera generosa y verdaderamente revolucionaria, cuanto tiene que desembolsar cada uno para la causa pública. No se trata aquí de la averiguación matemática, ni tampoco del método vacilante que en otros casos se emplea en la repartición de contribuciones; esta medida especial tiene que llevar el carácter de las circunstancias. Obrad, pues, generosamente y con audacia: quitadle a cada ciudadano lo que no necesite, pues lo superfluo es una violación patente de los derechos del pueblo. Todo lo que tiene un individuo mas allá de sus necesidades no lo puede utilizar de otra manera que abusando de ello. No dejarle, pues, sino lo estrictamente necesario; el resto pertenece íntegro, durante la guerra, a la República y a sus ejércitos».

Expresamente acentúa Fouché en este manifiesto que no hay que contentarse solamente con el dinero. «Todos los objetos -continua- que se poseen en demasía y que puedan ser útiles a los defensores del país, los pide ahora la patria. Así hay gentes que tienen increíble abundancia en telas de hilo y camisas, en pañuelos y zapatos. Todas estas cosas tienen que ser objeto de la requisa revolucionaria.» Igualmente pide la entrega del oro y de la plata, de los métaux vils et corrupteurs, que desprecia el verdadero republicano, al tesoro nacional, para que allí «les sea acuñada la efigie de la República, y purificados por el fuego sirvan solamente a la Comunidad. No necesitamos sino acero y hierro, y la República triunfara». El llamamiento termina con una tremenda apelación a la violencia: «Administraremos con todo rigor la autoridad que nos ha sido encomendada, consideraremos y castigaremos como actos malvados todo lo que, bajo otra circunstancia, se llame descuido, debilidad y lentitud. Pasó la época de las decisiones tibias y de las consideraciones. ¡Ayudadnos a dar los golpes implacables o estos golpes caerán sobre vosotros mismos! ¡La libertad o la muerte! Podéis elegir».
La teoría de este documento nos da ya una idea de cómo será el procónsul José Fouché en el desempeño de sus funciones.

En el departamento de la Loire inférieure, en Nantes, Nevers y Moulins, se atreve a la lucha contra las mas fuertes potencias de Francia, ante las cuales se habían retraído prudentemente el mismo Robespierre y Danton: contra la propiedad privada y contra la Iglesia. Obra rápida y decididamente en sentido de la Egalisation des fortunes, con la invención del llamado «Comité filantrópico», al que habían de enviar los propietarios voluntariamente sus dádivas, según la fórmula. Pero para evitar confusiones, agrega de antemano la suave encomienda de que «si el rico» no hace uso «de su derecho, mostrándose propicio al régimen de la Libertad, tiene la República, por su parte, el derecho de apoderarse de su fortuna». No tolera el menor exceso en el uso de los bienes, y delimita enérgicamente el concepto de lo superflu. «El republicano sólo necesita hierro, pan y cuarenta escudos de renta.» Fouché saca los caballos de las cuadras, la harina de los sacos; hace responsables con la vida a los mismos arrendatarios, para que no se queden atrás en su prescripción; hace obligatorio el pan de guerra -como en la Guerra Europea el pan único- y prohibe terminantemente el pan blanco de lujo. Semanalmente pone en pie cinco mil reclutas, equipados con caballos, calzado, ropa y fusiles; utiliza la violencia para poner en marcha las fábricas y todo obedece a su energía férrea. El dinero afluye con las contribuciones, impuestos y dádivas, entregas y tributos. Escribe así orgulloso a la Convención después de dos meses de actividad: On rougit ici d'etre riches «Aquí da rubor ser rico.» Pero, en verdad, debió decir: «Aquí da temblor ser rico.»Al mismo tiempo que como radical y comunista, se revela José Fouché (el futuro multimillonario Duque de Otranto, que se casara en segundas nupcias por la iglesia, piadosamente, bajo el patronato de un rey) como el más feroz y fanático enemigo del cristianismo. «Este culto hipócrita tiene que ser reemplazado por la creencia en la República y en la moral», truena en su carta flamante... Y caen como rayos ardientes las primeras disposiciones contra las iglesias y las catedrales. Ley sobre ley, decreto sobre decreto: «Ningún sacerdote podrá llevar los hábitos fuera del lugar destinado al culto», se le quitaran todos los Privilegios, pues «ya es tiempo -argumenta- de que vuelva esta clase altanera a la pureza del cristianismo primitivo y se reintegre al estado civil». No le basta a José Fouché con ser la cabeza del poder militar, con ser el más alto funcionario de la justicia, dictador autónomo de la administración; se apodera también de todas las facultades eclesiásticas. Suprime el celibato, ordena a los sacerdotes que se casen en el plazo de un mes o que adopten un niño; concierta matrimonios y los divorcia en la plaza pública. Sube al púlpito (del que han sido quitadas cuidadosamente todas las cruces y efigies religiosas) y pronuncia sermones ateístas, en los que niega la inmortalidad y la existencia de Dios. Las ceremonias de entierro cristianas son suprimidas, y como único consuelo se graba en los cementerios la inscripción: «La muerte es un sueño eterno». El nuevo papa introduce en Nevers -dando a su hija el nombre de «Nievre», según la nominación del departamento-, por primera vez en el país, el bautismo civil. Hace salir a la guardia nacional con tambores y música, y en la plaza pública, sin intervención eclesiástica, bautiza a la niña y le da nombre. En Moulins, precediendo a caballo a un pelotón por toda la capital, con un martillo en la mano, va destruyendo cruces y crucifijos, imágenes de santos, símbolos «vergonzosos» del fanatismo. Con las mitras y los paños del altar robados forman una hoguera, y mientras arden en pompa, danza la plebe en torno de este auto de fe ateístico. Pero ensañarse únicamente en objetos muertos, contra figuras de piedra indefensas y contra cruces frágiles, hubiera sido para Fouché un triunfo a medias. El verdadero triunfo lo consigue cuando logra con su elocuencia que el cardenal Frangois Laurent arroje los hábitos y se ponga el gorro frigio, y le siguen, entusiasmados con este ejemplo, treinta sacerdotes, alcanzando un éxito que se propaga como un reguero de pólvora por todo el país. Así puede vanagloriarse con orgullo ante sus colegas ateístas de haber acabado con

el fanatismo y de haber aniquilado tanto el cristianismo como la riqueza en el territorio a él confiado.
¡Se diría que se trata de los hechos de un loco, del fanatismo desatentado de un ente fantástico! Pero José Fouché sigue siendo el frío calculador de siempre, el realista impasible, tras estos fingidos apasionamientos. Sabe que debe cuentas a la Convención, sabe que las frases patrióticas y las cartas han bajado de valor y que para suscitar admiración hay que hablar con el lenguaje positivo de las monedas sonantes. Y envía, mientras los regimientos levantados marchan hacia la frontera, todo el producto del saqueo de las iglesias a París. Cajones y cajones son llevados a la Convención llenos de custodias de oro, de velones de plata rotos y fundidos, crucifijos y joyas de metales preciosos y pedrerías. Sabe que la República necesita, ante todo, dinero, riquezas, y él es el primero, el único que envía desde la provincia botín tan elocuente a los diputados, que al principio se asombran de esta nueva energía, aplaudiéndole luego frenéticamente. Desde este momento se conoce en la Convención el nombre Fouché como el de un hombre férreo, como el más intrépido, el mas violento republicano de la República.
Cuando vuelve José Fouché de sus misiones a la Convención, ya no es el pequeño y desconocido diputado de 1792. A un hombre que levantó diez mil reclutas, que saca de las provincias cien mil francos de oro, mil doscientas libras en metálico, mil barras de plata, sin utilizar ni una sola vez el rasoir national, la guillotina, no le puede negar la Convención verdadera admiración Pour sa vigilance, por «su celo». El ultrajacobino Chaumette pública un himno a sus hazañas. «El ciudadano Fouché -escribe-ha realizado los milagros que acabo de contar. Ha honrado a la vejez, ayudado a los débiles, respetado la desgracia, destruido el fanatismo y aniquilado el federalismo. Ha vuelto a poner en marcha la fabricación de hierro, ha arrestado a los sospechosos, ha castigado ejemplarmente los crímenes, ha perseguido y encarcelado a los explotadores.» Un año después de haberse sentado cauteloso y titubeante en los bancos de los moderados, pasa ya Fouché por el mas radical de los radicales. Y ahora, cuando la sublevación de Lyon requiere el hombre sin miramientos ni escrúpulos, el hombre capaz de llevar a cabo el edicto mas terrible que invento jamás una revolución, ¿quien mas indicado que Fouché? «Los servicios que has prestado hasta ahora a la revolución -decreta la Convención en su lenguaje pomposo- son garantía de los que has de prestar aún. En ti está el volver a encender en la Ville Affranchie (Lyon) el fuego agonizante del espíritu ciudadano. ¡Concluye la revolución, termina la guerra de los aristócratas y que caigan sobre ellos y los aniquilen las ruinas que pretende levantar aquel Poder destruido!»Y con esta figura de vengador y asolador, como el Mitrailleur de Lyon, entra José Fouché -el que ha de ser mas tarde multimillonario y Duque de Otranto- por primera vez en la Historia.

CAPÍTULO II

EL MITRAILLEUR DE LYON(1793)

En los anales de la revolución francesa rara vez se abre una página sangrienta como la de la sublevación de Lyon, y, sin embargo, en ninguna capital, ni aún en París, se ha destacado el contraste social tan claramente como en esta patria de la fabricación de la seda, primera capital de industria de la entonces aún burguesa y agraria Francia. Allí forman los obreros, en medio de la revolución de 1792, por primera vez, una masa proletaria visible, rígidamente separada de los fabricantes, realistas y capitalistas. No es

un milagro que tomen los conflictos, precisamente sobre este suelo ardiente, las formas más sangrientas y fantásticas, tanto en la reacción como en la revolución.
Los partidarios de los jacobinos, las masas de los obreros y de los sin trabajo se agrupan alrededor de uno de esos hombres singulares que surgen a la superficie en todas las transformaciones mundiales, uno de esos seres puros, idealistas y creyentes, que suelen causar con su fe más mal y derramar más sangre con su idealismo, que los más brutales políticos y los más feroces tiranos. Siempre será precisamente el hombre puro, religioso, extático, el reformador, quien, con la intención más noble, dará motivo a asesinatos y desgracias que él mismo detesta. En Lyon se llamo Chalier, un sacerdote escapado y antiguo comerciante, para el que la revolución significo otra vez el cristianismo auténtico y verdadero, entregándose a ella con amor desinteresado y supersticioso. La elevación de la Humanidad a un nivel de razón e igualdad significó, para este lector apasionado de Juan Jacobo Rousseau, la realización en la tierra del reino milenario. Su filantropía ardiente y fanática ve en la conflagración general la aurora de una Humanidad nueva y eterna. Es un idealista conmovedor; cuando cae la Bastilla coge en sus manos una piedra del baluarte y, cargado con ella seis días y seis noches, la lleva de París a Lyon, donde la utiliza de ara para un altar. Venera como a un dios a Marat, a este libelista de sangre ardiente, férvido, en el que ve una nueva Pythisa.
Aprende sus discursos escritos de memoria y arrebata con sus sermones, místicos e infantiles, a los obreros de Lyon.
Instintivamente ve el pueblo en él una caridad ardiente y comprensiva. Por otra parte, los reaccionarios de Lyon comprenden que es mucho más peligroso un hombre tan puramente poseído por el espíritu visionario rayando en las fronteras de la locura, rebosante de amor al prójimo, que los más estrepitosos y rebeldes jacobinos. En él se concentra todo el amor y contra él va todo el odio. Y al primer motín encierran en la cárcel, como presunto caudillo de los revoltosos a este idealista neurasténico y un poco ridículo. Se logra achacarle una carta falsificada que le compromete, para fundamentar una denuncia en virtud de la cual se le condena a muerte, para escarmiento de radicales y como reto a la Convención de París. Inútilmente la Convención, indignada, envía mensajero tras mensajero a Lyon para salvar a Chalier, y amonesta, exige y amenaza al magistrado insubordinado. La municipalidad de Lyon rehusa toda intervención con arrogancia, decidida a enseñar los dientes a los terroristas de París. Hacía tiempo que habían recibido con repugnancia la guillotina, el instrumento del terror. Sin servirse de él, lo tuvieron metido en un granero hasta este momento, en el que se preparan a dar una lección a los paladines del sistema terrorista, estrenando el «filantrópico» artefacto en la cabeza de un revolucionario. Y precisamente por la falta de uso de la maquina siniestra, y también por la torpeza del verdugo, se convierte la ejecución de Chalier en cruel e infame suplicio. Tres veces cae el filo romo de la cuchilla sin decapitar al reo. El pueblo contempla horrorizado el cuerpo atado y ensangrentado de su caudillo retorcerse aún con vida, en cruenta tortura, hasta que el verdugo, compadecido, remata la obra de la enmohecida guillotina con un golpe certero de su sable. ¡Pero esta cabeza atormentada, cruelmente lacerada, será Palladium de vindicta para la revolución y cabeza de Medusa para sus asesinos!
Produce verdadero espanto en la Convención la noticia de este crimen. ¿Cómo se atreve una ciudad francesa sola a hacer franca resistencia a la Asamblea Nacional? Había que ahogar en sangre la insolente provocación. Pero el Gobierno de Lyon sabe muy bien lo que le espera, y de la resistencia pasa abiertamente a la rebelión contra la Asamblea Nacional. Levanta tropas y prepara las obras defensivas necesarias para oponerse por la fuerza al ejército republicano.
Las armas decidirán entre Lyon y París, entre reacción y revolución.

Es lógico que una guerra civil se considere en este momento como un verdadero suicidio para la joven República, pues jamás fue una situación más peligrosa y más desesperada. Los ingleses habían tomado Tolón, saqueado la flota y el arsenal y amenazaban a Dunquerque, mientras que, por otra parte, avanzaban los prusianos y los austriacos en el Rin y estaba en llamas la Vendée. La contienda y la rebelión conmueven a la República de una a otra frontera. Pero son los días heroicos de la Convención francesa. Impulsada por un instinto siniestro, de predestinación, decide responder al peligro con el reto como mejor manera de combatirlo, y así rehusan los jefes, después de la muerte de Chalier, todo pacto con sus verdugos. Potius mori quam foedari, «Mejor sucumbir que pactar», mejor otra guerra sobre las siete guerras que se hacían, que una paz síntoma de flaqueza. Y este irresistible ímpetu de la desesperación, esta pasión ilógica, furiosa, salvó a la revolución francesa lo mismo que a la rusa (amenazada en el exterior por los ingleses y los mercenarios de todo el mundo, en el interior por las legiones de Wrangel, de Denikin y de Koltschak) en el momento de mayor peligro. No les vale a los habitantes de Lyon echarse francamente en brazos de los realistas y confiar el mando de sus tropas a un general del Rey. De las granjas y de los suburbios surgen aludes de soldados proletarios, y el 9 de octubre las tropas republicanas conquistan la segunda capital de Francia. Este día es acaso el mas espléndido de la revolución francesa. Cuando en la Convención se levanta solemne el Presidente de su asiento y comunica la capitulación definitiva de Lyon, saltan los diputados de sus asientos y se abrazan de alegría; por un momento parece terminada toda discordia. La República esta salvada; ha dado un magnífico ejemplo a todo el país, a todo el mundo, de la fuerza iracunda, de la pujanza irresistible del ejército popular republicano. Pero fatalmente arrastra a los vencedores el orgullo de la propia bravura a una soberbia incontenible, a un trágico deseo de convertir el triunfo en terror. Terrible, como el ímpetu de la victoria, ha de ser ahora la venganza contra los vencidos. «Hay que dar un escarmiento ejemplar, hay que hacer ver que la República francesa, que la joven revolución, reserva el más duro castigo para aquellos que se levantan contra ella». Y así se rebaja ante el mundo entero la Convención, defensora de la Humanidad, con un decreto cuya pauta histórica parece dada por los Califas y por Barbarroja con su vandálica devastación de Milán. El 12 de octubre propone el Presidente de la Convención el documento tremendo en que se pide nada menos que la destrucción de la segunda capital de Francia. Este decreto, poco conocido, dice textualmente:
«1.º La Convención Nacional nombra, a propuesta del Comité de Salud pública, un Comité especial de cinco miembros para castigar sin demora, militarmente, la contrarrevolución de Lyon.
»2.º Todos los habitantes de Lyon serán desarmados y sus armas entregadas a los defensores de la República.
»3.º Parte de ellas serán entregadas a los patriotas que fueron oprimidos por los ricos y contrarrevolucionarios.
»4.º La ciudad de Lyon será devastada. Toda la parte habitada por los ricos será destruida; quedarán en pie las casas de los pobres, las viviendas de los patriotas asesinados o proscritos, los edificios industriales y los que sirven para fines benéficos y educativos.
»5.º El nombre de Lyon será borrado del índice de ciudades de la República. En adelante llevara el conjunto de casas que queden en pie el nombre de Ville Affranchie.
»6.º Sobre las ruinas de Lyon se erigirá una columna que anuncie a la posteridad los crímenes y el castigo de la ciudad realista, y que llevará esta inscripción: Lyon hizo la guerra contra la Libertad. Lyon no existe.»Nadie se atreve a protestar contra esta

petición delirante de convertir la segunda capital de Francia en un montón de escombros. Se acabó el valor cívico en el seno de la Convención francesa desde que la guillotina brilla amenazante sobre las cabezas de los que se atreven a susurrar tan sólo palabras de clemencia o compasión. Atemorizada del propio terror, del terror por ella impuesto, aprueba unánimemente la Convención el decreto vandálico y confía su ejecución a Couthon, el amigo de Robespierre.

Couthon, el antecesor de Fouché, reconoce enseguida el desatino, el suicidio que significa demoler voluntariamente, por un gesto amedrentador, la capital industrial de Francia y sus monumentos de arte. Desde el primer momento está decidido interiormente a eludir el cumplimiento de su misión. Mas para ello es indispensable adoptar una actitud de hipocresía llena de prudencia. Por eso vela Couthon su designio secreto de respetar la ciudad elogiando de primera intención desmesuradamente el disparatado decreto de total demolición. «¡Colegas ciudadanos- exclama-, la lectura de vuestro decreto nos ha llenado de admiración! Sí; es preciso que la ciudad sea devastada para que sirva, de ejemplo a las que pudieran llevar su atrevimiento a levantarse contra la Patria. Entre todas las medidas grandes y fuertes que ha ordenado hasta ahora la Convención Nacional, faltaba una, a la que no se había llegado: la de la destrucción total; pero estad tranquilos, Colegas, ciudadanos, y asegurad a la Convención Nacional que sus principios son los nuestros y sus decretos serán ejecutados al pie de la letra.»

Aunque recibe Couthon su encomienda con palabras de panegírico, no piensa, en verdad, llevarla a cabo. Se contenta con preparativos teatrales. Inválido de las dos piernas por una parálisis temprana, pero de espíritu inquebrantablemente resuelto, se hace conducir en una litera a la plaza de Lyon, designa con un martillo de plata simbólicamente las casas que han de ser derribadas y anuncia la institución de terribles tribunales de vindicta. Con esto se calman los espíritus más fogosos. En realidad, con el pretexto de la falta de obreros, se emplean sólo un par de mujeres y niños que, «pro forma», dan algunos golpes indolentes de pico en las casas. Y sólo se llevan a cabo contadas ejecuciones.

La ciudad respira, sorprendida por tan inesperada clemencia tras decretos tan fulminantes; pero los terroristas están alerta, se dan cuenta poco a poco de los propósitos benévolos de Couthon e instigan a la Convención a la violencia. La cabeza destrozada y sangrienta de Chalier es llevada a París como reliquia, presentada con gran solemnidad a la Convención y expuesta en Notre Dame con el fin de excitar al pueblo. Cada vez con mayor impaciencia se lanzan nuevos requerimientos contra el cunctátor Couthon. Se dice de él que es excesivamente flexible, indolente, demasiado tímido. En fin, que no es el hombre capaz de llevar a cabo venganza tan ejemplar. Hace falta un revolucionario verdadero, dispuesto a todo, digno de la confianza que se le otorga; un hombre que no se asuste de la sangre y que se arriesgue: un hombre de acero. Por fin cede la Convención a tan ruidosas demandas y envía como verdugo de la ciudad desdichada, en el lugar del excesivamente blando Couthon, a los mas decididos de sus tribunos: al vehemente Collot d'Herbois (del que circula la leyenda de que, por haber recibido una rechifla como actor en Lyon, es el verdadero hombre para castigar a sus habitantes) y al más radical de los procónsules, al más calificado de los jacobinos y ultraterroristas, a José Fouché.

¿Se trata, en el caso de Fouché, designado de la noche a la mañana por la obra asesina, de un verdadero verdugo, de «un ebrio de sangre», como se llamaba a los campeones del terror?

Si atendemos a sus palabras, ciertamente. Ningún procónsul se ha conducido en su provincia con mayor energía, con mayor espíritu revolucionario, con mayor radicalismo que José Fouché. Nadie ha requisado con menos miramientos, nadie ha realizado más

concienzudamente el saqueo de las iglesias ni ha hecho desembolsar las fortunas y estrangulado toda resistencia con mayor eficacia. Pero, cosa muy característica en él: únicamente con palabras, con órdenes e intimidaciones, ha instituido el terror. En las semanas que duró su poder en Nevers, Clamecy, no corre ni una gota de sangre. Mientras cruje en París la guillotina como una máquina de coser, mientras Carrier ahoga en Nantes, arrojándolos al Loire, a centenares de sospechosos; mientras que todo el país tiembla de fusilamientos, crímenes y persecuciones, no tiene Fouché en su distrito una sola ejecución sobre la conciencia. Conoce muy bien -es el leitmotiv de su psicología- la cobardía de las gentes; sabe que un gesto feroz y un ademán de terror ahorran casi siempre el terror mismo. Y cuando más tarde, en lo más florido de la reacción, se levantan acusadoras las provincias contra sus sojuzgadores, no puede formular el distrito de Fouché en contra suya otra acusación que la de la amenaza de muerte; pero de una ejecución efectiva, no puede acusarle nadie. Vemos, pues, que Fouché, designado ahora como verdugo de Lyon, no tiene inclinaciones cruentas. En este hombre frío, sin sensualidad; en este calculador, en este malabarista mental, hay más de zorro que de tigre. No necesita el vaho de la sangre para excitar sus nervios. Gesticula rabioso, pero sin fiebre interior, con palabras de amenaza, jamás pedirá ejecuciones por el placer de asesinar, por monomanía de mando. Obedeciendo al instinto y a la prudencia -no por humanidad-, respeta la vida de los demás mientras no peligra la suya. Este es uno de los secretos de casi todas las revoluciones y el destino trágico de sus caudillos; sin tener sed de sangre, verse obligados a derramarla. Desmoulins Pide frenético desde su pupitre burocrático el tribunal para los girondinos. Pero más tarde, cuando, sentado en la sala de justicia, oye caer la palabra «muerte» sobre los veintidós hombres que él mismo ha arrastrado ante los jueces, salta del asiento con palidez mortal, trémulo, se precipita fuera de la sala lleno de desesperación; ¡no, no es eso lo que él quería! Robespierre, que puso su firma bajo miles de decretos fatales, combatió dos años antes, en la Asamblea Constituyente, la pena de muerte, y condenó la guerra como un crimen. Danton, a pesar de ser hechura suya el terrible tribunal, llego a gritar estas palabras de desesperación con el alma atribulada: «Ser guillotinado antes que guillotinar». Hasta Marat, que pide públicamente desde su periódico trescientas mil cabezas, hace todo lo posible para salvar a los que están sentenciados a caer bajo la cuchilla. Todos los que más tarde han de aparecer como bestias sangrientas, como asesinos frenéticos, ebrios con el olor de los cadáveres, todos detestan en su interior (lo mismo que Lenin y los jefes de la revolución rusa) las ejecuciones.
Empiezan por tener a raya a sus adversarios políticos con la amenaza de muerte; pero la simiente del dragón del crimen surge violenta del consentimiento teórico del crimen mismo. No pecó por embriaguez de sangre la revolución francesa, sino por haberse embriagado con palabras sangrientas. Para entusiasmar al pueblo y para justificar el propio radicalismo, se cometió la torpeza de crear un lenguaje cruento; se dió en la manía de hablar constantemente de traidores y de patíbulos. Y después, cuando el pueblo, embriagado, borracho, poseído de estas palabras brutales y excitantes, pide efectivamente las «medidas enérgicas» anunciadas como necesarias, entonces falta a los caudillos el valor de resistir: tienen que guillotinar para no desmentir sus frases de constante alusión a la guillotina. Los hechos han de seguir fatalmente a las palabras frenéticas. Así se inicia la desenfrenada carrera, en la que nadie se atreve a quedar atrás en la persecución de la aureola popular. Siguiendo la ley irresistible de la gravitación, viene una ejecución tras la otra; lo que empezó como juego sangriento de palabras, se convierte en puja feroz de cabezas humanas. Se hacen así miles de sacrificios, no por placer, ni siquiera por pasión, y mucho menos por energía, sino simplemente por indecisión de los políticos, de los hombres de partido, que carecen de valor para resistir

al pueblo; por cobardía, en último término. Por desgracia, no es siempre la Historia, como nos la cuentan, historia del valor humano; es también historia de la cobardía humana. Y la política no es, como se quiere hacer creer a todo trance, guía de la opinión pública, sino inclinación humillante de los caudillos precisamente ante la instancia que ellos mismos han creado e influenciado. Así nacen siempre las guerras: de un juego con palabras peligrosas, de una superexcitación de las pasiones nacionales; y así también los crímenes políticos; ningún vicio y ninguna brutalidad en la tierra han vertido tanta sangre como la cobardía humana. Si, pues, José Fouché llega a ser en Lyon el verdugo de las masas, no será por pasión republicana (no conoce él ninguna pasión), sino únicamente por miedo de caer en desgracia como moderado. Pero no deciden en la Historia los pensamientos, sino los hechos, y aunque se haya defendido mil veces contra la expresión del mitrailleur de Lyon, quedará ya estigmatizado como tal. Y ni la capa ducal podrá ocultar las huellas de sangre de sus manos.
El 7 de noviembre llega Collot d'Herbois a Lyon y el 10 llega José Fouché. Inician sus trabajos inmediatamente. Pero antes de la verdadera tragedia ponen en escena, entre el excómico y el exsacerdote, una breve comedia satánica que constituye tal vez la más cínica y provocativa de la revolución francesa: una especie de misa negra en pleno día. Los funerales por el mártir de la Libertad, Chalier, sirven de pretexto para esta desenfrenada orgía ateísta. Como preludio, a las ocho de la mañana se arrancan de las iglesias las últimas insignias religiosas; los crucifijos caen de los altares; se las despoja de pafíos y casullas. Se organiza después una procesión imponente por toda la ciudad hacia la plaza de Terraux. Cuatro jacobinos llegados de París llevan en una litera, cubierta con tapices tricolores, el busto de Chalier materialmente cubierto de flores. Al lado, una urna con sus cenizas y, en una pequeña jaula, una paloma que consoló, según se dice, al mártir en la prisión. Solemnes y graves caminan detrás de la litera los tres procónsules, en servicio del culto nuevo que debe mostrar al pueblo de Lyon pomposamente la deidad del mártir de la Libertad, Chalier, el dieu sauveur mort pour eux. Pero esta ceremonia patética, de por sí ya desagradable, se rebaja aún con otros estúpidos excesos del peor gusto: una horda estrepitosa arrastra, en triunfo, entre danzas salvajes, cálices, custodias e imágenes de santos; detrás trota un burro, al que han puesto artísticamente sobre las orejas una mitra cardenalicia y que lleva atado al rabo un crucifijo y una Biblia. ¡Así se arrastra el Evangelio, para risa de la chusma alborotada, colgado de la cola de un pobre asno, por el lodo de la calle!
El son de trompetas marciales ordena alto. En la gran Plaza, donde se ha erigido un altar de ramaje, se coloca solemnemente el busto de Chalier y la urna, y los tres representantes del pueblo se inclinan respetuosamente ante el nuevo santo. Primeramente perora Collot d'Herbois con la rutina del actor; luego habla Fouché. Quien supo callar tan tenazmente en la Convención, ha recobrado de pronto su voz y lanza su declaración desmesurada sobre el busto de yeso: «Chalier, Chalier, no existes ya. Los asesinos te han inmolado a ti, mártir de la Libertad; pero sus propias sangres serán el único sacrificio capaz de apaciguar tu espíritu airado. ¡Chalier! ¡Chalier! Juramos ante tu efigie vengar tu martirio; sangre de aristócratas te servirá de incienso». El tercer delegado del pueblo, menos elocuente que el futuro aristócrata, que el futuro Duque de Otranto, besa la frente del busto y grita estentóreamente en medio de la Plaza: «¡Muerte a los aristócratas!»Después del triple homenaje se hace una gran hoguera. Muy serio ve el hace poco aún tonsurado José Fouché, con sus dos colegas, como es desatado el Evangelio del rabo del burro y echado al fuego, convirtiéndose en humo en medio de las llamas que devoran pafíos de iglesia, misales, hostias e imágenes santas. Luego se hace beber al infeliz cuadrúpedo en un cáliz consagrado como premio a sus servicios, y, como final de acto de tan pésimo gusto, los cuatro jacobinos llevan a

hombros el busto de Chalier a la iglesia, donde es colocado solemnemente en el lugar del Cristo derribado. Para eterna memoria del solemne festejo, se acuña, en los días sucesivos, una moneda conmemorativa, de la que no se encuentran ejemplares, tal vez porque el que fue después Duque de Otranto adquirió todas las existencias y las hizo desaparecer, lo mismo que los libros que describían demasiado claramente las ferocidades brutales de su época ultrajacobina y ateísta. Tenía él buena memoria; pero no quería, sin duda, que los demás pudieran recordarle la misa negra de Lyon y todos los demás excesos: hubiera sido demasiado violento y desagradable para Son Excellence Monseígneur le Sénateur Ministre de un cristianísimo rey.
Por repugnante que sea este primer día de José Fouché en Lyon, no hay, sin embargo, en él más que farsa y mascarada banal: aún no ha corrido la sangre. Pero al día siguiente se recluyen los cónsules inaccesibles en una casa apartada, guardada por centinelas armados, defendida de intrusos, con la puerta simbólicamente cerrada a toda clemencia, a todo ruego, a toda tolerancia. Se constituye un tribunal revolucionario, y de la tremenda noche de San Bartolomé que preparan estos monarcas del pueblo que se llaman Fouché y Collot puede darnos una idea la carta que dirigen a la Convención: «Cumplimos -escriben- nuestra misión con la energía de republicanos puros y no descenderemos de la altura en que nos ha colocado el pueblo para ocuparnos de los miserables intereses de unas cuantas personas más o menos culpables. Hemos apartado a todo el mundo de nosotros porque no tenemos tiempo que perder ni favores que otorgar. Sólo tenemos presente a la República, que nos ordena una acción ejemplar, una lección diáfana y evidente. No oímos sino el grito del pueblo que pide venganza por la sangre vertida de los patriotas, venganza rápida y tremenda, para que la Humanidad no vuelva a verla correr. Convencidos de que en esta ciudad infame no hay más inocentes que los oprimidos por los asesinos, los encerrados por ellos en los calabozos, mantenemos nuestra desconfianza ante las lágrimas del arrepentimiento. Nada podrá desarmar nuestra severidad. Hemos de confesarlo, colegas ciudadanos: consideramos la benevolencia como debilidad peligrosa, apropiada tan sólo para volver a encender esperanzas criminales en el momento preciso en que hay que apagarlas para siempre. Tratar a un sólo individuo con benevolencia nos obligaría a seguir la misma conducta con todos, haciendo con ello ineficaz el éxito de nuestra justicia. Se trabaja demasiado despacio en las demoliciones: la impaciencia republicana requiere medios mas rápidos, como la explosión de las minas, la acción devastadora de las llamas... Medios que pongan en evidencia el poder del pueblo. Su voluntad no debe ser considerada como la de los tiranos: ha de producir el efecto de una tempestad».
La tempestad descarga, como anuncia el programa, el 4 de diciembre, y su eco, terrible, rueda pronto por toda Francia. De madrugada son sacados sesenta jóvenes de la prisión, atados de dos en dos. No se los lleva a la guillotina, que, según las palabras de Fouché, trabaja «demasiado despacio», sino afuera, al llano de Brotteaux, al otro lado del Rodano. Dos fosas paralelas, cavadas deprisa, dejan prever ya a las víctimas su suerte. Los cañones, colocados a diez pasos de ellos, indican siniestramente el método de la matanza colectiva. Se amontona y ata a los indefensos en un pelotón de desesperación humana que chilla, se estremece, llora, enloquece y resiste inútilmente. Una voz de mando y las bocas de los cañones, tan próximas que el aliento las roza, truenan mortíferas, vomitando plomo sobre la masa humana, sacudida por el miedo. La primera descarga no acaba con todas las víctimas: a algunas sólo les ha sido arrancado un brazo o una pierna, otras enseñan los intestinos y aún queda alguna ilesa. Y mientras la sangre fluye en fuentes a las fosas, se oye una nueva orden y carga la caballería con sables y pistolas sobre los que quedan, entrando a tiro y sablazos en medio de este rebaño humano que se estremece, gime y grita, sin poder huir, hasta que se acaba la última voz

agonizante. Como premio por la matanza, se les permite a los verdugos despojar a los sesenta cadáveres aún calientes, de ropas y calzados, antes de enterrarlos desnudos y destrozados en las fosas.
Esta es la primera de las célebres mitraíllades de José Fouché, del que más tarde fue ministro de un cristianísimo rey, que se muestra orgulloso de su obra a la mañana siguiente en una encendida proclama: «Los representantes del pueblo proseguirán fríamente la misión a ellos encomendada. El pueblo ha puesto en sus manos el rayo de su venganza y no ha de abandonarlo hasta que hayan perecido todos los enemigos de la Libertad. No les importará pasar sobre hileras interminables de tumbas de conspiradores para llegar, a través de ruinas, a la felicidad de la nación y a la renovación del mundo».
Aún el mismo día se confirma criminalmente este triste «valor» por los cañones de Brotteaux, y en un rebaño humano aún más numeroso. Esta vez son doscientas diez las víctimas conducidas, con las manos atadas a la espalda, y tendidas a los pocos minutos por el plomo de la metralla y por las descargas de la infantería. La operación es la misma que la primera vez, sólo que se facilita la incómoda tarea a los verdugos no obligándolos, tras la penosa matanza, a ser además los sepultureros de sus víctimas. ¿A qué abrir tumbas para estos malvados? Se les quitan los zapatos ensangrentados de los pies rígidos y se arrojan sencillamente los cadáveres desnudos, palpitantes algunos, a las aguas movidas del Ródano, que les sirven de tumba.
Pero aún pretende Fouché velar este horror, cuyo vaho repugnante se extiende por todo el país, con la capa apaciguadora de palabras de himno. Que el Rodano se envenene con estos cadáveres desnudos le parece un acto político de alabanza, porque llegaran flotando a Tolón, prestando allí testimonio palpable de la venganza republicana inflexible y tremenda. «Es necesario -escribe- que los cadáveres ensangrentados que hemos arrojado al Rodano naveguen a lo largo de sus orillas y lleguen a su desembocadura en el infame Tolón, para que intensifiquen ante los ojos de los cobardes y crueles ingleses la impresión de horror y la sensación del poder del pueblo.» En Lyon, claro está, ya no es necesaria una intensificación tal, pues las ejecuciones y las matanzas se siguen sin interrupción. Para celebrar la conquista de Tolón, que acoge Fouché con «lágrimas de alegría», arrastra «doscientos rebeldes ante los cañones». Inútiles son todos los llamamientos a la clemencia. Dos mujeres que habían implorado compasión excesiva por la libertad de sus maridos ante el tribunal de sangre, son atadas al lado de la guillotina. Nadie puede llegar ni a las cercanías de la casa de los delegados para pedir moderación. Pero tanto como las detonaciones de los fusiles, truenan las palabras de los procónsules: «Sí, nos atrevemos a decirlo, hemos vertido mucha sangre impura; pero únicamente por humanidad y por deber... No dejaremos el rayo que habéis puesto en nuestras manos hasta que no lo manifestéis por vuestra voluntad. Hasta entonces seguiremos sin interrupción la lucha contra nuestros enemigos de la manera más radical, terrible y rápida, hasta aniquilarlos».
Mil seiscientas ejecuciones en pocas semanas dan fe de que, por una vez, José Fouché dijo la verdad.
Con la organización de estas carnicerías y las comunicaciones llenas de alabanza propia, no olvidan José Fouché y sus colegas otro triste encargo de la Convención; ya el primer día hicieron llegar a París la queja de que la demolición ordenada se llevaba a cabo, bajo su antecesor, «demasiado despacio». «Ahora -escriben- las minas aligerarán la obra de destrucción. Ya han comenzado a trabajar los zapadores y dentro de dos días volaran los edificios de Bellecour.» Estas fachadas célebres, comenzadas bajo Luis XIV, obras de un discípulo de Mansard, por ser las más bellas, fueron las primeras condenadas a la demolición. Con brutalidad son expulsados los moradores de esta fila de casas y se da ocupación a centenares de hombres y mujeres sin trabajo, que en unas semanas de

insensato derribo destruyen las magníficas obras de arte. La desdichada ciudad está llena de suspiros y quejas, de cañonazos y de muros que se derrumban; mientras que el comité de justice se dedica a tumbar hombres y el comité de démolition a derribar casas, lleva a cabo el comité des substances una implacable requisa de víveres, telas y objetos de arte. Se hacen los registros casa por casa, desde el sótano hasta el tejado, en busca de personas escondidas y de joyas; nada se libra del terror de Fouché y Collot, los dos hombres que, invisibles e infranqueables, protegidos por centinelas, viven ocultos en una casa inaccesible. Se han demolido los palacios más bellos; están medio vacías las cárceles -aunque vuelvan a llenarse constantemente-, saqueados los comercios, regados con la sangre de mil personas los prados de Brotteaux. Es entonces cuando deciden, al fin, algunos ciudadanos arriesgados (aunque su decisión pueda costarles la cabeza) acudir a París y presentar a la Convención una solicitud para pedir que la ciudad no quede totalmente arrasada. Naturalmente, el texto de la súplica es muy cauto. No falta el tono marcial en él ni la inclinación cobarde ante el decreto destructor, «que parece dictado por el genio del Senado romano»; pero luego ruegan «perdón por el franco arrepentimiento, para la debilidad coaccionada; perdón -nos atrevemos a decirlo- para los inocentes a quienes se ha desconocido».
Pero los cónsules han sido informados a tiempo de la denuncia sigilosa, y Collot d'Herbois, por ser el mas elocuente de los dos, vuela a París en posta acelerada para parar el golpe. Al día siguiente tiene la osadía, en la Convención y ante los jacobinos, de defender la matanza colectiva como una forma de «humanidad». «Queríamos -dice- librar al mundo del espectáculo tremendo de ejecuciones constantes, ininterrumpidas.» Por eso acordaron los comisarios aniquilar en un mismo día y de una vez a todos los condenados y traidores, debiendo buscarse el origen de este propósito en una véritable sensibilité.
Ante los jacobinos se entusiasma con mayor fervor aún por el nuevo sistema «humanitario». «Sí, hemos tumbado doscientos condenados con una sola descarga, y esto es lo que se nos reprocha. ¡Pero esto es, en realidad, un acto de moderación! Si se arrastra a la guillotina a veinte condenados, puede decirse que mueren los últimos veinte veces. Con nuestro sistema caen veinte traidores de una vez.» Y, efectivamente, estas frases gastadas, sacadas precipitadamente del tintero sangriento de la jerga revolucionaria, hacen su efecto: la Convención y los jacobinos aprueban las declaraciones de Collot y dan con ello a los procónsules plenos poderes para continuar las ejecuciones. El mismo día celebra París la inhumación de Chalier en el Panteón -un honor que hasta entonces sólo se había concedido a Juan Jacobo Rousseau y a Marat-, y su concubina recibe, como la de Marat, una pensión. Oficialmente es declarado así el mártir santo nacional y con ello tácitamente aprobada, como justa venganza, toda violencia por parte de Fouché y de Collot.
Sin embargo, cierta incertidumbre se apodera de éstos, pues la situación empieza a ser peligrosa en la Convención, en la que se vacila entre Danton y Robespierre, entre la moderación y el terror. Hay, pues, que obrar con cautela, y para ello deciden los dos repartirse los papeles: Collot d'Herbois se queda en París para vigilar la opinión en los comités y en la Convención, para rechazar de antemano un posible ataque con la vehemencia brutal de su elocuencia, dejando confiada la prosecución de las matanzas a la «energía» de Fouché. No debemos olvidar que durante aquella época fue José Fouché señor único y omnipotente, pues de manera hábil intentará luego cargar sobre su colega -de espíritu mas abierto- todas las violencias cometidas. Los hechos demuestran que en la época en que Fouché manda solo, no trabaja menos mortíferamente la guadaña. Cincuenta y cuatro, sesenta, cien personas por día caen durante la ausencia de Collot. Y se sigue derribando muros, saqueando las casas y vaciando las cárceles con las

continuas ejecuciones. Y aún alardea José Fouché y encomia sus hazañas con sanguinario entusiasmo: «Si las sentencias de este tribunal infunden pavor a los delincuentes, en cambio tranquilizan y consuelan al pueblo, que les presta oído y las aprueba. Se cree de nosotros, sin razón para ello, que hemos concedido, en alguna ocasión, a un culpable el honor del indulto: ¡y ni uno sólo hemos concedido!»Pero ¿que sucede ... ? Fouché cambia repentinamente de tono. Con su fino olfato presiente que en la Convención van a soplar los vientos de un cambio brusco. Hace algún tiempo que no responde el mismo eco a la charanga estridente de sus ejecuciones. Sus amigos jacobinos, sus correligionarios ateístas Hébert, Chaumette, Ronsin, han enmudecido de pronto... y para siempre, pues oprime sus gargantas inesperadamente la garra implacable de Robespierre. Con hábiles cambios de postura, pasando del campo de los enardecidos al campo de los tibios, inclinándose a la derecha o a la izquierda, ha saltado repentinamente desde la sombra sobre los ultrarradicales este tigre de la moralidad. Ha conseguido que Carrier, que ahogaba en Nantes a sus víctimas con esa misma meticulosidad con que Fouché fusilaba a las suyas en Lyon, fuera citado ante la Asamblea para rendir cuentas; ha arrastrado a la guillotina, por medio de Saint-Just, en Estrasburgo, al feroz Eulogio Schneider; ha calificado oficialmente los espectáculos ateístas populares, como los celebrados por Fouché en Lyon, de verdaderas estupideces y los ha suprimido en París. Y, como siempre, los diputados obedecen temerosos a su gesto.

A Fouché le sobrecoge el temor de siempre: el temor de no estar con la mayoría. Los terroristas han caído en desgracia, ¿a qué, pues, seguir en sus filas? Lo mejor será pasar pronto a los moderados con Danton y Desmoulins, que piden un «tribunal de indulgencia»; desplegar sin tardanza la capa para que la hinche de nuevo el viento. Bruscamente, el 6 de febrero, manda suspender las mitraillades, y sólo la guillotina (de la que decía en sus libelos que trabajaba demasiado despacio) sigue cortando vacilante, dos o tres cabezas miserables por día. Verdaderamente una pequeñez, comparado con las antiguas fiestas nacionales sobre el llano de Brotteaux. En cambio, inicia con toda su energía un ataque repentino contra los radicales, contra los organizadores de sus fiestas y ejecutores de sus órdenes. Del Saulo revolucionario surge de pronto un humano San Pablo.

Rotundamente se pasa al lado contrario. Califica a los amigos de Chalier de «anarquistas y rebeldes»; disuelve bruscamente una o dos docenas de comités revolucionarios, y sucede algo muy extraordinario: los habitantes de Lyon, amedrentados, mortalmente asustados, ven de pronto en el héroe de las mitraillades, en Fouché, a su salvador. Los revolucionarios de Lyon, en cambio, escriben, una tras otra, cartas enfurecidas en las que le culpan de flojedad, de traición y de «opresión de los patriotas».

Estos cambios audaces, este pasarse osadamente en pleno día al campo contrario, estas fugas en pos del vencedor, son el secreto de Fouché en la lucha, de la que sólo así ha podido salir con vida. Ha hecho juego doble. Y si le acusan ahora en París de benevolencia exagerada, puede señalar las mil tumbas y las fachadas demolidas de Lyon. Si le acusan, por otra parte, como sanguinario, puede apoyarse en las acusaciones de los jacobinos que le culpan de su «moderación exagerada». Según sople el viento, puede sacar del bolsillo derecho una prueba de inflexibilidad y del izquierdo una prueba de humanidad; puede presentarse lo mismo como verdugo que como salvador de Lyon. Y, efectivamente, con este truco hábil de prestidigitador consigue más tarde echar toda la responsabilidad de las matanzas sobre su colega, mas franco y mas recto, sobre Collot Dherbois. Pero no a todos consigue engañar así: inflexible, vela en París Robespierre, el enemigo que no le perdona el haber suplantado a su amigo Couthon en Lyon. Desde la

Convención había observado Robespierre la duplicidad de este hombre, y persigue incorruptible todas sus vueltas y giros, aunque Fouché quiera agazaparse deprisa ante la tempestad. Y la desconfianza tiene en Robespierre garras de hierro: de ella no se libra nadie. El 22 de Germinal logra que el Comité de Salud pública expida un decreto amenazante para Fouché, en el que se le obliga a presentarse inmediatamente en París para justificar los acontecimientos de Lyon. El que sentenció cruelmente durante tres meses tiene, a su vez, que aparecer ahora ante el tribunal.
Ante el tribunal, ¿por qué? ¿Porque hizo degollar cruelmente en tres meses a dos mil franceses, como colega de Carrier y de los otros verdugos colectivos? Pero aquí surge y se pone en evidencia la genialidad de esta última maniobra, cínica y descarada, de Fouché: no, no tiene que justificarse por haber oprimido la societé populaire radical, ni por haber perseguido a los patriotas jacobinos. El mitrailleur de Lyon, el verdugo de dos mil víctimas, está acusado -inolvidable farsa de la Historia- de la falta más noble que conoce la humanidad: de piedad excesiva.

CAPÍTULO III

EL DUELO CON ROBESPIERRE(1794)

El 3 de abril se entera José Fouché de que ha sido llamado a París por el Comité de Salud pública para justificarse, y el día 5 toma el coche de viaje. Dieciséis golpes sordos acompañan su partida, dieciséis golpes de guillotina, que por última vez cumple con su cometido siniestro. Y aún en el último momento se verifican en este día dos ejecuciones más a toda prisa, dos muy extrañas. Los dos rezagados de la gran matanza que tienen que «escupir sus cabezas a la cesta», según el dicho jovial de la época, son el verdugo de Lyon y su ayudante. Los mismos que por orden de la reacción guillotinaron a Chalier y sus amigos, y que luego, por orden de la revolución, guillotinaron fríamente a los reaccionarios a centenares, caen al cabo también bajo la cuchilla. ¿Qué clase de crimen se les atribuye? No se adivina ni con la mejor voluntad. Probablemente son sacrificados únicamente para que no cuenten más de lo indispensable a los sucesores de Fouché y a la posteridad: ¡Saben demasiadas cosas sobre Lyon! ¡Y nadie sabe callar como los muertos!
Empieza a rodar el vehículo. Fouché tiene bastante en que pensar durante el viaje a París. Pero se debió consolar: nada había perdido aún. Le quedaba más de un amigo influyente en la Convención y quizá consiguiera tener a raya a Robespierre, el terrible contrincante. Pero ¿cómo puede sospechar Fouché que en esta hora predestinada de la revolución ruedan los acontecimientos con mayor rapidez que las ruedas de una diligencia de Lyon a París? ¿Cómo va a pensar que desde hace dos días está encarcelado su íntimo Chaumette; que la enorme cabeza de león de Danton fué empujada ayer mismo por Robespierre bajo la guillotina; que el mismo día vaga hambriento por las inmediaciones de París Condorcet, el jefe espiritual de la derecha, y al día siguiente se envenenara para evadir la justicia? A todos los ha derribado un sólo hombre, y este hombre es Robespierre, su adversario político más encarnizado. Hasta que no llega, a las ocho de la noche, a París, no se entera de toda la magnitud del peligro en que se ha metido. Dios sabrá lo poco que debió dormir el procónsul José Fouché en esta su primera noche en París.
A la mañana siguiente va Fouché a la Convención y espera impacientemente la apertura de la sesión. Pero, ¡cosa extraña!, el vasto salón no se llena; la mitad, más de la mitad de los asientos están vacíos. Supone que gran cantidad de diputados estará en misiones o ausente por otras causas. Pero, con todo, ¡qué vacío más llamativo allí, a la derecha, donde antaño se sentaban los jefes, los girondinos, los magníficos oradores de la

Revolución! ¿Dónde estarán? Los veintidós más audaces, Vergniaud, Brissot, Pethion..., han acabado en el patíbulo o por suicidio, o fueron destrozados en su fuga por los lobos. Sesenta y tres de sus amigos, que osaron defenderlos, han sido desterrados. De un sólo golpe tremendo se ha desembarazado Robespierre de un centenar de sus adversarios de la derecha. Pero no menos enérgicamente ha golpeado su puño en las propias filas de la «montaña»: a Danton, Desmoulins, Chabot, Hebert, Fabre d'Eglantine, Chaumette y dos docenas más, a todos los que se sublevan contra su voluntad, contra su presunción dogmática, los ha tirado al fondo de la sima. A todos los ha hecho desaparecer este hombre de menguada presencia, pequeño, delgado, de cara pálida y biliosa, de obtusa frente y de ojos pequeños, aguanosos, miopes; este hombre tanto tiempo eclipsado por las figuras gigantescas de sus antecesores. La guadaña del tiempo le ha dejado libre el camino. Desde que desaparecieron aniquilados de la joven República el tribuno Mirabeau, el rebelde Marat, el caudillo Danton, el literato Desmoulins, el orador Vergniaud y el pensador Condorcet, Robespierre lo es todo: Pontífex Máximus, dictador y triunfador. Desconcertado, mira Fouché a su adversario, alrededor del cual se apiñan con respeto todos los diputados serviles, de los que, con impasibilidad inquebrantable, se deja rendir homenaje, envuelto en su «virtud» como en una armadura, inaccesible, impenetrable, observando el campo con su mirada de miope, con la orgullosa seguridad de que ya no se levantara nadie contra su voluntad.
Pero, no obstante, uno hay que se atreve a hacerlo. Uno que ya no tiene nada que perder: José Fouché, que pide la palabra para justificar su actuación en Lyon. El hecho de justificarse ante la Convención es ya provocar al Comité de Salud pública, pues no fué la Convención, sino el Comité quien le pidió explicaciones. Pero él acude, como a la más alta, como a la verdadera última instancia, a la Asamblea de la nación. Y el presidente le concede la palabra. Ahora bien: Fouché no es un cualquiera, demasiadas veces ha sonado su nombre en esta sala; aún no están olvidados sus méritos, sus relatos y sus hechos. Fouché sube a la tribuna y lee un informe complicado. La Asamblea le escucha sin interrumpirle, sin una señal de aprobación o de desagrado. Pero al final del discurso no se mueve ni una mano.
La Convención esta atemorizada. Un año de guillotina ha enervado a todos estos hombres. Los que antaño se entregaban a sus convicciones apasionadamente, los que se echaban, ruidosos, audaces y francos, a la lucha de palabras y opiniones, no sienten ahora el deseo de manifestarse. Desde que el verdugo oprime con su garra en sus filas, como Polifermo, tan pronto a la izquierda como a la derecha; desde que la guillotina se yergue amenazante como una sombra azul tras sus palabras, prefieren callar... Se esconden uno detrás de otro; atisban a derecha e izquierda antes de hacer un gesto. Como una niebla pesada gravita el miedo gris sobre sus caras. Y nada rebaja tanto al hombre, y particularmente a la masa, como el miedo de lo invisible.
Así no se permite tampoco esta vez una opinión. ¡No mezclarse por nada en el dominio del Comité, del Tribunal invisible!
La justificación de Fouché no es refutada, no es aceptada, sino simplemente enviada al Comité para su examen; es decir, que va a parar a las manos que Fouché quiso evitar con tanta precaución. Su primera batalla está perdida.
Ahora sí que le sobrecoge a él también miedo. Ve que se ha adelantado demasiado sin conocer el terreno, y le parece mejor una retirada rápida. Antes capitular que luchar solo contra el más poderoso. Y Fouché, arrepentido, doblega la rodilla y humilla la cabeza. Aquella misma noche va a casa de Robespierre, a entrevistarse con él para rogar su perdón.
Nadie fue testigo de esta entrevista, únicamente su desenlace es conocido. Se la puede uno imaginar por analogía con aquella visita que Barras describe en sus Memorias tan

terriblemente plásticas. También tendría Fouché, antes de subir la escalera de madera de la pequeña casa burguesa de la calle Saint-Honore, donde exhibe Robespierre su virtud y su pobreza como en un escaparate, que soportar el examen de los caseros que vigilan a su dios y huésped como una presa sagrada.
También a él le recibiría Robespierre, lo mismo que a Barras, en la pequeña y estrecha habitación adornada presuntuosamente sólo con retratos suyos. Apenas le invitaría a sentarse; erguido y glacial, le trataría intencionadamente con injuriosa altanería, como a un miserable criminal. Pues este hombre, que ama exaltadamente la virtud y que está enamorado apasionada y pecaminosamente de la suya propia, ni conoce la indulgencia ni el perdón para quien haya tenido alguna vez una opinión contraria a la suya. Intolerante y fanático, como un Savonarola del racionalismo y de la «virtud», rechaza todo pacto, toda capitulación, ante sus adversarios; aún en los momentos en que la política aconsejaba el acuerdo, se resistía su odio duro y su orgullo dogmático. De lo que dijera Fouché a Robespierre en aquella ocasión y de lo que éste, como su juez, le contestara, nada sabemos. Ciertamente que no le haría objeto de un buen recibimiento, sino de una reprensión dura e inclemente, de una amenaza fría, desnuda, como una sentencia de muerte. Y cuando José Fouché, temblando de ira, baja la escalera de la casa de la rue Saint-Honoré, humillado, rechazado, amenazado, sabe que sólo podrá salvar su cabeza si consigue que caiga antes en la cesta la de Robespierre. El duelo a muerte entre Robespierre y Fouché ha comenzado.
Este duelo es sin duda uno de los episodios más interesantes y de los psíquicamente más emocionantes de la Historia y de la revolución. Ambos contendientes, inteligentes y políticos, caen, no obstante, tanto el retado como el retador, en el mismo error: se desconocen mutuamente porque creen conocerse de antiguo. Para Fouché es Robespierre todavía el abogado delgaducho y agotado que en su provincia en Arras, junto con él en el casino, gastaba pequeñas bromas y componía breves poesías dulzonas, a la manera de Grecourt, y que luego aburría a la Asamblea del 1789 con sus discursos enfáticos. Fouché no se daba cuenta, o se la dió demasiado tarde, como con un trabajo duro y tenaz, empujado por el ímpetu de la propia obra, se había transformado el demagogo Robespierre en hombre de Estado; el suave e intrigante en política, en una inteligencia aguda; el retórico, en un orador. Casi siempre la responsabilidad eleva al hombre a la grandeza; así creció Robespierre en la conciencia de su misión. En medio de ambiciosos y alborotadores, siente la salvación de la República como el problema de su vida impuesto por la Providencia. Como sagrada misión para la Humanidad, siente la necesidad de realizar su concepci0n de la República, de la revolución, de la moral y hasta de la divinidad. Esta rigidez de Robespierre constituye al mismo tiempo la belleza y la debilidad de su carácter, pues embriagado de su propia incorruptibilidad, apasionado de su dureza dogmática, considera toda opinión opuesta a la suya no sólo como algo diferente, sino como una traición. Y con el puño frío de un inquisidor, empuja a todo el que piensa de otra manera, como a un hereje, a la hoguera nueva: a la guillotina. Sin duda alguna, una idea grande y pura radica en el Robespierre de 1794. Pero se anquilosa en su espíritu. Ni él se crece con su idea ni esta germina en él (es el Destino de todas las almas dogmáticas), y esta falta de calor comunicativo, de humanidad, priva a su obra de la verdadera fuerza creadora, únicamente en la rigidez esta su fuerza, en la dureza su poder; lo dictatorial es para él sentido y forma de su vida. La revolución ha de llevar su imagen o agrietarse en ruina.
Un hombre así no tolera contradicción ni opinión opuesta a la suya en las cosas del espíritu. No tolera a nadie a su lado y menos frente a él. Sólo soporta a los hombres si reflejan, como espejos, sus propias opiniones, si son sus esclavos espirituales como Saint-Just y Couthon; a los demás los elimina inclemente con el corrosivo terrible de su

temperamento bilioso. Persiguió a los que se apartaron de su opinión, pero sobre todo -y terriblemente- a los que se opusieron a su voluntad, a los que no respetaron su infalibilidad. Y esto es lo que ha hecho José Fouché. Nunca le pidió consejo, nunca se doblegó ante el amigo de antaño; se sentó en los bancos de sus enemigos; se propasó audazmente de los límites señalados por Robespierre, de un socialismo moderado y razonable, predicando el comunismo y el ateísmo.
Pero hasta ahora no se había ocupado Robespierre seriamente de él; le parecía demasiado pequeño. Este diputado no era para él mas que el pequeño profesor de seminario que conoció aún con la sotana y luego como pretendiente de su hermana; un pequeño y ruin ambicioso que traicionó a su Dios, a su novia y a todas sus convicciones. Y le despreciaba con todo el odio típico de la rigidez contra la flexibilidad, de la convicción sin reserva contra el afán de éxito; con la desconfianza de la naturaleza religiosa contra la profana. Pero este odio aún no se ha concentrado en la persona de Fouché. Sólo le incluye en la especie, de la que es una variedad. Era demasiado altanero para reparar en él. ¿A que molestarse por un intrigante de tal calaña, que podría aplastar siempre que quisiera con el pie? Como hacía tanto tiempo que le despreciaba, sólo se había dignado Robespierre observar a Fouché; pero no le había combatido seriamente.
Ahora empiezan a darse cuenta de hasta qué punto era excesivo el desprecio mutuo que se tenían. Fouché reconoce el poder inmenso a que ha llegado Robespierre durante su ausencia. Todas las instituciones se le someten: el Ejército, la Policía, la justicia, los Comités, la Convención y los jacobinos. Luchar contra él le parece inútil. Pero Robespierre le ha obligado a la lucha y Fouché sabe que esta perdido si no vence. Siempre surge de una última desesperación una última fuerza, y así, a dos pasos del abismo, se vuelve Fouché repentinamente contra el perseguidor como un ciervo exhausto que acometiera al cazador, desde la última maleza en que se hubiese refugiado, con el valor de la desesperación.
Las primeras hostilidades las inicia Robespierre. No quiere darle más que una lección por ahora al impertinente, un aviso, un puntapié. Motivo para ello ofrece aquel discurso célebre del 5 de mayo, en que invita a todos los intelectuales de la República «a reconocer la existencia de un Ser Supremo y de la inmortalidad como potencia conductora del Universo». Nunca ha pronunciado Robespierre un discurso más impetuoso, más bello que éste, que escribió, según se dice, en la finca de Juan Jacobo Rousseau. En él se convierte el dogmático casi en poeta; el idealista turbio, en pensador. Separar la creencia de la increencia y, por otra parte, de la superstición; crear una religión que se eleve, por un lado, sobre el cristianismo corriente, adorador de imágenes, e igualmente sobre el puro materialismo y el ateísmo, o sea mantenerse en un termino medio, según procura siempre en todas las cuestiones espirituales, es lo que constituye la idea fundamental de su discurso, que, a pesar de su fraseología rimbombante, esta poseído de verdadera ética y de una voluntad apasionada de humana elevación. Pero ni en esta esfera elevada se puede librar de lo político; hasta en las ideas eternas mezcla su rencor bilioso y sus ataques personales. Con odio recuerda a los muertos que él mismo empujo a la guillotina y se burla de las víctimas de su política, de Danton y de Chaumette, como de despreciables ejemplos de inmoralidad y ateísmo. Y repentinamente, con un golpe que da en el corazón, se vuelve contra el único de los predicadores ateístas que han sobrevivido a su ira, contra José Fouché: «Dinos, ¿quien te ha encomendado la misión de anunciar al pueblo que no hay ninguna deidad? ¿Que ventajas ves en inculcar a los hombres que una fuerza ciega decide su destino, que castiga por pura casualidad tanto la virtud como el pecado, y que su alma no es más que débil aliento que se apaga en el umbral de la tumba? Desgraciado sofista, ¿con que

derecho te atreves a arrancar a la inocencia el cetro de la razón, para ponerlo en manos del pecado? ¿A echarle encima a la Naturaleza un manto mortuorio, hacer mas desesperante la desgracia, disculpar el crimen, oscurecer la virtud y rebajar la humanidad ... ? Solo un criminal despreciable ante sí mismo, repugnante a los demás, puede creer que la Naturaleza no nos puede ofrecer nada más bello que la nada».
Inmenso aplauso premia el grandioso discurso de Robespierre. Por una vez se siente la Convención elevada sobre las bajezas de la lucha cotidiana y unánimemente acuerda la fiesta propuesta por Robespierre en honor del Ser Supremo, únicamente José Fouché queda mudo y se muerde los labios. Ante un triunfo así de su adversario hay que callar. Sabe que no se puede medir públicamente con este retórico magistral. Sin palabras, pálido, recibe esta derrota en pública Asamblea, decidido tan sólo a vengarse, a desquitarse.
Durante días, durante semanas no se oye nada de Fouché. Robespierre cree que ha acabado con él; el puntapié parece haber bastado al insolente. Pero cuando Fouché está invisible, cuando de él nada se oye ni se sabe, es porque trabaja subterráneamente, obstinado, metódico, como un topo. Hace visitas a los Comités, busca amistades entre los diputados, es amable y afectuoso con todo el mundo y a todo el mundo procura atraerse. Intensamente se mueve entre los jacobinos, donde vale mucho la palabra hábil y suave, donde sus proezas de Lyon le han favorecido bastante. Nadie sabe claramente lo que quiere, lo que proyecta, lo que va a hacer este hombre insignificante y atareado, que urde y trama por todas partes.
Y de pronto se hace la claridad en forma inesperada para todo el mundo, y más que para nadie para Robespierre. El 18 de Prairial es elegido José Fouché, por gran mayoría de votos, presidente del club de los jacobinos.
Robespierre se estremece; ni él ni nadie esperaba cosa semejante. Ahora reconoce con que contrincante tan astuto y audaz tiene que entendérselas. Hacía dos años que no le había pasado nada parecido: que un hombre atacado públicamente por él se atreviera aún a sostenerse. Todos habían desaparecido rápidamente apenas su mirada llegó a rozarlos. Danton se había fugado a su finca; los girondinos habían huido a las provincias; otros se quedaban en sus casas y no daban signos de vida. ¡Y este cínico, por él señalado en la Asamblea Nacional públicamente como impuro, se refugia en el santuario, en el sagrario de la revolución, en el club de los jacobinos y gana allí subrepticiamente la más alta dignidad que puede ser otorgada a un patriota!
No debe olvidarse la fuerza moral gigantesca que tiene en sus manos este club, precisamente en el último año de la revolución.
La prueba decisiva, la piedra de toque del patriota, consiste en que el club de los jacobinos le honre con su admisión. Al que expulsa de su seno, en cambio, al que excluye, ése siente la amenaza de la cuchilla sobre su cabeza. Generales, caudillos populares, políticos, todos doblan la cerviz ante este Tribunal en última instancia de la ciudadanía. Vienen a ser los miembros de este club una especie de pretorianos de la revolución, la Guardia de Corps de la casa sagrada. Y estos pretorianos, los más severos, los más fieles, los más inflexibles de los republicanos, han elegido por jefe a José Fouché. La ira de Robespierre no tiene límites. Es demasiado fuerte que este canalla se entre en sus dominios, se instale precisamente en el sitio adonde él recurre contra sus enemigos, donde intensifica su propia fuerza, en el círculo de los fieles. ¿Y ahora habrá de pedir permiso a un José Fouché cuando quiera pronunciar un discurso? ¿Habrá de someterse él, Maximiliano Robespierre, al capricho favorable o adverso de un José Fouché?
Robespierre concentra toda su energía. Esta derrota tiene que ser vengada con sangre. ¡Fuera con él inmediatamente, no sólo de la silla presidencial, sino de la sociedad de los

patriotas! Enseguida le echa a Fouché unos ciudadanos de Lyon que llevan queja contra él, y cuando éste, sorprendido, cobarde, como siempre, en la disputa pública, se defiende torpemente, interviene Robespierre y advierte a los jacobinos «que no se dejen engañar por impostores». Ya con esto consigue casi derribar a Fouché al primer golpe. Pero aún tiene Fouché la Presidencia en sus manos y con ella el medio de terminar antes de tiempo el debate. Con muy poca gallardía corta la discusión y se retira a la oscuridad para preparar un nuevo ataque.

Sin embargo, ya sabe Robespierre con quién trata. Ha sorprendido el método de lucha de Fouché; sabe que es hombre que no da la cara en el desafío, sino que se retira siempre para preparar desde la sombra sus ataques traicioneros. No basta pegar y fustigar a un intrigante tan tenaz, hay que perseguirle hasta su última guarida y aplastarle con el pie; hay que meterle el resuello en el cuerpo; hay que inutilizarle definitivamente y para siempre.

Por eso se echa Robespierre sobre él. Repite su acusación pública contra él ante los jacobinos y pide que aparezca Fouché en la próxima sesión para justificarse. Naturalmente, Fouché no va. Conoce demasiado bien su lado fuerte y su lado flaco; no quiere darle a Robespierre públicamente la satisfacción de que se complazca en rebajarle ante tres mil personas. Mejor volver a la oscuridad, mejor dejarse vencer y mientras tanto ganar tiempo. Tiempo precioso. Por eso escribe muy amable a los jacobinos que siente tener que renunciar a excusarse públicamente. Hasta que no hayan decidido los dos Comités sobre su actitud, ruega sea aplazado el juicio sobre él.

Sobre esta carta se echa Robespierre como sobre una presa. Ha llegado el momento de cogerle, de aniquilarle definitivamente. El discurso que pronunció el 23 de Mesidor (11 de junio) contra José Fouché es el ataque más encarnizado, el más peligroso, el más lleno de bilis con que fustigó jamás Robespierre a un adversario.

Ya desde las primeras palabras se ve que Robespierre no quiere herir a su enemigo: quiere matarle. No quiere humillarle, sino aplastarle. Comienza con tranquilidad fingida. La primera declaración suena aún muy tibia. El «individuo» Fouché no le interesa en absoluto. «Tenía antes con él ciertas conexiones, porque le consideraba patriota; más si ahora le acuso aquí es, más que por sus crímenes, porque se esconde para cometer otros y porque le considero jefe del complot que tenemos que deshacer. Ante la carta que acaba de ser leída, digo que ha sido escrita por un hombre que, estando acusado, se niega a justificarse ante sus conciudadanos. Esto supone el principio de un sistema de tiranía, pues el que se niega a justificarse ante la comunidad popular, a que pertenece como miembro, ataca la autoridad de esta organización. Es asombroso que el mismo que antes se esforzaba por alcanzar la benevolencia de la sociedad, la desprecie cuando se ve acusado, y que se presente implorando, en cierto modo, la ayuda de la Convención contra los jacobinos.» Súbitamente surge el odio personal; hasta en la fealdad Física de Fouché encuentra motivo para denigrarle: «¿Teme, acaso -dijo sarcástico-, los ojos y los oídos del pueblo? ¿Teme que su triste presencia delate demasiado claramente su crimen? ¿Teme que seis mil miradas enfocadas sobre él descubran toda su alma en sus pupilas, a pesar de que la Naturaleza las haya dotado de falsía y disimulo? ¿Teme que su lengua descubra la confusión y la contradicción del culpable? Toda persona razonable ha de reconocer que el miedo es el único motivo de su actitud, y todo el que teme las miradas de sus conciudadanos es culpable. Yo requiero aquí a Fouché, ante el tribunal. Que se justifique y diga quién ha mantenido más dignamente los derechos de la representación del pueblo, él o nosotros, y quién de nosotros aniquiló mas bravamente las parcialidades.» Aún le llama «bajo y despreciable impostor», cuya actitud es la confesión de sus crímenes, y habla con pérfida insinuación de «hombres cuyas manos están llenas de botín y de crímenes».

Termina con estas palabras amenazadoras: «Fouché se ha caracterizado lo bastante a sí mismo; he hecho esta advertencia únicamente para que sepan los conspiradores, para siempre, que no han de escapar a la vigilancia del pueblo».
Aunque estas palabras anuncian claramente una sentencia de muerte, obedece la Asamblea a Robespierre. Y sin vacilación expulsa, como indigno del club de los jacobinos, a su antiguo presidente.
Ya está José Fouché predestinado a la guillotina como un tronco de árbol que espera el golpe del hacha. La exclusión del club de los jacobinos supone el estigma y la acusación de Robespierre, y tan enconada actitud equivale a segura condenación.
Fouché está amortajado en pleno día. Todos esperan a cada momento su detención, y él más que nadie. Ya no duerme en su casa, en su propia cama, por miedo de ser sacado, como Danton y Desmoulins, a medianoche del hogar por los gendarmes. Se oculta en casa de unos amigos valerosos, pues valor es preciso para cobijar a un proscrito oficialmente, y hasta supone valor hablar públicamente con él. La Policía sigue cada uno de sus pasos, dirigida por Robespierre, y da cuenta de sus relaciones, de sus visitas. Invisiblemente esta cercado, trabado en sus movimientos, entregado ya al cuchillo.
De los setecientos diputados es Fouché el más amenazado, y no hay posibilidad de salvación para él. Ha probado una vez más a agarrarse a alguna parte: a los jacobinos; pero el puño feroz de Robespierre le ha arrancado de este asidero. Lleva en realidad la cabeza prestada sobre sus hombros. Pues ¿qué puede esperar de la Convención, de esta cobarde y amedrentada horda de borregos, que bala invariablemente un «sí» en cuanto pide el Comité una víctima de su seno para la guillotina? Ha entregado a todos sus antiguos jefes, sin resistencia, al Tribunal de la revolución: a Danton, a Desmoulins, a Vergniaud, sólo para no hacerse sospechoso con su resistencia. ¿Y por qué no Fouché? Mudos, miedosos, estupefactos, están en sus bancos los que fueron antaño tan bravos y apasionados. Ese veneno horrendo, enervante, aniquilador de almas, el miedo, paraliza su voluntad.
Pero siempre ha sido el secreto del veneno el encerrar virtud curativa si se le sabe destilar, si se estrujan sus fuerzas ocultas.
Y así puede ser, paradójicamente, también en esta ocasión, precisamente el miedo a Robespierre la salvación de quienes le temen. No se le perdona a un hombre durante semanas, durante meses, la imposición del miedo que destroza el alma con la incertidumbre y paraliza la voluntad; nunca ha podido soportar largo tiempo la Humanidad, o una parte de la Humanidad por lo menos, la dictadura de un sólo hombre sin odiarla. Y este odio de los subyugados fermenta subterráneamente en todos los círculos. Cincuenta, sesenta diputados que, como Fouché, ya no se atreven a dominar en su casa, se muerden los labios cuando Robespierre pasa junto a ellos; muchos cierran los puños a la espalda, mientras vitorean sus discursos. Cuanto más duramente y más tiempo domina el incorruptible, más crece la antipatía contra la voluntad desmedida. Poco a poco los ha herido y ofendido a todos: al ala derecha, porque llevó al patíbulo a los girondinos; a la izquierda, porque echó al cesto las cabezas de los extremistas; al Comité de Salud pública, porque le impuso su voluntad; a los negociantes, porque amenazaba sus negocios; a los ambiciosos, porque obstruía su camino; a los envidiosos, porque gobierna, y a los oportunistas, porque no se alía a ellos.
Si se consiguiera reunir en una voluntad y un puñal este odio de cien cabezas, esta cobardía dispersa en un puñal cuyo golpe penetrara en el corazón de Robespierre, estarían todos salvados: Fouché, Barras, Tallien, Carnot, todos sus enemigos secretos. Pero para alcanzar esto habría que llevar a muchos de estos caracteres débiles la convicción de que están amenazados por Robespierre; habría que agrandar aún la esfera del miedo y desconfianza, aumentar artificialmente la tensión. Habría que hacer pesar

más aún el bochorno angustioso, esa presión de incertidumbre de los discursos tenebrosos de Robespierre sobre los nervios de cada uno, el terror mas terrible, el miedo más miedoso; entonces quizá sería la masa lo bastante valiente para acometer al solitario.
Aquí comienza la verdadera actividad de Fouché. Desde la madrugada hasta la alta noche se arrastra de un diputado a otro, murmurando de las nuevas y extensas listas misteriosas que prepara Robespierre, y a cada uno le susurra: «Tú estás en la lista», o «Tu irás con la carga siguiente». Y, efectivamente, así se propaga poco a poco, subterráneamente, un miedo tremendo.
Y es que ante un Catón así, ante una incorruptibilidad tan ilimitada, la mayor parte de los diputados no tienen la conciencia completamente limpia. El uno ha obrado algo descuidadamente en asuntos financieros; el segundo ha contradicho alguna vez a Robespierre; el tercero se ha ocupado por demás de mujeres (todo son crímenes a los ojos de este puritano de la República); el cuarto ha cultivado alguna vez la amistad de Danton o de algún otro de los ciento cincuenta condenados; el quinto ha ocultado a un condenado; el sexto ha recibido una carta de un emigrado... En fin, todos tiemblan; todos temen un posible ataque; ninguno se siente lo bastante puro para responder plenamente a las exigencias demasiado severas que Robespierre pide a la virtud ciudadana. Fouché va de uno a otro, como lanzadera en el telar, tendiendo siempre nuevos hilos, anudando nuevos puntos, captando nuevos diputados en esta tela de araña de desconfianza y sospechas. Pues es un juego peligroso, es muy sutil la tela de araña, y un solo gesto brusco de Robespierre, una sola palabra de traición, puede romper su tejido.
Este papel misterioso, desesperado, peligroso y «de segundo término» que Fouché desempeña en la conspiración contra Robespierre no ha sido acusado suficientemente en la mayoría de las descripciones. En muchas, en las mas superficiales, ni se le nombra. La Historia se escribe casi siempre según las apariencias, y los cronistas de aquellos últimos días emocionantes señalan tan solo el gesto dramático-patético de Tallien, que maneja en la tribuna el puñal con que se quiere herir, y la energía brusca de Barras, que reúne las tropas, y la acusación de Bourdon; en fin, presentan a los actores del gran drama que se desarrolla el 9 de Termidor y no reparan en Fouché. Éste no ha trabajado, en efecto, aquellos días sobre el escenario de la Convención. Su trabajo se desarrolló entre bastidores; fué el más difícil, el de régisseur, de director de escena en este juego audaz y peligroso. Ha delineado las escenas y entrenado a los actores; ha ensayado, invisible, en la oscuridad, y ha dado la réplica en la oscuridad también. Ha estado en su verdadero papel. Pero si pasó inadvertida su actuación a los historiadores, hubo alguien consciente de su presencia y de su actividad: Robespierre. A la luz del día le designó con su verdadero nombre: Chef de la Conspiration.
Que se prepara algo en secreto contra él lo presiente muy bien este espíritu desconfiado y receloso en la resistencia repentina de los Comités, y mas claramente quizás en la amabilidad y sumisión extrema de algunos diputados que sabe son sus enemigos. Algún golpe, desde la sombra, siente Robespierre que se prepara; conoce también la mano que ha de dirigirlo; conoce al Chef de la Conspiration, y está sobre aviso. Cautelosamente exploran sus tentáculos: una policía propia, espías particulares, que le comunican, paso por paso, las gestiones, las reuniones, las conversaciones de Tallien, de Fouché y de los demás conspiradores. Cartas anónimas le previenen o le excitan a posesionarse pronto de la dictadura y a derribar a los enemigos antes de que se puedan reunir. Y para confundirlos y engañarlos a su vez, se pone repentinamente la mascara de la indiferencia contra el Poder político. No se presenta ya en la Convención, ni en el Comité. Acompañado de su gran perro de Terranova se le ve solo, un libro en la mano,

con los labios apretados, vagar por la calle o por los cercanos bosques, ocupado, en apariencia únicamente, con sus amados filósofos e indiferente contra el Poder. Pero cuando regresa de noche a su habitación lima horas enteras en su gran discurso. Infinitamente trabaja en él: el manuscrito muestra innumerables correcciones y añadiduras. Pues este discurso decisivo y grande, con el que quiere estrellar a todos sus enemigos de una vez, debe surgir inesperadamente, afilado como un hacha, lleno de ímpetu retórico, brillante de ingenio y pulido de odio. Con esta arma quiere atacar repentinamente a los sorprendidos antes de que se puedan entender y reunir Todo es poco para afilar su corte y envenenarlo mortalmente, y en este trabajo macabro pasa largos y preciosos días.
Pero no hay que perder más tiempo; cada vez con más urgencia le comunican los espías secretos conciliábulos. El 5 de Termidor cae en manos de Robespierre una carta de Fouché dirigida a su hermana, en la que dice misteriosamente: «No tengo que temer nada de las calumnias de Maximiliano Robespierre..., dentro de poco oirás el desenlace de este asunto, el que espero resulte ventajoso para la República». «Dentro de poco», pues, Robespierre esta prevenido. Hace venir a su amigo Saint-Just y se encierra con él en su estrecha buhardilla de la rue Saint-Honore. Allí se designa el día y el modo del ataque. El 2 de Termidor debe Robespierre sorprender y paralizar a la Convención con su discurso, y el 9 pedir Saint-Just las cabezas de sus enemigos, de los obstinados del Comité y, sobre todo, la de José Fouché.
La expectación era ya casi insoportable. También los conspiradores sienten el rayo en las nubes. Pero aún vacilan en atacar al hombre más poderoso de Francia, que tiene en sus manos todas las potencias: la administración municipal y el ejército, los jacobinos y el pueblo, la gloria y la fuerza de un nombre intachable. Aún no se tienen por bastante seguros, por bastante numerosos, por bastante decididos, por bastante audaces para acometer a este gigante de la revolución en batalla abierta, y se van enfriando algunos y hablan de retirada y reconciliación. La conspiración, muñida trabajosamente, amenaza con deshacerse.
En este momento pone la Providencia, mas genial que todos los poetas, un peso decisivo en el platillo de la balanza oscilante. Y es precisamente Fouché el predestinado a hacer estallar la mina. En estos días le ocurre a este perseguido hasta la desesperación, amenazado a cada momento por el rayo del cuchillo, una última y extrema desgracia en su vida privada, más fuerte que las desdichas de su suerte política. Duro, frío, intrigante e incomunicativo en público y en la política, es este hombre singular en el hogar el esposo mas afectivo, el padre de familia mas tierno. Ama apasionadamente a su mujer, horriblemente fea, y ama sobre todo a su hijita, nacida en los días del preconsulado, bautizada por su propia mano, en la plaza de Nevers, con el nombre de «Nievre». Esta niña, tierna, pálida, SU ídolo, enferma repentinamente en aquellos días de Termidor, y a las preocupaciones por su propia vida en peligro se suma la zozobra por la vida de su hijita. Prueba cruel: saber que el ser querido, débil, enfermo del pecho, está solo con su mujer y no poder, acosado por Robespierre, velar junto al lecho de su hija moribunda. Ha de ocultarse en hogares extraños, en buhardillas. En vez de dedicarse a ella y respirar su aliento expirante, ha de correr sobre brasas, ir de un diputado a otro, mentir, implorar, conjurar, defender su propia vida. El espíritu atribulado, el corazón destrozado: así vaga el infeliz en los días ardientes de julio (el mas caluroso desde hace muchos años), incansable, de un lado a otro por el escenario político, sin ver como sufre y muere su niña amada.
El 5 ó el 6 de Termidor acaba esta dura prueba. Fouché acompaña un pequeño ataúd al cementerio: la niña ha muerto. Estas pruebas endurecen. Presente en la imaginación la muerte de su hija, no teme por su propia vida. Una nueva audacia, la audacia de la

desesperación fortalece su voluntad. Y cuando titubean aún los conspiradores y quieren aplazar la lucha, entonces dice por fin él, Fouché, que ya no tiene que perder en la tierra más que su vida, la frase decisiva: «Mañana hay que dar el golpe». Y esta frase fue pronunciada el 7 de Termidor.

La mañana del 8 de Termidor comienza. Día histórico. De madrugada ya pesa el cielo despejado de julio, ardiente, sobre la ciudad despreocupada. Y únicamente en la Convención reina, desde muy temprano, una actividad extraña: en los rincones se juntan los diputados y murmuran; nunca se había visto tanta gente extraña y tanto curioso en los corredores y en las tribunas.

El misterio y la expectación fluyen incorpóreos por el espacio; de manera inexplicable se ha divulgado el rumor de que hoy ha de ajustar Robespierre cuentas con sus enemigos. quizás acechó alguien a Saint-Just y observó cómo regresaba de noche de la habitación cerrada; en la Convención se conoce demasiado bien el efecto de estos consejos secretos. ¿O es que tiene, por otra parte, Robespierre noticia de los proyectos bélicos de sus adversarios?

Todos los conjurados, todos los que se saben amenazados, examinan, medrosos, las caras de sus colegas: ¿Habrá revelado alguno -¿quién?- el secreto peligroso? ¿Se les adelantará Robespierre o le podrán aplastar antes de que tome la palabra? ¿Los abandonará o los protegerá la masa insegura y cobarde de la mayoría, le marais? Todos vacilan y se sobrecogen. Igual que el bochorno del cielo gris-plomo sobre la ciudad, pesa la inquietud psíquica, amenazante, sobre la Asamblea.

Y, efectivamente, apenas se abre la sesión, hace uso Robespierre de la palabra. Se ha ataviado solemnemente, como para la fiesta aquella del Ser Supremo. Lleva el ya histórico traje celeste con las medias blancas de seda, y despacio, con solemnidad intencionada, sube a la tribuna. Sólo que esta vez no lleva en la mano una antorcha, sino, como los lictores el mango de su hacha, un voluminoso rollo de papel: su discurso. Saber alguno su nombre en estas hojas cerradas es tanto como saber su propia perdición. Por eso cesan repentinamente, como cortados, charlas y murmullos en los bancos. Del jardín, de las tribunas, se apresuran a entrar los diputados y toman asiento en sus sitios. Cada uno examina temeroso la expresión de esta cara delgada, tan conocida. Pero glacial, encerrado en sí mismo, impenetrable a toda curiosidad, despliega Robespierre lentamente su discurso en la tribuna. Antes de comenzar a leer, con sus ojos miopes, levanta, para aumentar la expectación, la mirada; la dirige de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de arriba abajo, de abajo arriba, despacio, frío y amenazante sobre la Asamblea casi narcotizada. Allí están sentados sus pocos amigos, la muchedumbre numerosa de los indecisos y el montón cobarde de los conjurados que acecha su perdición. Los mira cara a cara. Pero hay uno a quien no ve. Uno sólo de sus enemigos falta en esta hora decisiva: José Fouché.

Y cosa extraña: sólo el nombre del ausente, el nombre de José Fouché, es mencionado en el debate, y en su nombre precisamente se enciende la lucha postrera, la decisiva. Robespierre habla largo tiempo, extensamente, fatigosamente; según su antigua costumbre, deja gravitar el hacha siempre sobre los innominados, habla de conspiraciones y conjuraciones, de indignos y de criminales, de traidores y maquinaciones; pero no pronuncia ningún nombre. Le basta con hipnotizar a la Asamblea: el golpe mortal lo dará mañana Saint-Just contra las víctimas paralizadas. Durante tres horas deja alargarse en el vacío su discurso vago y retórico. Y cuando por fin termina, está la Asamblea más enervada que asustada.

Por lo pronto no se mueve ni una mano. La incertidumbre pesa sobre todos. Nadie puede decir si este silencio afirma una derrota o una victoria: la discusión habrá de decidirlo.

Por fin pide uno de sus satélites que la Convención acuerde la impresión del discurso y con ello su aprobación. Nadie se opone. Cobarde, sumisa y, en cierto modo, satisfecha de que hoy no hayan pedido nuevas cabezas, nuevas detenciones, nuevas reducciones, aprueba la mayoría. Pero en el último momento se lanza uno de los conspiradores -el nombre pertenece a la Historia: Bourdon de I'Oise- y habla contra la impresión del discurso, y esta sola voz desentumece las demás. Los cobardes se agrupan poco a poco, se agavillan y se unen en un acto de valor desesperado; uno tras otro culpan a Robespierre de haber formulado sus declaraciones y sus amenazas demasiado confusamente: que diga, por fin, con claridad, a quien acusa efectivamente. En un cuarto de hora ha variado la escena; Robespierre, el agresor, se reduce a defenderse, debilita su discurso en vez de reforzarlo, declara no haber acusado a nadie ni culpado a nadie.
En este momento suena repentinamente una voz, la de un diputado insignificante, que grita: ¿Es Fouché? - ¿Y Fouché? - Se ha pronunciado el nombre: el nombre del señalado como jefe de la conspiración, como traidor de la revolución. Ahora podría, ahora debiera dar el golpe Robespierre. Pero, cosa extraña, inexplicablemente extraña, Robespierre elude la respuesta: «No quiero ocuparme ahora de él, obedezco solamente a la voz de mi conciencia».
Esta contestación evasiva de Robespierre pertenece a los secretos que se llevó a la tumba. ¿Por qué respeta, en este momento de vida o muerte, a su enemigo más cruel? ¿Por qué no le deshace, por qué no ataca al ausente, al único ausente?
¿Por qué no libra con ello de la opresión del miedo a todos los demás que se sienten atemorizados y que entregarían, sin duda, a Fouché para salvarse ellos? La misma noche -así afirma Saint-Just- había intentado Fouché acercarse nuevamente a Robespierre. ¿Es un ardid o es verdad? Varios testigos pretenden haberle visto en estos días sentado en un banco con Carlota Robespierre, su antigua novia: ¿ha intentado verdaderamente una vez mas persuadir a la solterona para que intercediera cerca de su hermano? ¿Quiso, efectivamente, el desesperado traicionar a los conspiradores para salvar la propia cabeza? ¿O quiso, para confiar a Robespierre y velar la conspiración, fingirle arrepentimiento y sumisión? ¿Ha hecho también esta vez, como mil veces, doble juego este tahúr? ¿Y estaba, talvez, dispuesto, para sostenerse, el incorruptible y amenazado Robespierre, a respetar en aquella hora a su más odiado enemigo? ¿Fué este evitar una acusación de Fouché señal de un acuerdo secreto o fué solo un recurso?
No se sabe. Alrededor de la figura de Robespierre se cierne todavía hoy, al cabo de tantos años, una sombra de misterio.
Nunca adivinará por completo la Historia a este hombre impenetrable. Nunca se sabrán sus últimos pensamientos: si quiso verdaderamente la Dictadura para él o la República para todos; si quiso salvar la República o heredarla, como Napoleón. Nadie conoció sus pensamientos más secretos, los pensamientos de su última noche: del 8 al 9 de Termidor.
Porque es, efectivamente, su última noche: en ella decide la suerte. Ala luz de la luna la noche sofocante de julio brilla, pulida, la guillotina. ¿Partirá mañana su filo frío las vértebras al triunvirato Tallien, Barras y Fouché o caerá sobre Robespierre? Ni uno sólo de los seiscientos diputados se acuesta esta noche. Ambos partidos preparan la lucha final.
Robespierre ha ido desde la Convención a los jacobinos; ante velas de cera oscilantes, temblando de emoción, les lee su discurso, rechazado por los diputados. Frenético aplauso le rodea nuevamente, por última vez; pero él, lleno de presentimiento amargo, no se deja engañar por el entusiasmo de los tres mil que le rodean y califica de testamento su discurso. Mientras tanto, lucha su escudero Saint-Just en el Comité hasta

la madrugada, como un desesperado, contra Collot, Carnot y los demás conjurados, al mismo tiempo que se teje en los pasillos de la Convención la red que ha de apresar mañana a Robespierre. Dos, tres veces, como la lanzadera en el telar, van los hilos de derecha a izquierda, del partido de la «montaña» a la vieja reacción; hasta que por fin, al amanecer, se ha tramado, firme, irrompible, el pacto. Aquí aparece repentinamente Fouché, pues la noche es su elemento, la intriga su verdadera esfera. Su cara color plomo, blanqueada aún más por el miedo, pulula espectralmente por los salones poco iluminados. Susurra, adula, promete, asusta, amedrenta y amenaza aquí y allá, y no descansa hasta que no se cierra el pacto. A las dos de la madrugada están de acuerdo, por fin, todos los adversarios para aniquilar al enemigo común: a Robespierre. Fouché puede descansar ya.
También esta ausente Fouché de la sesión del 9 de Termidor. Pero puede descansar, puede faltar: su obra está hecha, la red anudada, y decidida por fin la mayoría a no dejar escapar con vida al demasiado peligroso, al demasiado fuerte. Apenas empieza Saint-Just, el escudero de Robespierre la discusión mortífera preparada contra los conspiradores, le interrumpe Tallien, pues han acordado no dejar hablar a ninguno de los oradores peligrosos: Saint-Just y Robespierre. Hay que estrangularlos antes de que puedan hablar, antes de que puedan acusar. Y así se apresuran los oradores, hábilmente dirigidos por el propicio presidente, uno tras otro, a la tribuna, y cuando Robespierre quiere defenderse, gritan, chillan y patalean, ahogando su voz. La cobardía contenida de seiscientas almas inseguras, el odio y la envidia acumulados en semanas y meses, se echan ahora en contra del hombre ante quien temblaron todos. A las seis de la tarde todo esta decidido. Robespierre ha sido proscrito y es conducido a la cárcel. Es inútil que sus amigos, los verdaderos revolucionarios que ven en él el alma apasionada y dura de la República y le admiran, quieran liberarle y le busquen refugio en el Ayuntamiento: por la noche conquistan las tropas de la Convención esta Acrópolis de la revolución y a las dos de la madrugada -veinticuatro horas después de haber sellado Fouché y los suyos el pacto de su aniquilación- Maximiliano Robespierre, el enemigo de Fouché y, ayer aún, el hombre más poderoso de Francia, estaba tendido, ensangrentado, con la mandíbula destrozada, sobre dos sillones en la antesala de la Convención. Se ha dado caza a la pieza mayor. Fouché esta salvado. A la tarde siguiente rueda el carro camino de la plaza del suplicio. El terror ha terminado; pero el espíritu fogoso de la revolución se ha apagado también, pasó la era heroica. Ha llegado la hora de la herencia, la hora de los aventureros, de los ambiciosos, de los ansiosos de botín, de las almas equívocas, de los generales y de los negociantes; la hora de los nuevos gremios. Puede esperarse que haya llegado también la hora de José Fouché.
Mientras el carro conduce lentamente a la guillotina a Maximiliano Robespierre y los suyos por la rue Saint-Honoré, el camino trágico de Luis XVI, de Danton y Desmoulins, y de seis mil víctimas más, se manifiesta con estrépito y entusiasmo la curiosidad de la multitud. Las ejecuciones vuelven a ser fiestas populares: banderas y gallardetes ondean sobre los tejados, de balcones y ventanas salen gritos de alegría, una ola de júbilo brama sobre París. Cuando cae en el cesto la cabeza de Robespierre truena la plaza gigantesca en un grito único, estático, de júbilo. Los conjurados se asombran: ¿por qué se alegra el pueblo tan apasionadamente con la ejecución de este hombre, al que París, al que Francia adoraba aún ayer como a un Dios? Y se admiran aún más cuando, a la entrada de la Convención, una multitud alborotada recibe a Tallien y Barras con aclamaciones y admiración como verdugos del tirano, como vencedores del terror. Y esto los sume en perplejidad, porque, al aniquilar a este hombre superior, solo han querido desembarazarse de un modelo de virtud incómodo, que los espiaba demasiado; pero nadie había pensado en dejar enfriar la guillotina, en terminar con el terror. Mas ante el

hecho de la repugnancia que han llegado a inspirar las matanzas colectivas, y conscientes los conspiradores de las simpatías que pueden atraerse convirtiendo a posteriori su impulso íntimo de venganza contra Robespierre en un acto de humanidad, deciden, con súbito acuerdo, aprovechar esta falsa interpretación popular. Sostendrán en adelante que todos los desafueros de la Revolución los tiene sobre la conciencia únicamente Robespierre, que desde los fosos de cal no puede defenderse, y que ellos fueron siempre apóstoles de la dulzura, enemigos de toda dureza y exageración.
No la ejecución de Robespierre, sino la actitud cobarde y mentirosa de sus sucesores, da al 9 de Termidor su sentido histórico, pues hasta aquel día había reclamado para sí la Revolución todos los derechos, había tomado sobre sí tranquilamente toda la responsabilidad... A partir de este día, en cambio, confiesa temerosa haber cometido también equivocaciones, y por boca de sus caudillos empieza a renegar de sí misma. Pero todo credo espiritual, toda concepción vital queda rota en sus más íntimas potencias tan pronto como se niega su derecho absoluto, su infalibilidad. Y al ultrajar los tristes vencedores Tallien y Barras los cuerpos sin vida de sus grandes antecesores, Danton y Robespierre, como cadáveres de asesinos, y al sentarse miedosamente en los bancos de las derechas, de los moderados, con los enemigos secretos de la República, no traicionan solamente la Historia y el espíritu de la Revolución, sino a sí mismos.
Todos esperan ver al lado de estos a Fouché, el conjurado principal, al enemigo más cruel de Robespierre, el más amenazado, el Chef de la Conspiration, pues bien había ganado el derecho a una substanciosa parte del botín. Pero, cosa extraña, Fouché no se sienta con los otros en los bancos de las derechas, sino en su antiguo sitio, en la «montaña», con los radicales. Y se envuelve en silencio. Por primera vez, es sorprendente, no va con la mayoría.
¿Por qué obra Fouché con semejante obstinación? Se lo preguntaron muchos entonces, y se lo han preguntado más tarde algunos. La contestación es sencilla: porque piensa más razonable y perspicazmente que los demás; porque su inteligencia superior de político prevé mas profundamente la situación que la frágil mentalidad de un Tallien o un Barras, a los que únicamente da el peligro una energía momentánea. El antiguo profesor de Física conoce la ley cinética, según la cual una onda no puede tenerse rígida en el aire. Tiene -lo sabe muy bien- que seguir un movimiento de flujo o de reflujo. Si ahora comienza, pues, el reflujo, es que se inicia una reacción y ésta no podrá detener su impulso, como no pudo detenerlo antes la revolución; irá, lo mismo que aquélla, hasta lo último, hasta el extremo, hasta la violencia. Pero entonces se romperá inevitablemente este pacto anudado a toda prisa; si vence, pues, la reacción, están perdidos todos los paladines de la revolución. Con las ideas nuevas cambia también peligrosamente la medida del juicio para los hechos de ayer. Lo que ayer era deber y atributo de virtud republicana -por ejemplo, matar a tiros a mil seiscientos hombres y saquear las iglesias-, será entonces necesariamente considerado como un crimen; los acusadores de ayer serán los acusados de mañana. Fouché, que tiene bastante sobre su conciencia, no quiere compartir el enorme error de los demás termidoristas (así se llaman los aniquiladores de Robespierre), que se agarran temerosamente a la rueda de la reacción..., sabe que de nada ha de servirles; si la reacción se pone en movimiento nuevamente, los arrastrara a todos consigo, únicamente por prudencia y perspicacia permanece Fouché fiel a las izquierdas, a los radicales. Ve muy claramente que pronto estará amenazada la cerviz de los más audaces precisamente.
Y Fouché tiene razón. Para hacerse populares, para afirmar una humanidad que no existió nunca, sacrifican los termidoristas a los más enérgicos de los procónsules; hacen ejecutar a Carrier, que ahogó seis mil personas en el Loire; a José Lebon, el tribuno de Arras, y a Fouquier-Tinville. Hacen volver -para agradar a las derechas- a los setenta y

tres miembros expulsados de la Gironde y se dan cuenta demasiado tarde de que con este esfuerzo de la reacción quedan ellos mismos aprisionados por ella. Tienen que acusar ahora obedientemente a sus propios coadjutores contra Robespierre, a Billaud-Verenne y a Collot d'Herbois, el colega de Fouché en Lyon. Cada vez se cierne más amenazadora la sombra de la reacción sobre Fouché. Por esta vez logra salvarse negando cobardemente toda complicidad en lo de Lyon (aunque no había una hoja en que no fuera su firma junto a la de Collot) y afirmando con igual falsedad el haber sido perseguido sólo por su excesiva benevolencia por el tirano Robespierre. Con esto engaña, efectivamente, el astuto a la Convención por algún tiempo.
Puede permanecer en su sitio sin que le moleste nadie, mientras Collot es mandado a la «guillotina seca», es decir, a las islas, contaminadas por la fiebre, de la India occidental, donde sucumbe a los pocos meses. Pero Fouché es demasiado listo para sentirse seguro tras este primer rechazo; conoce la inflexibilidad de las pasiones políticas; sabe que una reacción, lo mismo que una revolución, no cesa de encarnizarse en los hombres hasta que se le rompen los dientes; que no parará en su deseo de venganza hasta que el último jacobino sea llevado ante el Tribunal y la República quede convertida en escombros. De esta manera sólo ve una salvación para la revolución, a la que esta ligado indisolublemente con lazos sangrientos: reproducirla. Y sólo ve una salvación para él: la caída del Gobierno. Otra vez el más amenazado de todos, lo mismo que hace seis meses, inicia sólo contra fuerzas superiores la lucha desesperada por la vida.
Cuando hay que luchar por el Poder o por la vida es cuando desarrolla Fouché fuerzas asombrosas. Ve que por el camino leal no se puede impedir ya que la Convención persiga a los terroristas de antaño; no queda, pues, otro remedio que el probado tantas veces durante la revolución: el terror. Ya una vez, cuando la sentencia de los girondinos, cuando la sentencia del Rey, se intimidó a los diputados cobardes y vacilantes (entre ellos el entonces aún conservador José Fouché), movilizando a las muchedumbres callejeras contra el Parlamento, sacando de los suburbios los batallones de trabajadores con su fuerza proletaria, con su ímpetu irresistible, e izando la bandera roja de la rebelión en el Ayuntamiento. ¿Por que no lanzar nuevamente contra la Convención acobardada a esta vieja guardia de la revolución, a los conquistadores de la Bastilla, a los hombres del 10 de agosto, para que destrocen con los puños su poder?
Claro que para ir a los arrabales y pronunciar allí discursos fogosos, revolucionarios, o, como Murat, bajo peligro de muerte, arrojar folletos excitantes al pueblo, para eso es Fouché demasiado cauto. No le gusta exponerse, prefiere evitar la responsabilidad; su maestría no es la del discurso ampuloso y arrebatador, sino la del susurrar y la de esconderse detrás de otro.
Y también esta vez encuentra al hombre propicio que, adelantándose audaz y decididamente, le cubre con su sombra.
Por París vaga entonces, proscrito y humillado, un verdadero y apasionado republicano: Francisco Babecuí, que se llama a sí mismo Graco Babceuf. Tiene un corazón desbordante y una inteligencia mediocre. Proletario de las entrañas del pueblo, antiguo agrimensor e impresor, tiene pocas y primitivas ideas; pero esas las alimenta con pasión varonil y las enardece con el fuego de la verdadera convicción republicana y social. Los republicanos burgueses y hasta el mismo Robespierre habían eludido con cautela las ideas socialistas y a veces comunistas de Marat sobre la nivelación de la propiedad; les pareció preferible hablar muchísimo de libertad y de fraternidad... y poco de igualdad en cuanto se refiere al dinero y a la propiedad.
Babceuf recoge las ideas de Marat, olvidadas y reprimidas, las aviva con su aliento y las lleva como antorcha por los barrios proletarios de París. Esta llama puede elevarse repentinamente, convertir en ceniza en un par de horas todo París y el país entero, pues

poco a poco va comprendiendo el pueblo la traición que cometen los termidoristas en su propia ventaja contra su Revolución, contra la Revolución proletaria. Detrás de Graco Babceuf se oculta Fouché. No se exhibe republicanamente como él; pero le aconseja secretamente en su labor de excitar al pueblo. Le hace escribir folletos violentos y él mismo corrige las pruebas. Piensa Fouché que sólo así, bajo la presión de la materia proletaria y de las turbas de los barrios con sus picas y sus tambores, despertará esa cobarde Convención, únicamente por terror, por miedo, puede ser salvada la República; sólo un tirón enérgico hacia la izquierda podrá eliminar la inclinación a la derecha. Y para este ataque audaz y verdaderamente peligroso, le sirve de coraza este hombre honrado, puro, de buena fe, maravillosamente íntegro. Tras su ancha espalda de proletario se puede uno esconder bien. Babceuf, a su vez, que orgullosamente se titula Graco y tribuno del pueblo, se siente honradísimo de que el célebre diputado Fouché le aconseje. Sí, éste es aún de los últimos y verdaderos republicanos, cree él; uno de los que permanecieron en los bancos de la «montaña», que no ha hecho pacto con la jeunesse dorée y con los proveedores del ejército.
De buena gana se deja aconsejar, e impelido por esta mano hábil ataca a Tallien, a los termidoristas y al Gobierno.
Pero únicamente a él, al bonachón y recto Babceuf, consigue engañar Fouché. El Gobierno reconoce pronto la mano que carga el fusil contra él, y en pública sesión culpa Tallien a Fouché de ser el consejero de Babceuf. Como siempre, niega Fouché francamente a su aliado (lo mismo que a Chaumette frente a los jacobinos, lo mismo que a Collot en Lyon). No, no conoce a Babceuf mas que de vista, condena sus exageraciones... Se bate en retirada con la mayor celeridad. Nuevamente cae el golpe sobre su escudero; pronto será detenido Babceuf y no tardaran en fusilarle en el patio de un cuartel. ¡Siempre paga otro con su sangre por las palabras y la política de Fouché!
Este golpe audaz de Fouché se ha frustrado, solo ha conseguido con él atraer la atención sobre su persona, y eso no le conviene, porque le trae el recuerdo de Lyon y de los campos regados de sangre de Brotteaux. Nuevamente, y más enérgicamente que nunca, azuza la reacción a los acusadores de las provincias en las que mandó. Apenas se ha quitado de encima las imputaciones que le hace Lyon, se presentan Nevers y Clamency. Cada vez más en voz alta, cada vez más estrepitosamente, es acusado José Fouché de terrorismo ante el Tribunal de la Convención. Se defiende astutamente, con energía y no sin suerte. El mismo Tallien, su contrincante, se esfuerza en protegerle, pues empieza a atemorizarle la preponderancia de la reacción y comienza a temer por su propia cabeza. Pero ya es tarde: el 22 de Termidor de 1795, un año y doce días después de la caída de Robespierre, se formula, tras largo debate, la acusación por actos terroristas contra José Fouché. Y el 23 de Termidor se decide su detención. Igual que sobre Robespierre la sombra de Danton, parece levantarse sobre Fouché, vindicadora, la sombra de Robespierre.
Pero estamos -y esto lo ha calculado bien el político inteligente- en el Termidor del cuarto año de la República y no del tercero. En 1793 equivalía la acusación a la orden de detención, y la detención a la muerte; si se ingresaba por la noche en la Conciergerie, se era sometido a interrogatorio al día siguiente, y por la tarde del mismo día se estaba ya en el carro. Pero en 1794 ya no mantiene el puño férreo del «incorruptible» las riendas de la justicia; las leyes se han aflojado, se puede uno escapar por entre sus mallas si es escurridizo. Y Fouché no sería Fouché si fuera incapaz de pasar él, que tantas veces estuvo en peligro, acorralado, por tan elásticas redes. A través de pasadizos y escaleras secretas se escurre y consigue que no le detengan enseguida, que se le deje tiempo para preparar una réplica, para una contestación, para una justificación; y el tiempo lo es todo. Hay que replegarse a la oscuridad, hay que procurar que le olviden a

uno; hay que mantenerse en silencio, mientras gritan los demás, para pasar inadvertido. Según la receta célebre de Siéyès, que asistió a la Convención durante los años del terror sin desplegar los labios y que habiendo sido preguntado qué hizo todo ese tiempo, dió, sonriente, la contestación genial: J'ai vécu (He vivido). Así hace Fouché y se finge muerto, como algunos animales, para que no le maten. Si salva la vida ahora, durante el breve plazo de transición, estará libre definitivamente, pues el experto oteador presiente que toda la grandeza y toda la fuerza de esta Convención no durarán mas de un par de semanas, de un par de meses, a lo sumo.
Así salva José Fouché su vida; y eso es mucho en aquel tiempo. Es decir, sólo la vida; pero no su nombre y posición, pues no vuelven a elegirle en la nueva Asamblea. El enorme esfuerzo ha sido inútil, como lo ha sido el derroche de pasión y de astucia, de audacia y de traición; sólo la vida es lo que salva. Ya no es el José Fouché de Nantes, diputado del pueblo; ya no es el profesor del Oratorio; no es sino un hombre olvidado, despreciado, sin categoría, sin fortuna, insignificante; una sombra miserable a la que únicamente protege la oscuridad.
Durante tres años, nadie pronuncia en Francia su nombre.

CAPÍTULO IV

MINISTRO DEL DIRECTORIO Y DEL CONSULADO(1799-1802)

Se ha compuesto el himno del destierro, esa potencia creadora del Destino, que levanta al hombre en su caída y concentra en la dura opresión de la soledad, nuevamente y en un orden nuevo, las fuerzas conmovidas del alma? Siempre culparon los artistas al destierro como aparente obstáculo del ascenso, como inútil intervalo, como interrupción cruel. Pero el ritmo de la Naturaleza quiere estas censuras forzadas. Pues sólo quien sabe de sus honduras conoce integra la vida. El impulso de reacción es lo que comunica al hombre toda la fuerza de su pujanza.
El genio creador, sobre todo, necesita temporalmente este aislamiento forzado para medir desde la profundidad de la desesperación, desde la lejanía del destierro, el horizonte y la altura de su verdadera misión. Los más altos mensajes de la Humanidad han venido del destierro; los creadores de las grandes religiones: Moisés, Mahoma, Buda, todos tuvieron que entrar en el silencio del desierto, en «el no estar entre los hombres», antes de poder pronunciar la palabra decisiva. La ceguera de Milton, la sordera de Beethoven, la cárcel de Dostoiewski, la prisión de Cervantes, el encierro de Lutero en la Wartburg, el destierro de Dante y la extirpación voluntaria de Nietzsche a las zonas heladas de la Engadina, fueron exigencias del propio genio, ordenadas secretamente contra la voluntad despierta del hombre mismo.
Pero también en el terreno bajo y más firme de la política, una ausencia temporal da al hombre de Estado nueva lozanía en la mirada y mayor intensidad para pensar y calcular el juego de las fuerzas políticas. Nada más propicio para una carrera que su interrupción temporal, pues el que ve el mundo siempre desde arriba, desde la nube imperial, desde la altura de la torre de marfil del Poder, no conoce otra cosa que la sonrisa de los subordinados y su peligrosa complacencia; el que siempre sostiene en las manos la medida, olvida su verdadero valor. Nada debilita tanto al artista, al general, al hombre de Poder, como el éxito permanente a voluntad y deseo. En el fracaso es donde conoce el artista su verdadera relación con la obra: en la derrota, el general, sus faltas, y en la

pérdida del favor, el hombre de Estado, la verdadera perspectiva política. La riqueza permanente debilita; el aplauso constante hace insensible; únicamente la interrupción procura al vario ritmo de la vida nueva tensión y elasticidad creadora, únicamente la desgraciada mirada profunda y extensa para la realidad del mundo. Enseñanza dura, pero enseñanza y aprendizaje es todo destierro: al débil le amasa de nuevo la voluntad, al indeciso le hace enérgico; al duro, mas duro aún. Nunca es el destierro para el verdadero fuerte una mengua: es siempre un tónico de su fuerza.
El destierro de José Fouché dura mas de tres años, y la isla solitaria e inhóspita adonde es enviado se llama la pobreza.
Ayer aún procónsul, colaborador en el destino de la Revolución, para caer, desde los tramos mas altos del Poder, en una oscuridad tal, en tanta suciedad y tanto lodo, que se borran y pierden sus huellas. El único que entonces pudo verlas, Barras, da una descripción conmovedora de la miserable buhardilla bajo las nubes donde Fouché habita con su fea mujer y sus dos hijos malsanos y pelirrojos, albinos, de fealdad excepcional. En el quinto piso, en un cuarto sucio, sin ventilación, horriblemente achicharrado por el sol se esconde el caído ante cuya palabra temblaron miles de seres y que, al cabo de algunos años, ha de levantarse nuevamente como Duque de Otranto y tener en su mano el timón del destino europeo... El mismo que ahora no sabe con que dinero podrá comprar al día siguiente leche para sus hijos, ni cómo pagar el alquiler mísero y menos aún cómo defender la vida destrozada ante enemigos innumerables e invisibles, ante los vengadores de Lyon.
Nadie, ni su más fiel y concienzudo biógrafo, Madelin puede realmente decirnos de qué fué viviendo en esos año de miseria. No cobra ya sueldo como diputado; su fortuna personal la ha perdido en una rebelión de Santo Domingo; nadie se atreve a colocar públicamente, a dar trabajo al mítrailleur de Lyon; todos los amigos le han abandonado, evitan su encuentro.
Se ocupa en los negocios más extraños y oscuros, y, según dicen, no es una fábula, sino un hecho verídico, que el futuro Duque de Otranto se dedicó por entonces a cebar cerdos. Pero no tarda en ocuparse en un negocio mucho menos limpio: el de espía de Barras, el único de los nuevos poderosos que con una extraña compasión sigue recibiendo al desgraciado. Naturalmente, no en la sala de audiencia del Ministerio, sino en cualquier parte, a oscuras; allí le echa al pordiosero pertinaz, de vez en cuando, como una limosna, un pequeño negocio sucio: un aprovisionamiento al ejército, un viaje de inspección; siempre un diminuto lucro que sostiene por quince días a flote al engorroso. Pero a través de esas múltiples pruebas descubre en Fouché su verdadero talento. Barras tiene ya entonces una serie de proyectos políticos, desconfía de sus colega y para ello puede utilizar muy bien a un soplón que no pertenezca a la política oficial: una especie de detective particular. Para eso sirve Fouché divinamente. Escucha y espía, penetra en las casas por las escaleras de servicio, obtiene de todos los conocidos el chismorreo del día y va con esta sucia baba del público, secretamente, donde esta Barras. Y cuanto más ambicioso se va haciendo Barras, mientras más ávidamente vislumbran sus proyectos un golpe de Estado, le es más preciso Fouché. Hace ya mucho tiempo que le estorban en el Directorio (el Consejo de los cinco, que domina ahora en Francia) las dos únicas personas honradas -Carnot sobre todo, el hombre recto de la Revolución Francesa- y trata de desembarazarse de ellos. Pero quien proyecta un golpe de Estado y trama conspiraciones necesita, sobre todo, hombres à tout faire, bravis y bulos, como los llaman los italianos; personas sin carácter y en quienes, no obstante, se puede confiar; para eso sirve Fouché como nadie. El destierro es su escuela para la carrera y en ella desarrolla su talento futuro como maestro de la Policía.

Por fin, tras larga, interminable noche de existencia aterida, de oscuridad, de miseria, otea Fouché un aire matinal. Un nuevo señor se instala en París, un nuevo poder naciente. Fouché decide servirle. Este nuevo poder es el dinero. Apenas reposan Robespierre y los suyos sobre las duras tablas, surge el dinero, omnipotente, y cuenta nuevamente con miles de vasallos y esclavos. Magníficos coches con caballos cuidadosamente almohazados y con arreos nuevos ruedan otra vez por las calles; dentro van, medio desnudas, como diosas griegas, encantadoras mujeres, envueltas en preciosas sedas y muselinas. En el Bois pasea a caballo la jeunesse dorée, con blancos y ceñidos pantalones de nanquín y fracs amarillos, marrones y rojos. En las manos, llenas de sortijas, llevan fustas con puños de oro, que utilizan también con gusto contra los terroristas de antaño; se hacen buenos negocios en las tiendas de perfumes y en las joyerías; se abren como por ensalmo quinientos, seiscientos salones de baile y cafés; se construyen chaléts y se compran casas; se va al teatro, se juega a la Bolsa y se apuesta; se compra y se vende y se juega por miles detrás de las cortinas de damasco del Palais Royal. El dinero ha vuelto, soberano, insolente y audaz.
¿Pero donde estaba el dinero entre 1791 y 1795 en Francia? Donde siempre... No hizo mas que esconderse. Lo mismo que en Alemania y en Austria, durante el período del miedo comunista, en igig; los ricos se fingieron repentinamente muertos; se escondieron los ricos franceses, pues a todo el que bajo el régimen de Robespierre toleraba a su alrededor el lujo más mínimo, es más: al que tan sólo se acercaba al lujo, se le tomaba por mauvaís riche y se le miraba como sospechoso; era desagradable que le tuvieran a uno por adinerado. Pero de nuevo sólo el rico vale hoy. Afortunadamente, es ésta la época (como siempre en el caos) para hacer dinero. Las fortunas cambian de dueño; las fincas son vendidas, y con ello se gana; las propiedades de los emigrados son subastadas, y con ello se gana; a los condenados se les confiscan los bienes, y con ello se gana; los asignados bajan diariamente; una fiebre frenética de inflación conmueve al país, y con ello se gana. En todo se puede ganar, si se tienen manos hábiles y osadas y relaciones en el Gobierno. Pero hay, sobre todo, una fuente que mana con abundancia sin igual, magnífica: la guerra. Ya en 1791, al empezar, habían hecho unos cuantos el descubrimiento (como lo hicieran unos cuantos también en 1914) de que se puede sacar muy buen provecho de la guerra, que devora los hombres y destruye los valores; pero en aquella ocasión se echaron con saña al cuello de los accapareurs Robespierre y Saint-Just, los incorruptibles. Mas ahora, gracias a Dios, han sido liquidados esos Catones, se oxida la guillotina en el granero, y los accapareurs y proveedores del ejército ven llegar una época de oro. Ya se pueden vender tranquilamente zapatos malos por dinero bueno, llenarse bien los bolsillos de anticipos y requisas. Naturalmente, con la condición de que le sean a uno asignados los pedidos. Por eso siempre requieren estos asuntos un mediador a propósito, un corredor bien acreditado y accesible, que abra desde dentro a los especuladores la puerta del establo que conduce al pesebre abundante del Estado. Para estos negocios sucios es José Fouché el hombre ideal. La miseria le ha arrebatado por completo la conciencia republicana; su odio al dinero es una idea arrinconada ya; se le puede comprar barato al medio muerto de hambre. Y, por otra parte, tiene las mejores «relaciones», pues entra y sale (como espía) en la antesala de Barras, el presidente del Directorio. Así se convierte, de la noche a la mañana, el comunista radical de 1793, que quiso mandar amasar a toda costa el «pan de la Igualdad», en el íntimo de los nuevos banqueros republicanos, que cumple y amaña, por una buena comisión, todos sus deseos y asuntos. Por ejemplo, el accapareur Hinguerlot, uno de los mas audaces y desalmados agiotistas de la República (Napoleón le odiaba), es objeto de una acusación molesta; ha obrado demasiado osadamente y, como proveedor, ha provisto su bolsa con entusiasmo excesivo y le han metido en un pleito que le puede costar mucho dinero y quizá la

cabeza. ¿Qué hacer en tales circunstancias, entonces como ahora? Se dirige uno a alguna persona que tenga buenas relaciones «arriba», que tenga influencia política y privada y que pueda «arreglar» el enojoso asunto. Se dirige, pues, a Fouché, el moscardón de Barras, que engrasa enseguida sus botas y corre a casa del omnipotente (la carta se encuentra impresa en sus Memorias), y, efectivamente, el asunto, poco limpio, es ahogado silenciosamente sin dolor. A cambio de esto le interesa Hinguerlot en las provisiones del ejército y en los negocios bursátiles. Lappétit vient en mangeant. Fouché descubre en 1797 que el dinero huele mucho mejor que la sangre de 1793 y funda, gracias a sus nuevas «relaciones», de una parte con los nuevos grandes financieros y de otra con el Gobierno corrupto, una nueva Compañía de aprovisionamiento para el ejército de Scherer. Los soldados del buen general recibirán calzado detestable, pasaran frío con sus abrigos delgados y serán batidos en los llanos de Italia; pero es más importante que la Compañía Fouché-Hinguerlot, y seguramente el mismo Barras, obtenga una substanciosa ganancia. Ha desaparecido el asco ante el «metal despreciable y nocivo», que proclamaba aún hace tres años con tanta elocuencia el ultrajacobino y supercomunista Fouché, y han sido olvidados también los ataques de odio contra los «malos ricos» y aquello de que «el buen republicano sólo necesita al día pan, hierro y cuarenta escudos». Ahora es su lema, al fin, ser también rico. En el destierro ha conocido Fouché el poder del dinero y se rinde ante él para servirle, como ante todo poder. Demasiado tiempo, demasiado dolorosamente ha sufrido el horrible «estar abajo», en la suciedad del desprecio y de la miseria... Ahora se empina con todas sus fuerzas hacia ese mundo donde se compra por dinero el Poder, porque desde el Poder se acuña nuevamente el dinero. El trabajo de zapa ha excavado ya la primera galería en la más pródiga de todas las minas; ha dado el primer paso en el camino fantástico que va desde la miserable buhardilla de un quinto piso a la residencia ducal; desde la nada, a una fortuna de veinte millones de francos.
Desde que Fouché arrojó el peso desagradable de los principios revolucionarios, se ha vuelto muy ágil; súbitamente se encuentra otra vez con el pie en el estribo. Su amigo Barras no hace sólo transacciones financieras oscuras sino también negocios políticos sucios. Con toda cautela quiere vender la República por un título de duque y un montón de dinero a Luis XVIII. En esto le estorba únicamente la presencia de colegas decentes, republicanos como Carnot, que siguen creyendo en la República y que no quieren comprender que los ideales sólo sirven para ganar con ellos. Y en el golpe de Estado que dió Barras el 18 de Fructidor, que le desembaraza de este molesto vigilante ayudó Fouché, sin duda alguna, a su compañero de negocio minando el terreno, pues apenas es su protector Barras señor ilimitado del Consejo de los Cinco, del Directorio renovado, se abre camino impetuosamente el enemigo de la luz y pide su premio. ¡Que Barras le coloque en la política, en el ejército, en algún sitio, en alguna misión donde se puedan llenar bien los bolsillos y donde se pueda uno reponer de los años de miseria! Barras, que necesita a este hombre, apenas puede negarse al mediador de sus negocios sucios. No obstante, el nombre de Fouché, el mitrailleur de Lyon, apesta aún demasiado a sangre para comprometerse con él públicamente en París durante la luna de miel de la reacción. Así le manda Barras, por lo pronto, como representante del Gobierno a Italia, al ejército, y luego a la República bátava, a Holanda, para llevar a cabo negociaciones secretas, pues sabe muy bien Barras que es maestro en el juego de intrigas subterráneas; pero lo tendrá que sentir pronto, intensamente, en la propia carne. En 1798 es, pues, Fouché embajador de la República francesa: otra vez tiene el pie en el estribo. Lo mismo que antaño en su misión sangrienta, desarrolla ahora, en la diplomacia, la misma energía glacial; particularmente en Holanda alcanza rápidos éxitos. Envejecido en experiencias trágicas, madurado en épocas tempestuosas, suavizado en la forja dura de

la miseria, demuestra Fouché su antigua energía aliada a una nueva precaución. Pronto ven los de «arriba», los nuevos señores, que es un hombre que se puede utilizar, que baila al son que le tocan y brinca con el dinero; atento hacia los de arriba, sin miramientos para los de abajo, es el verdadero y hábil navegante en aguas movidas. Y como la nave del Gobierno se tambalea cada vez con más peligro y amenaza estrellarse en su rumbo inseguro, toma el Directorio, el 3 de Termidor del año 1799, una decisión inesperada: José Fouché, en misión secreta en Holanda, es nombrado súbitamente, de la noche a la mañana, ministro de Policía de la República francesa.
¡José Fouché, ministro! París se estremece como por un tiro de cañón. ¿Comienza otra vez el terror, para que suelten de la cadena a este perro de presa, al mitrailleur de Lyon, al profanador de hostias y saqueador de iglesias, al amigo del anarquista Babceuf? ¿Traerán ahora también -¡Dios nos libre!- a Callot d'Herbois y a Billaud de las islas infectas de la Guayana y volverán a colocar la guillotina en la Plaza de la República? ¿Se amasará, por último, otra vez el «pan de la Igualdad»?
¿Volverán a instituirse los «comités filantrópicos» que sacan el dinero a la gente rica? París, que lleva ya algún tiempo intranquilo, con sus mil quinientos salones de baile, con sus magníficas tiendas y su jeunesse dorée, se asusta. Los ricos y los burgueses tiemblan de nuevo como en 1792. Sólo los jacobinos están contentos, los últimos republicanos. ¡Por fin, tras tremendas persecuciones, está en el Poder uno de los suyos, el más audaz, el más radical, el mas inflexible! ¡Por fin se tendrá en jaque a la reacción, y la República quedara limpia de realistas y conspiradores!
Pero ¡cosa extraña! Unos y otros se preguntan a los pocos días: ¿se llama este ministro de Policía verdaderamente José Fouché? Otra vez se ha probado por la experiencia la sabia máxima de Mirabeau (hoy aún valedera para los socialistas) que los jacobinos, como ministros, dejan de ser jacobinos. Y así, los labios que antaño goteaban sangre, rebosan ahora bálsamo de palabras conciliatorias. Orden, calma, seguridad; estas palabras se repiten constantemente en las proclamas políticas del ex terrorista. Combatir el anarquismo es su principal divisa. La libertad de la Prensa tiene que ser limitada, hay que dar fin a los eternos discursos de excitación. Orden, orden, calma y seguridad... Ni Metternich, ni Seldnitzki, ni el mayor archirreaccionario del Imperio austriaco han escrito decretos mas conservadores que José Fouché, el mitrailleur de Lyon.
Los burgueses respiran: ¡que «Paulus» ha salido este «Saulus»! Pero los verdaderos republicanos rabian de indignación en sus juntas. Han aprendido poco en estos años, aún pronuncian discursos y más discursos enfurecidos, amenazan al Directorio, a los ministros y a la Constitución con frases de Plutarco. Se manifiestan con los mismos feroces ademanes que si vivieran aún Danton y Marat, como si pudieran, igual que entonces, agrupar, tocando a rebato, cientos de miles de hombres de los arrabales.
Sin embargo, esos enredos molestos intranquilizan por fin al Directorio. ¿Que se puede hacer contra ellos? Preguntan sus colegas al recién elegido ministro de Policía. «Cerrar el club», contesta éste, impávido. Incrédulos, le miran los demás y preguntan cuando se ha de tomar esta medida audaz. «Mañana», contesta tranquilamente Fouché. Y, efectivamente, a la noche siguiente se dirige Fouché, presidente que fué de los jacobinos, al club radical de la rue du Bac. En este círculo ha latido durante todos estos años el corazón de la revolución. Son los mismos hombres ante los que Robespierre, Danton y Marat, ante los que él mismo pronunciaron discursos apasionados. Después de la caída de Robespierre, después de la derrota de Babceuf, vive únicamente en el Club du Manège el recuerdo de los días tumultuosos de la revolución.
Pero el sentimentalismo no es cosa de Fouché; puede, cuando quiere, olvidar, de manera fantásticamente rápida, su pasado.

El antiguo profesor de Matemáticas del Oratorio mide siempre únicamente el paralelogramo de las fuerzas reales. Sabe que la idea republicana esta aniquilada, los mejores caudillos, los hombres de acción, están bajo tierra: así se han ido rebajando todos los clubes desde hace tiempo hasta convertirse en casinos de charlatanes, que se quitan la palabra de la boca. En 1799 ya han bajado de valor las frases de Plutarco y las palabras patrióticas, lo mismo que los asignados. Se ha fraseado y se ha impreso billetes en demasía. Francia esta harta (¿quien lo ha de saber mejor que el ministro de Policía?) de abogados, oradores y renovadores, cansada de decretos y leyes; no quiere más que tranquilidad, orden, paz y clara situación económica; igual que después de unos años de guerra, después de unos años de revolución y de éxtasis colectivo, el egoísmo irresistible del individuo, de la familia, reclama su derecho.
En el momento preciso en que pronuncia uno de esos republicanos un discurso fogoso, se abre la puerta y, con su uniforme de ministro, entra Fouché acompañado de los gendarmes. Con mirada fría mira asombrado la reunión, que se apresura a levantarse de sus asientos: ¡que adversarios tan miserables! Desde hace tiempo, sucumbieron los hombres de acción, los hombres de espíritu de la Revolución, sus héroes y sus fanáticos; únicamente quedaron los charlatanes, y contra los charlatanes basta un gesto enérgico. Sin vacilar sube a la tribuna; por primera vez, al cabo de seis años, oyen los jacobinos su voz fría y sobria, pero no para excitar, en nombre de la Libertad, el odio contra los déspotas: el hombrecillo desmedrado declara tranquilamente la disolución del club. La sorpresa es tan grande que nadie opone resistencia. No se indignan ni se arrojan, como siempre juraron, con los puñales contra el aniquilador de la Libertad. Balbucean nada más; se repliegan y desalojan, estupefactos, el salón. Fouché calculo bien: contra hombres hay que luchar; a los charlatanes se los derriba con un gesto.
Ahora que esta desalojado el salón avanza lentamente hacia la puerta, la cierra y se mete la llave en el bolsillo. Y con esta vuelta de llave ha terminado, efectivamente, la Revolución francesa.
Un cargo es según quiere el hombre que lo desempeña. Cuando Fouché toma posesión del Ministerio de Policía, admite con esto el desempeño de una función absolutamente subalterna, una especie de subprefectura del Ministerio del Interior. Debe vigilar e informar, recoger el material para la política exterior e interior, con el que luego operan, como reyes, los señores del Directorio. Pero apenas tiene Fouché tres meses el poder en sus manos, notan sus protectores, asustados, asombrados e indefensos ya, que no vigila solamente hacia abajo, sino también hacia arriba; que el ministro de Policía vigila a los demás ministros, al Directorio, a los generales y a toda la política. Su red se extiende sobre todos los cargos y funciones, a sus manos llegan todas las noticias, hace política al margen de la política, guerra al margen de la guerra y ensancha en todas direcciones los límites de sus poderes. Hasta que, por fin, Talleyrand define con enojo el cargo de ministro de Policía: «El ministro de Policía es un hombre que se ocupa, en primera línea, de todos los asuntos que le importan, y en segundo lugar, de todos los que no le importan».
Magníficamente esta montada esta máquina complicada, este aparato de vigilancia de todo un país. Mil noticias llegan todos los días a la casa del Quaí Voltaire. Al cabo de un par de meses ha llenado el país de espías, agentes secretos y moscardones. Pero no hay que figurarse sus espías como detectives burgueses, corrientes y vulgares que atisban el chismorreo del día con los porteros, en las tabernas, en los burdeles y en las iglesias. Los agentes de Fouché llevan galones de oro, levita de diplomático y sutiles trajes de encaje; charlan en los salones del Faubourg Saint-Germain y, por otra parte, se introducen, disfrazados de patriotas, en las sesiones secretas de los jacobinos. En la lista de sus mercenarios se encuentran marqueses y duquesas con los nombres más ilustres

de Francia. Y hasta puede alardear (caso fantástico) de tener a su servicio a la mujer mas preeminente del país, a Josefina Bonaparte, la futura Emperatriz. En el despacho de su señor y futuro Emperador está, vendido a Fouché, el secretario; en Hartwell ha sobornado al cocinero del rey Luis XVIII. No hay charla de que no tenga referencia, no hay carta que no se abra.

En el ejército, entre los comerciantes, entre los diputados, en las tabernas y en las asambleas, a todas partes llega el oído vigilante del ministro de Policía, invisible, y todas estas noticias van diariamente a parar a su mesa de burócrata. Allí se examinan las denuncias, en parte auténticas y de trascendencia, en parte insignificantes, y se estudian y comparan hasta que surge, entre mil claves, la noticia clara.

La información lo es todo, en la guerra como en la paz, en la política como en la economía. El Poder no se funda, en la Francia de 1799, en el terror, sino en la información. La información en torno de estos tristes termidoristas, para saber cuánto dinero acepta cada uno, por quien es sobornado, por cuánto se le compra. Así se le puede tener a raya, en una situación de dependencia respecto del superior; la información sobre las conspiraciones, en parte para batirlas y en parte para acelerarlas, permite llevar la maniobra política siempre del lado favorable. El saber por adelantado las noticias del teatro de la guerra y de las negociaciones de la paz, permite operar en la Bolsa con financieros complacientes y, finalmente, hacerse un capital. Así, esta maquina de noticias en manos de Fouché produce constantemente dinero, y el dinero, a su vez, sirve de engrase para mantenerla rodando silenciosamente. De las casas de juego, de los burdeles, de las casas de banca, fluyen contribuciones discretas que ascienden a millones, que van a parar a su mano, para transformarse allí en soborno; el soborno, a su vez, trae nuevas informaciones... Así no se para ni falla jamás esta maquinaria enorme y refinada de la Policía, que un solo hombre creó de la nada en pocos meses, gracias a su inmensa energía y a su genio psicológico.

Pero lo más genial de esta maquinaria incomparable de Fouché es que sólo funciona regida por su mano. En algún sitio tiene un tornillo secreto que si se saca hace detenerse súbitamente la rotación vertiginosa. Fouché lo previene todo desde el primer momento, por si algún día cayera en desgracia. Sabe que si le despiden basta una simple manipulación para paralizar enseguida la máquina por él construida. Pues no ha creado el servicio para el Estado, ni para el Directorio, ni para Napoleón.

Este déspota crea su obra únicamente para su propia utilidad. No piensa dar cuenta, según es su deber, del resultado de todas las informaciones que sedimenta químicamente en su retorta policíaca; sólo comunica lo que quiere comunicar, con egoísmo, sin miramientos; ¿para qué hacer más listos a los imbéciles en el Directorio y dejarles ver sus cartas? Deja salir de su laboratorio exclusivamente lo que le es útil, lo que le es imprescindiblemente necesario para su propia ventaja; los dardos y los venenos eficaces los guarda cuidadosamente en su arsenal particular para su venganza personal, para sus asesinatos políticos.

Siempre sabe Fouché más de lo que creen en el Directorio que sabe, y por eso es peligroso e imprescindible a la vez para todos. Sabe de las negociaciones de Barras con los realistas, de las pretensiones a la corona de Bonaparte, de las maquinaciones de los jacobinos o de los reaccionarios; pero nunca descubre esos secretos cuando se entera de ellos, sino cuando le parece ventajoso descubrirlos. A veces acelera las conspiraciones, a veces las refrena, a veces las provoca artificialmente, a veces las descubre ruidosamente (y avisa al mismo tiempo a los interesados para que se pongan a tiempo a salvo); siempre hace doble, triple, cuádruple juego, y el engañar y burlarse en todas direcciones se convierte poco a poco en pasión. Para ello se necesita, naturalmente, plena consagración de fuerza y tiempo: esto no lo escatima Fouché, cuya jornada de

trabajo es de diez horas. Antes de permitir a otro una ojeada en sus secretos policíacos, prefiere estar sentado desde la mañana hasta la noche en su despacho. Examina todos los papeles y despacha cada acta personalmente. Toma declaraciones a cada acusado importante, solo, con las puertas cerradas, en su gabinete, para que nadie se entere -ni siquiera sus subalternos- de los pormenores decisivos; y así tiene, poco a poco, como confesor voluntario de todo el país, los secretos de todos en su mano. Otra vez reina por terrorismo, como antaño en Lyon; pero no utiliza ya la tosca hacha mortífera, sino el veneno psíquico del miedo, de la conciencia intranquila, del sentirse espiado y del saberse descubierto. Con ello mete el resuello en el cuello a millares de seres. La máquina de 1792, la guillotina, inventada para suprimir toda resistencia contra el Estado, es una herramienta torpe comparada con la maquinaria policíaca, combinada y refinada por la superioridad espiritual del José Fouché de 1799.
De este instrumento, que él mismo se ha construido a medida de su mano, se sirve José Fouché como artista consumado.
Conoce el más alto secreto del Poder, que consiste en disfrutar su posesión secretamente, y utilizarlo con tacto económico.
Pasaron los tiempos de Lyon en los que prohibían la entrada al aposento del omnipotente feroces guardias de la Revolución con bayonetas caladas. Ahora se reúnen en su antesala las señoras del Faubourg Saint-Germain y las recibe con gusto. Sabe lo que quieren: una ruega tachen de la lista de emigrados a un pariente, otra quiere proporcionar una colocación buena a un primo, la tercera, acallar un pleito fatal. A todas se muestra Fouché igualmente amable. ¿Para qué hacerse ingrato a cualquiera de los partidos, a los jacobinos o a los realistas, a los moderados o a los bonapartistas, si no se sabe quién ha de gobernar mañana? De tal modo se muestra, el que fué terrorista temido, el hombre más suave y conciliador. públicamente truena en sus discursos y proclamas contra realistas y anarquistas; pero, en secreto, por bajo manga, los aviva o soborna. Evita procesos ruidosos, sentencias de muerte crueles; a él le basta el ademán de la violencia, en vez de la violencia misma; el verdadero Poder subterráneo en el Estado, en vez de la engañifa vana que ostentan Barras y sus colegas con sus sombreros de plumas.
Así sucede que a los pocos meses se ha convertido el demonio de Fouché en el ídolo de todos; pues ¿qué ministro o estadista será en todos los tiempos y en todas partes el más estimado sino el que deje que hablen con él, que vea tranquilamente como se gana dinero o incluso ayude a ganarlo, o a alcanzar cargos, que haga a todos concesiones y que cierre benévolamente los ojos severos, siempre que uno no meta la nariz demasiado en política o que no le estorbe en sus propios proyectos? ¿No es mejor comprar las convicciones o conseguirlas por adulación, que sacar los cañones a la calle? ¿No es mejor llamar a los exaltados al gabinete secreto y enseñarles allí en un cajón su sentencia de muerte firmada, que hacerla ejecutar verdaderamente? Claro que sabe poner sin contemplaciones la mano dura donde advierte verdadera rebelión. Mas para el que se esta quieto y no se levanta contra el mando, alardea el viejo terrorista de tolerancia sacerdotal, más vieja aún. Conoce el flaco de la Humanidad por el dinero, por el lujo, por los pequeños vicios, por los placeres íntimos... Bueno, habeant! Pero hay que estarse quietos... Los grandes banqueros, perseguidos a muerte hasta este momento bajo la República, pueden hoy acaparar y ganar dinero tranquilamente: Fouché les proporciona noticias y ellos a él parte de la ganancia. La Prensa, que era bajo Marat y Desmoulins una fiera rabiosa y sanguinaria, ¡qué solícita le lame los pies! También ella prefiere las golosinas al látigo. En poco tiempo sustituye a la gritería de los patriotas privilegiados un reposo bienhechor; Fouché le ha tirado a cada uno un hueso o los ha ahuyentado, con un par de fuertes azotes, a un rincón. Y ya saben sus colegas, ya saben

todos los partidos, que es tan agradable y fructífero tener a Fouché por amigo como es desagradable hacerle sacar las uñas de las patitas de terciopelo, y aunque es el hombre más despreciado de todos, por lo mismo que están todos agradecidos a su silencio, tiene, por esta misma razón, un sinfín de buenos amigos. Aún no se ha reedificado la ciudad destruída del Ródano, y ya se han olvidado las mitraillades de Lyon, ya es José Fouché un hombre bienquisto.
Sobre todo lo que ocurre en el país tiene José Fouché las primeras, las mejores noticias. Nadie sabe tan detalladamente, gracias a una vigilancia de mil cabezas y de dos mil oídos, hasta los últimos pliegues de los acontecimientos; nadie conoce la fuerza o la fragilidad de los partidos y de las personas mejor que este observador de nervios fríos, a través de su aparato registrador, que marca las más pequeñas oscilaciones de la política. De esta manera, bien pronto comprende José Fouché, y advierte claramente, que el Directorio está perdido. Sus cinco miembros están en desacuerdo; uno obra a espaldas del otro y sólo espera el momento de quitarle de en medio. Los ejércitos vencidos, la economía revuelta, el país intranquilo... Así no se puede seguir. Fouché husmea que pronto cambiara el viento.
Sus agentes le informan de que Barras negocia ya secretamente con Luis XVIII para vender por una corona ducal la República a la dinastía de los Borbones. Sus colegas, en cambio, coquetean con el duque de Orleáns o sueñan con la reconstitución de la Convención. Pero todos, todos saben que así no se puede seguir. La nación esta conmovida por rebeliones interiores, los asignados se deshojan en papeles sin valor, los soldados niegan ya el servicio. Si no reúnen en una nueva fuerza las energías dispersas se derrumbará la República.
Sólo un dictador puede salvar la situación, y todas las miradas se pierden en el vacío en busca de uno. «Necesitamos una cabeza y un sable», dice Barras a Fouché, teniéndose a sí mismo secretamente por la cabeza y buscando el sable a propósito.
Pero Hoche y Joubert, los victoriosos murieron muy a destiempo para su carrera; Bernadotte es aún jacobino, y el único del que todos saben que sería las dos cosas en uno, el sable y la cabeza, Bonaparte, el héroe de Arcole y Rívoli, de ése se han desembarazado por miedo mandándole bien lejos a maniobrar en la arena del desierto egipcio infructuosamente. Con él, separado por tantas millas de distancia, no hay que contar.
De todos los ministros es Fouché el único que sabe y, entonces que el general Bonaparte, al que creen los demás a la sombra de las pirámides, no está tan distante y que desembarcará en breve en Francia. Le habían destinado tan lejos por demasiado ambicioso, demasiado popular y dominante; le habían destinado a algunos miles de millas de París. Quizás hubo quien respiró secretamente cuando destruyó Nelson en Abukir la flota, pues ¿qué les importa a los intrigantes y políticos un par de miles de muertos, si con ello se quitaban de encima a un contrincante? Ahora duermen tranquilos; le saben atado al ejército y se cuidan bien de no volverle a llamar. Ni un momento suponen que pudiera tener la osadía de entregar arbitrariamente el mando a otro general y venir a hacerlos saltar de sus blandos divanes; cuentan con todas las posibilidades, menos con Bonaparte.
Pero Fouché sabe más y de la mejor fuente. Pues quien le confía todo y le da cuenta de cada carta, de cada medida, su mejor, su más informado, el más leal de los espías pagados, es nada menos que... la propia mujer de Bonaparte, Josefina Beauharnais. Corromper a esta criolla frívola no significa de por sí un acto grande, pues, despilfarradora loca, esta constantemente en situaciones económicas difíciles, y aunque Napoleón le consigna espléndidamente cientos de miles de los fondos del Estado, se filtran como gota de agua en los gastos de una mujer que se compra en un año

trescientos sombreros y setecientos vestidos, que no sabe ni ahorrar su dinero, ni su cuerpo, ni su buena reputación, y la que, además, está en este momento bastante apesadumbrada. Mientras estaba el pequeño general fogoso en su campaña, en el aburrido país de los mamelucos -al que se la quiso llevar-, se ha dedicado a dormir con un Charle guapo y encantador, y quizá con algún otro más; probablemente con su antiguo amante Barras. Esto se lo han tomado a mal los hermanos, estúpidos e intrigantes, José y Luciano, y se lo comunicaron a toda prisa al esposo, vehemente y celoso como un turco. Necesita, pues, alguien que la ayude y observe a los hermanos espías, vigilando toda 1a correspondencia. Por eso, y además por un par de rollos de ducados -él mismo dice claramente en sus Memorias «Mil luises de oro»-, entrega la futura Emperatriz a Fouché todos los secretos, y sobre todo el más importante y más peligroso: el del próximo regreso de Bonaparte.
A Fouché le basta el estar informado. Naturalmente que no piensa en informar a sus superiores el ciudadano ministro de Policía. Por lo pronto, no hace mas que estrechar su amistad con la esposa del pretendiente, utiliza las noticias silenciosamente y aguarda los acontecimientos, que, como ahora sabe, no han de dejarse esperar mucho tiempo.
El 11 de octubre de 1799 manda llamar el Directorio apresuradamente a Fouché. Una novedad increíble anuncia el heliógrafo: Bonaparte ha regresado de Egipto y ha desembarcado en Fréjus arbitrariamente, sin haber recibido orden de regresar. ¿Qué hacer ahora? ¿Detener enseguida como desertor, al general que abandonó su ejército sin permiso o recibirle amablemente? Fouché, que se finge más sorprendido de lo que en verdad está, aconseja condescendencia. ¡Aguardar, aguardar!
Aún no ha decidido si estará en pro o en contra de Bonaparte; quiere esperar, por lo tanto, a que se desarrollen tranquilamente los acontecimientos. Pero mientras discuten acaloradamente las cinco cabezas descabezadas del Directorio si se debe perdonar o detener a Bonaparte, a pesar de su deserción, decidió ya la voz del pueblo. Avignon, Lyon, París, le reciben como triunfador; todas las ciudades están iluminadas en su camino; desde el escenario de los teatros se comunica la noticia al público jubiloso; no regresa un subalterno, sino un señor, una gran potencia. Apenas está en París, en su casa rue Chantereine (pronto se llamará, en su honor, rue de la Victoire), le visitan todos sus amigos y también aquellos que comprenden que es útil pasar pronto por tales. Generales, diputados, ministros, hasta Talleyrand, ofrecen al hombre del sable sus respetos. Y no tarda mucho el ministro de Policía, que se encamina en persona hacia la rue Chantereine. Se presenta en casa de Bonaparte. Pero a éste le parece este señor Fouché una visita bastante indiferente e insignificante, y le deja esperar una hora larga en la antesala como a un suplicante molesto. Fouché; este nombre no le dice mucho; personalmente no le conoce; recuerda quizá que un hombre así llamado desempeñó un papel bastante triste en los años del terror en Lyon; quizá le encontró también como pequeño espía de Policía, mal vestido y hambriento, en la antesala de su amigo Barras. De todas maneras, nadie de importancia; algún pequeño mercader que ha pillado ahora un pequeño Ministerio. A gentes de esta clase se les hace esperar en la antecámara. Y efectivamente, José Fouché espera pacientemente una hora en la antecámara del general, y habría esperado una segunda, y una tercera, allí, sentado en el sillón que le llevó compasivo un criado, si no hubiera sido descubierto casualmente, en aquella triste situación, por Real, uno de los conjurados de Bonaparte en el futuro golpe de Estado. Asustado por el descuido desgraciado, Real corre a la habitación del general y le explica, exaltado, la enorme falta de haber hecho esperar de manera tan ofensiva precisamente a este hombre que, con un solo movimiento de su mano, puede hacer volar como una bomba todo el complot. Se apresura Bonaparte a salir y ruega muy amable e

insistentemente que pase Fouché con él, se excusa y se entrevistan durante dos horas sin testigos.
Por primera vez están cara a cara los dos; cuidadosamente examina y mide el uno al otro y calcula si podrá serle útil para sus fines personales. Las personalidades superiores se identifican al vuelo. Enseguida reconoce Fouché, en la inaudita dinámica de este hombre de Poder, el genio invencible del dominio; enseguida reconoce Bonaparte en Fouché, con su mirada aguda de fiera, el ayudante utilísimo que con rapidez comprende todo y lo convierte enérgicamente en hechos. Nadie -cuenta en Santa Elena- le desarrolló entonces tan precisa y claramente toda la situación de Francia y del Directorio como Fouché en esta primera conversación de dos horas. Y el que Fouché, entre cuyas virtudes no suele brillar la franqueza, diga al pretendiente de la corona enseguida la verdad, muestra que también él estaba dispuesto a ponerse a su disposición.
Inmediatamente, en la primera hora, están repartidos los papeles de señor y criado, de reformador del mundo y de político de la época; puede empezar el juego.
Fouché se confía a Bonaparte con extraordinaria solicitud desde su primer encuentro; pero no se entrega en sus manos. No toma parte públicamente en la conspiración que hace caer al Directorio y convierte a Bonaparte en dictador; él es demasiado precavido. Para eso está ligado demasiado fuerte, demasiado fielmente a su norma de vida: no decidirse nunca definitivamente mientras no esté decidida la victoria. Sólo pasa algo extraño. En las siguientes semanas le ataca al ministro de Policía de Francia, siempre de oído tan fino y de vista tan aguda, un defecto fatal: repentinamente se queda ciego y sordo. No oye nada de los rumores que se murmuran por la ciudad sobre un inminente golpe de Estado; no ve nada de las cartas que deslizan en sus manos. Todas sus informaciones, que siempre funcionaban con seguridad intachable, parecen fallar de manera mágica, y mientras de los cinco miembros del Directorio están ya dos en el complot, y el tercero ganado a medias, no sospecha el ministro de Policía, ni lo mas mínimo, de la existencia de una conspiración militar. O mejor dicho, finge no sospecharlo. Sus comunicaciones diarias al Directorio no contienen una línea sobre el general Bonaparte ni sobre la clíque que impaciente agita los sables. Pero desde luego, tampoco al otro lado, a Bonaparte, envía una línea, ni una palabra escrita de su mano, únicamente con silencio traiciona al Directorio; únicamente con silencio se empeña con Bonaparte, y espera, espera. En esos momentos de expectación, dos minutos antes de la hora decisiva, se siente en su elemento su naturaleza anfibia. Temido por dos partidos, lisonjeado por ambos partidos y sentir, a todo esto, vibrar en la propia mano el fiel de la balanza: para este intrigante apasionado constituye esto el goce de los goces. Es el más maravilloso de todos los juegos, incomparable en emoción con el del tapete verde o con el de Eros, al ver llegar a su desenlace la gran pantomima de la fuerza. Saber en esos minutos que puede acelerar o retardar los acontecimientos y que precisamente este conocimiento le obliga a dominarse, y aunque se queme las manos con deseo de intervenir, no hacer nada, observar sólo, con la curiosidad cosquilleante, gozosa, casi viciosa del psicólogo... Sólo un placer así enardece a este genio frío; sólo él excita esta sangre turbia, débil, casi aguada, únicamente esta clase de placer, psicológicamente perverso, espiritualmente voluptuoso, puede embriagar al hombre seco, sin nervios, que es José Fouché. Y en estos momentos de alta tensión, antes del tiro decisivo, da alas a su siempre hosca severidad una especie de deleite cruel y cínico. Pues ¿cómo resolver un placer del espíritu mejor que con la alegría de una broma inocente o cruel? Y así bromea Fouché, precisamente cuando otros se sienten más amenazados por el peligro; bromea como el juez de Raskolnikow, de manera ingeniosa y verdaderamente diabólica, precisamente cuando al culpable le corre por la espalda el escalofrío. En estos

momentos precisamente le agrada la farsa, y así arregla esta vez en el instante de más peligro una comedia amable, cuyas bambalinas están colocadas, como quien dice, sobre barriles de pólvora. Pocos días antes del golpe de Estado (naturalmente, conoce la fecha exacta), organiza una pequeña reunión. Bonaparte, Real y los demás conspiradores son invitados a esta soiree íntima, y cuando están ya sentados a la mesa se dan cuenta de que esta completa toda su lista y que, por lo tanto, el ministro de Policía del Directorio ha invitado a su casa a toda la camarilla que conspira contra el Directorio precisamente. ¿Qué significa esto? Intranquilos, se miran Bonaparte y los suyos. ¿Están acaso los gendarmes ya ante la puerta para apresar de una vez a los conspiradores? Quizá recuerde alguno la historia del banquete terrible que dió Pedro el Grande a los Strélitzes, cuyas cabezas sirvió el verdugo como para postre. Pero nada cruel sucede en casa de Fouché... Al contrario: cuando por fin entra, para mayor sorpresa de los conjurados, otro invitado, nada menos (la broma esta ideada, en verdad, diabólicamente) que precisamente aquel presidente Gohier, contra el que se dirige la conspiración, son todos testigos estupefactos de un diálogo asombroso. El presidente pregunta al ministro de Policía por los acontecimientos más recientes. «¡Bah, siempre lo mismo! -contesta Fouché subiendo, cansado, los párpados, sin mirar a nadie-. Siempre los rumores de conspiración; pero bien sé yo el caso que hay que hacerles. Si hubiese verdaderamente alguna, pronto tendríamos la prueba en la plaza de la Revolución.»Esta alusión grave a la guillotina la sienten los conspiradores, asustados, como un cuchillo frío por la espalda. ¿Con quién de ellos bromea? ¿A quién engaña? No lo saben; probablemente no lo sabe Fouché mismo, pues sólo una cosa en la tierra le hace falta: el deleite de la duplicidad, el encanto ardiente y el peligro punzante del doble juego.
Tras esta bromita animada vuelve a caer el ministro de Policía, hasta la hora de dar el golpe, en un extraño letargo; permanece ciego y sordo mientras está sobornada la mitad del Senado, ganado el ejército. Y, cosa rara, conocido como madrugador, como primero en su despacho, tiene José Fouché, precisamente el 18 de Brumario, precisamente el día del golpe de Estado de Napoleón, un sueño maravillosamente profundo. Hubiera querido dormir hasta durante todo el día; pero dos mensajeros del Directorio le sacuden de la cama y le participan al asombrosamente asombrado los acontecimientos extraños del Senado, la acumulación de las tropas y el ya público golpe de Estado. José Fouché se frota los ojos verdaderamente sorprendido (aunque había conferenciado la noche antes extensamente con Bonaparte). Pero, desgraciadamente, ya no se puede dormir más o fingir que se duerme. El ministro de Policía ha de vestirse e ir al Directorio, donde le recibe el presidente Gohier bruscamente, sin dejarle representar por más tiempo la comedia de la sorpresa. «Usted tenía el deber -le grita- de darnos cuenta de un complot semejante; muy bien pudo haberse enterado de él su policía.» Fouché se traga tranquilamente la grosería y pide órdenes, como si fuese el servidor más fiel. Pero Gohier rehusa con aspereza. «Si el Directorio tiene que dar órdenes, se las transmitirá a los que sean dignos de su confianza.» Fouché se sonríe interiormente: «¡Este imbécil aún no sabe que su Directorio no tiene ya nada que mandar, que dos de los cinco lo han abandonado y que el tercero se ha vendido!» ¿Mas para que enseñar a imbéciles? Se inclina frío y va a su puesto.
¿Dónde está su puesto? Eso es lo que no sabe Fouché aún de cierto; no sabe si es ministro de Policía del viejo o del nuevo Gobierno. Eso dependerá de que la victoria sea del uno o del otro. Las próximas veinticuatro horas decidirán entre el Directorio o Bonaparte. El primer día se presenta propicio a Bonaparte; el Senado, espoleado fuertemente con promesas y sobornado mejor aún con dinero, cumple todos los deseos de Bonaparte, le hace jefe de las tropas y traslada la sesión de la Cámara de los Comunes, parte siempre que ha de ganar a la del Consejo de los Quinientos, a Saint-

Cloud, donde no hay batallones de trabajadores, ni opinión pública, ni «pueblo», sino únicamente un parque bello que se puede cerrar herméticamente con dos compañías de granaderos. Pero con esto no está ganada aún la partida, pues entre estos quinientos hay todavía unas docenas de personas molestas que no se dejan sobornar ni intimidar; quizás alguno, ¿quién lo sabe?, que defenderá la República con puñal o pistola contra el pretendiente a la corona. Hay que dominar los nervios y no hay que dejarse llevar por simpatías de una parte ni de otra, ni por pequeñeces como un juramento, sino permanecer quieto, aguardar, estar sobre aviso hasta que llegue la decisión.
Y Fouché domina sus nervios. Apenas ha salido Bonaparte a la cabeza de su Caballería para Saint-Cloud, apenas le han seguido en carrozas los grandes conjurados Talleyrand, Sieyés y un par de docenas más, cuando se cierran de pronto, por orden del ministro de Policía, las barreras en la periferia de París. Nadie puede alejarse de la capital y nadie puede entrar en ella, excepto los mensajeros del ministro de Policía. Nadie de las ochocientas mil personas podrá saber, pues, si el golpe tendrá éxito o fracasará, únicamente este hombre decidido. Cada media hora le trae noticias sobre el desarrollo del golpe de Estado un mensajero. Pero tarda en decidirse. Si Bonaparte logra vencer, entonces será Fouché, naturalmente, esta noche su ministro y fiel servidor; si fracasa, permanecerá fiel servidor del Directorio; estará dispuesto, con ademán frío y complaciente, a detener al «rebelde». Las noticias que recibe son bastante contradictorias. Mientras Fouché domina maravillosamente sus nervios, Bonaparte, el más fuerte de los dos, pierde los suyos por completo; este 18 de Brumario, que brinda a Bonaparte el dominio de toda Europa, es, por extraña ironía quizás, el día más débil en la vida personal de este gran hombre. Decidido ante los cañones, se desconcierta Bonaparte siempre que ha de ganar a la gente con palabras. Acostumbrado durante años enteros a mandar, ha olvidado el arte de solicitar. Puede agarrar una bandera y montar a la cabeza de sus granaderos; puede aniquilar ejércitos; pero amedrentar desde la tribuna a un par de abogados republicanos, eso no lo consigue este soldado férreo. Muchas veces ha sido descrita la escena de cómo el invencible general, nervioso por las interrupciones de los diputados, balbucía frases estúpidas y vanas como: «El dios de las batallas esta conmigo ... », y se equivocaba de tal manera al hablar, que sus amigos tienen que bajarlo apresuradamente de la tribuna, únicamente las bayonetas y sus soldados salvan al héroe de Arcole y Rivoli de una derrota vergonzosa ante un par de abogadetes estrepitosos. Pero cuando vuelve a montar en su caballo, señor y dictador, y manda a sus soldados desalojar por asalto el salón, fluye desde la empuñadura del sable otra vez la fuerza a sus sentidos aturdidos.
A las siete de la tarde está todo decidido: Bonaparte es cónsul y autócrata de Francia. Si hubiera sido vencido o desbordado en el acto, habría mandado pegar Fouché en todos los muros de París una proclama patética: «Una conspiración infame ha sido descubierta», etc. Pero como venció Bonaparte, se apropia deprisa la victoria. Y no es Bonaparte, sino el señor ministro de Policía, Fouché, quien entera al día siguiente a París del final efectivo de la República y del comienzo de la Dictadura napoleónica. «El ministro de Policía comunica a sus conciudadanos -dice el relato falaz- que el consejo estuvo reunido en Saint-Cloud para resolver sobre los intereses de la República, cuando el general Bonaparte, que se había presentado en el Consejo de los Quinientos para descubrir las maquinaciones revolucionarias, estuvo a punto de ser víctima de un asesinato.
Pero el genio de la República salvo al general. Todos los republicanos pueden tranquilizarse..., pues sus deseos se cumplirán ahora... Los débiles pueden estar tranquilos: están con los fuertes..., y únicamente tienen que temer los que provocan disturbios, introducen la confusión en la opinión pública y preparan el desorden. Todas

las medidas están tomadas para impedirlo.»Una vez más ha desplegado Fouché la vela a favor del viento. Y tan osadamente, tan sin reservas, tan en pleno día se pasa al campo del vencedor, que ya se empieza, poco a poco, en los círculos más distanciados, a conocer a Fouché. Unas semanas más tarde se representa en un teatro de barrio de París una comedia graciosa: La veleta de Saint-Cloud; en ella, entendida y aplaudida por todos, con nombres poco disimulados, se parodia lo mas graciosamente su comportamiento voluble, y, sin embargo, cauto. Fouché hubiera podido, como censor, prohibir una parodia tal de su persona; pero poseía, afortunadamente, bastante ingenio para no hacerlo. No oculta de ninguna manera su carácter, o, mejor: que no tiene carácter. Todo lo contrario: recalca incluso su veleidad e inconstancia, porque esto le crea una aureola especial. Que se rían de él, siempre que le obedezcan y le teman. Bonaparte es el héroe del día; Fouché, el colaborador secreto, el tránsfuga; la víctima efectiva, Barras, el amo del Directorio, que recibe este día una lección, ya histórica, sobre la ingratitud. Pues estos dos hombres que le derriban y le despachan con una propina de varios millones, como a un pordiosero molesto, fueron hace dos años sus criaturas, sus deudos, a quienes había sacado de la nada. Bonachón, ligero, un bonhomme, que gusta disfrutar, que gusta dejarle a cada uno su parte, ha recogido literalmente de la calle a Bonaparte, a este oficial pequeño y cetrino, expulsado y desterrado casi, y le ha prendido en la casaca militar, sin pagar aún y remendada, los galones de general; le ha nombrado por encima de todos, de la noche a la mañana, comandante de París; le ha cedido su propia amante; le ha llenado los bolsillos de dinero; ha conseguido que le dieran el mando sobre el ejército de Italia; le ha tendido, en fin, el puente de la inmortalidad. Igualmente ha sacado a Fouché de su buhardilla sucia del quinto piso, le ha salvado de la guillotina, ha sido el único que le ha ayudado en la época del hambre, cuando se apartaban todos de él, y, por fin, le ha colocado en el sitial y ha llenado sus bolsillos de oro. Y los dos -que le deben la vida- se unen, dos años mas tarde, y le echan en el mismo fango de donde él los saco... Verdaderamente que la Historia, que no es precisamente un código de moral, no conoce un ejemplo más claro de perfecta ingratitud que la actitud de Napoleón y Fouché frente a Barras el 18 de Brumario.
Pero la ingratitud de Napoleón contra su protector tiene al menos la justificación del genio. Su fuerza le da derecho especial, pues el camino del genio, de cara a las estrellas, puede pasar, si es necesario, sobre vidas humanas, puede servirse con heroísmo de los fenómenos efímeros, obedientes solo al sentido profundo, al imperativo invisible de la Historia. La ingratitud de Fouché, en cambio, es tan sólo la ingratitud vulgar del amoral perfecto que con la mayor ingenuidad busca únicamente la propia ventaja. Fouché puede, si quiere, olvidar todo su pasado de manera estupefaciente y vertiginosamente rápida, y de esta maestría singular dará pruebas asombrosas en su carrera futura. Quince días después manda a Barras, al hombre que le libro de la «guillotina seca» y que le salvo del destierro, la orden formal de expatriación y le hace quitar todos los papeles: probablemente estarían entre ellos sus propias cartas implorantes y sus mensajes de espía. Barras, mortalmente ofendido, aprieta los dientes, que hoy parecen todavía rechinar en sus Memorias cuando nombra a Bonaparte y a Fouché. Y únicamente le consuela que aquél se lleve a éste. Proféticamente presiente que uno de ellos le vengará en el otro y que no serán amigos mucho tiempo.
Por lo pronto, claro, en los primeros meses de su cooperación, se pone el ciudadano ministro de Policía devotamente al servicio del ciudadano cónsul, pues la palabra «ciudadano» se impone todavía en los documentos oficiales. Todavía le basta al amor propio de Napoleón ser el primer ciudadano de una República. Frente a una misión ingente que superaría las fuerzas de todos los demás, demuestra en aquellos años la

magnitud y multiplicidad de su genio juvenil; nunca nos parece la figura de Bonaparte más grandiosa, creadora y humana que en aquella época del nuevo régimen. Estatuir la Revolución, mantener sus resultantes y reducir al mismo tiempo su hipertrofia; terminar la guerra victoriosamente, y, fiel al sentido auténtico de esa victoria, concluirla con una paz robusta y verdadera, constituye la idea sublime a la que se consagra el nuevo héroe, con la clarividencia aguda del genio y con la energía recia y laboriosa del trabajador apasionado de las diez horas diarias. No son precisamente los años celebrados siempre por la leyenda, para la que no hay hechos más altos que los ataques de caballería, ni mas evidentes resultados que los países conquistados; no son Austerlitz, Eylau y Valladolid los verdaderos trabajos hercúleos de Napoleón Bonaparte, sino los años en que se vuelve a estructurar la Francia desordenada, desgarrada por los partidos, dentro de un Estado con fuerza vital, en el que los asignados desvalorizados son sustituidos por verdaderos valores; en los que el nuevo Código napoleónico da forma, severa y humana al mismo tiempo, al derecho y a las costumbres, a los que este alto genio político impone su acción saludable en todos los terrenos de la administración del Estado y apacigua a Europa. No son los años guerreros, sino estos otros, los verdaderamente creadores, y nunca trabajaron sus ministros más concienzudamente, activamente y fielmente a su lado que en esa época. También en Fouché encuentra un servidor perfecto, completamente conforme con él en la convicción de que es preferible terminar la guerra civil con negociaciones y condescendencias que por la fuerza y con ejecuciones. En pocos meses restablece Fouché la tranquilidad completa en el país, desaloja los últimos nidos de terroristas y realistas, libra las calles de asaltos, y su energía burocrática, en los pormenores tan exacta, se subordina, solícita, a los grandes proyectos políticos de Bonaparte. Las obras grandes y útiles unen siempre a los hombres: el criado ha encontrado a su amo y el amo a su criado.
El momento en que se inicia la desconfianza de Bonaparte hacia Fouché puede precisarse exactamente -cosa rara-hasta en el día y la hora, aunque el episodio quedó oculto casi en medio de la abundancia de acontecimientos de aquellos años tan activos. Sólo la aquilina mirada psicológica de Balzac, acostumbrada a reconocer en lo insignificante lo esencial, en el petit détail el golpe que le impulsa, ha podido advertirlo (aunque adornándolo un poco poéticamente). La pequeña escena se desarrolla durante la campaña italiana que ha de decidir entre Austria y Francia. El 20 de enero de 1800 están reunidos en París los ministros y consejeros en extraña disposición de ánimo. Ha llegado un mensajero del campo de batalla de Marengo con malas noticias; trae el mensaje de que Bonaparte ha sido derrotado y el ejército francés se encuentra en plena retirada. Todos los reunidos piensan en secreto lo mismo: es imposible que siga como primer cónsul un general derrotado; y piensan enseguida en un sucesor. Hasta qué punto declararon todos esta necesidad, no se ha sabido nunca; pero hubo preparaciones para una subversión y hubo, sin duda, consultas en voz baja. Los hermanos de Napoleón se dieron cuenta de ello. Carnot fué seguramente quien más adelantó, quien quiso restaurar rápidamente el viejo Comité de Salud pública. De Fouché se puede suponer, conociendo su carácter, que en vez de ponerse de parte del Cónsul derrotado, según las últimas noticias, permanecía cautelosamente mudo, para volver con el amo antiguo si fuera preciso, o para quedarse con el nuevo, según el caso. Pero al día siguiente llega una segunda estafeta y anuncia precisamente lo contrario: trae nuevas de la victoria brillante de Marengo; a última hora el general Desaix, con genial intuición militar, llegó en ayuda de Bonaparte, convirtiendo la derrota en triunfo.
Cien veces más fuerte de lo que salió, y completamente seguro de su poder, regresa Bonaparte, el Primer Cónsul, a los pocos días. Sin duda alguna se enteró enseguida de que todos sus ministros y confidentes, a la primera noticia, estaban dispuestos a darle de

lado. Como primera víctima paga Carnot, que fué quien se precipitó demasiado, y pierde el ministerio. Los demás, incluso Fouché, permanecen en sus puestos: no se le puede probar a éste, cauto siempre, su infidelidad, aunque, claro, tampoco su fidelidad. No se ha comprometido, pero tampoco se ha señalado en el cumplimiento de su deber; ha demostrado una vez más lo que siempre fué: fiel en el éxito, infiel en el fracaso. Bonaparte no le despide, ni le reprocha, ni le castiga. Pero desde este momento pierde la confianza en él.
Este pequeño episodio, casi envuelto en olvido en la historia de la época, es, por otra parte, de una gran evidencia psicológica. Pues nos recuerda muy claramente que una República basada únicamente sobre las bayonetas y la victoria bélica se derrumba a la primera derrota, y que todo soberano a quien falte la legitimidad natural de la sangre y de los antepasados ha de crearse imprescindiblemente y con tiempo una nueva. Bonaparte mismo, en la conciencia de su fuerza, lleno de ese optimismo inflexible que las naturalezas geniales siempre poseen, en su época ascendente puede llegar a olvidar esta admonición tácita; pero no sus hermanos. Napoleón -suele olvidarse esto con demasiada frecuencia- no llegó solo a Francia: llega rodeado de un clan familiar hambriento, ambicioso de poder. Al principio hubiese bastado a la madre y a los cuatro hermanos sin empleo que su amparador, su Napoleón, para proporcionar a las hermanas algunos trajes, se hubiera casado con la hija de un fabricante rico. Pero ahora, que ha llegado inesperadamente a tal alto poderío, se agarran a él todos, con súbito impulso para que eleve con él a toda la familia; también quieren ascender al esplendor, quieren hacer de toda Francia, y luego de todo el mundo, un usufructo familiar de los Bonaparte; y su piratería sucia, insaciable, sin la excusa del resplandor del genio, acosa al hermano para que tome la resolución de transformar su Poder, ligado a la voluntad popular, en un Poder independiente y duradero, en una monarquía hereditaria. Le piden la institución de una dinastía familiar, le piden que se proclame Rey o Emperador; quieren que se divorcie de Josefina para casarse con una princesa de Bade (aún no se atreve nadie a pensar en la hermana del Zar o en la hija de Habsburgo). Y con sus constantes intrigas le separan cada vez más de sus antiguos camaradas, de sus viejas ideas, le apartan de la República y de la Libertad: le empujan a la reacción y al despotismo.
Frente a este clan instigador, insaciable y antipático se encuentra bastante sola y desamparada Josefina, la esposa del Cónsul. Sabe que cada paso de Bonaparte hacia la altura, hacia la soberanía, le separa de ella, porque no puede ella darle al Rey o Emperador lo que pide la idea dinástica como primer y único requisito: un heredero del trono, y con el la perpetuidad de la dinastía. Pocos de los consejeros de Bonaparte están de su parte (pues no tiene ella dinero para repartir, sino que está, por el contrario, llena de deudas), y el más fiel, en este momento, es Fouché. Con desconfianza observa éste, hace tiempo ya, cómo se hincha con los éxitos inesperados el orgullo de Bonaparte en proporciones igualmente inesperadas; con qué obstinación elimina y hace perseguir como anarquistas y terroristas a todos los que tienen ideas verdaderamente republicanas. Ve con su mirada aguda y suspicaz claramente que, como decía Víctor Hugo: Déjà Napoleón perçait sous Bonaparte, surgía amenazante el Emperador tras el general, el Monarca tras el ciudadano. Pero a Fouché, ligado a vida o muerte a la República por su voto contra el Rey, sólo le interesa la prosperidad de la República y de la forma de Estado republicana. Por eso teme todo lo monárquico, por eso lucha secreta y abiertamente al lado de Josefina.
Esto no se lo perdona el clan. Con odio corso espían todos sus pasos, dispuestos a dar de lado al hombre molesto que les estorba los negocios en la primera ocasión.

Esperan, impacientes, mucho tiempo. Hasta que al fin se presenta la ocasión de echarle a Fouché la zancadilla. El 24 de diciembre de 1800 va Bonaparte a la ópera para asistir a la primera representación en París de la Schoepfung de Haydn; estalla en la estrecha rue Nicaise, inmediatamente detrás de su coche, un geiser de explosivos de pólvora y plomo con tanta violencia, que la explosión arroja escombros hasta por encima de las casas: se trata de un atentado, la famosa y temida máquina infernal.
Sólo la marcha vertiginosa que llevaba su cochero-borracho, según dicen- salvó al Primer Cónsul; pero cuarenta víctimas se revuelcan con los cuerpos destrozados ensangrentando la calle: y el coche se encabrita, como un animal herido, levantado por la presión del aire. Pálido, con la cara marmórea, sigue Bonaparte a la ópera para mostrar su sangre fría al público entusiasmado. Con aire indiferente y glacial escucha (mientras Josefina a su lado es presa de un ataque de nervios y no puede ocultar sus lágrimas) las suaves melodías del padre Haydn y agradece con rígida indiferencia las aclamaciones frenéticas.
Pero de que esta sangre fría era sólo una ficción se dan cuenta muy pronto sus ministros y sus consejeros de Estado, en las Tullerías, cuando regresa de la ópera. Contra Fouché, sobre todo, se desencadena su ira; como un loco se lanza contra el hombre pálido e inmóvil; él, como ministro de Policía, estaba en la obligación de descubrir, con mucho tiempo de anticipación, el complot, pero en vez de esto ampara con una benevolencia criminal a sus amigos, a sus antiguos cómplices los jacobinos.
Tranquilamente da Fouché su opinión de que no puede probarse que el atentado proceda de los jacobinos; él, personalmente, esta convencido de que aquí representan el principal papel los conspiradores realistas y el dinero inglés. Pero la calma con que Fouché le contradice enfurece aún más al Primer Cónsul: «Son los jacobinos, los terroristas, esos canallas en rebelión permanente, en masa compacta contra todos los Gobiernos. Son los mismos malvados que, por asesinarme, no repararon en sacrificar miles de víctimas. Pero quiero hacer en ellos una justicia ejemplar». Fouché se atreve a manifestar, por segunda vez, sus dudas. Entonces se echa casi corporalmente el corso, de sangre ardiente, sobre el ministro; tanto, que tiene que intervenir Josefina y tomar del brazo a su marido con ademán apaciguador. Pero Bonaparte se desata torrencialmente en palabras y le echa en cara a Fouché todos sus crímenes y asesinatos de los jacobinos, los días de diciembre en París, las bodas republicanas de Nantes, las matanzas de los presos en Versalles... Clara alusión para que se dé cuenta el mitrailleur de Lyon de que se acuerda perfectamente de su pasado. Pero mientras más grita Bonaparte, más tenazmente calla Fouché. Ni un músculo se estremece en su máscara de piedra, mientras chisporrotean las acusaciones en presencia de los hermanos de Napoleón y de los cortesanos, que observan con miradas sarcásticas al ministro de Policía, que, por fin, ha dado un mal paso. Frío como una piedra, rechaza Fouché todas las sospechas, frío como la piedra abandona las Tullerías.
Su calda parece inevitable, pues Napoleón se cierra a toda intervención de Josefina en favor de Fouché. «¿Pero no ha sido él mismo uno de sus caudillos? ¿Ignoro yo acaso lo que hizo en Lyon y en el Loire? Sólo Lyon y el Loire me explican la conducta de Fouché», grita enfurecido. Y enseguida empiezan las conjeturas en torno del nombre del futuro ministro de Policía. Los cortesanos vuelven ya la espalda al caído; parece ya (como tantas veces) José Fouché definitivamente aniquilado.
En los días siguientes no mejora la situación. Bonaparte no se deja disuadir de su opinión de que los jacobinos prepararon el atentado; exige que se tomen medidas, que se impongan castigos severos. Y cuando Fouché insinúa ante él o ante otros que sigue otra pista, le tratan con ironía y desprecio. Todos los imbéciles se ríen y se burlan del ingenuo ministro de Policía, que no quiere poner al descubierto un asunto tan claro;

todos sus enemigos le miran con aire de triunfo porque persiste tenazmente en su error. Fouché no contesta a nadie. No discute; calla. Calla durante quince días, calla y obedece sin réplica cuando le ordenan hacer una lista de ciento treinta radicales y antiguos jacobinos destinados a la deportación a Guayana, a la «guillotina seca».
Sin parpadear despacha el decreto que acaba con los últimos montagnards, los últimos de la «montaña», con los apóstoles de su amigo Babceuf, con Topino y Arena, que no cometieron otro delito que decir públicamente que Napoleón había robado en Italia un par de millones para comprarse con ellos la autocracia. Contra su convicción ve como son deportados los unos y ejecutados los otros; calla como un sacerdote que, obligado por secreto de confesión, ve la ejecución de un inocente con los labios sellados. Hace ya mucho tiempo que esta Fouché sobre la pista, y mientras se burlan los otros de él, mientras el mismo Bonaparte le echa en cara irónicamente su ridícula obstinación, se reúnen en su gabinete infranqueable pruebas definitivas de que, efectivamente, estaba preparado el atentado por chouans, del partido realista. Y mientras en el Consejo de Estado y en las antesalas de las Tullerías se muestra con fría y displicente indiferencia frente a todas las alusiones, trabaja febrilmente en su gabinete secreto con los mejores agentes. Se ofrecen recompensas en dinero en enormes cantidades; todos los espías y esbirros de Francia trabajan activamente; se obliga a la ciudad entera a declarar como testigo. Ya se sabe la procedencia de la yegua que estaba enganchada a la máquina infernal y que fue destrozada en cien pedazos, y ha sido encontrado su antiguo dueño; ya se tiene la descripción exacta de los hombres que la compraron; ya se han averiguado, gracias a la magistral biographie chouannique (ese lexicón inventado por Fouché, con los datos personales de los emigrados realistas, de todos los chouans), los nombres de los autores del atentado... y aún calla Fouché. Aún deja heroicamente que se rían de él y que triunfen sus enemigos. Cada vez con mayor rapidez se tejen los últimos hilos hasta formar una red irrompible. Un par de días más y la araña venenosa estará presa en ella. ¡Solo un par de días! Fouché, excitado en su amor propio, humillado en su orgullo, no se conforma con una victoria pequeña y mediocre sobre Bonaparte y sobre todos los que le reprochan de carencia de información... También él quiere un Marengo, un triunfo completo, arrollador.
Quince días después da, súbito, el golpe. El complot ha sido aclarado completamente, todas las pistas comprobadas. Como lo preveía Fouché, había sido el jefe, el más temido de todos los chouans, Cadoudal; realistas juramentados, comprados con dinero inglés, habían sido sus ejecutores. Como un trueno cae la noticia sobre sus enemigos, pues ven cuán inútil e injustamente se ha sentenciado a ciento treinta personas. Se apresuraron demasiado, con osadía excesiva, a reírse del hombre impenetrable. Y más fuerte, más estimado, más temido que nunca aparece el infalible ministro de Policía ante el público. Con una mezcla de ira y admiración, mira Bonaparte al calculador férreo, que una vez más se lleva la razón con sus cálculos de sangre fría. Contra su voluntad tiene que confesar: «Fouché ha juzgado mejor que muchos otros. Tiene razón. Hay que estar alerta con los emigrados, con los repatriados, con los chouans y con todas las gentes de ese partido». Pero sólo en consideración gana Fouché en este asunto ante Napoleón, no en afecto, pues nunca agradecen los autócratas que se les llame la atención sobre una falta o un error. Es inmortal la historia de Plutarco del soldado que salvo la vida amenazada del rey en la batalla, y en vez de huir enseguida, como le aconsejo un sabio, contó con la gratitud del rey y perdió así la cabeza. Los reyes no quieren bien a las personas que los vieron en un momento de debilidad, y las naturalezas despóticas no gustan de los consejeros que hayan demostrado, aunque sea una sola vez, ser más sabios que ellos.

En un círculo tan estrecho como el de la Policía ha logrado Fouché el triunfo mayor que es posible alcanzar. Pero ¡qué pequeño en comparación con los triunfos alcanzados por Bonaparte en los dos últimos años del Consulado! El dictador ha coronado una serie de victorias con la más hermosa, con la paz definitiva con Inglaterra, con el concordato con la Iglesia: las dos potencias más poderosas del mundo ya no son, gracias a su energía y a la superioridad fecunda de su genio, enemigas de Francia. El país tranquilizado, ordenada la economía, terminada la discordia de los partidos, suavizadas las oposiciones, la riqueza vuelve a florecer, la industria se desarrolla de nuevo, las artes despiertan; una época augusta comienza, y no esta lejana la hora en que Augusto podrá llamarse también César. Fouché, que conoce cada nervio, cada pensamiento de Bonaparte, se da cuenta perfectamente de hacia dónde se dirige la ambición del corso y que ya no le basta con representar el papel en la República, sino que quiere tomar posesión vitalicia, eterna, para él y su familia, del país por él salvado. Claro que oficialmente no demuestra, quién es cónsul de la República, ambiciones tan poco republicanas; pero bajo cuerda deja traslucir a sus confidentes su deseo de que el Senado le expresara su gratitud con un acto especial de confianza, con un témoignage éclatant.
En lo más recóndito de su corazón desea un Marco Antonio, un servidor fiel y seguro que pida para él la corona imperial. Y Fouché, rico en astucia, flexible, pudiera asegurarse ahora su gratitud para siempre.
Pero Fouché se niega a este papel, mejor dicho, no se niega francamente, sino que desde la sombra, con complacencia aparente, trata de oponerse a estas intenciones. Está contra los hermanos, contra el clan de los Bonaparte y al lado de Josefina, que tiembla de miedo e intranquilidad ante este último paso de su esposo hacia la Monarquía, pues sabe que no será entonces ya mucho tiempo su esposa. Fouché le aconseja no prestar franca resistencia: «Manténgase tranquila -le dice-; se atraviesa usted inútilmente en el camino de su esposo. Sus temores le aburren; mis consejos le molestarían». Prefiere, pues, fiel a su estilo, deshacer subterráneamente los deseos ambiciosos, y cuando Bonaparte, con modestia falsa, no quiere franquearse y, por otra parte, sí quiere proponer al Senado un temoignage éclatant, es Fouché de los que susurran a los senadores que el gran hombre no desea otra cosa, como fiel republicano, sino que le sea prolongado el puesto de Primer Cónsul por diez años. Los senadores, convencidos de honrar y satisfacer con ello a Bonaparte, toman solemnemente esta resolución. Pero Bonaparte, penetrando este juego de intrigas y reconociendo claramente a los autores, rabia de ira cuando le entregan este regalo indeseado de pordiosero. Con palabras frías despacha a la Comisión. Cuando se siente en las sienes el frío cerco de una áurea corona imperial, diez miserables años de poder son una nuez vana que se aplasta despectivamente con el pie.
Por fin arroja Bonaparte la careta de la modestia y hace saber claramente su voluntad: ¡Consulado de por vida! Y bajo el fino envoltorio de estas palabras reluce visible para los perspicaces la futura corona de Emperador. Y tan fuerte es ya entonces Bonaparte, que el pueblo, por mayoría de millones, hace ley su deseo y le elige soberano (tanto él como el pueblo así lo esperan) para toda su vida. La República ha terminado: la Monarquía comienza.
Que José Fouché se atreviera a poner trabas a las impaciencias del pretendiente a la corona en su propósito decisivo, eso no lo olvida la prole de hermanos y hermanas, eso no lo olvida el clan familiar corso. Así asedian impacientes a Bonaparte. ¿Para qué conservar, cuando está ya firme en la silla, al espolique molesto? ¿Para qué, cuando el país ha demostrado unánimemente su conformidad con el Consulado vitalicio, cuando las oposiciones se han allanado felizmente y se han eliminado las discordias, para qué

tener al lado a un vigilante tan implacable que vigilara no sólo al país, sino sus propias y oscuras maquinaciones? ¡Fuera, pues, con él! ¡Aniquilar, sustituir a este eterno forjador de enredos, a este intrigante! Sin César, impacientes, tenaces, asedian al hermano, aún indeciso.
Bonaparte, en el fondo, comparte su opinión. También a él le estorba este hombre, que sabe demasiado y que quiere saber siempre más; esta sombra gris, que se arrastra detrás de su luz. Pero precisamente para despedir al ministro, que ganó tantos meritos, que disfruta en el país de respeto ilimitado, para eso se necesitaría un pretexto. Y además, este hombre se ha hecho fuerte con él; más vale, pues, no provocar su franca enemistad. Tiene en su mano todos los secretos y está fatalmente familiarizado con todas las intimidades, no muy limpias, del clan corso; por eso no se le puede agraviar tan bruscamente. Así se inventa una salida hábil, diplomática, que no deje traslucir ante el mundo que se despide a Fouché con malevolencia; y no se le despide como ministro, sino que se declara que ha cumplido tan magistralmente su deber, que resulta completamente superflua una vigilancia de los ciudadanos, un Ministerio de Policía. No se despide, pues, al ministro, sino que, al suprimir el Ministerio de Policía, se desembarazan al mismo tiempo de él disimuladamente.
Para ahorrar a este hombre susceptible el duro golpe con que le ponen a la puerta de la calle, le endulzan en lo posible la despedida, le indemnizan por la pérdida de su puesto con un asiento en el Senado, y en una carta en la que le anuncia Bonaparte este ascenso, dice textualmente: «El ciudadano Fouché, ministro de Policía, durante las situaciones más difíciles ha cumplido siempre, por su talento y su energía, por su fidelidad al Gobierno, con los deberes que le imponían los acontecimientos. Y dándole un puesto en el Senado sabe el Gobierno que, si en una nueva época tuviera necesidad de un ministro de Policía, no encontraría otro que fuera más digno de su confianza». Además, Bonaparte, que ha visto cuán profundamente se ha reconciliado el antiguo comunista con su viejo enemigo, el dinero, le facilita la retirada tendiéndole un puente magnífico de oro. Cuando el ministro le entrega, al hacer la liquidación, dos millones cuatrocientos mil francos como resto del capital liquidado de la Policía, le regala Napoleón sencillamente la mitad, o sea un millón doscientos mil francos.
Además se otorga al «enemigo converso del dinero» -que hace un decenio tronaba aún furioso contra «el metal sucio y corruptor»-, con su título de senador, la posesión de Aix, un pequeño principado que se extiende desde Marsella a Tolón y cuyo valor se calcula en diez millones de francos. Bonaparte le conoce; sabe que Fouché tiene manos de intrigante, inquietas y ávidas, y como no se las puede atar, se las carga de oro. Por eso es difícil encontrar en el transcurso de la Historia el caso de un ministro a quien se haya despedido con más honores y, sobre todo, con más precauciones que a José Fouché.

CAPÍTULO V

MINISTRO DEL EMPERADOR(1804-1811)

EN 1802 se retira José Fouché -es decir, Su Excelencia el señor senador José Fouché-, obediente a la presión suave y obstinada del Primer Cónsul, a la vida privada, de la que había salido diez años antes. Increíble decenio, predestinado y cruento, siniestro y fecundo. Pero ha sabido aprovechar bien este tiempo. No se refugia, como en 1794, en

una buhardilla miserable, fría; se compra una hermosa casa, bien equipada, en la rue Cerutti, una casa que debió pertenecer a un «aristócrata ruin» o a un «infame rico». En Ferrières, la residencia futura de los Rothschild, instala la más preciosa finca de verano, y su principado en la Provenza, la senaduría de Aix, le envía buenas rentas. Por lo demás, también ejerce magistralmente el noble arte del alquimista de convertirlo todo en oro. Sus protegidos en la Bolsa le dan participación en sus negocios, aumenta ventajosamente sus posesiones; al cabo de un par de años, el hombre del primer manifiesto comunista será el segundo capitalista de Francia y el primer terrateniente del país. El tigre de Lyon se ha convertido en roedor paciente, capitalista cauto, prestidigitador del tanto por ciento. Pero esta riqueza fantástica del parvenu político no cambia en nada su nativa sobriedad, cultivada tenazmente en la disciplina conventual. Con quince millones de capital no vive José Fouché de manera muy distinta que cuando buscaba trabajosamente los quince sous diarios que necesitaba en su buhardilla; no bebe, no fuma, no juega, no gasta dinero en mujeres ni en presunciones. Como un buen hidalgo lugareño, pasea con sus hijos (le nacieron tres después de perder dos en la miseria) por el silencio de sus prados, da a veces pequeñas reuniones, escucha cuando hacen música los amigos de su mujer, lee libros y se recrea en conversaciones intelectuales; profundamente, de manera inasequible, se oculta en este burgués frío y seco el placer demoníaco por el juego de azar de la política, por las tensiones y peligros del drama mundial.
Sus vecinos no ven nada de todo esto; sólo ven al buen administrador, al excelente padre de familia, al esposo cariñoso. Y nadie que no le conociera de antes sospecha la pasión contenida, cada vez más intranquilamente, tras su franca serenidad, su ansia de volver a situarse en primera fila, de volver a intervenir en los asuntos de la política. ¡Oh, semblante de Medusa del Poder! Quien fijó la vista una vez en su faz, jamás la puede apartar de ella, queda encantado y hechizado. Quien disfrutó una vez del placer embriagador de dominar y mandar, no puede ya renunciar a él. Hojeemos la Historia en busca de ejemplo de renuncia voluntaria; excepto Sila y Carlos V, no se encuentra, entre millares y decenas de millares de figuras, apenas una docena que, con el corazón satisfecho y el sentido claro, renuncien al deleite casi pecaminoso de representar la Providencia ante millones de seres. Como no puede el jugador dejar el juego; el bebedor, la bebida; el cazador furtivo, la caza, no puede dejar José Fouché la política. El reposo le martiriza, y mientras hace tranquilamente, con bien fingida indiferencia, de Cincinato en el arado, le cosquillean los dedos y le vibran los nervios por volver a coger los naipes de la política. Aunque está separado del servicio activo, continúa voluntariamente la labor policíaca, y para ejercitar la pluma y no caer completamente en el olvido, manda al Primer Cónsul semanalmente informaciones secretas. Con esto se divierte y entretiene, sin compromiso, su genio intrigante; pero no le satisface plenamente. En realidad, su aislamiento aparente no es más que una espera febril, dominada por el deseo de volver a coger las riendas, de tener poder sobre las vidas humanas, sobre el destino del mundo. ¡Poder!
Bonaparte percibe síntomas evidentes de la impaciencia trémula de Fouché, pero tiene a bien no hacer caso de ella.
Mientras pueda tener apartado de sí a este hombre fantásticamente inteligente, fantásticamente trabajador, le dejará en la sombra. Desde que se conoce la fuerza obstinada de este hombre subterráneo, nadie le toma a su servicio si no le necesita absolutamente en trance del mayor peligro. El Cónsul le demuestra bastante protección: le utiliza para diversos negocios; le agradece las buenas informaciones; le invita, de cuando en cuando, al Consejo de Ministros, y, sobre todo, le deja ganar, le deja que se enriquezca, para que se mantenga tranquilo; pero a una cosa tan sólo se niega con

tenacidad todo el tiempo posible: a restituirle en su puesto y a volver a crear el Ministerio de Policía. Mientras que Bonaparte es poderoso, mientras no comete faltas, no necesita de un criado tan equívoco, tan excesivamente inteligente.
Pero afortunadamente para Fouché, Bonaparte comete faltas. Sobre todo la gran falta histórica, imperdonable; y, no le basta ser Bonaparte; pretende, además de la seguridad de sí mismo, además del triunfo de su personalidad única, el brillo pálido de la legitimidad, la fastuosidad de un título. Quien no temió a nadie, gracias a su fuerza, a su personalidad poderosa, se atemoriza ante las sombras del pasado, ante la aureola impotente de los Borbones proscritos. Se deja convencer por Talleyrand y, a costa de la ruptura del Derecho internacional, manda traer entre gendarmes al Duque de Enghien de territorio neutral y le hace fusilar. Para este hecho tuvo Fouché la frase ya célebre: «Fue peor que un crimen: fue una equivocación». Esta ejecución crea alrededor de Bonaparte un vacío de miedo y terror, de protesta y odio, y pronto le parecerá aconsejable volver a ponerse bajo la protección del Argos de mil ojos, bajo la protección de la policía.
Además, y sobre todo en 1804, necesita nuevamente el cónsul Bonaparte un ayudante hábil y sin escrúpulos para su ascensión postrera. Necesita otra vez quien le sostenga el estribo. Lo que dos años antes le parecía el colmo de su ambición, el consulado vitalicio, ya no le parece bastante, elevado como se siente por todas las alas del éxito. Ya no quiere ser el primer ciudadano entre los ciudadanos, ambiciona ser señor y soberano sobre sus súbditos, ambiciona calmar el ardor febril de su frente con el anillo áureo de una corona imperial. Pero el futuro César necesita un Antonio; y aunque Fouché hizo durante largo tiempo el papel de Bruto (y aún el de Catalina, anteriormente), esta hambriento, al cabo de dos años de ayuno político.
Ya está dispuesto a tender el anzuelo para pescar en el lodo del Senado la corona imperial. De cebo sirven el dinero y las buenas promesas; y así ve el mundo el espectáculo curioso de que el antiguo presidente del club de los jacobinos, hoy Excelencia, dé en los pasillos del Senado apretones de manos sospechosos y asedie e intrigue hasta conseguir que, por fin, propongan un par de bizantinos complacientes que «se cree una institución que destruya para siempre las esperanzas de los conspiradores, garantizando la permanencia del Gobierno mas allá de la vida de su jefe». Si se saca la hinchazón de esta frase como un tumor, se aparecerá, como contenido, la intención de transformar al Cónsul vitalicio Bonaparte en el Emperador dinástico Napoleón. Y de la pluma de Fouché (que lo mismo escribe con bálsamo que con sangre) procede probablemente la petición vil y sumisa del Senado con que se invita a Bonaparte «a completar su obra, dándole forma inmortal». Pocos habrán cavado mas laboriosamente en la tumba definitiva de la República que José Fouché, el de Nantes, el ex diputado de la Convención, el ex presidente de los jacobinos, el mitrailleur de Lyon, el enemigo de los tiranos, antaño el más republicano de todos los republicanos.
El premio no se hace esperar. Así como el ciudadano Fouché fue nombrado ministro por el ciudadano cónsul Bonaparte, ahora, en 1804, tras dos años de destierro dorado, lo es otra vez Su Excelencia el señor senador Fouché por Su Majestad el Emperador Napoleón. Por quinta vez presta José Fouché juramento -el primero lo prestó al gobierno realista; el segundo, a la República; el tercero, al Directorio; el cuarto, al Consulado-. Pero Fouché solo tiene cuarenta y cinco años. ¡Cuánto tiempo aún para nuevos juramentos, nuevas fidelidades e infidelidades! Con fuerza acumulada se echa nuevamente en el elemento, siempre amado, de viento y ola, obligado en juramento al nuevo Emperador, impulsado, en realidad, únicamente por su propio deleite en la inquietud.
Un decenio están enfrentados sobre la escena mundial -mejor dicho, entre bastidores- las figuras de Napoleón y Fouché, ligadas por el Destino, a pesar de una evidente

resistencia mutua. Napoleón no quiere a Fouché, ni Fouché a Napoleón. Llenos de antipatía secreta, se sirven el uno del otro, únicamente, por la fuerza de atracción de polos opuestos. Fouché conoce perfectamente la potencia demoníaca, la fuerza magnífica de Napoleón; sabe que el mundo no creara un genio superior a él en decenios, que no tendrá un amo tan digno de que se le sirva. Napoleón, en cambio, por nadie se siente comprendido con tan vertiginosa rapidez como por la mirada sobria, clara, reflectante y atisbadora de este talento político, laborioso, igualmente utilizable para lo mejor y para lo peor, a quien sólo una cosa falta para ser el perfecto servidor: la consagración incondicional, la fidelidad.
Porque Fouché no será jamás servidor de nada ni de nadie, y mucho menos lacayo, jamás sacrificará íntegramente su independencia espiritual, su propia voluntad, a una causa ajena. Al contrario, cuanto más se atan los antiguos republicanos, disfrazados de nuevos aristócratas, a la gloria del Emperador, cuanto más se rebajan, convirtiéndose en sus consejeros y aduladores, más se estira y se yergue la espalda de Fouché. Claro que en contradicción abierta, en franca oposición, ya nada se puede alcanzar del Emperador, cada vez más en papel de César. Ya no existe en el palacio de las Tullerías la confraternidad franca, el debate libre entre ciudadano y ciudadano; el Emperador Napoleón, que se hace llamar Sire por sus viejos compañeros de guerra y hasta por sus propios hermanos (¡cómo reirían todos!) y a quien ningún mortal tutea, excepto su mujer, no quiere que le aconsejen sus ministros. No entra ya, como antes, con el liviano jabot de cuello escotado y con paso ligero y sigiloso el ciudadano ministro Fouché en el gabinete del ciudadano cónsul Bonaparte, sino con el cuello alto y tieso, bordado en oro, que le oprime la garganta, envuelto en el pomposo uniforme de Corte, con medias negras de seda y zapatos deslumbradores, cuajado el pecho de condecoraciones, sombrero en mano. Ahora es recibido el ministro José Fouché en una especie de audiencia por el Emperador Napoleón. El «señor» Fouché tiene, lo primero, que inclinarse respetuosamente ante su antiguo conjurado y camarada, y no hablar sin haber obtenido licencia de «Su Majestad». Ha de hacer una reverencia al entrar y otra al despedirse; ha de recibir sin contradicción las órdenes dadas bruscamente, en vez de entablar una conversación íntima.
Contra la opinión tempestuosa de este hombre de férrea voluntad no hay resistencia posible.
Por lo menos, resistencia franca, abierta. Fouché conoce a Napoleón demasiado bien para querer persuadirle, cuando son distintas sus opiniones. Deja que le ordene, que le mande, como hace con todos los demás aduladores y ministros serviles del Imperio; pero con la pequeña diferencia de que no siempre obedece las órdenes recibidas. Si le manda hacer detenciones que él no aprueba, hace avisar secretamente a los amenazados y, cuando tiene que castigar, no deja de insinuar en todas partes que lo hace por orden expresa del Emperador, no por su propia voluntad. Los favores y las amabilidades, en cambio, los hace valer siempre como benevolencias propias. Cuanto más dominante se muestra Napoleón -y es verdaderamente sorprendente como su temperamento, siempre voluntarioso, va creciendo cada vez más libre y autocrático a medida que crece su poder-, mas amable y más conciliador es Fouché. Y así, sin una palabra contra el Emperador, únicamente con pequeños gestos, sonrisas y silencios, forma él solo una oposición visible, pero incorpórea, contra el nuevo amo «por la gracia de Dios». La molestia peligrosa de decirle las verdades hace ya tiempo que no se la toma; sabe que reyes o emperadores, aunque antes se hayan llamado Bonaparte, no le quieren a uno para eso. Sólo disimuladamente introduce a veces, con mala intención, algunas verdades de contrabando en sus comunicados cotidianos. En vez de decir: «creo» o «me parece» y hacerse reprender por su opinión y su pensamiento propios, escribe en sus reportajes:

«se cuenta», o «un embajador ha dicho». De esta manera mete casi siempre en el pastel de frutas cotidiano de las novedades picantes un par de granos de pimienta sobre la familia imperial. Con labios pálidos tiene que leer Napoleón toda la suciedad, toda la deshonra de sus hermanas, como rumores malignos y, a veces, conceptos mordaces sobre él mismo, noticias agudas, con las que aliña intencionadamente el boletín la mano hábil de Fouché.

Sin pronunciar una palabra, ofrece el taimado servidor de vez en cuando a su señor verdades desagradables y antipáticas, y ve, amable e indiferente, cómo al oír la lectura las traga el duro señor con dificultad. Tal es la pequeña venganza que se toma Fouché con el teniente Bonaparte, que desde que se puso él mismo la levita imperial sólo quiere ver ante sí a sus antiguos consejeros temblando y con la espalda curvada.

Se ve que entre estos dos hombres no se respira un ambiente amable. Ni Fouché es un servidor agradable para Napoleón, ni Napoleón un amo agradable para Fouché. Ni una sóla vez se deja poner sobre la mesa, displicente y confiado, un reportaje de policía. Examina cada línea con su mirada de azor en busca de la más pequeña falta, del más pequeño descuido; si da con él, descarga la tormenta, reprende a su ministro como a un colegial, se entrega por completo a su temperamento corso. Los ujieres, los acechadores, los colegas del Ministerio manifiestan con unanimidad cómo precisamente el contraste producido por la indiferencia con que resistía Fouché era lo que enfurecía al Emperador. Pero también sin testimonio (pues todas las Memorias de aquella época sólo deben leerse con lupa) nos podríamos dar cuenta de la situación, pues hasta en las cartas se oye tronar la voz de mando dura y aguda. «Encuentro que la policía no lleva a cabo la vigilancia sobre la Prensa con la severidad necesaria», reprocha al viejo, al experto maestro, o le reprende: «Se podría creer que no se sabe leer en el Ministerio de policía; allí no se ocupan de nada en absoluto». O: «Le aconsejo mantenerse dentro del margen de su campo de acción y no mezclarse en asuntos ajenos». Napoleón le agravia -es cosa sabida- sin compasión, ante testigos, ante sus ayudantes y ante el Consejo de Ministros, y cuando la ira le contrae los labios, no vacila en recordarle Lyon y su época terrorista, en llamarle regicida y traidor. Pero Fouché, el observador frío como el cristal, que al cabo de diez años conoce perfectamente el teclado de estas explosiones de ira que si a veces son hijas, como un producto de la sangre, del carácter violento de este hombre incapaz de dominarse, otras son administradas por él sabia y teatralmente, buscando todos los efectos y con clara conciencia de su histrionismo), y no se deja intimidar ni por las tormentas auténticas ni por las teatrales, y permanece igualmente impasible ante la ira falsa que ante el verdadero enfado del Emperador, con su cara blancuzca, incolora, de careta, aguarda tranquilamente sin pestañear, sin demostrar con un nervio emoción alguna bajo el diluvio de palabras chisporroteantes. Sólo cuando sale del gabinete asoma quizás a sus labios delgados una sonrisa irónica o maligna. Ni siquiera tiembla cuando grita el Emperador: «Es usted un traidor, debía mandar fusilarle», sino que contesta, sin balbuceos en la voz: «No soy de esa opinión, Sire». Cien veces se deja despedir, amenazar con el destierro y la sustitución en el cargo, y, sin embargo, sale tranquilo del aposento, completamente seguro de que el Emperador le llamará al día siguiente. Y siempre tiene razón. Pues a pesar de su desconfianza, de su ira y de su odio secreto, no se puede Napoleón desembarazar del todo de Fouché, durante un decenio hasta última hora.

Este poder de Fouché sobre Napoleón, que es un enigma para todos los contemporáneos, no tiene nada de mágico o de hipnótico. Es un poder adquirido por laboriosidad, habilidad y observación sistemáticas, un poder calculado. Fouché sabe mucho, sabe demasiado. Conoce, gracias a las comunicaciones del Emperador, y aún en contra de la imperial voluntad, todos los secretos imperiales y tiene así en jaque, por

estar informado de manera perfecta, casi mágica, al Imperio entero y también a su señor. Por la propia esposa del Emperador, por Josefina, conoce los detalles más íntimos del tálamo imperial; por Barras, cada paso dado en la escalera de caracol de su ascensión. Vigila, gracias a sus propias relaciones con hombres de dinero, la situación económica particular del Emperador. No pasa inadvertido para él ni uno de los cien asuntos sucios de la familia Bonaparte: los asuntos de juego de sus hermanos, las aventuras escabrosas de Paulina. Tampoco se le ocultan los desvíos matrimoniales de su amo. Si Napoleón sale a las once de la noche envuelto en un abrigo extraño y completamente embozado por una puerta secreta de las Tullerías para visitar a una amante, sabe Fouché, a la mañana siguiente, adónde se dirigió el coche, cuánto tiempo permaneció el Emperador en aquella casa y cuándo regresó; hasta puede avergonzar una vez al Soberano del mundo con la comunicación de que una favorita le engañaba a él, a Napoleón, con un corista cualquiera de teatro. De cada escrito importante del gabinete del Emperador, recibe directamente una copia Fouché, gracias a un secretario sobornado; y varios lacayos, de alta y baja categoría, cobran un suplemento mensual de la caja secreta del ministro de Policía, como recompensa por el soplo de todos los chismorreos de palacio. De día y de noche, en la mesa y en la cama, está Napoleón vigilado por su extremado servidor. Imposible ocultarle un secreto: así esta el Emperador obligado a confiárselo todo, quiera o no. Y ese conocimiento de todo y de todos constituye el poder único de Fouché sobre los hombres, que Balzac tanto admira.
Pero con el mismo cuidado con que Fouché vigila todos los asuntos, proyectos, pensamientos y palabras del Emperador, se esfuerza en ocultarle los suyos propios. Fouché no confía jamás, ni al Emperador ni a nadie, sus verdaderas intenciones y sus trabajos. De su enorme material de noticias solo comunica lo que quiere. Todo lo demás queda encerrado en el cajón del escritorio del ministro de Policía: en este último reducto no deja Fouché penetrar ninguna mirada. Pone su pasión, la única que le domina por completo, en el deleite magnífico de ser hermético, impenetrable, algo de que nadie puede alardear. Por eso es inútil que Napoleón haga que le pisen los talones un par de espías: Fouché se burla de ellos y hasta los utiliza para reexpedir al engañado remitente relatos completamente falsos y absurdos. Con los años, hace este juego de espionaje y contraespionaje entre los dos, cada vez mas odioso y taimado, su relación francamente insincera... No; verdaderamente no se respira un ambiente puro y transparente entre estos dos hombres, de los que el uno quiere ser demasiado amo y el otro demasiado poco servidor. Cuanto más fuerte se hace Napoleón, más molesto le va siendo Fouché. Cuanto más fuerte se hace Fouché, más odioso le es Napoleón.
Detrás de esta enemistad particular de espíritus opuestos se introduce poco a poco la tensión, crecida hasta lo gigantesco, de la época. Pues de año en año se evidencian cada vez más claramente, dentro de Francia, dos voluntades encontradas: el país quiere, al fin, la paz, y Napoleón quiere siempre, y siempre de nuevo, la guerra. El Bonaparte de 1800, heredero y ordenador de la Revolución, estaba aún completamente identificado con su país, con su pueblo y con sus ministros; el Napoleón de 1804, el Emperador del nuevo decenio, ya no piensa en su país, ni en su pueblo, sólo piensa en Europa, en el mundo, en la inmortalidad. Después de haber cumplido magistralmente la misión a él confiada, se crea, por la opulencia misma de su fuerza, nuevos problemas cada vez más difíciles, y así, quien transformó el caos en orden, arrastra de nuevo violentamente al caos la obra propia, el orden propio. No queremos decir con ello que su inteligencia clara y aguda como un diamante se hubiera turbado; nada de eso: el intelecto matemáticamente exacto de Napoleón permanece, a pesar de lo demoníaco, siempre grandiosamente despierto hasta el último momento, en que escribe moribundo, con mano temblorosa, su testamento, esa obra de sus obras. Pero este intelecto suyo llegó a

perder la noción de la medida terrestre, ¡y cómo podría ser de otra manera tras el logro de tantas cosas inverosímiles! Napoleón esta tan poco perturbado espiritualmente, hasta en sus aventuras más locas, como Alejandro, Carlos XII y Cortés. Perdió, como ellos, solamente por victorias excepcionalmente extraordinarias, la medida real de lo posible, y precisamente este furor, unido a su inteligencia clarísima, produjo el grandioso fenómeno del espíritu, magnífico como un «mistral» bajo el cielo limpio, esas hazañas que son crímenes de un sólo hombre en cientos de miles y que, sin embargo, enriquecen legendariamente a la Humanidad. La marcha de Alejandro desde Grecia a la India -aún hoy algo fantástica, si se la sigue en el mapa-; la expedición de Cortés, la ruta de Carlos XII de Estocolmo a Poltava, la caravana de seiscientos mil hombres que arrastra Napoleón desde España a Moscú. Estas hazañas del valor y de la temeridad son en nuestra historia moderna lo que las luchas de Prometeo y de los titanes contra los dioses en el mito griego: hybris y heroísmo, en todo caso el máximum, temerario ya, de lo humanamente asequible. Y hacia ese límite extremo tiende Napoleón, irresistiblemente, apenas siente ceñida su sien por la corona imperial. Con los éxitos crecen sus designios, con las victorias su atrevimiento, con los triunfos sobre el destino el deseo de provocarle, cada vez con mayor audacia. Nada más natural, pues, que las personas que le rodean, cuando no estén aturdidas por la charanga de los botines victoriosos o cegados por los éxitos, sobre todo los inteligentes, los cautos como Talleyrand y Fouché, comiencen a estremecerse. Tienen el pensamiento en el tiempo en que viven, en el presente, en Francia... Napoleón sólo piensa en la posteridad, en la leyenda, en la historia.

Este contraste entre razón y pasión, entre los caracteres lógicos y los demoníacos, que se repite eternamente en la Historia, aparece en Francia poco después del cambio de siglo, detrás de las grandes figuras. La guerra ha hecho grande a Napoleón, le ha elevado de la nada a un trono imperial. ¿Qué más natural, pues, que desee siempre nuevas guerras y siempre mayores y más poderosos contrincantes? Reducidas a cifras, se elevan ya sus empresas a lo fantástico. En Marengo, en 1800, venció con treinta mil hombres; cinco años más tarde pone en el campo trescientos mil hombres, y cinco años después arranca un millón de soldados al país desangrado y harto de guerras. Al último galope de su ejército, al más torpe gañán se le podría demostrar con los cinco dedos de la mano que tal guerromanía y «courromanía» (Stendhal creó esta palabra) habrían de conducirle finalmente a la catástrofe. Proféticamente dijo Fouché en una ocasión durante un diálogo con Metternich, cinco años antes de Moscú: «Cuando os haya vencido, no queda más que Rusia y China». Uno sólo hay que no comprende esto... o que se cubre los ojos con la mano: Napoleón. Quien vivió los días de Austerlitz, de Marengo y de Eylau, no podrá ya sentir la menor emoción, la más mínima satisfacción, recibiendo en los bailes de corte a los palatinos uniformados, o sentado en la ópera, adornada de gala, oyendo hablar a los diputados aburridos... No, ya no siente vibrar sus nervios más que cuando a la cabeza de sus tropas, en marchas forzadas, arrolla países enteros; cuando destruye ejércitos; cuando quita o pone reyes con gesto displicente, como si fueran figuras de ajedrez; cuando el templo de los inválidos se convierte en un rumoroso bosque de banderas, y cuando se colma la Tesorería, recién fundada, con el botín de saqueo de Europa entera. No piensa más que en regimientos, en divisiones, en ejércitos; considera ya a Francia, a todo el país, a todo el mundo, como campo de presa, como pertenencia, como propiedad suya libérrima (La France c'est moi). Pero algunos de los suyos persisten, en su intimidad, en la opinión de que Francia se pertenece a sí misma sobre todas las cosas y que no han de servir sus hombres, sus ciudadanos, para sacar reyes del clan corso y convertir a Europa en fideicomiso bonapartista. Con creciente

indignación ven como año tras año se fijan las listas de reclutamiento en las puertas de las ciudades, cómo se arranca a los jóvenes de dieciocho y diecinueve años de sus casas para que sucumban en las fronteras de Portugal, en los desiertos nevados de Polonia y Rusia, sin finalidad alguna, o al menos con una finalidad inconcebible ya. Así surge entre el que lleva la mirada fija en las estrellas y los espíritus más clarividentes, que perciben el cansancio y la impaciencia del país, una incompatibilidad cada vez más enconada. Y como su genio, de día en día más dominante y autocrático, no se deja aconsejar ya ni de los más íntimos, empiezan éstos, en secreto, a pensar cómo se puede parar la marcha vertiginosa de esta rueda desatentada, cómo se le puede librar de la caída inevitable en el abismo. Y así llegara el momento en que la razón y la pasión se dividan y se combatan abiertamente, desencadenándose la lucha entre Napoleón y los más prudentes de sus servidores.
Esta resistencia secreta contra la pasión guerrera y el desenfreno de Napoleón llega hasta unir a los mas encarnizados enemigos entre sus consejeros: Fouché y Talleyrand. Estos dos ministros, los más capaces de Napoleón, las figuras psicológicamente más interesantes de su época, no se quieren... probablemente porque se parecen demasiado. Los dos son de un realismo clarividente, los dos cínicos y decididos discípulos de Maquiávelo. Los dos pasaron por la escuela de la Iglesia, por la escuela ardiente de la Revolución; los dos se conducen con la misma sangre fría, con igual desenvoltura en cuestiones de dinero y de honor; los dos sirven con la misma frialdad, con la misma falta de escrúpulos, a la República, al Directorio, al Consulado, al Imperio y al Rey... Siempre encontramos disfrazados de revolucionarios, de senadores, de ministros, de servidores del rey a estos dos caracteres típicos de la veleidad sobre el mismo escenario histórico. Y precisamente por ser de la misma raza espiritual, y por desempeñar los mismos papeles diplomáticos, se odian con el frío conocimiento y el firme desdén de rivales.
Los dos pertenecen al mismo tipo moral; pero si su parecido procede del carácter, su diferencia nace del origen. Talleyrand, Duque de Périgord, arzobispo de Autun, príncipe de rancia estirpe aristocrática, viste ya la toga violeta del señorío eclesiástico de toda una provincia francesa, cuando el hijo del pequeño mercader, el pobre José Fouché, es un ínfimo dómine de seminario que pugna para enseñar matemáticas y latín a su docena de discípulos conventuales por unos pocos sous al mes. Es ya Talleyrand embajador de la República francesa en Londres y orador afamado en los Estados generales, cuando Fouché anda todavía por los clubs con trabajos y adulaciones a la pesca de su mandato. Talleyrand llega a la Revolución desde arriba, desciende, como un soberano de su carroza, saludado con júbilo respetuoso, baja un par de escalones para entrar en el Tercer Estado, mientras que Fouché asciende a él trabajosamente y a fuerza de intrigas. Esta diferencia de origen da a sus dotes esenciales el matiz particular. Talleyrand sirve como hombre de gran prestancia, con la llaneza indiferente y fría de un grand seigneur; Fouché, con la laboriosidad celosa y astuta del burócrata ambicioso. Aún en las mismas cosas en que se parecen son distintos; si los dos aman, por ejemplo, el dinero, Talleyrand lo quiere a la manera aristocrática: para despilfarrarlo, para dejar correr en abundancia el oro en la mesa de juego, con mujeres; Fouché, el hijo del mercader, para capitalizarlo y amontonarlo cuidadosamente. Para Talleyrand, el Poder es sólo un medio para el placer, algo que le proporciona la oportunidad más propicia y noble de apoderarse de todas las cosas sensuales de la tierra, como el lujo, las mujeres, el arte, la buena mesa; mientras que Fouché, en cambio, sigue siendo, como multimillonario, un ahorrador espartano y conventual. Ninguno de los dos podrá desprenderse nunca, por completo, de su origen social: nunca, ni en los días más feroces del terror, será el Príncipe de Perigord, Talleyrand, un verdadero hombre del pueblo, un republicano;

nunca, ni aún cuando le nombren Duque de Otranto, será José Fouché, a pesar del uniforme galoneado de oro, un verdadero aristócrata.
El más brillante, el más encantador, quizá también el más considerable de los dos, es Talleyrand. Espíritu formado en una tradición de cultura rancia y refinada, pulido por la gracia del siglo XVIII, ama el juego diplomático como uno de los muchos juegos interesantes de la vida, pero odia el trabajo. De mala gana escribe él mismo una carta; lo que más le place a este auténtico vividor, a este catador refinado, es dejar que otro haga el trabajo de acarreo, para luego recoger él y resumir los resultados con su mano fina, llena de sortijas. Le basta siempre su intuición, que penetra con mirada de rayo las situaciones mas enredadas. Psicólogo por nacimiento y por experiencia, penetra, como dice Napoleón, todos los pensamientos y afirma, sin titubear, a cada uno, en su deseo más recóndito. Audaces virajes mentales, concepciones rápidas, rodeos elegantes en los momentos peligrosos: he aquí su fuerza. Desdeña profundamente el trabajo en cuanto exige de él el más pequeño esfuerzo. De su tendencia al mínimum, a la forma concentrada de las resoluciones espirituales, procede su talento especial para los juegos de palabras más brillantes, para el aforismo. No escribe extensos relatos: con una sóla palabra cortante define una situación, una persona. Fouché, en cambio, carece en absoluto de esta virtud de la visión universal rápida. Trajina como una hormiga que, teje pacientemente su malla laboriosa con puntos incontables, en un constante ir y venir a través de mil y mil observaciones, que, sumadas y combinadas luego, dan resultados concienzudos, irresistibles. Su método es analítico; el de Talleyrand, visionario. Su talento, el trabajo; el de Talleyrand, la agilidad mental. Ningún artista pudiera inventar una pareja más contraria y perfecta que la personificada por la Historia en estas dos figuras, en e1 vago y genial improvisador Talleyrand y en Fouché, avizor despierto de mil ojos vigilantes, para situarlos junto a Napoleón, el genio perfecto que reúne en sí las facultades de los dos: la mirada para el conjunto y para el detalle, la pasión y la laboriosidad, el saber y la visión universales.
Pero en ninguna parte surgen más crueles odios que entre las especies distintas de la misma casta. Por eso se detestan, desde lo más hondo de su intimidad, instintivamente, con conciencia exacta, biológica, Talleyrand y Fouché. Desde el primer día le es antipático al grand seigneur el celoso y pedante acumulador de mensajes, el moscardón, el frío espía que es Fouché, y éste, por su parte, se enfurece ante la frivolidad, el despilfarro y la negligencia aristocrática y despectiva, indolente y afeminada de Talleyrand. Por eso se expresan, el uno del otro, con palabras que son flechazos envenenados. Talleyrand dice sonriente: «Fouché desprecia tanto a la Humanidad porque se conoce demasiado bien a sí mismo». Fouché, en cambio, dice sarcásticamente cuando es nombrado Talleyrand vicecanciller: il ne lui manquait que ce vicelà. Procuran mutuamente, con la mayor complacencia, molestarse todo lo posible, y no pierden, obstinados, la menor ocasión de hacerse daño. El que ambos, el ágil y el laborioso, se completen así en sus facultades, los hace útiles a Napoleón como ministros, y el que se odien con tanto ahínco, le conviene igualmente, pues gracias a ese odio se vigilan mutuamente mejor que cien espías. Fouché se apresura a comunicar las corrupciones, las bacanales, las negligencias de Talleyrand; en cambio, de cada nueva maquinación, de cada nueva martingala de Fouché da cuenta presuroso Talleyrand. Así se siente Napoleón a la vez servido y guardado por esta singular pareja. Como psicólogo estupendo, utiliza Napoleón la rivalidad de sus ministros de la manera más acertada para estimularlos y al mismo tiempo para tenerlos a raya.
Con esta enemistad contumaz de los dos rivales, Fouché y Talleyrand, se deleita durante años todo París. Como en una escena de Moliere pueden contemplarse las variaciones constantes de esta comedia representada en los escalones del trono, y regocijarse viendo

como siempre de nuevo se pinchan y se persiguen con bromas mordaces los dos servidores del Soberano, mientras su amo observa con superioridad olímpica esta riña para él tan ventajosa. Pero cuando éste -y todos- esperan que continúe entre ellos el juego del perro y el gato, cambian repentinamente los dos refinados actores los papeles e inician un juego serio. Por vez primera puede más el disgusto común contra su señor que su rivalidad. En 1808 Napoleón empieza una nueva guerra, la más inútil y absurda de sus guerras: la campaña contra España. En 1805 venció a Austria y Rusia; en 1807 aniquiló a Prusia y sometió a los Estados alemanes e italianos; y no existe el menor motivo de enemistad contra España. Pero José, el hermano ingenuo (algunos años después confesará el mismo Napoleón que «se había sacrificado para tontos»), quiere también una corona; y como no hay ninguna vacante se acuerda arrebatársela a la dinastía española, con violación del derecho internacional. Nuevamente suenan los tambores, otra vez marchan los batallones y corre a raudales el dinero, reunido con tanto trabajo en las cajas; y otra vez se embriaga Napoleón con el placer peligroso de las victorias.
Este indomable furor guerrero comienza, a la larga, a fatigar a los más indiferentes. Tanto Fouché como Talleyrand desaprueban esta guerra inmotivada, en la que ha de desangrarse Francia durante siete años; y como el Emperador no escucha ni al uno ni al otro, tiene lugar una aproximación tácita entre ellos. Saben muy bien que el Emperador no acepta sus consejos y tira enfurecido sus cartas a un rincón; hace tiempo ya que los hombres de Estado se sienten en inferioridad frente a mariscales, generales y espadones y, sobre todo, frente al clan corso, cuyos miembros están ansiosos de velar un pasado miserable con el manto de armiño. Por eso intentan una protesta pública, y acuerdan, ya que se ven privados de hablar libremente, poner en escena una pantomima política, una verdadero y auténtico golpe teatral: aliarse ostentosamente.
Quién dirige la escena con tan admirable habilidad, si es Talleyrand o Fouché, no se sabe. Se desenvuelve de esta manera: mientras lucha Napoleón en España, se divierte París en fiestas y banquetes continuos; esta ya acostumbrado a la guerra anual como a la nieve del invierno y a la tormenta del verano...
En la rue Saint-Florentin, en la mansión del gran canciller, resplandecen mil velas una noche de diciembre de 1808 y suena la música (mientras Napoleón escribe en cualquier sucio alojamiento de Valladolid la orden del día). Bellas mujeres, de las que tanto gusta Talleyrand; una sociedad deslumbradora de altos funcionarios de Estado, de embajadores extranjeros, charla animadamente; se baila y se goza. Repentinamente surge un susurro, un cuchicheo tenue, en todos los rincones; el baile se interrumpe, los invitados se agrupan asombrados: acaba de entrar el hombre a quien jamás se hubiera esperado allí. Fouché, el Casio desmedrado, a quien, como sabe todo el mundo, odia y desprecia con encono Talleyrand y que jamás puso los pies en su casa. Pero lo inaudito es que, con cortesía afectada, acude, cojeando, el ministro de Asuntos Extranjeros al encuentro del ministro de Policía, le saluda con cariño, como a un querido invitado y amigo y le toma amistosamente del brazo. Le trata con afecto ostensible y penetran los dos en un gabinete contiguo, donde se sientan en un diván y conversan en voz baja... La curiosidad que se despierta entre los presentes es enorme. A la mañana siguiente sabe todo París la novedad sensacional. En todas partes sólo se habla de esta reconciliación repentina, exhibida tan llamativamente, y todo el mundo comprende su sentido. Si el perro y el gato se unen con tanta pasión, no puede ser mas que contra el cocinero: la amistad entre Fouché y Talleyrand equivale a la franca desaprobación de los ministros contra su señor, contra Napoleón. Enseguida se ponen en movimiento todos los espías para averiguar lo que verdaderamente se intenta con este complot. En todas las Embajadas rasguean las plumas sobre mensajes urgentes; Metternich manda un correo

especial a Viena diciendo «que esta unión interpreta los deseos de una nación demasiado cansada»; pero también los hermanos y hermanas de Napoleón se alarman y envían por su parte el mensajero más rápido al Emperador con la noticia inaudita.
En un correo especial y urgente llega rápida la noticia a España; pero más ligero, si cabe, vuela Napoleón, como herido por un latigazo, camino de París. Ni a sus confidentes llama a su presencia cuando recibe la carta. Se muerde los labios furiosamente y da órdenes inmediatas para el regreso. La aproximación de Talleyrand y Fouché le afecta más que una batalla perdida. Casi vertiginoso es el tempo de su viaje: el 17 parte de Valladolid, el 18 está en Burgos; el 19, en Bayona; en ningún sitio se hace alto; en todas partes se cambian rápidamente los caballos cansados; el día 22 irrumpe como una tempestad en las Tullerías y el 23 da la réplica a la comedia ingeniosa de Talleyrand con una escena igualmente teatral. Toda la multitud engalonada de cortesanos, ministros y generales es cuidadosamente colocada como comparsa; se ha de ver públicamente cómo aniquila el Emperador con puño férreo hasta la más insignificante oposición contra su voluntad. A Fouché le ha llamado el día antes y a puerta cerrada le ha fustigado con enorme dureza; a lo que el otro, acostumbrado a esta clase de luchas, ha respondido con su inmutable impavidez habitual, excusándose con palabras suaves y hábiles y escurriéndose a tiempo. Para este hombre servil basta, así lo cree el Emperador, un puntapié al pasar. Pero Talleyrand, precisamente porque se le tiene por el más fuerte, por el más poderoso, ha de pagar la cuenta en público. La escena, que ha sido narrada muchas veces, es una de las mejores del teatro de la Historia. Primero expresa el Emperador su descontento con frases generales, por la deslealtad de algunos durante su ausencia; pero luego, irritado por la fría indiferencia de Talleyrand, se dirige bruscamente a él, que, inmóvil, con actitud displicente, apoya el brazo sobre la cornisa de la chimenea. Y las frases, que sólo iban a ser burlescas, irónicas, se convierten repentinamente, ante los ojos de toda la corte, en un verdadero torrente de ira. El Emperador vierte sobre el hombre mayor en edad y experiencia las injurias más bajas: le llama ladrón, perjuro, renegado, mercenario; le dice que vendería por dinero a su propio padre; le echa la culpa del asesinato del Duque de Enghien y de la guerra de España. Ni una lavandera insultaría tan soezmente a su enemiga en pleno patio de vecindad como insulta Napoleón al Duque de Perigord, al veterano de la Revolución, al primer diplomático de Francia. Cuantas personas ven y escuchan la escena están anonadadas, molestas; comprenden que el Emperador esta haciendo un mal papel, únicamente Talleyrand, que tiene piel de elefante para semejantes agresiones y de quien se cuenta que se durmió una vez leyendo un libelo contra él, no contrae el semblante, demasiado orgulloso para sentirse ofendido por tales injurias. Descargada la tormenta, sale silencioso, cojeando sobre el parquet brillante, y al pasar por la antesala deja caer una de esas pequeñas frases envenenadas que hieren mortalmente: «¡Que lástima que un hombre tan grande esté tan mal educado!», dice tranquilamente mientras el criado le ayuda a ponerse el paleto.
La misma noche es destituido Talleyrand de su dignidad de gentilhombre de cámara. Con curiosidad despliegan en los días siguientes los envidiosos el Moniteur para leer también, entre las noticias de Estado, el comunicado con la destitución de Fouché. Pero se equivocan. Fouché se queda. Como siempre, se ha puesto en su ataque detrás de alguien fuerte que le sirva de escudo. Se recordará que Collot su cómplice de Lyon, es deportado a las islas infectas y que Fouché se queda; que Babceuf, su cómplice en la lucha contra el Directorio, es fusilado y que Fouché se queda Y también esta vez cae últimamente el que va delante Talleyrand; Fouché se queda. Los Gobiernos, los sistemas las opiniones, los hombres cambian; todo cae y desaparece en el torbellino

vertiginoso de aquel decenio; sólo uno permanece siempre en el mismo sitio, al servicio de todos y de todas las ideas: José Fouché.
Fouché queda en el Poder, como siempre y aún mejor que siempre. Además de haber desaparecido con Talleyrand el más peligroso de sus enemigos y de haber sido sustituido con un mero sacristán de amén destinado a decir a todo que sí. Napoleón, el amo molesto, en 1809, como todos los años, hace una nueva guerra, esta vez con Austria.
La ausencia de Napoleón de París y que no atienda a los asuntos del Estado es lo más agradable que puede ocurrir a Fouché; y cuanto más lejos y por mas tiempo... en Austria, en España, en Polonia, mejor. Fouché quisiera verle partir nuevamente para Egipto... Su luz, demasiado potente, deja a todos en la sombra; su presencia dominadora y animadora paraliza con su despótica superioridad la voluntad de los demás.
Mas cuando esta a cien leguas de distancia, dirigiendo batallas y planeando campañas, puede Fouché hacer de cuando en cuando de gran señor providencial y no contentarse con ser únicamente marioneta de la mano dura y enérgica.
Para ello se le ofrece a Fouché, ¡por fin, por primera vez!, una ocasión. El 1809 es un año fatal para Napoleón. Nunca estuvo en situación militar más amenazada, a pesar de indudables éxitos exteriores. En la Prusia subyugada, en la Alemania mal dominada, están, en ciertas zonas, casi indefensos, miles de franceses, vigilando a cientos de miles que únicamente aguardan el llamamiento a las armas. Bastaría una nueva victoria de los austriacos como la de Aspern, y desde el Alba hasta el Ródano se desencadenaría la rebelión, el levantamiento de una nación entera. Tampoco en Italia es la situación mejor; el ultraje brutal al Papa ha indignado a toda Italia, como la humillación de Prusia a toda Alemania; y la misma Francia esta cansada. Si se logra un nuevo golpe contra el poderío militar imperial extendido sobre Europa, desde el Ebro hasta el Vístula, ¡quien sabe si resistiría el broncíneo celoso estremecido ...! Este golpe lo proyectan los enemigos jurados de Napoleón, los ingleses. Y deciden avanzar directamente al corazón de Francia mientras están repartidas las tropas del Emperador en Aspern, en Italia, en Lisboa; pero trataran de apoderarse de los puertos, de Dunquerque, conquistar Amberes y obligar a los belgas a sublevarse. Napoleón -así calculan ellos- esta lejos con las tropas más aguerridas, con sus mariscales y sus cañones; el país está indefenso ante ellos.
Pero Fouché esta en su puesto; el mismo Fouché que aprendió en 1793, bajo la Convención, a levantar diez mil reclutas en un par de semanas. Su energía no ha menguado desde entonces; pero sólo podía servirse de ella en la sombra, en pequeñas maquinaciones y ardides sin importancia. Con pasión se impone la tarea de enseñar al mundo y a la nación entera que José Fouché no es solamente un pelele de Napoleón y que, en caso preciso, puede obrar con la misma energía y decisión que el Emperador. Por fin ha llegado el momento de demostrar claramente -ocasión maravillosa, como caída del cielo- que no todo el destino moral y militar depende de este hombre único. Con provocativa audacia recalca en sus proclamas que, efectivamente, Napoleón no es indispensable. «Demostraremos a Europa que, aunque presta sus fulgores a Francia el genio de Napoleón, no es necesaria su presencia para rechazar al enemigo», escribe a los alcaldes. Y confirma estas palabras audaces y ambiciosas con los hechos. Apenas se entera, el 31 de agosto, del desembarco de los ingleses en la isla Walcheren, pide, como ministro de Policía y del Interior (puesto este que ocupa provisionalmente), la incorporación a filas de los guardias nacionales, que desde los días de la revolución desempeñan en sus pueblos tranquilamente los oficios de sastres, herreros, zapateros y gañanes. Los demás ministros se asustan. ¿Cómo, sin permiso del Emperador, bajo la propia responsabilidad, dar una disposición de tan vasto alcance? Particularmente el

ministro de la Guerra esta muy indignado de que se mezcle un paisano en el sagrado de su competencia, y se opone con toda su fuerza. Habría que acudir antes a Schoenbrunn pidiendo permiso para la movilización.
Habría que aguardar las disposiciones del Emperador y no intranquilizar al país. Pero el Emperador está, como de costumbre, ausente; serían necesarios quince días de posta en llevar la pregunta y traer la respuesta. Y Fouché no teme intranquilizar al país. ¿No lo hace también Napoleón? En lo más íntimo quiere la intranquilidad, quiere la alarma. Y así obra decididamente por su cuenta. Tambores y órdenes llaman a todos los hombres en las provincias amenazadas para la inmediata defensa, en nombre del Emperador, que no sabe nada de estas disposiciones y nueva audacia. Fouché nombra jefe de este improvisado ejército del Norte a Bernadotte, precisamente al hombre que más odia Napoleón de todos los generales, a pesar de ser cuñado de su hermano; al hombre enjuiciado y desterrado por el Emperador. De su destierro le saca Fouché haciendo caso omiso de Napoleón, de los ministros y de todos sus enemigos; le es indiferente que el Emperador no apruebe sus disposiciones; lo único que le importa es que el éxito le dé la razón contra todos.
Esta audacia en momentos decisivos presta a Fouché algo de verdadera grandeza. Intranquilo, se consume este genio nervioso y laborioso por cumplir grandes misiones, condenado a las pequeñas empresas, que son para él cosa de juego. Es natural que su energía sobrante busque desahogo y libertad de intrigas, casi siempre sin finalidad. Pero en el momento en que este hombre se encuentra ante una verdadera misión histórica, adecuada a su fuerza -lo mismo en Lyon que más tarde, después de la caída de Napoleón en París-, sabe cumplirla magistralmente. La ciudad de Flesinga, que Napoleón calificaba en sus cartas de inexpugnable, cae, como lo preveía Fouché, tras pocos días, en manos de los ingleses. Pero el ejército formado sin permiso por Fouché ha tenido, mientras tanto, tiempo de fortificar Amberes, deteniendo la invasión con una derrota completa y muy costosa para los ingleses. Por primera vez desde que manda Napoleón se ha atrevido un ministro a levantar independiente la bandera en el país, a desplegar la vela, sostener rumbo propio y, con esta misma independencia, salvar a Francia en un momento crítico. Desde ese día tiene Fouché mas categoría y una nueva conciencia de su propio valor.
Entre tanto, han llegado a Schoenbrunn las cartas acusadoras del canciller y del ministro de la Guerra, y, en forma de quejas reiteradas, la relación de las osadías que se permite ese ministro civil, que llamó a filas a la guardia nacional y puso en pie de guerra al país. Todos desean que Napoleón castigue esta arrogancia y que despida a Fouché. Pero -¡cosa extraordinaria!- antes aún de saber el resultado brillante que dieron las disposiciones de Fouché, da el Emperador la razón a su energía decidida y agresiva; se pone de su parte contra todos. El canciller recibe una fuerte reprensión: «Estoy indignado de lo poco que ha sabido servirse de sus poderes en circunstancias tan extraordinarias. Debió usted, a la primera noticia, levantar enseguida veinte, cuarenta o cincuenta mil guardias nacionales». Y textualmente escribe al ministro de la Guerra: «Veo que sólo el señor Fouché hizo lo que pudo y que es el único que ha comprendido lo impropio de permanecer en una inactividad peligrosa y deshonrosa». Así no solamente han sido derrotados por Fouché sus colegas miedosos, cautos e impotentes, sino que se sienten después intimidados por la aprobación de Napoleón. Y por encima de Talleyrand y del canciller, se encuentra Fouché en el primer puesto de Francia. Es el único que ha demostrado no solamente que sabe obedecer, sino que sabe también mandar.
Fouché nos demuestra reiteradamente sus excelentes cualidades para proceder en los momentos de peligro. Enfrente a la más difícil situación, la dominará con la claridad y

la audacia que le confiere su energía. Dadle el nudo más enredado y sabrá desenredarlo. Pero si conoce magníficamente el momento de poner la mano y actuar, desconoce en absoluto el arte de todas las artes políticas: el de retirarse, el de abandonar a tiempo. No puede quitar su mano de donde la ha puesto una vez. Y precisamente cuando ha desenredado el nudo se siente arrastrado por un placer diabólico de juego y vuelve a enredarlo artificialmente. Así sucede ahora. Gracias a su presteza, a su fuerza organizadora y pujante, se ha rechazado el ataque alevoso por el flanco. Con tremenda pérdida de hombres y material y con pérdida mayor aún de prestigio, volvieron a meter los ingleses su ejército en los buques y se repatriaron. Ahora se puede llamar tranquilamente a retirada y mandar a casa con gracias y legiones de honor a los guardias nacionales levantados. Pero el amor propio de Fouché ha olido la sangre. Era demasiado tentador y magnífico eso de hacer de Emperador, convocar tres provincias a golpe de tambor, dar órdenes, redactar proclamas, pronunciar discursos y enseñar los dientes a los colegas apocados. ¿Y han de terminar tan pronto esos momentos deliciosos? ¿Precisamente cuando se siente con voluptuosidad crecer la propia energía por días, por horas? No, no piensa Fouché en semejante cosa. Es preferible jugar a la guerra y a la defensa, aunque para ello haya que inventar el enemigo. Hay que seguir con los tambores, levantar el país, producir inquietud, movimiento tempestuoso. Así le sirve de pretexto para ordenar una nueva movilización un supuesto desembarco proyectado por los ingleses junto a Marsella. Se hace el llamamiento a filas de la guardia nacional de Piamonte, de la Provenza y hasta de París, aunque ni cerca, ni lejos, ni en el interior del país, ni en la costa, se vea un solo enemigo. Pero Fouché esta poseído por el vértigo del placer, tanto tiempo deseado, de organizar y movilizar, de que el hombre activo tanto tiempo refrenado y contenido que hay en él pueda manifestarse libremente gracias a la ausencia del soberano del mundo.
¿Pero contra quien van todas estas tropas?, se pregunta el país asombrado. Los ingleses no se dejan ver. Poco a poco van desconfiando hasta los más benévolos de sus colegas. ¿Que quiere el hombre impenetrable con sus movilizaciones frenéticas?
No comprenden que Fouché se embriaga solo con el placer secreto de jugar con la propia energía. Y como no ven, ni cerca ni lejos, la punta de la bayoneta de un enemigo contra el que pudieran dirigirse estos formidables alardes bélicos reforzados diariamente, empiezan a atribuir a Fouché proyectos equívocos. Unos pretenden que prepara una rebelión; otros que si el Emperador sufre un segundo Aspern, se propone proclamar enseguida la antigua República. Y al cuartel general de Schoenbrunn llegan más y más cartas diciendo que Fouché se ha vuelto loco o conspirador. Napoleón acaba por desconcertarse, a pesar de su benevolencia. Comprende que Fouché ha sacado los pies del plato y hay que llamarlo al orden. El tono de las cartas cambia bruscamente. Le reprende y le llama «un Don Quijote que combate con molinos de viento», y escribe con el viejo tono de dureza: «Todas las noticias que recibo me hablan de guardias nacionales movilizados en Piamonte, en Languedoc, en la Provenza, en el Delfinado. ¿Qué diablos se pretende con todo esto, cuando no hay necesidad, y por qué se hace sin mis órdenes?» Fouché, con el corazón amargado, tiene que renunciar a su peligroso juego, dimitir el Ministerio del Interior y, contra sus deseos, volver al rincón, a su papel de ministro de Policía del amo, que regresa -demasiado pronto para él- lleno de gloria.
Sin embargo, aunque Fouché se excedió, fue el único que hizo algo en medio del pavor de los demás ministros; en un momento del mayor peligro para la patria hizo lo oportuno y lo justo. Por eso no puede Napoleón negarle por más tiempo el honor que concedió ya a tantos. En el instante en que surge una nueva aristocracia en la tierra de Francia fertilizada con sangre; en el momento en que se conceden títulos de nobleza a los generales, ministros... y peones de albañil, no se puede olvidar a Fouché, al viejo

enemigo de los aristócratas. También para él llega la hora de convertirse en aristócrata. Ya se le había concedido el título de Conde sin la menor pompa. Pero el viejo jacobino ha de subir más alto por la escala huera de los nombres. El 15 de agosto de 1809 firma y sella en el Palacio de Su Majestad Apostólica el Emperador de Austria, en el aposento regio de Schoenbrunn, el antiguo tenientillo de Córcega, para el antiguo comunista y exprofesor de seminario, el pergamino -una paciente piel de asno-, gracias a la cual -¡respeto!-queda nombrado Duque de Otranto. Aunque nunca se batió en Otranto, aunque jamás vieron sus ojos ese paisaje del sur de Italia, viene bien precisamente un nombre noble de resonancia exótica y rotunda para enmascarar al antiguo archirrepublicano, pues el pronunciarlo pomposamente hace olvidar que detrás de este duque se oculta el verdugo de Lyon, el viejo Fouché del «pan único» y de las requisas. Y para que pueda alardear como verdadero caballero, se le otorga además la insignia de su Ducado: un blasón flamante.
Pero, cosa curiosa: ¿inventó Napoleón mismo la peligrosa y característica alusión, o se permitió particularmente el rey de armas una bromita psicológica? Sea como sea, el escudo del Duque de Otranto muestra en el centro una columna áurea bien propia de este apasionado enamorado del oro. Y alrededor de la columna se enrosca una serpiente, probable y tácita alusión a la flexibilidad diplomática del nuevo duque. Verdaderamente que debió poner Napoleón a su servicio sutiles heráldicos, pues no podía inventarse blasón más apropiado para José Fouché.

CAPÍTULO VI

LA LUCHA CONTRA EL EMPERADOR(1810)

Un gran ejemplo hunde o levanta siempre a toda una generación. El ingreso de una figura como la de Napoleón Bonaparte en la época pone a las personas de su alrededor en el trance de elegir entre empequeñecerse ante él y desaparecer, sin rastro, ante su grandeza, o seguir su ejemplo, poniendo a contribución una tensión enorme de energía. Los hombres próximos a Napoleón sólo pueden ser dos cosas: sus esclavos o sus rivales. Una presencia de tal manera destacada no tolera, a la larga, el termino medio. Fouché es uno de aquellos a quienes Napoleón arranco la estabilidad de su equilibrio. Le envenenó el alma con el ejemplo peligroso de su ambición insaciable, con la presión demoníaca de superarse constantemente: también quiere él ya, como su amo, extender y ensanchar constantemente los límites de su poder; también él es hombre perdido para la pugna obstinada y tranquila, para el bienestar doméstico. Por eso, ¡que decepción la suya el día en que vuelve, triunfador, Napoleón de Schoenbrunn para tomar él mismo las riendas! ¡Que días grandes los de aquellos meses en que podía obrar según el parecer propio, levantar ejércitos, redactar proclamas, dar disposiciones audaces ante el asombro de los colegas medrosos, sentirse por fin, una vez en la vida, dueño y señor de un país, jugador en el gran tapete verde de los destinos universales! Y ahora no ha de ser José Fouché sino ministro de Policía para vigilar descontentos y charlas de Redacción, componer diariamente, con los mensajes de sus espías, su aburrido boletín, ocuparse en insignificancias, como de quién es la nueva amiga de Talleyrand o quién tuvo ayer la culpa de la baja de las Rentas en la Bolsa. No, desde que puso la mano en las cuestiones mundiales, en el timón de la alta política, le parece todo lo demás, a su espíritu inquieto

y ávido de acontecimientos, futilidades y papeleteo despreciables. Quien ha hecho una vez juego de tanta altura no se contenta ya con pequeñeces. Es preferible demostrar otra vez que aún queda sitio al lado de Napoleón para nuevas hazañas. Y de este pensamiento no logra desasirse ya.
Pero ¿qué podría intentarse frente al que lo alcanzó todo; frente al hombre que subyugó a Rusia, a Alemania, a Austria, a España e Italia; el hombre a quien el Emperador de la dinastía más rancia de Europa entrega por esposa a una archiduquesa; que se impuso al Papa y sometió el predominio milenario de Roma; el hombre que desde París puso los fundamentos de un imperio europeo universal? Nervioso, febril, celoso, acecha el amor propio de Fouché por todos lados en busca de una misión.
Y efectivamente: en el edificio del predominio mundial no falta más que la última cúpula, la más alta: la paz con Inglaterra.
Con ella quedaría terminada la obra. Y esta última hazaña europea la quiere llevar a cabo solo: sin Napoleón y contra Napoleón.
Inglaterra es -en 1809 como en 1795- el enemigo mortal, el contrincante más peligroso de Francia. Ante las puertas de San Juan de Acre, ante los fuertes de Lisboa, en todos los extremos del mundo, tropezó la voluntad de Napoleón contra la fuerza fría, calculada y metódica de los anglosajones, y mientras él conquistaba toda la tierra de Europa, ellos le arrebatan la otra mitad del mundo: el mar. No los puede coger, ni ellos a él; ambos trabajan hace casi veinte años, con esfuerzo siempre renovado, por aniquilarse. Ambos se debilitan horriblemente en esta lucha insensata, de la que están ya, sin quererlo confesar, un poco cansados. Los Bonaparte se declaran en quiebra en Francia, Amberes y Hamburgo, desde que los ingleses les imposibilitan las transacciones; en el Támesis están los barcos abarrotados de mercaderías sin vender; cada día bajan las rentas, tanto la inglesa como la francesa. Y en los dos países aconsejan los comerciantes, los banqueros, las gentes razonables, un acuerdo, y llegan a iniciar muy cuidadosamente las negociaciones. Pero a Napoleón le parece más importante que se quede el mentecato de su hermano José la corona real de España y su hermana Carolina con la de Nápoles. Y rompe las conferencias de paz iniciadas trabajosamente a través de Holanda, y golpea con su puño de acero a sus aliados, para que cierren la entrada a los barcos ingleses y arrojen al mar sus mercancías. Para Rusia salen igualmente cartas amenazadoras, exigiendo la sumisión al sistema continental. Otra vez ahoga la pasión al razonamiento, y la guerra amenaza eternizarse si el partido de la paz no se anima en el último momento y pone manos a la obra.
En estas negociaciones con Inglaterra, rotas antes de tiempo, tuvo también Fouché su intervención. Él indicó al Emperador y al Rey de Holanda como mediador a un financiero francés; éste, a su vez, proporcionó la mediación de un financiero holandés, y éste, por su parte, la de uno inglés. Sobre el bien acreditado puente de oro iban -así sucede en todas las guerras y en todos los tiempos- los secretos intentos de inteligencia de Gobierno a Gobierno. Pero el Emperador ordena bruscamente interrumpir las negociaciones. Eso no le conviene a Fouché. ¿Por que no seguir negociando? Negociar, regatear, prometer y engañar: su pasión preferida. Así concibe un proyecto audaz. Toma 1a resolución de seguir negociando por su cuenta, aunque, desde luego, aparentando que lo hace por encargo del Emperador; es decir, deja en la creencia, tanto a sus propios agentes como al Gabinete inglés, de que es el Emperador quien procura, por mediación de ellos, conseguir la paz, mientras que en verdad maneja los hilos únicamente el Duque de Otranto. Empresa temeraria, abuso descarado del nombre imperial y de su propio cargo de ministro, osadía histórica sin igual... Pero estos secretos, estas maniobras laberínticas y equívocas, y no una, sino tres o cuatro al mismo tiempo, son, como se sabe, la verdadera pasión del intrigante nato que es Fouché. Como un chico de la

escuela que hace muecas cuando el maestro vuelve la espalda, le gusta maniobrar en la ausencia del Emperador; y se expone gustoso, lo mismo que el chico atrevido, a que le castiguen o reprendan por la mera alegría de la travesura y la burla.
Cien veces hemos visto como se deleita en estas audaces maniobras políticas; pero jamás se permitió hazaña más peligrosa, más osada y arbitraria que esta de negociar -aparentemente en nombre del Emperador y en realidad contra su voluntad- con el Ministerio inglés del Exterior, sobre la paz entre Francia e Inglaterra.
La maquinación está preparada genialmente. Se sirve de uno de sus equívocos funcionarios, el banquero Ouvrard, que ya rozo algunas veces con la cabeza los muros de la cárcel. Napoleón detesta a este mal sujeto por sus pésimos antecedentes; pero eso le preocupa poco a Fouché, que opera con él en la Bolsa. Con este hombre se siente seguro, porque le ha sacado más de una vez de situaciones difíciles, y le tiene así completamente en su mano. A Ouvrard le envía donde el banquero holandés De Labouchre, hombre de gran prestigio, que se dirige de buena fe a su suegro, el banquero Baring, en Londres, quien a su vez le pone en contacto con el Gabinete inglés. Y así se desarrolla un fantástico juego de equívocos: Ouvrard cree desde luego que Fouché obra por encargo del Emperador y transmite su mensaje como oficial al Gobierno holandés; esta garantía basta a su vez a los ingleses para tomar completamente en serio las negociaciones. Así cree Inglaterra negociar con Napoleón, y en realidad negocia sólo con Fouché, quien se libra muy bien, naturalmente, de enterar al Emperador de la continuación secreta de las negociaciones. Quiere que madure primero bien el asunto, que se eliminen las dificultades para presentarse de repente ante el Emperador y ante el pueblo francés como un deus ex machina y decir orgulloso: «¡He aquí la paz con Inglaterra! Lo que quisieron y desearon todos, lo que no consiguió ninguno de vuestros diplomáticos, lo ha llevado a cabo solo el Duque de Otranto».
¡Lástima! Un pequeño incidente estropea esta partida de ajedrez magnífica y emocionante. Napoleón ha ido con su joven esposa María Luisa a Holanda para visitar a su hermano Luis. El brillante recibimiento le hace olvidar la política. Pero un día, el Rey Luis, su hermano, suponiendo, naturalmente, como todos los demás, que las negociaciones secretas con Inglaterra se llevaban a cabo con el consentimiento del Emperador, se interesa, en una conversación casual, por la marcha del asunto. Napoleón se extraña. De repente recuerda haberse encontrado en Amberes precisamente a ese odiado Ouvrard. ¿Qué se trama allí? ¿Que significa ese ir y venir entre Inglaterra y Holanda? Pero no deja notar su sorpresa; con gran indiferencia ruega a su hermano que le entregue, cuando tenga ocasión, la correspondencia del banquero holandés. Le es entregada enseguida, y durante el regreso de Holanda a París tiene Napoleón tiempo de leerla. Se trata, efectivamente, de unas negociaciones de las que no tenía idea. Con inmensa ira presiente enseguida las huellas de cazador furtivo del Duque de Otranto, que se ha introducido nuevamente en el coto vedado. Pero ha aprendido a ser astuto con el astuto Fouché; por eso esconde por lo pronto su sospecha bajo una capa de falsa amabilidad para no ponerle sobre aviso, darle ocasión de escurrirse y dejarle escapar, únicamente al comandante de su gendarmería, Savary, Duque de Rovigo, se confía, y le ordena detener en el acto y sin llamar la atención al banquero Ouvrard y apoderarse de todos sus papeles.
Tres horas después de esta orden, el 2 de junio, llama a su ministro a Saint-Cloud y pregunta bruscamente y sin rodeos al Duque de Otranto hasta donde tiene conocimiento de ciertos viajes del banquero Ouvrard, o si le ha invitado acaso él mismo a ir a Amberes. Fouché, sorprendido, pero sin sospechar la trampa en que ha caído, obra como de costumbre cuando se le tiene por las solapas, lo mismo que bajo la revolución con Chaumette y bajo el Directorio con Babceuf: procura librarse descargándose en su

cómplice. ¡Ah, sí! Ouvrard, un entrometido que le gusta mezclarse en todo; además, toda la cuestión es tan insignificante, que, en el fondo, sólo se trata de una niñería, de una bagatela. Pero Napoleón tiene la mano dura y no suelta tan fácilmente su presa. «Esas maquinaciones no son cosa insignificante -ruge Napoleón-. Es una deslealtad incalificable el atreverse a negociar a espaldas de su soberano con el enemigo, a base de condiciones que él ignora y que seguramente jamás autorizará. Es una deslealtad que no toleraría ni el gobierno más débil. Ouvrard debe ser detenido inmediatamente.» Fouché empieza a intranquilizarse. ¡Era lo único que faltaba: detener a Ouvrard, que lo cantaría todo! Y se esfuerza por quitarle ese propósito de la cabeza al Emperador. Pero el Emperador, que sabe en esos momentos esta ya detenido el banquero por su propia policía, escucha irónicamente a su ministro desenmascarado; ya conoce al verdadero autor de la audaz maniobra, y los papeles confiscados en casa de Ouvrard descubren muy pronto todo el juego de Fouché.
Y descarga el rayo de la tormenta acumulada de la desconfianza. Al día siguiente, domingo, invita Napoleón, después de misa (como yerno de Su Majestad Apostólica, es otra vez buen cristiano, aunque un par de años antes metiera en la cárcel al Papa) a todos sus ministros y dignatarios de la Corte para la recepción matutina. Uno sólo falta: el Duque de Otranto. Aunque es ministro, no ha sido invitado. El Emperador hace tomar asiento a su Consejo alrededor de la mesa y lanza inmediatamente la pregunta: «¿Que piensan ustedes de un ministro que, abusando de su posición, sostiene, sin que lo sepa su soberano, trato con una potencia extranjera? ¿Que el ministro lleva estas negociaciones sobre las bases establecidas por él mismo y que con ello pone en grave riesgo la vida política de todo el país? ¿Que castigo señalan nuestros códigos para semejante deslealtad?» Después de estas preguntas severas mira el Emperador en torno suyo, esperando, sin duda, que se apresurarían sus consejeros a proponer el destierro o cualquier otra medida deshonrosa. Pero los ministros, aunque en el acto se han dado cuenta de contra quién va la flecha, se envuelven en un silencio azorante. En el fondo le dan todos a Fouché la razón, por haberse ocupado enérgicamente de la cuestión de la paz y, como verdaderos y legítimos criados, se alegran de la trastada hecha al amo autócrata. Talleyrand (aunque ya no es ministro ha sido llamado como dignatario ante lo importante del asunto) se ríe para sus adentros; recuerda su propia humillación de hace dos años y le divierten la perplejidad de Napoleón y la situación comprometida de Fouché; no quiere a ninguno de los dos. Por fin rompe el silencio el gran canciller Cambacéres y dice conciliador: «Sin duda alguna es un desliz que merece castigo severo, aunque el culpable se haya dejado llevar por un exceso de celo». «Exceso de celo», grita Napoleón, furioso... La contestación no le agrada, pues no quiere excusa, sino castigo severo, castigo ejemplar para quien obró por cuenta propia. Con gran excitación narra todo lo sucedido e invita a los presentes a proponerle un sucesor.
Pero ninguno de los ministros se da prisa a emitir su opinión en cuestión tan enojosa; el miedo a Fouché sigue al miedo a Napoleón. Por fin recurre Talleyrand, como siempre en ocasiones difíciles, a una hábil ironía. Se dirige a un vecino y dice en voz baja: «Sin duda ha cometido el señor Fouché una falta, pero si yo tuviera que darle un sucesor, y se lo daría, no sería otro que el mismo señor Fouché». Descontento de sus ministros, a los que él mismo había convertido en autómatas y mamelucos sin valor, levanta Napoleón la sesión y llama al canciller a su gabinete. «Verdaderamente, no vale la pena preguntar a estos señores. Vea usted que proposiciones tan útiles pueden esperarse de ellos... Pero no supondrá que yo pensé en preguntarles antes de estar de acuerdo conmigo mismo. He decidido ya: el Duque de Rovigo será ministro de Policía.» Y antes de que pudiese declarar éste si tiene vocación para una sucesión tan desagradable, le saluda aquella

misma noche el Emperador con la orden brusca: «Es usted ministro de Policía. Preste juramento y vaya a su trabajo».
El despido de Fouché es el tema del día; súbitamente se pone todo el mundo de su parte. Nada le había ganado más simpatías a este ministro, a este hombre lleno de doblez, como su resistencia contra el zarismo desenfrenado, insoportable ya a los franceses, acostumbrados a la libertad, de un hombre elevado por la Revolución. Y además, nadie quiere oír que sea un delito que merezca castigo el haber buscado, aún contra la voluntad del belicoso caudillo, la paz con Inglaterra. Todos los partidos: realistas, republicanos y jacobinos, igual que los embajadores extranjeros, ven con sentimiento unánime en la caída del último ministro de Napoleón con personalidad acusada la visible derrota de la idea de la paz, y hasta en el mismo Palacio, en el propio tálamo, encuentra Napoleón, igual que en su primera esposa Josefina, en la segunda, María Luisa, un abogado de José Fouché. El único hombre a su alrededor que su padre, el Emperador de Austria, le había indicado como digno de confianza, ha sido despedido, comenta perpleja. Nada expresa mejor la verdadera opinión de la Francia de entonces que el hecho de que el disfavor del Emperador aumente el Prestigio oficial de un hombre. El nuevo ministro de Policía, Savary, condensa la impresión desastrosa producida por la salida de Fouché en estas palabras características: «Creo que la noticia de una epidemia de peste no hubiera podido infundir mas terror que la de mi nombramiento de ministro de Policía».
Verdaderamente se ha fortalecido al lado del Emperador, en estos diez años, José Fouché.
No se sabe por qué camino llegó hasta Napoleón la reacción de este efecto. Pues apenas da a Fouché el empujón, enguanta a toda prisa nuevamente la mano dura. Le dora la píldora en esta ocasión, igual que en 1802. Y disfraza el despido con un cambio de empleo. Le otorga al Duque de Otranto, por la pérdida del Ministerio de Policía, el título honorífico de consejero de Estado y le nombra embajador del Imperio en Roma. Y nada caracteriza mejor el estado de ánimo vacilante, entre el temor y la ira, entre el reproche y la gratitud, entre la irritación y la actitud conciliadora del Emperador, que la carta de despedida de carácter privado: «Señor Duque de Otranto: Sé qué servicios me ha prestado y confío en su lealtad a mi persona y creo en el celo que ha puesto en servirme. Sin embargo, me es imposible conservarle en el cargo de ministro; me expondría con ello demasiado. El cargo de ministro de Policía requiere confianza plena e ilimitada, y esta confianza no puede persistir desde el momento que expuso, en una cuestión importante, mi tranquilidad y la del Estado, lo que a mis ojos no se puede excusar ni con motivos loables. Su opinión extraña de los deberes de un ministro de Policía no esta de acuerdo con el bien del Estado. Sin dudar de su lealtad y fidelidad, tendría que someterle, a pesar de ello, a una vigilancia constante y molesta que no se me puede exigir. Sería necesario vigilarle por las muchas cosas que usted hace por su propia cuenta, sin saber si corresponden a mi voluntad e intención... No puedo esperar que ha de cambiar usted de actitud, ya que desde hace años mis observaciones ostensibles de descontento no consiguieron en usted cambio alguno. Basado en la pureza de sus propósitos, no ha querido usted comprender cuanto mal se puede originar con la intención de hacer el bien. Mi confianza en su talento y en su fidelidad es inquebrantable. Espero tener pronto ocasión para demostrar lo primero y utilizar lo segundo en mi servicio». Esta carta nos descubre como una clave secreta lo más íntimo de sus relaciones entre Napoleón y Fouché; tómese la molestia de releer esta pequeña obra maestra para sentir cómo se cruzan en cada frase deseo y repulsa, simpatía y antipatía, temor y estimación secreta. El autócrata quiere un esclavo y se irrita al chocar con el hombre independiente. Quiere desembarazarse de él y, sin embargo, teme tenerle

por enemigo. Siente perderle y, al mismo tiempo, esta contento de haberse quitado de encima al hombre peligroso.
Pero a la par que aumenta en Napoleón la conciencia de sí mismo, aumenta también de manera gigantesca la de su ministro. Y la simpatía general enderezaba más aún la espalda de José Fouché. No, tan fácilmente no se puede despedir ya al Duque de Otranto. Napoleón ha de ver que aspecto ofrece su Ministerio de Policía cuando se le cierren las puertas a José Fouché; y su sucesor ha de creer que se sienta en un nido de avispas y no en un sillón ministerial, si se tiene la osadía de quererle reemplazar. No se ha estado afinando durante diez años este instrumento maravilloso para que un soldadote tosco, un novato de la diplomacia, un chapucero, venga a manejarlo torpemente y muestre como obra propia lo que inventó su antecesor en días y noches trabajosos. No, no ha de ser su despido tan fácil como lo imaginan. Han de darse cuenta, tanto Napoleón como Savary, de que un José Fouché no enseña sólo la espalda doblada como los demás, sino que sabe enseñar también los dientes.
Fouché esta decidido a no marcharse con la cabeza baja. No quiere una paz ambigua, una capitulación displicente. No es tan torpe que se decida a presentar franca resistencia; eso no va de acuerdo con su carácter. Sólo una bromita quiere permitirse, una bromita pequeña, ingeniosa, divertida, en que ha de deleitarse París y aprender Savary que existen trampas famosas en los dominios del Duque de Otranto. Siempre hay que volver a recordar el rasgo diabólico y extraño en el carácter de José Fouché de que precisamente la indignación mas extremada estimule en él un deseo cruel de bromear; que su valor, al intensificarse, no se hace varonil, sino que se convierte en temeridad grotesca y peligrosa. Nunca pega con el puño al ser atropellado, sino con la vara de bufón, cruelmente, burlando al contrario. Todo lo que se esconde en este hombre hermético y frío, de instintos apasionados, rezuma en estas ocasiones, sale al exterior; y esos momentos de alegría aparente en la ira son, al mismo tiempo, los que descubren mejor su naturaleza subterránea y fogosa, mágica y diabólica.
¡Una bromita aguda, pues, para su sucesor! No será cosa difícil de inventar, sobre todo tratándose de un tonto confiado. El Duque de Otranto se pone el uniforme de gala y dispone un semblante extraordinariamente amable para recibir a su sucesor en la visita oficial. Y en efecto, apenas aparece Savary, Duque de Rovigo, le confunde, le colma de amabilidades. No sólo le felicita por la elección tan honrosa del Emperador, sino que casi le da las gracias por haberle librado del puesto que tanto le fatigaba, que pesaba demasiado tiempo ya sobre sus hombros. ¡Ah, que feliz y qué contento se sentía de poder descansar un poco de este trabajo inmenso! Pues es un trabajo extraordinario, más aún: un trabajo ingrato el que exige ese Ministerio; el Duque, especialmente, ha de notarlo muy pronto, ya que no está acostumbrado a él. De todas maneras, le ayudaría con gusto a arreglar un poco el Ministerio desordenado, pues la despedida le había sorprendido algo inesperadamente. Claro, para eso se necesitaban algunos días; pero si el Duque de Rovigo está conforme, se encargaría él, Fouché, con gusto, de este pequeño trabajo; y mientras tanto podría también efectuar su mujer, la Duquesa de Otranto, la mudanza con toda comodidad. El buen Savary, Duque de Rovigo, no advierte la pimienta en la miel. Se siente agradablemente sorprendido de tanta amabilidad en un hombre a quien todos describen como maligno y astuto; aún le da las gracias más afectuosas al Duque de Otranto por tan extraordinaria complacencia. Naturalmente, puede quedarse todo el tiempo que le parezca bien; se inclina y estrecha conmovido la mano al buen Fouché, tan calumniado... ¡Lástima no haber visto y dibujado la cara de José Fouché en el momento en que se cerraba la puerta detrás de su incauto sucesor! ¡Imbécil! ¿Pero crees verdaderamente que voy a poner orden y presentarte los más incógnitos secretos que he ido juntando en diez años de penoso trabajo, en carpetas

ordenadas, para que las cojas en tus manazas torpes? ¿Que voy a engrasarte y limpiarte además la máquina ideada tan maravillosamente por mí, que funciona tan silenciosamente con sus ruedas y engranajes y que aspira y elabora invisiblemente las noticias de todo el Imperio? ¡Tonto, ya abrirás los ojos!

En el acto comienza una actividad febril. Un amigo íntimo esta avisado para ayudarle. Cuidadosamente se cierra con cerrojo la puerta del gabinete y son sacados rápidamente todos los papeles secretos de las carpetas. Los que le pueden servir algún día como armas, los acusadores y comprometedores, se los lleva José Fouché para su uso particular; los demás son quemados sin miramiento. ¿Para qué necesita saber el señor Savary quien presta servicio de espía en el barrio elegante del Faubourg Saint-Germain, en el Ejército o en la Corte? Podría hacerle el trabajo demasiado fácil. ¡Pues al fuego las listas!

únicamente los nombres de los moscardones y soplones, de los porteros y de las prostitutas, de los que de todas maneras nunca se saca nada importante; con ésos puede quedarse. Con rapidez vertiginosa se vacían los cajones. Los registros valiosos con los nombres de los realistas extranjeros, de los corresponsales secretos, desaparecen; artificialmente ponen desorden en todas partes, destruyen el índice y se proveen las actas de números falsos; se cambian las claves. Y al mismo tiempo toma en servicio secreto, como espías, a los empleados más importantes del futuro ministerio para que sigan comunicándose secretamente con el antiguo y verdadero señor. Tornillo por tornillo, va aflojando Fouché la maquinaria gigantesca para que ya no ajusten los engranajes y se detenga completamente su rotación en las manos del sucesor. Como los rusos quemaron ante Napoleón la ciudad sagrada, Moscú, para que no encontrasen en ella refugio, así destruyó Fouché la obra tan amada de su vida. Durante cuatro días y cuatro noches sale humo de la chimenea; cuatro días y cuatro noches dura esta tarea diabólica. Y sin que se dé cuenta nadie a su alrededor, salen los secretos del Imperio, como materia incorpórea, por las chimeneas, o van a parar a los armarios particulares de Fouché en Ferrières.

Luego otra inclinación, extraordinariamente amable y cortés, ante el sucesor incauto: «¡Tenga la bondad de tomar asiento!» Un apretón de manos y un «¡gracias!», recibido con aire socarrón. Ahora debería dirigirse el Duque de Otranto con urgencia a su Embajada de Roma; pero prefiere, por ahora, marchar a Ferrieres, a su palacio. Y allí aguarda, temblando interiormente de impaciencia y placer, el primer grito de ira de su sucesor engañado, en cuanto note la bromita que José Fouché le ha gastado.

¿Verdad que está bien ideada la piececita preparada finalmente y llevada a cabo con audacia? Pero desgraciadamente ha incurrido José Fouché en una pequeña falta al idear esta linda farsa, pues cree gastarle la bromita al recién nombrado e inexperto Duque, a ese ministro venido del limbo. Pero olvida que este aristócrata ha sido nombrado ministro por un señor que no tolera que se burlen de él. De todos modos, ya venía observando Napoleón, con mirada desconfiada, la actitud de Fouché.

No le gusto nada ese largo titubeo a la entrega del puesto, ese aplazar interminablemente el viaje a Roma. Además, ha dado un resultado inesperado la instrucción contra Ouvrard, el cómplice de Fouché: el averiguar que Fouché había entregado ya antes a otro intermediario notas oficiales para el Gabinete inglés. Burlarse de Napoleón no le había sentado bien a nadie hasta entonces. Súbito, sale el 17 de junio, como un latigazo, un billete brusco camino de Ferrieres: «Señor Duque de Otranto: Le invito a enviarme aquel comunicado que entrego usted, para sondear a lord Wellesley, a un señor Fagan, quien le trajo una contestación del lord que jamás me ha sido presentada». Este duro trompetazo podría despertar a un muerto. Pero Fouché, completamente embriagado de su hazaña y de su travesura, no se da prisa en la

contestación. Mientras tanto, ha caído pólvora en el fuego en las Tullerías. Savary ha descubierto el saqueo del Ministerio de Policía y se lo ha comunicado, estupefacto, al Emperador. Enseguida recibe Fouché un segundo billete, un tercero, con orden de entregar inmediatamente «toda la cartera ministerial». El secretario del Gabinete transmite la orden personalmente con el encargo de exigir a Fouché los papeles escamoteados. La broma ha terminado; comienza la lucha.

La broma ha terminado verdaderamente. Fouché debía darse cuenta de ello. Pero parece que el demonio le aconseja medirse seriamente con Napoleón, el hombre más poderoso del mundo, pues declara al secretario rotundamente, contra la verdad, que lo siente infinito, pero que no tiene ninguna carta, que las ha quemado todas. Eso no se lo cree, naturalmente, nadie, y menos Napoleón. Por segunda vez le amonesta con mayor urgencia, más duramente; es conocida su impaciencia. Pero la irreflexión se convierte en terquedad; la terquedad, en osadía; la osadía, en provocación, pues Fouché repite que no tiene ni una hoja, y explica esta supuesta destrucción de los documentos particulares del Emperador de manera casi comprometedora.

«Su Majestad -dice con cinismo- me honró con tal confianza que, cuando uno de sus hermanos le causaba enojo, me encargaba de hacerle recordar su deber. Y como cada uno de los hermanos le comunicaba, por su parte, sus quejas, había creído mi deber no guardar esas cartas. Tampoco las hermanas de Su Majestad se habían podido librar siempre de calumnias, y el Emperador mismo se dignaba comunicarme aquellos rumores y me había encargado de averiguar que imprudencia había dado motivo para ellos.» Esto es claro y más claro: Fouché da a entender al Emperador lo mucho que sabe y que no se deja tratar como cualquier lacayo. El mensajero comprende y ve el chantaje en esta amenaza, y piensa en el trabajo que le costará transmitir una contestación tan atrevida a su señor en forma correcta, mesurada. Al Emperador le asfixia la ira, un furor tal se apodera de él que tiene que tranquilizarle el Duque de Massa, y a fin de arreglar el enojoso asunto, se ofrece para pedir personalmente al obstinado exministro los papeles escamoteados. Una segunda amonestación le llega del nuevo ministro de Policía, el Duque de Rovigo. Pero a todo contesta Fouché con la misma cortesía y decisión: es lástima, pero por un exceso de discreción quemó los papeles. Por primera vez en Francia le hace un hombre franca oposición al Emperador.

Esto es demasiado. Así como Napoleón no apreció debidamente durante diez años la categoría de Fouché, desconoce ahora Fouché a Napoleón si cree poderle intimidar con un par de indiscreciones. ¡Desafiar ante todos los ministros al hombre a quien han ofrecido sus hijas el Zar Alejandro, el Emperador de Austria, el Rey de Sajonia; al hombre ante quien tiemblan, como chicos de la escuela, todos los reyes de Europa! ¿Al hombre a quien no pudieron resistir todos los ejércitos de Europa quiere negarle la obediencia esta momia escuálida, este intrigante espectral con su capa de Duque recién estrenada? No, así como así no se burla nadie de un Napoleón. Inmediatamente llama al jefe de la Policía particular, Dubois, y se desahoga ante él con expresiones furibundas contra el «miserable», el «infame Fouché». Con pasos furiosos va de arriba abajo y grita de pronto: «Pero que no espere poder hacer conmigo lo que hizo con su Dios, con la Convención y con el Directorio, a los que miserablemente traiciono y vendió. Tengo mejor vista que Barras; conmigo no será el juego tan fácil; pero le aconsejo que tenga cuidado. Sé que tiene notas e instrucciones mías y exijo que me las devuelva. Si se niega, lo entrega usted enseguida a diez gendarmes y lo hace conducir a la cárcel. ¡Por Dios, que he de enseñarle con qué rapidez se puede concluir un proceso!»Ahora empieza a ponerse seria la cosa. Fouché comienza a intranquilizarse. Cuando aparece Dubois tiene que permitir que le sea sellada a él, al Duque de Otranto, antiguo ministro de Policía, por su propio antiguo subalterno, toda su correspondencia, cosa que podía

haber sido peligrosa si no hubiera ya quitado de en medio cautamente, desde hace tiempo, la verdaderamente importante. Pero, de todas maneras, va reconociendo que ha ido demasiado lejos. Rápidamente escribe carta tras carta, una al Emperador, otra a los ministros, para quejarse de la desconfianza que se tiene con él, el más fiel, el más franco, el más firme, el más entero de los ministros; y en una de esas cartas es deliciosamente divertido encontrar esta frase encantadora: Il n'est pas dans mon caract re de changer (así como suena, de puño y letra del camaleón Fouché). Y lo mismo que hace quince años con Robespierre, espera salir al paso del peligro que le amenaza con una reconciliación súbita. Toma un coche y va a París para dar explicaciones al Emperador, o excusas, si fuera necesario.
Pero es tarde. Ha jugado y bromeado en demasía; ahora ya no hay ni reconciliación ni arreglo; quien provocó públicamente a Napoleón, ha de ser humillado públicamente. Le es dirigida una carta tan dura y cortante como nunca la escribió Napoleón a un ministro. Es muy corta esta carta, este puntapié: «Señor Duque de Otranto: Sus servicios no me pueden ser ya deseables.
Debe usted partir para su senaduría en el término de veinticuatro horas». Ni una palabra del nombramiento de Embajador en Roma: despido desnudo y brutal, y, además, destierro. Al mismo tiempo recibe el ministro de Policía la orden de velar sobre el inmediato cumplimiento del edicto.
La tensión ha sido demasiado grande, el juego demasiado atrevido, y ahora sucede lo inesperado: Fouché se desploma como un sonámbulo que, gateando inconsciente por los tejados, es despertado bruscamente por una voz dura y, asustado por lo expuesto de su situación, cae a la calle. El mismo hombre que permaneció frío e imperturbable a dos pasos de la guillotina, se desploma miserablemente bajo el latigazo de Napoleón.
Este 3 de junio de 1810 es el Waterloo de José Fouché. Los nervios se le desbocan, corre al ministro por un pasaporte para el extranjero, vuela, cambiando en cada estación los caballos, sin descansar hasta Italia. Allí corre, como una rata furiosa sobre un fogón ardiente, en zigzag, de sitio en sitio. Tan pronto esta en Parma como en Florencia, en Pisa, en Livorno, en vez de marchar, como le está ordenado, a su senaduría. Pero el pánico le sacude fuertemente. ¡Hay que ponerse fuera del alcance de Napoleón, fuera del poder de esa mano tremenda! Ni siquiera Italia le parece bastante segura; es aún Europa, y toda Europa esta sometida a ese hombre terrible. Así fleta en Livorno un barco para ir a América, país de seguridad, país de libertad; pero la tempestad, el mareo y el miedo a los cruceros ingleses le obligan a regresar al puerto, y vuelve a correr como un loco, en coche, de un puerto a otro, de ciudad en ciudad. Implora la ayuda de las hermanas de Napoleón, de los príncipes. Desaparece, vuelve a aparecer, para obsesión de los policías, que buscan su rastro y lo vuelven a perder siempre... En fin, se porta como un loco, completamente enajenado de miedo; y ofrece, por primera vez, él, el hombre sin nervios, un ejemplo de evidencia clínica, de una verdadera ruina nerviosa. Nunca aniquiló Napoleón con un solo gesto, con un solo golpe, a un adversario más radicalmente que a éste, el de mayor audacia y sangre fría de todos sus servidores.
Este esconderse y reaparecer, este ir y venir febril, dura días y semanas, sin que se haya podido averiguar lo que quería e intentaba (ni su magistral biógrafo Madelin lo sabe, ni seguramente lo sabía él mismo). Parece que únicamente en el coche, en marcha, se siente seguro ante la venganza imaginaria de Napoleón, que, sin duda, ya no piensa en castigar seriamente a su servidor. Napoleón no quiso más que hacer prevalecer su voluntad, rescatar sus papeles, y esto lo consigue. Pues mientras él, loco, histérico, revienta por toda Italia los caballos de posta, obra su esposa en París con bastante más prudencia. Capitula por él. No puede haber duda de que por salvar a su marido entregó la Duquesa de Otranto los papeles, maliciosamente retenidos por él, discretamente a

Napoleón, pues jamás se vio una de aquellas hojas íntimas a las que aludió Fouché amenazante. Lo mismo que sucedió con Barras, a quien compro el Emperador los papeles, y con los demás confidentes molestos de su elevación, desaparecieron los escritos de Fouché en cuanto se referían a Napoleón. O los hizo desaparecer el mismo Napoleón, o Napoleón III destruyó todos los documentos que no convenían a la idea napoleónica.
Por fin recibe Fouché la gracia de poder retirarse a su senaduría de Aix. La gran tormenta se ha disipado; el rayo no hizo más que sacudirle los nervios, pero no le hirió. El 25 de septiembre llega el hombre acosado a su finca, «pálido y cansado, delatando, por la incoherencia de sus pensamientos y de sus palabras, una completa perturbación». Pero tendrá tiempo suficiente para reponer sus nervios, pues quien se ha rebelado una vez contra Napoleón puede considerarse alejado por mucho tiempo de todos los cargos oficiales. El ambicioso tiene que pagar su bromita cruel. Otra vez le arrastra la ola al fondo. Tres años permanece José Fouché sin honores y sin cargo: comienza su tercer destierro.

CAPÍTULO VII

INTERMEZZO INVOLUNTARIO(1810-1815)

A comenzado el tercer destierro de José Fouché. En su magnífico palacio de Aix reside como un príncipe soberano el ministro de Estado destituido: el Duque de Otranto. Tiene cincuenta y dos años; ha experimentado la tensión enorme que producen todos los juegos, todos los éxitos y todas las contrariedades de la vida política, el cambio eterno de flujo y reflujo de las ondas del destino, hasta el fondo mismo. Ha conocido el favor de los poderosos y la desesperación de la soledad; ha sido pobre hasta sentir la angustia de la falta del pan cotidiano, y es inmensamente rico; ha sido estimado y odiado, celebrado y despreciado... Ya puede descansar en su buen retiro como Duque, Senador, Excelencia, Ministro de Estado, Consejero de Estado, multimillonario, dependiendo únicamente de su propia voluntad. Holgadamente pasea en su carroza de librea, hace visitas a las casas aristocráticas, recibe homenajes de su provincia y percibe el eco susurrado de las simpatías secretas de París.
Esta libre de la molestia enojosa de bregar diariamente con empleados estúpidos bajo la férula de un señor déspota. A juzgar por su comportamiento y su aire satisfecho, se siente a las mil maravillas, procul negotiis, el Duque de Otranto. Pero cuan engañoso es su contento lo delata ese pasaje (sin duda auténtico) de sus Memorias (por lo demás muy poco dignas de crédito): «Me perseguía la costumbre arraigada de saberlo todo, más imperiosa en el aburrimiento de un destierro; desde luego, muy agradable pero monótono». Y el charme de sa retraite no lo constituye, según propia confesión, el paisaje suave de la Provenza, sino una red de espionajes y comunicados en la capital. «Con ayuda de mis amigos seguros y mensajeros fieles organicé una correspondencia secreta, a la que se añadían varios mensajeros, los cuales recibía con regularidad de París, que completaban aquélla. En una palabra: tenía en Aix mi policía particular.» Lo que se le propone como cargo, lo ejerce este hombre inquieto como deporte; y si no se le permite ya penetrar en los Ministerios, procura mirar, al menos, con ojos de otros por las cerraduras; tomar parte en los Consejos con oídos ajenos y, sobre todo, atisbar, si no

se presenta al fin una ocasión de ofrecerse de nuevo para volver a sentarse a la mesa de juego de la Historia.
Pero habrá de esperar aún mucho en el apartamiento el Duque de Otranto; Napoleón no le necesita. Esta en la cumbre de su poder; ha dominado a Europa; es yerno del Emperador de Austria; es- ¡cumplido deseo de sus deseos! -padre del Rey de Roma. Humildes se inclinan ante él todos los príncipes alemanes e italianos, agradecidos de que se dignara concederles la gracia de conservarles su corona. Y ya vacila y se tambalea el último y único enemigo: Inglaterra. Se ha hecho tan fuerte este hombre, que puede renunciar, sonriente, a ayudantes tan hábiles y tan poco leales como José Fouché. Ahora que tiene tanto tiempo sobrado para meditar tranquila y reposadamente, reconocerá el señor Duque cuán loco fué el engreimiento que le empujo a medirse con el más poderoso de los hombres. Ni siquiera el honor de su odio le concede el Emperador; desde la inmensa altura donde le ha colocado el Destino no advierte ya el zumbido del pequeño insecto maligno que voló una vez a su alrededor y que se sacudió con un solo ademán enérgico. No se da cuenta de su ausencia: Fouché está liquidado para él. Y nada demuestra tan claramente al caído lo poco que le estima y le teme ya Napoleón como el hecho de que, por fin, se le permita regresar a su palacio de Ferrieres, a dos horas de París. Pero no deja que se acerque más: París y las Tullerías permanecen cerradas para el hombre que se atrevió a hacerle resistencia.
Una sola vez es llamado a palacio José Fouché durante esos dos años de vacío. Napoleón prepara la guerra contra Rusia y desea conocer la opinión de Fouché, ya que todos los demás se manifiestan en contra. Fouché se declara apasionadamente contra esta guerra, y aún entrega (si no lo falsificó post festum) el memorándum que se encuentra en sus Memorias; pero Napoleón sólo quiere oír confirmada su propia voluntad; no desea más que ciego asentimiento a sus palabras. Quien le aconseja en contra de la guerra parece dudar de su grandeza. Así Fouché es enviado fríamente de nuevo a su castillo, a su destierro, inactivo, mientras parte el Emperador, con seiscientos mil hombres, para la más loca y audaz de sus empresas, camino de Moscú.
Un extraño ritmo da la pauta de la vida rara y cambiante de José Fouché. Si asciende, lo consigue todo; si cae, se vuelve el destino contra él. Ahora, que tiene que aguardar amargado, apenado, a la sombra, caído en desgracia en su apartado palacio, fuera de la escena de los acontecimientos; precisamente ahora, cuando su desengaño está necesitado de ayuda espiritual, de leal consejo, de consuelo cariñoso; precisamente ahora pierde a la única persona que le acompañó durante veinte años con amor, constancia y fuerza de ánimo por todos los caminos peligrosos: su mujer. En aquella buhardilla del primer destierro se le murieron los dos primeros hijos, a los que amaba sobre todo; en el tercer destierro le deja su compañera. Esta pérdida hiere en lo más profundo de su alma al hombre aparentemente insensible. Desleal y veleidoso en cuanto se refiere a partidos e ideas, era este hombre impenetrable, para su esposa fea, el marido más cariñoso, más leal y atento; para sus hijos, el padre más ejemplar; igual que tras la máscara del burócrata seco se esconde el jugador espiritual nervioso e intrigante, así se esconde, tímido e invisible, detrás del hombre peligroso y desleal, el marido burgués, enamorado y fiel; el hombre solitario, que sólo se siente seguro y bien en el círculo íntimo del hogar. Lo que había de bondad y sinceridad ocultas en este diplomático astuto se lo brindo en un cariño silencioso a su compañera, que sólo vivía para él; que jamás se presentaba en las fiestas de la Corte, en banquetes o recepciones; que nunca se mezcló en sus juegos peligrosos. En el fondo impenetrable de su vida particular gravitaba algo que contrapesaba lo relajado, caprichoso y veleidoso de su existencia política; y ese apoyo se derrumba precisamente cuando más necesita de él. Por primera vez se siente en este hombre marmóreo una conmoción verdadera; por primera vez

trasciende de sus cartas un tono cálido, sincero, humano. Cuando los amigos le instigan para que procure obtener nuevamente el Ministerio de Policía, después de la enorme estupidez de su sucesor, el Duque de Rovigo, que ante la risa de todo París se dejó aprisionar sin resistencia en el complot ridículo de un medio loco, rehusa volver al mundo político: «Mi corazón se ha cerrado a todas esas tonterías humanas. El Poder ya no tiene atracción para mí, el reposo no es solamente un estado adecuado a mi situación actual, sino el único necesario. Los asuntos oficiales me presentan el cuadro de un tumulto de perturbaciones y de peligros». Por primera vez parece que en la escuela del dolor, el hombre experimentado ha adquirido verdadera experiencia. Un deseo profundo de tranquilidad, de sosiego interno, se apodera, después de la época de eternas e insensatas ambiciones, del hombre envejecido desde que vió morir a su lado a la compañera de veinte años de tremendas pruebas. Todo el placer de la intriga parece apagado en él para siempre, laxa por fin la ambición de poder en este espíritu inquieto e insaciable.

¡Ironía trágica! La primera y única vez que Fouché, el espíritu siempre inquieto, quiere verdaderamente reposo y no desea ningún cargo, se lo impone a la fuerza su adversario Napoleón.

No por amor, ni por simpatía, ni por confianza toma Napoleón a Fouché otra vez a su servicio, sino por desconfianza, por un sentimiento repentino de inseguridad. Por primera vez ha regresado el Emperador como vencido. No atraviesa a caballo el Arco de Triunfo de París a la cabeza de un ejército rodeado de banderas; regresa con el cuello de piel levantado para no ser reconocido, fugitivo en la noche. El ejército más espléndido que creó jamás yace helado en la nieve rusa; y junto con su aureola de invencibilidad huyeron también los amigos. Todos los emperadores y reyes que se doblegaban aún ayer ante él se acuerdan, de pronto, ante el Emperador vencido, de la propia dignidad. Un mundo armado se levantaba contra el duro amo.

Desde Rusia avanzan cosacos; desde Suecia presiona el viejo rival Bernadotte como enemigo; su propio suegro, el Emperador Francisco, moviliza las tropas en Bohemia; la Prusia, saqueada y sometida, se levanta con el ardor de la venganza; la simiente terrible de innumerables guerras brota de la tierra quemada, surcada, atormentada de Europa, y madurará en el otoño en los campos de Leipzig. En todas partes vacila y cruje el edificio gigantesco que erigió en diez años esta voluntad grandiosa y única. Arrojados de España, de Westfalia, de Holanda y de Italia, huyen los hermanos Bonaparte. Ahora ha de desplegar Napoleón la energía más extrema. Con mirada mágica y clarividente, con energía duplicada, lo prepara todo para la última lucha decisiva. Todo el que puede llevar una mochila, el que es capaz de sostenerse a caballo, es sacado de Francia; de todas partes, de España, de Italia, son retiradas las tropas veteranas para sustituir las que trituró el invierno ruso con sus mandíbulas heladas. Día y noche trabajan miles de hombres en las fábricas de sables y cañones, se acuña oro de tesoros ocultos, se sacan los ahorros de las cámaras secretas de las Tullerías, los fuertes son reparados, y mientras del Este y del Oeste avanzan las tropas con paso tardo hacia Leipzig, se echan las redes diplomáticas en todas las direcciones. En ninguna parte ha de quedar un puesto débil o inseguro, por ninguna parte un hueco en esta alambrada que ha de cercar a Francia; toda posibilidad ha de prevenirse, y lo mismo que el frente ha de quedar asegurada la retaguardia. Pues un loco o un maligno no ha de conmover o turbar por segunda vez, como durante la campaña rusa, la confianza del pueblo hacia Napoleón. Ningún sospechoso puede quedar atrás, ningún peligroso sin vigilancia.

El Emperador piensa en cada factor de poder, en cada eventualidad, en cada peligro posible ante esta última lucha decisiva.

Así también piensa en alguien que podría ser peligroso: en José Fouché, al que no ha olvidado. Le despreció mientras él mismo se sentía fuerte; pero ahora, que empieza a sentirse inseguro, tiene que afianzarse nuevamente. No puede dejar en París, a su espalda, a ningún enemigo eventual. Y como no cuenta a Fouché entre sus amigos, decide que se ausente de París.
Claro que para mandarlo preso a un castillo, con el fin de que no pueda tramar ninguna intriga, no hay motivo evidente.
Pero en libertad tampoco debe quedar. Así se decide a atarle las manos inquietas a un cargo, y, de ser posible, bien lejos de París. En vano se busca, en medio del tumulto de los asuntos y de los preparativos bélicos en el Cuartel general de Dresde, un cargo que parezca honroso y ofrezca, al mismo tiempo, seguridad: no se encuentra tan rápidamente. Napoleón anhela ver fuera de París al sombrío personaje. Y como no se ha hallado todavía un cargo para él, se inventa uno, que es una utopía: la administración de los territorios ocupados en Prusia. Un cargo magnífico, honroso, un cargo de primera clase, que sólo tiene un pequeño defecto, que todavía existe: que esta administración no puede empezar hasta que Napoleón haya conquistado Prusia, de lo que dan poca esperanza los acontecimientos guerreros, ya que Blecher ataca seriamente al Emperador en su flanco sajón. De modo que, en realidad, sólo se trata de un reparto de opereta, con un puesto imaginario, cuando el Emperador escribe, el 10 de mayo, al Duque de Otranto: «He mandado que le comuniquen que es mi intención llamarle a mi lado tan pronto como yo entre en el territorio del Rey de Prusia, para ponerle al frente del Gobierno de dicho país. Nada de esto debe saberse en París. Se supondrá que se dirige usted a su finca, aunque en realidad estará usted ya aquí mientras todo el mundo le creerá en su casa, únicamente la Emperatriz tiene conocimiento de su partida. Me será grato ofrecerle ocasión próxima de brindarme nuevos servicios y nuevas pruebas de su lealtad». Así escribe el Emperador a José Fouché, precisamente porque no se fía en absoluto de su «lealtad». Y de mala gana, desconfiado, dándose cuenta enseguida de las verdaderas intenciones de su amo, Fouché se pone en camino para Dresde. «Enseguida me di cuenta -dice en sus Memorias- que el Emperador me llamaba a su lado en calidad de rehén por miedo de dejarme en París.» Por eso no se da mucha prisa, el futuro Regente de Prusia, para llegar al Consejo de Estado de Dresde, pues sabe que lo que en realidad se quiere no es su consejo en el Estado, sino atarle las manos. No llega hasta el 29 de mayo, y el Emperador le recibe con estas palabras: «Llega usted tarde, Duque». Del pretexto ridículo de darle la Regencia de Prusia no se habla en Dresde, naturalmente, ni una palabra: el momento es demasiado serio para tales bromas. Sin embargo, se le tiene sujeto y felizmente se encuentra otro puesto magnífico para alejarle del teatro de los acontecimientos, no ya, como antes, en un puesto utópico, en la luna, sino en uno auténtico: en la Gobernación de Iliria, a varios cientos de kilómetros de París. El viejo camarada de Napoleón, general Junot, que gobernaba esta provincia, se ha vuelto loco repentinamente y ha dejado libre su puesto: una celda para espíritus inquietos. Así entrega el Emperador, con ironía mal disimulada, esa Regencia de tan corta vida a Fouché, que, como siempre, no contradice, se inclina obediente y declara estar dispuesto a partir inmediatamente.
Iliria... ; el nombre suena a opereta, y, efectivamente, ¡qué Estado multicolor se ha compuesto en la última paz forzosa con pedazos de Friul, Carintia, Dalmacia, Istria y Trieste! Un Estado sin idea común, sin sentido, sin motivo; y como residencia, una capital diminuta de provincia, pueblerina: Laibach. Una monstruosidad sin fuerza vital, creada por la obcecación de un Soberano y por una diplomacia ciega. Fouché encuentra las cajas del Tesoro medio vacías, un par de docenas de empleados aburridos, muy pocos soldados y unos habitantes desconfiados que no esperan otra cosa que la retirada

de los franceses. Por todas partes crujen ya los soportes de este Estado artificial, construido tan aprisa. Con unos cuantos cañonazos, el edificio vacilante se derrumbará. Estos cañonazos los dispara bien pronto el propio suegro de Napoleón, el Emperador Francisco. En una resistencia seria no puede pensar Fouché, con los pocos regimientos de que dispone, compuestos, además, en su mayor parte, de croatas dispuestos a pasarse, al primer tiro, a sus antiguos camaradas. Así que solo prepara desde el primer día, la retirada; y para disfrazarla hábilmente, mantiene un gesto magnífico de soberano confiado: da bailes y reuniones, hace desfilar orgullosamente, en pleno día, las tropas, mientras por la noche ordena sean llevados de Trieste, secretamente, las cajas y documentos del Gobierno. Todas sus proezas, como señor y soberano, tienen que limitarse a evacuar cautelosamente, paso a paso, el país, reduciendo las pérdidas a un mínimo. Y en esta retirada estratégica se prueba otra vez la sangre fría de Fouché, su energía decidida, su maestría insuperable de siempre. Paso a paso se retira, sin pérdidas, de Laibach a Goricia, de Goricia a Trieste, de Trieste a Venecia, llevando consigo casi todos los empleados, la caja y mucho material de valor de su Iliria... Pero ¡qué importa la pérdida de esa provincia ridícula! En los mismos días pierde Napoleón la más importante y última de sus grandes batallas en esta guerra: la batalla de Leipzig y, con ella, el dominio del mundo.
Se ha desembarazado, pues, Fouché de su misión, y por cierto de manera intachable y honrosa. Ahora que ya no hay que administrar ninguna Iliria, se siente libre y quiere regresar, naturalmente, a París. Pero no es ese, ni mucho menos, el propósito de Napoleón. «Fouché es un hombre que de ninguna manera debe estar ahora en París.» Estas palabras, pronunciadas por el Emperador en Dresde, tienen, después de la batalla de Leipzig, doble valor. Hay que alejarle y bien lejos, cueste lo que cueste.
En medio de la tarea formidable de defenderse de un enemigo que le supera cinco veces en numero, Napoleón piensa principalmente en otra misión para el hombre peligroso, que le ate también las manos durante el tiempo de la campaña. ¡Que ponga sus manos en alguna maniobra diplomática, que pueda intrigar; pero que no alargue la mano inquieta hacia París! Que marche inmediatamente, por lo pronto, a Nápoles (Nápoles está lejos), para recordar su deber a Murat, Rey de Nápoles, cuñado de Napoleón, que teme más por su propio Reino que por el Imperio, y para convencerle de que debe ir en ayuda del Emperador con un ejército. Cómo cumplió Fouché este encargo -si quiso persuadir verdaderamente al viejo general de caballería de Napoleón para que se mantuviera fiel, o si le apoya en su deserción- es cosa que no ha podido aclarar la Historia. Desde luego, el fin principal del Emperador: retener a Fouché durante cuatro meses más allá de los Alpes, a mil leguas, en negociaciones incesantes, se ha conseguido. Mientras marchan sobre París los austriacos, los prusianos y los ingleses, él ha de ir y venir de Roma a Florencia y Nápoles, de Luca a Génova, derrochar otra vez su tiempo y su energía en una misión insoluble. Lo mismo que Iliria se pierde Italia, el segundo país que se le ha designado, y por fin, a primeros de marzo, no tiene Napoleón país donde enviarle, pues ni en la propia Francia puede ya prohibir ni mandar. Así regresa el 11 de marzo José Fouché, por los Alpes, a su patria, alejado, por la perspicacia genial del Emperador, cuatro meses irrecuperables de toda maquinación política dentro de Francia. Y cuando, por fin, rompe las Cadenas, ve que llega con cuatro días de retraso.
En Lyon se entera que marchan sobre París las tropas de los tres Emperadores. En pocos días, pues, habrá caído Napoleón y se habrá formado un nuevo Gobierno. Naturalmente, se consume su amor propio de impaciencia, d'avoir la main dans la páte, de tener los dedos en la masa, para poder sacar el mejor partido. Pero el camino directo a París esta cortado ya por las tropas y tiene que dar un largo rodeo por Tolosa y Limoges. Por fin,

el 8 de abril, atraviesa en su coche de posta las puertas de París. A primera vista reconoce que ha llegado demasiado tarde. Y el que llega tarde, pierde la ocasión. Todos sus juegos secretos y sus trastadas se las ha pagado Napoleón nuevamente con la magistral perspicacia de tenerle alejado mientras había oportunidad de pescar a río revuelto. Ahora se encuentra con que París ha capitulado, Napoleón ha sido destronado, Luis XVIII erigido Rey y el Gobierno ha sido formado, íntegro, por Talleyrand. Este maldito cojo estuvo a tiempo en su puesto y dió el cambio de frente más pronto de lo que le fué posible a él, a Fouché, el hombre previsor. El Zar de Rusia vive en casa de Talleyrand, el nuevo Rey le mima con pruebas de confianza, ha repartido a su arbitrio todos los cargos de ministro, y ladinamente no ha reservado ninguno para el Duque de Otranto, que administraba sin sentido y sin provecho Iliria y andaba metido en maniobras diplomáticas por Italia. Nadie le ha esperado, nadie se ocupa de él, nadie desea de él consejo o ayuda.
Otra vez es José Fouché, como tantas otras en su vida, un hombre liquidado. Tarda mucho tiempo en convencerse de que no le hacen caso: a él, el gran adversario de Napoleón. Entonces se ofrece abiertamente: se le ve en todas partes, en la antecámara de Talleyrand, con el hermano del Rey, con el Embajador inglés, en las salas del Senado... Y, sin embargo, nadie le escucha.
Escribe cartas, una a Napoleón, al que da el consejo de emigrar a América, mandando al mismo tiempo una copia de ella al rey Luis XVIII, para ganar así su simpatía; pero no recibe contestación. Les pide a los ministros un cargo digno, y éstos le reciben fríos y corteses, pero no le protegen. Se hace recomendar por mujeres y por antiguos protegidos, pero en balde. Ha cometido la falta más imperdonable en política: ha llegado tarde. Todas las plazas están ocupadas y ningún dignatario piensa en levantarse voluntariamente para dejar su puesto al Duque de Otranto. No le queda, pues, al ambicioso otro remedio que volver a hacer las maletas y retirarse a su castillo de Ferriéres, únicamente tiene un compañero, muerta su mujer: el Tiempo. Hasta ahora siempre le ha ayudado. Y esta vez también le ayudara.
En efecto: pronto advierte Fouché que el aire vuelve a oler a pólvora. Si se tienen oídos finos, también se oye desde Ferrieres como cruje y rechina un trono. El nuevo amo, Luis XVIII, comete falta sobre falta. Le place ignorar la Revolución y olvidar que tras veinte años de ciudadanía no quiere humillarse Francia otra vez ante veinte generaciones de nobles. Desprecia además el peligro de la camarilla pretoriana de los oficiales y generales que, reducidos a media paga, protestan descontentos contra esta avaricia infame del «Rey-pepino». ¡Ah, si volviera Napoleón habría enseguida una guerra magnífica! Entonces volverían a marchar sobre los países, saqueándolos, se harían carreras y se tendrían nuevamente las riendas en la mano. Se cruzan ya mensajes sospechosos de una zona a otra, y se prepara, poco a poco, en el ejército una conspiración. Fouché, que nunca corto por completo el cordón umbilical entre él y su criatura, la Policía, escucha y oye muchas cosas que le dan que pensar. Silenciosamente sonríe para sus adentros: el buen Rey se hubiera enterado de todo si hubiese tomado como ministro de Policía al Duque de Otranto. Pero ¿para qué prevenir a esos cortesanos estúpidos? Hasta ahora ha aprovechado siempre Fouché todas las subversiones Para elevarse, todos los cambios de viento. Por eso se está quieto, se esconde, no se mueve y contiene el aliento como un luchador antes del combate.
El 5 de marzo de 1815 se precipita en las Tullerías un mensajero con la impresionante noticia de haberse evadido Napoleón de la isla de Elba y de haber desembarcado el I.º de marzo en Fréjus con seiscientos hombres. Sonrientes y despectivos, acogen los cortesanos reales la noticia. Naturalmente, ellos ya lo habían dicho siempre que este Napoleón Bonaparte, del que se hace tanto aspaviento, no debe estar en sus cabales.

¡Con seiscientos hombres, parbleu, vale la pena de reírse! ¿Así quiere luchar este loco contra el Rey, detrás de quien esta todo el ejército y toda Europa? Pues no hay motivo para intranquilizarse: con un puñado de gendarmes se domará a este aventurero miserable. El mariscal Ney, el antiguo compañero de armas de Napoleón, recibe la orden de apoderarse de él. Vanidosamente promete al Rey no sólo capturar al perturbador, sino «pasearlo por el país metido en una jaula de hierro». Luis XVIII y sus secuaces hacen ostensiva su despreocupación por París, al menos durante los primeros ocho días; el Moniteur da cuenta del asunto en tono de chanza. Pero pronto aumentan las noticias desagradables. En ninguna parte ha encontrado Napoleón resistencia; cada regimiento que sale contra él engrosa su diminuto ejército en vez de cerrarle el paso, y el mismo mariscal Ney, que le iba a capturar y pasear en una jaula hierro, se pasa con las banderas desplegadas al lado de su antiguo señor. Ya ha entrado Napoleón en Grenoble y en Lyon. Una semana más y queda cumplida su profecía: el águila imperial se posa sobre las torres de Notre Dame.
Se apodera el pánico de la corte. ¿Qué hacer? ¿Que diques oponer a este alud? Demasiado tarde reconocen el Rey y sus aristocráticos y principescos consejeros la enorme falta que habían cometido al divorciarse del pueblo, olvidando erróneamente que entre 1792 Y 1815 hubo en Francia algo así como una Revolución. ¡Hay que procurar, pues, atraerse rápidamente las simpatías! ¡Hay que mostrar de alguna manera al pueblo imbécil que se le ama verdaderamente, que se respetan sus deseos y derechos, hay que apresurarse a gobernar de manera republicana, de manera democrática! Cuando ya es tarde, suelen descubrir siempre los emperadores y los reyes que late en sus pechos un corazón democrático. Pero ¿cómo ganar a los republicanos?
Pues muy sencillo: concediendo a alguno de ellos, a uno de los más radicales, un ministerio, ¡a uno que sea capaz de poner en la bandera de la flor de lis una alegoría roja! Pero ¿donde encontrarlo? Se hace memoria y de pronto se acuerdan de un tal José Fouché, que un par de semanas antes presentaba sus respetos en todas las antecámaras y agobiaba las mesas del Rey y de sus ministros con proposiciones. Sí, este es el único, el que siempre se puede utilizar para todo; ¡a sacarle, pues, cuanto antes del ostracismo! Siempre que se encuentra en situación difícil un Gobierno, bien sea el Directorio, el Consulado, el Imperio o el Reino, siempre que se necesita un mediador, un hombre bueno que restablezca el orden, hay que recurrir al hombre de la bandera roja, al carácter más desleal y al más leal de los diplomáticos, a José Fouché.
Así tiene el Duque de Otranto la satisfacción de que los mismos condes y duques que le despachaban fríamente algunas semanas antes y le daban la espalda, se dirijan a él con urgencia respetuosa y le ofrezcan una cartera de ministro; incluso a la fuerza quieren hacer que la acepte. Pero el antiguo ministro de Policía conoce demasiado bien la verdadera situación política para comprometerse a última hora con los Borbones. Comprende que el período agónico debe haber empezado ya cuando le llaman con tanta urgencia, como médico. Y rehusa cortésmente, con varios pretextos, dejando entrever que ya se podían haber acordado de él un poco antes. Cuando más se acercan las tropas de Napoleón, más se derrite el pundonor en la Corte. Cada vez con mas insistencia se amonesta y se ruega a Fouché para que se haga cargo del Gobierno; hasta el propio hermano de Luis XVIII le invita a una conferencia secreta. Pero esta vez permanece firme Fouché, no por convicción de carácter, sino porque le entusiasman poco los desperdicios que le ofrecen y porque se siente muy a sus anchas en el columpio oscilante entre Luis XVIII y Napoleón. Ya es tarde -de momento-, dice tranquilizador al hermano del Rey, y le aconseja que éste se ponga a salvo, pues la aventura napoleónica no ha de ser de mucha duración; y él, por su parte, hará, entre tanto, todo lo posible por ofrecerse al Emperador. ¡Que tenga confianza en él! Así se gana simpatías y puede, si

quedan los Borbones victoriosos, llamarse su fiel servidor. Y, por otra parte, si vence Napoleón, puede demostrar orgullosamente haber rehusado la proposición de los Borbones. Ha probado ya tantas veces el viejo sistema de cubrir la retirada, ¿por qué no probarlo nuevamente y pasar por fiel servidor de dos amos al mismo tiempo: del Emperador y del Rey?
Pero esta vez ha de ser con más gracia aún. Siempre se convierte, precisamente en el momento del cambio decisivo, la escena trágica en cómica en la vida de José Fouché. Algo han aprendido mientras tanto los Borbones de Napoleón: que no se debe dejar a la espalda a un hombre como Fouché en tiempos peligrosos. La policía recibe tres días antes de la partida del Rey la orden, mientras que Napoleón está ya muy cerca de París, de detener enseguida a Fouché como sospechoso, por negarse a ser ministro del Rey, y conducirle lejos de París.
El ministro de Policía, a quien corresponde llevar a cabo esta orden de detención desagradable, se llama -la Historia se complace verdaderamente en las sorpresas originales-Bourrienne. Es el amigo de infancia de Napoleón, su más íntimo camarada de la escuela de guerra, su compañero de Egipto, su secretario durante muchos años; conoció, pues a todos sus confidentes; conoce, por lo tanto, y a fondo a Fouché. Por eso se asusta un poco cuando el Rey le da la orden de detener al Duque de Otranto. Se permite observar «si se cree la detención verdaderamente conveniente». Y cuando el Rey repite enérgicamente la orden, mueve otra vez la cabeza: no ha de ser cosa fácil. Sabe muy bien que este viejo zorro tiene demasiada experiencia en evitar trampas, para caer en el lazo en pleno día. Para llevar a cabo semejante caza del hombre se necesita más tiempo y medidas llenas de habilidad; pero, de todas maneras, transmite la orden.
Y, efectivamente, el 16 de marzo de 1815, a las once de la mañana, cercan los policías, en pleno boulevard, el coche del Duque de Otranto y le declaran detenido por orden de Bourrienne. Fouché, que nunca pierde su sangre fría, sonríe despectivo: «No se detiene a un antiguo senador en plena calle». Y antes de que se puedan rehacer los agentes que tanto tiempo fueron sus subalternos, grita al cochero que fustigue fuertemente los caballos, y la carroza vuela a su palacio. Estupefactos, se quedan los policías con la boca abierta y tragan el polvo que levanta la carroza en su huída. Bourrienne tenía razón: no es empresa fácil coger al hombre que se le había escapado indemne a Robespierre, a una orden de la Convención y a Napoleón mismo.
Al comunicar los policías engañados a su ministro habérseles escapado Fouché, toma éste medidas mas enérgicas: ahora se trata de su autoridad; no puede consentir que se burlen de él de esta manera. Inmediatamente manda cercar la casa de la rue Cerutti y vigilar el portal, mientras policías bien armados suben por la escalera para aprisionar al fugitivo. Pero Fouché les tiene preparada una segunda broma, una de esas trastadas magníficas y únicas, magistrales, como sólo en las situaciones más difíciles y angustiosas es capaz de llevar a cabo. Precisamente en los momentos de peligro, como hemos visto, es cuando le acucia un deseo insensato de bromear y de burlar a la gente. El astuto farsante recibe, pues, a los agentes que vienen a detenerle con mucha cortesía y examina la orden de detención. «Sí, es valedera... Y naturalmente -dice- no pienso hacer resistencia contra una orden de Su Majestad el Rey. Que tomen asiento los señores aquí en el salón: he de ordenar aún algunas pequeñeces y enseguida los seguiré.» Así lo asegura Fouché cortésmente, y entra en la habitación vecina. Los agentes esperan respetuosamente a que haya terminado su toilette: al fin y al cabo no se puede tratar a un senador, a un antiguo ministro y dignatario de la Corte, como a un cualquiera y apresarle como a un ratero. Esperan respetuosamente..., esperan algún tiempo; hasta que les parece la tardanza sospechosa. Como tarda aún en volver, entran en la otra habitación y descubren -verdadera escena cómica en medio del tumulto

político- que Fouché se les ha escapado. A los cincuenta y seis años se anticipa este hombre a interpretar una verdadera escena cinematográfica: tiende al jardín una escalera, que apoya en la pared, y, mientras le esperan los policías en el salón, gatea con agilidad sorprendente a sus años y desciende al vecino parque de la reina Hortensia, donde se pone en salvo. Por la noche todo París se ríe de la treta tan bien acertada. Claro que mucho tiempo no puede durar una broma semejante: el Duque de Otranto es demasiado conocido en la capital para poderse ocultar indefinidamente. Pero Fouché había demostrado nuevamente que sabía calcular bien y que su situación no duraría más de unas horas. Efectivamente, el Rey y sus secuaces han de procurarse muy pronto de que no los aprisione a ellos mismos la caballería de Napoleón. A toda prisa se hacen las maletas en las Tullerías. Con su grave orden de detención sólo ha logrado Luis XVIII dar a Fouché testimonio público de una lealtad al Emperador que nunca existió; lealtad en la que, por otra parte, no creerá Napoleón. Pero cuando se entera de la jugarreta llevada a cabo con tanta gracia por este artista de la política, no tiene más remedio que reírse y dice con una especie de admiración brusca: Il est décidément plus malin qu'eux tous. «¡Decididamente es más listo que todos ellos juntos!»

CAPÍTULO VIII

LA LUCHA FINAL CONTRA NAPOLEÓN(1815, los Cien Días)

El 19 de marzo de 1815 entran a medianoche -la plaza gigantesca está a oscuras y solitaria- doce coches en el patio del Palacio de las Tullerías. Se abre una puertecita disimulada, de la que sale, antorcha en mano, un lacayo, y detrás de él, arrastrándose penosamente, apoyado por dos nobles adictos, un hombre obeso, jadeante de asma: Luis XVIII. Al contemplar al Rey achacoso que, apenas repatriado, después de un destierro de quince años, tiene que volver a huir, al amparo de la noche, de su país, un profundo sentimiento de compasión se apodera de todos los presentes. La mayoría dobla la rodilla mientras es subido a la carroza ese hombre a quien los achaques quitan dignidad y a quien su destino trágico envuelve en una aureola de piedad. Los caballos se ponen en marcha, los demás coches le siguen; durante algunos minutos suena sobre las duras piedras la cabalgata de la escolta. Luego vuelve a quedar la plaza gigantesca en silencio hasta el amanecer, hasta la mañana del 20 de marzo: el primero de los Cien Días del Emperador fugitivo de la isla de Elba.

La curiosidad se desliza la primera, se acerca voluntariamente, olfatea ante el palacio para averiguar si huyó ya, espantada, la real pieza ante el Emperador; pululan los comerciantes, los holgazanes, los ociosos. Temerosos o contentos, según el carácter y la manera de pensar, se comunican las noticias en voz baja. A las diez acude ya el pueblo en masa. Y como siempre, el hombre cobra valor del contacto con la muchedumbre; se aventuran los primeros gritos: Vive l'Empereur! A bas le Roi!

Pronto se acerca la caballería con los oficiales que estaban a media paga bajo el régimen realista. Vuelven a oler guerra, ocupación, paga entera, legiones de honor y ascensos con el retorno del Emperador guerrero; y con júbilo tumultuoso ocupan, al mando de Exelmans, las Tullerías. (Como tiene lugar el traspaso de mano a mano con tanta tranquilidad, tan sin sangre, sube la renta en la Bolsa algunos puntos.) Al mediodía se iza de nuevo la bandera tricolor en el viejo Palacio Real sin que hubiese sonado un tiro. Y ya se presentan cien cortesanos, los «fieles» de la Corte Imperial, damas de Palacio, criados, trinchantes, mariscales de cocina, viejos consejeros de Estado, maestros de

ceremonia, todos los que no pudieron ganar y servir bajo la flor de lis, toda la nobleza nueva que llevó Napoleón a la vida cortesana de las ruinas de la Revolución. Todos de gala: los generales, los oficiales, las damas... se ven otra vez brillar con el lujo de diamantes, espadones y condecoraciones. Se abren las habitaciones y se prepara el recibimiento del nuevo señor. Rápidamente se hacen desaparecer los emblemas reales y pronto fulge nuevamente en la seda de los sillones, en vez de la lis real, la abeja napoleónica. Todos se afanan por estar a tiempo en su sitio, porque se les vea y se les cuente desde un principio entre los «fieles». Mientras tanto, se va haciendo de noche. Como en los bailes y grandes recepciones, encienden los lacayos engalonados todos los candelabros y velas; hasta el mismo Arco de Triunfo; lucen las ventanas de Palacio, nuevamente Imperial, y atraen inmensas muchedumbres de curiosos a los jardines de las Tullerías.
Por fin, a las nueve de la noche entra a galope un coche flanqueado y protegido a derecha e izquierda, precedido y seguido de jinetes de todos los grados y rangos, que agitan entusiasmados sus sables (¡pronto podrán utilizarlos contra los ejércitos de Europa!). Como una explosión estalla la aclamación de júbilo: Vive l'Empereur!, en la masa compacta, resonando en el cuadro vasto de las ventanas sacudidas. Como una ola única y frenética se abalanza el mar encrespado de la muchedumbre sobre el coche, y los sables de los soldados tienen que defender al Emperador de este alud de entusiasmo peligroso. Luego le levantan ellos mismos y le suben como una presa sagrada, como un dios de la guerra, respetuosamente, por las escaleras del viejo Palacio, entre el huracán de los vítores. Sobre los hombros de sus soldados, los ojos cerrados en un exceso de delicia, con una sonrisa extraña, espectral casi, en los labios... Así vuelve a escalar el trono imperial de Francia el hombre que veinte días antes abandonó fugitivo la isla de Elba. Es el último triunfo de Napoleón Bonaparte. Por última vez siente el placer de una ascensión inverosímil: el salto fantástico desde las tinieblas hasta las más altas cumbres del Poder. Por última vez llega a sus oídos como un zumbido de tempestad el clamor de los vítores. Durante unos minutos aspira, con los ojos cerrados y el corazón anhelante, el elixir embriagador del Poder. Después manda cerrar las puertas de Palacio, ordena a los oficiales que se retiren y hace llamar a los ministros; comienza el trabajo. El hombre de carne ha de defender lo que el Destino puso en sus manos.
Los salones están atestados de gente que espera al recién llegado. Pero la primera impresión ya le ofrece desengaños: los que le han quedado fieles no son los mejores, los más inteligentes, los más importantes. Ve muchos cortesanos y muchos hombres corteses, muchos curiosos y ávidos de empleo...; muchos uniformes y pocas cabezas. Casi todos los grandes mariscales faltan, sin excusa; los verdaderos camaradas de su ascensión han permanecido en sus castillos o se han pasado al partido realista; en el mejor caso, permanecen neutrales; la mayoría son ya sus enemigos. De los ministros está ausente el más inteligente, el más experto: Talleyrand; están ausentes los propios hermanos -reyes nuevos-, las propias hermanas y, sobre todo, la propia mujer y el propio hijo. Ve en la multitud muchos ambiciosos y pocos hombres dignos. Aún vibran en sus oídos los vítores de miles de bocas y siente en la sangre su clamor cuando ya empieza el genio clarividente a sentir el primer escalofrío del peligro en el triunfo. De repente se oye un runrún en las antesalas de sorpresa y alegría en crescendo... Y entre los uniformes y levitas bordadas se abre respetuosamente un paso. Aunque ha tardado algo, un coche se ha parado ante el Palacio -no esta esperando; llega, se ofrece, pero no con insistencia de pequeño cortesano- y de él sale la figura pálida, delgada y de todos bien conocida del Duque de Otranto. Lento, indiferente, los ojos enigmáticos, impenetrables, avanza sin dar las gracias por el paso que se le abre; y precisamente esa tranquilidad suya, tan conocida y natural, despierta entusiasmo. «¡Paso a Fouché! ¡Es el

hombre que necesita el Emperador!» Ya se le considera elegido, designado, exigido por la opinión pública antes de la decisión del Emperador. No viene como solicitante, llega poderoso, grave, majestuoso; y, efectivamente, Napoleón no le hace esperar; llama inmediatamente al más antiguo de sus ministros, al más fiel de sus enemigos. De su entrevista se sabe tan poco como de aquella primera en que Fouché presto su ayuda al general desertado de Egipto, coadyuvando a su elevación al Consulado y aliándose a él en infiel fidelidad. Cuando, al cabo de una hora, sale Fouché del gabinete, es nuevamente ministro de Policía por tercera vez.

Aún están húmedas las prensas del Moníteur, que publica el nombramiento del Duque de Otranto como ministro de Napoleón, y ya se arrepienten secretamente tanto el Emperador como su ministro de haberse vuelto a aliar. Fouché está desengañado; había esperado más. Hace tiempo que no se contenta ya su amor propio exaltado con el cargo inferior de ministro de Policía. Lo que en 1796 suponía salvación y honor para el muerto de hambre, para el proscrito y despreciado exjacobino José Fouché, le parece al multimillonario, al bien amado Duque de Otranto, en 1815, una prebenda miserable. Con el éxito ha ido creciendo su propia estimación: sólo le atraen los grandes papeles de la escena mundial, el emocionante azar de la diplomacia europea, el continente como mesa de juego y el destino de países enteros como puesta. Durante diez años se atravesó en su camino Talleyrand, el único que se le puede equiparar; ahora, cuando este competidor peligroso abandona a Napoleón, reuniendo en Viena las bayonetas de toda Europa contra el Emperador, se cree Fouché el único capacitado para desempeñar el Ministerio del Exterior. Pero Napoleón, desconfiado, y con razón, se niega a poner cartera tan importante en sus manos hábiles, demasiado hábiles y desleales, únicamente el Ministerio de Policía le endosa de mala gana; sabe que a su ambición peligrosa hay que echarle por lo menos una miga de Poder para que no muerda; pero aún en este reducto estrecho le coloca un espía, nombrando al más enconado adversario de Fouché, el Duque de Rovigo, jefe de la gendarmería. Así se renueva desde el primer día de su renovada alianza el viejo juego. Napoleón dispone una policía propia para vigilar a su ministro de Policía. Y Fouché, por su parte, hace política al margen y a espaldas de la política imperial. Los dos se engañan, los dos se miran las caras... De nuevo habrá de decidirse quien mantendrá, a la postre, la primacía: si el más fuerte o el más hábil, el hombre de sangre cálida o el hombre de sangre fría.

De mala gana acepta Fouché el Ministerio, pero lo acepta. Este magnífico y apasionado jugador espiritual tiene un defecto trágico: no puede estar inactivo, no puede permanecer, ni siquiera una hora tan sólo, como espectador del gran juego histórico mundial. Ha de tener siempre los naipes en la mano, jugar, barajar, engañar, embaucar, ser fullero y jugar triunfos. Por fuerza tiene que estar sentado siempre a una mesa..., es indiferente a cual, si a la mesa del Rey, o a la Imperial, o a la de la República; pero tiene que estar presente, avoír la maín dans la Pate, tiene que poner las manos en la masa caliente, no importa en cual; lo importante es ser ministro; de las derechas, de las izquierdas, del Emperador, del Rey, le es indiferente con tal de roer en el hueso del mando. Nunca tendrá la fuerza moral y ética, ni siquiera la finura de nervios o el orgullo de rehusar un mendrugo de Poder. Siempre estará dispuesto a ofrecer sus servicios. El hombre o la causa no significan nada: el juego es todo para él.

Con la misma repugnancia vuelve a tomar Napoleón a su servicio a Fouché. Hace diez años que conoce a este carácter de reptil y sabe que no sirve a nadie en el fondo y que sólo se deja arrastrar por su pasión del juego político. Sabe que este hombre le verá caer con la más glacial indiferencia y le abandonará en el momento más peligroso, exactamente igual que abandonó a los girondinos, a los terroristas, a Robespierre y a los termidoristas; exactamente igual que abandonó y traiciono a Barras -su salvador-, al

Directorio, a la República y al Consulado. Pero le necesita, o cree necesitarle. Así como Napoleón fascina a Fouché con su genio, igualmente, reiteradamente, fascina Fouché a Napoleón con su actitud. Rechazarle sería peligroso; en un momento tan crítico no se atreve Napoleón a tener a Fouché como enemigo. Así se decide por el menor de los males, ocupándole, distrayéndole con puestos y empleos, dejándose servir infielmente. «Sólo los traidores me hicieron saber la verdad», dice mas tarde recordando a Fouché en Santa Elena. Hasta en sus momentos de ira más extremada se transparenta respeto hacia las dotes extraordinarias de este hombre mefistofélico, pues nada soporta el genio con mayor impaciencia que la mediocridad; engañado a sabiendas, al menos se siente Napoleón comprendido por Fouché. Así como un sediento que bebe el agua que sabe esta envenenada, prefiere tomar a su servicio a este hombre inteligente. y desleal, que a los fieles e incapaces.

Diez años de enemistad enconada unen a veces a los hombres con mayor intensidad que una amistad mediocre.

Durante más de diez años ha servido Fouché a Napoleón, en la actitud del ministro ante su señor, como espíritu al servicio del genio; y siempre durante esos diez años como subalterno, como inferior. En 1815, en la lucha final, es Napoleón, en verdad, desde un principio, el más débil. Una vez mas -la última- ha saboreado la embriaguez de la gloria; como en alas de águila le ha traído inesperadamente el Destino desde la isla lejana al trono imperial. Regimientos enviados contra él con superioridad numérica centuplicada, rinden las armas en cuanto ven su casaca... En veinte días logra el desterrado, que llegó con seiscientos hombres, entrar a la cabeza de un ejército en París. Y acariciando sus oídos el trueno del júbilo de millares de voces, duerme nuevamente en el lecho de los reyes de Francia. Pero ¡qué despertar el de los días siguientes! ¡Qué pronto palidece el sueño fantástico en la desnudez de la realidad! Es otra vez el Emperador, pero sólo de nombre; el mundo, que yacía esclavo a sus pies, ya no reconoce a su señor. Escribe cartas y proclamas, hace promesas apasionadas de paz que son recibidas con una sonrisa de indiferencia y a las que ni siquiera se concede el honor de una respuesta. Los mensajeros enviados por el Emperador a los reyes y príncipes son detenidos en las fronteras como contrabandistas y quitados de en medio sin miramientos. Una sola carta llega, dando rodeos, a Viena: Metternich la arroja sin abrir sobre la mesa de conferencias. A su alrededor empieza a notar el vacío; los antiguos amigos y compañeros están dispersos por todas partes: Berthier, Bourrienne, Murat, Eugene Beauharnais, Bernadotte, Augereau, Talleyrand, permanecen en sus fin as o se unen a sus enemigos. En balde quiere engañarse a sí mismo y a los demás; manda decorar fastuosamente los aposentos de la Emperatriz y del Rey de Roma, como si regresaran a su lado mañana mismo; pero en realidad flirtea María Luisa con su Conde de Neipperg, y su hijo juega en Schoenbrunn con soldados austriacos de plomo, bajo la mirada vigilante del Emperador Francisco. Ni el propio país reconoce la bandera tricolor. Sublevaciones en el Sur y en el Oeste: los campesinos están hartos de los eternos reclutamientos y disparan sobre los gendarmes que quieren llevarse sus caballos para los cañones. En las calles se leen carteles satíricos que decretan, por ejemplo, en nombre de Napoleón: «Articulo 1.º Anualmente me han de ser entregadas trescientas mil víctimas. Art. 2.º En ciertas circunstancias aumentará el número a tres millones. Art. 3.º Todas estas víctimas serán enviadas por correo a la gran matanza». No cabe duda, el mundo quiere paz y todos los espíritus razonables están dispuestos a mandar al diablo al indeseado si no garantiza la paz.

¡Trágico destino! Cuando por primera vez quiere tranquilidad el Emperador-soldado, tranquilidad para él y para el mundo, con tal que se le deje el Poder..., el mundo no le cree ya. Los buenos burgueses, llenos de miedo por sus rentas, no comparten el

entusiasmo de los oficiales a media paga y de los profesionales de la guerra a quienes la paz viene a estropear el negocio. Y apenas les da Napoleón -obligado por las circunstancias- el derecho electoral, le juegan la mala partida de elegir precisamente a aquellos a quienes persiguió durante quince años, a los que obligó a permanecer en la oscuridad, a los revolucionarios de 1792: Lafayette y Lanjuinais. Ningún aliado, pocos verdaderos partidarios en la misma Francia: apenas una persona con quien pueda cambiar impresiones en la intimidad. Descorazonado y confuso vaga el Emperador por el Palacio vacío. Una extrema laxitud se apodera de sus nervios y de su energía; tan pronto vocifera, perdido el dominio de sí mismo, como cae insensible en un verdadero letargo. Muchas veces se acuesta en pleno día para dormir: un cansancio interior, no del cuerpo, sino del alma, le derriba horas enteras como golpeado por una maza de plomo. Una vez le encuentra Carnot en sus aposentos con lágrimas en los ojos, contemplando fijamente un retrato del Rey de Roma, su hijo; sus confidentes le oyen lamentarse de que su buena estrella le ha abandonado. El imán interior siente que se ha traspasado el cenit del éxito, por eso tiembla y oscila, inestable, la aguja de su voluntad de polo a polo. De mala gana, sin verdadera esperanza, dispuesto a toda concesión, parte al fin a la guerra el mimado de la victoria. Pero nunca cierne su vuelo Nike sobre una cerviz humillada.
Tal es Napoleón en 1815: señor y Emperador en apariencia, fantasma a merced del destino, revestido con una sombra de Poder. Pero el hombre que tiene a su lado, Fouché, se encuentra en aquellos años en la plenitud de su fuerza. El razonamiento acerado y pujante, oculto en la vaina de la astucia, no se gasta tanto como la pasión en rotación constante, jamás se ha sentido Fouché espiritualmente más hábil, mas intrigante, más flexible, más audaz que durante los cien días transcurridos entre la restauración y el derrumbamiento del Imperio. No hacia Napoleón, sino hacia él, se dirigen las miradas, esperando la salvación. Todos los partidos -fenómeno fantástico- tienen más confianza en el ministro del Emperador que en el Emperador mismo. Luis XVIII, los republicanos, los realistas, Londres, Viena, todos ven en Fouché el único hombre con quien se puede negociar; su prudencia fría y calculadora da más esperanzas a un mundo extenuado y necesitado de paz que el genio de Napoleón, oscilante, inquieto en el mar de la confusión. Y los que niegan el título de Emperador al «General Bonaparte», respetan el crédito personal de Fouché. Las mismas fronteras en las que son apresados sin miramientos los agentes de Estado de la Francia Imperial se abren, como tocadas por llave mágica, a los mensajeros secretos del Duque de Otranto. Wellington, Metternich, Talleyrand, Orleáns, el Zar y el Rey, todos reciben con gusto y con la mayor cortesía a sus emisarios; de pronto, el que había engañado siempre a todos, resulta el único jugador leal en este juego cosmopolita. Basta que mueva un dedo y se cumpla su voluntad. La Vendée se subleva, una lucha sangrienta amenaza al país; basta que Fouché mande un mensaje para que se evite, con una sola entrevista, la guerra civil.
«¿Para qué -dice, calculando sinceramente- derramar aún sangre francesa?
En un par de meses el Emperador o habrá vencido o estará perdido irremisiblemente. ¿Para qué, pues, luchar por algo que probablemente tendréis más tarde sin lucha? ¡Guardad las armas y esperad!» Y en el acto cierran los generales realistas -convencidos por estas explicaciones frías y lógicas- el pacto aconsejado. Todo el extranjero, todo el país se dirige en primer lugar a Fouché; no se toma ninguna resolución en el Parlamento sin él. Impotente tiene que ver Napoleón cómo le paraliza el brazo su criado cuando él quisiera atacar; cómo dirige las elecciones en el país contra él y pone trabas en el camino de su voluntad despótica con un Parlamento de ideas republicanas. En vano quisiera librarse ahora de él: la época autocrática pasó, pasaron los tiempos en que se mandaba al Duque de Otranto, como a un criado molesto, con un par de millones al

retiro; hoy puede arrojar con más facilidad del trono el ministro al Emperador, que el Emperador de su cargo ministerial al Duque de Otranto.
Estas semanas de política obstinada, pero razonable; multiforme, pero clara, pueden situarse entre lo más perfecto de la historia mundial de la diplomacia. Ni un adversario personal, como el idealista Lamartine, puede negar su tributo de admiración al genio maquiavélico de Fouché. «Hay que reconocer -escribe- que demostró una audacia extraordinaria y un valor enérgico en el desempeño de su misión. Se jugaba diariamente la cabeza, que podía caer a la primera reacción de vergüenza o de ira que estallara en el pecho de Napoleón. De todos los supervivientes de la época de la Convención era el único que no se mostraba desgastado ni menguado en su audacia. La audacia de sus maniobras le había colocado en una situación angustiosamente comprometida, cogido, por una parte, entre la tiranía, que resurgía, y la libertad, que intentaba revivir; entre Napoleón, que sacrificaba la patria a sus intereses, y Francia, que no quería dejarse desangrar por un sólo hombre. Y Fouché contenía al Emperador, adulaba a los republicanos, tranquilizaba a Francia, insinuaba corteses ademanes a Europa, sonreía a Luis XVIII, negociaba con las Cortes extranjeras, se entendía por medio de gestos tácticos con el señor de Talleyrand y lograba mantener el equilibrio en todo con su actitud. Era el suyo un papel multiforme, difícil, bajo y sublime al mismo tiempo, pero enorme siempre, y al que la Historia no ha prestado hasta hoy la debida atención. Un papel sin nobleza de alma, pero no sin amor patrio y sin valentía, y que ponía al súbdito a la altura de su Soberano, al ministro sobre su Emperador, haciéndole arbitro entre el Imperio, la Restauración y la Libertad, aunque arbitro por su doble personalidad. La Historia, mientras condena a Fouché, no podrá negarle audacia en su actitud durante el período de los Cien Días, altura política en su táctica con los partidos y grandeza en la intriga. Todo esto lo colocaría al lado de los grandes estadistas del siglo si existieran verdaderos hombres de Estado sin virtud y sin dignidad de carácter.»Con tal clarividencia juzga al hombre de Estado el poeta Lamartine, que fué contemporáneo suyo y sintió las vibraciones de aquel ambiente. La leyenda napoleónica, que comienza cincuenta años más tarde, cuando ya se han podrido los diez millones de muertos, cuando están ya enterrados todos los inválidos y aliviada Europa de las devastaciones, juzga, naturalmente, con mas severidad e injusticia a Fouché. Las leyendas históricas son siempre una especie de hínterland espiritual de la Historia y, como todo hinterland, exigen gratuitamente las virtudes que no tiene que compartir ella misma: sacrificios ilimitados de vidas humanas, consagración absoluta a la locura heroica, a la muerte heroica por causa extraña, a la que ha de tributar una fidelidad absurda. La leyenda napoleónica, con su sistema de contraste violento, solo conoce «Leales» y «Traidores» a su héroe; no distingue entre el primer Napoleón, el Cónsul que devolvió a su país la paz y el orden, por la inteligencia y la energía, y el Napoleón de la locura cesárea, el monomaníaco de la guerra, que empujaba al mundo constantemente, sin miramientos, a aventuras asesinas sólo por su voluntad, por el deleite del Poder, y que dijo a Metternich aquellas palabras dignas de Tamerlán: «A un hombre como yo le tiene sin cuidado la vida de un millón de seres». A todo francés prudente que quiso oponerse con ideas moderadas a esta ambición frenética del genio demoníaco que corría tras su propia perdición, a todo el que no quiso encadenarse a vida o muerte como un perro o un esclavo a su carro de triunfo, a Talleyrand, a Bourrienne, a Murat, a todos los arroja la leyenda a su infierno con furor dantesco. Y sobre todo, Fouché es para ellos el traidor de los traidores, el architraidor, el advocatus diaboli. Según su punto de vista, entró Fouché en 1815 en el ministerio únicamente para estar cerca del Emperador y poder asestarle en el momento oportuno la puñalada, vendido de antemano a Luis XVIII y a Europa. Se pretende que ya el 20 de marzo mandó decir a los monárquicos: «Salven ustedes al Rey,

yo me comprometo a salvar la Monarquía». Igualmente se pretende que el día que recibió la cartera dijo confidencialmente a su Sancho Panza: «¡Mi primera obligación es obstruir todos los proyectos del Emperador; dentro de tres meses seré más fuerte que él, y si hasta ahora no me ha mandado fusilar, tendrá que arrodillarse ante mí». Es demasiado exacta en los datos esta profecía para no haber sido inventada a posteriori. Pero pretender que Fouché entrara en el ministerio de Napoleón pagado de antemano como espía de Luis XVIII es despreciarle miserablemente, y, sobre todo, supone un absoluto desconocimiento de su magnífica complicación psicológica, de lo misterioso y demoníaco de su carácter. No es que Fouché, amoral y maquiavélico perfecto, hubiera sido incapaz, en un momento dado, de esta traición (como de cualquier otra); pero semejante bajeza era demasiado simple, demasiado poco atractiva para su genio de jugador audaz. Engañar burdamente a un hombre, aunque sea un Napoleón, no va bien con su estilo.

Su único placer es engañar a todo el mundo, no dar seguridad a nadie y atraerlos a todos, jugar con todos y contra todos a la vez, no obrar nunca de acuerdo con premeditados proyectos, sino siguiendo el impulso de sus nervios, ser un Proteo, dios de la metamorfosis, no un Franz Moor, un Ricardo III, un intrigante consecuente; sólo el papel brillante, lleno de sorpresas, entusiasma a su naturaleza apasionada de diplomático. Ama las dificultades precisamente por las dificultades mismas, y las aumenta artificialmente a un grado doble, cuádruple; no es el simple traidor: es múltiple, universal, es un traidor nato. Y así pudo decir de él, quien más a fondo le conocía, Napoleón, en Sana Elena, con palabra profunda: «¡Sólo un traidor verdadero, perfecto, he conocido: Fouché!» Traidor acabado, no ocasional; un verdadero genio en la traición, eso era él, pues la traición esta menos en su intención, en su táctica, que en su naturaleza íntima. Se comprenderá quizá mejor su carácter por analogía con los dobles espías, tan conocidos en la guerra, que llevan secretos a potencias extranjeras para poder atisbar, de paso, otros secretos más valiosos, y que con tanto traer y llevar, al cabo no saben ya, en realidad, a que potencia sirven. Pagados por unos y por otros, sin ser fieles a nadie, están entregados en verdad sólo a un juego, al doble juego de traer y llevar, de introducirse en los secretos: un placer, por otra parte, inmaterial casi; una voluptuosidad mortal y diabólica. Sólo cuando la balanza se inclina definitivamente de un lado, se desecha la pasión del juego y se impone la razón para cobrar la ganancia. Cuando la victoria se ha decidido, entonces se decide Fouché... Así lo hizo en la Convención, bajo el Directorio, bajo el Consulado y bajo el Imperio. Mientras dura la lucha, no está con nadie, para estar siempre al final con el vencedor. Si en Waterloo, Grouchy hubiera llegado a tiempo, hubiese sido Fouché (al menos por una temporada) ministro convencido de Napoleón. Como éste pierde la batalla, le abandona. Sin pretender defenderse, ha dicho él mismo, con su cinismo acostumbrado, las palabras definidoras de su actitud durante los Cien Días: «No he sido yo quien ha traicionado a Napoleón, ha sido Waterloo».

Pero es, no obstante, muy comprensible que enfurezca a Napoleón este doble juego de su ministro. Pues ahora le va a la cabeza en el juego. Todas las mañanas entra en su aposento, como hace un decenio, este hombre enjuto, delgado, pálido y sin sangre en la cara, con su levita bordada, y le da cuenta de la situación con palabras pulcras, claras e irreprochables. Nadie abarca mejor los acontecimientos, nadie sabe presentar más claramente la situación de los países; todo lo penetra y todo lo ve.

Así lo comprende Napoleón con la superioridad del genio y, sin embargo, nota, al mismo tiempo, que Fouché no le dice todo lo que sabe. Tiene conocimiento de que el Duque de Otranto recibe mensajeros de las potencias extranjeras; sabe que por la mañana, por la tarde, por la noche, recibe su propio ministro de Gabinete agentes

realistas sospechosos; que a puerta cerrada tiene conferencias con ellos; que sostiene relaciones sobre las que no le da una sola referencia a él, a su Emperador. Pero ¿sucede esto verdaderamente, como Fouché le quiere hacer creer, sólo para obtener informaciones, o se urden allí intrigas secretas? ¡Horrible incertidumbre para un acosado, cercado por cien enemigos! Es en vano que le pregunte con amabilidad, que le amoneste, que le agobie de sospechas graves: los labios delgados permanecen cerrados, inalterables; los ojos, insensibles como el cristal. No se puede penetrar a Fouché, no se le puede arrancar su secreto. Napoleón medita cómo cogerle.
¿Cómo saber, por fin, si el hombre a quien deja mirar todas sus cartas le traiciona o traiciona a sus enemigos? ¿Cómo asir al insensible, como penetrar al impenetrable?
La casualidad parece brindar, por fin, una solución, por lo menos una huella, un vestigio, casi una prueba. En abril descubre la policía secreta -esa policía que sostiene el Emperador expresamente para vigilar a su ministro de Policía- la llegada a París de un supuesto empleado de una casa de banca de Viena, que inmediatamente se dirigió en busca del Duque de Otranto.
Siguen al mensajero, le detienen y -naturalmente, sin que lo sepa el ministro de Policía, Fouché- le trasladan a un pabellón del Eliseo, a presencia de Napoleón. Allí se le amenaza con fusilarlo inmediatamente, y tanto se le amedrenta que, por fin, confiesa haber entregado a Fouché una carta de Metternich, escrita con tinta simpática; carta que anuncia y prepara una conferencia de enviados confidenciales en Basilea. Napoleón centellea de ira: cartas así, con maquinaciones semejantes del ministro enemigo a su propio ministro, son un delito de alta traición. Y es natural que su primer pensamiento sea el de detener inmediatamente al servidor infiel y mandar confiscar sus papeles. Pero sus confidentes le aconsejan no hacerlo; le dicen que aún no se tenía una prueba decisiva y que, sin duda, no se encontraría -dada la cautela característica del Duque de Otranto- en sus papeles ni señal de sus maquinaciones. Así decide, de pronto, el Emperador poner a prueba la lealtad de Fouché. Le manda llamar y le habla con un disimulo no acostumbrado en el -en realidad aprendido de su propio ministro-, sondeando la situación.
«¿No sería posible -insinúa- entrar en relaciones con Austria?» Fouché, sin sospechar que había contado el mensajero toda la historia, no menciona ni con una palabra la carta de Metternich. Indiferente, aparentemente indiferente, le despide el Emperador, plenamente convencido ya de la canallada de su ministro. Mas para tener una prueba completa de convicción pone en escena -en momentos en que su estado de ánimo rebosa amargura- una farsa refinada con todo el quid pro quo de una comedia de Moliere... Por el agente se sabe la contraseña para la entrevista con el confidente de Metternich. Y el Emperador envía un emisario que debe presentarse como confidente de Fouché: el agente austriaco le hará, sin duda, todas las revelaciones, y al fin sabrá el Emperador, además de esto, no solamente si le traiciono Fouché, sino hasta qué punto. En la misma noche parte el mensajero de Napoleón: dos días después estará desenmascarado Fouché, que habrá caído en su propia trampa.
Pero a un águila o a una serpiente, a un animal de sangre fría, no se le puede coger con la mano... por mucho que se apriete.
La comedia que pone en escena el Emperador tiene también, como toda comedia perfecta, una acción refleja, casi un doble fondo. Si Napoleón tiene a espaldas de Fouché a su policía secreta, también tiene Fouché a espaldas de Napoleón sus escribientes sobornados, sus confidentes secretos, y sus espías no trabajan con menos rapidez que los del Emperador. El mismo día en que parte el agente de Napoleón para la mascarada del hotel de los «Tres Reyes», de Basilea, descubre Fouché el pastel: uno de los «confidentes» de Napoleón le ha contado el «argumento» de la comedia. Y el que

debía ser sorprendido, sorprende a su vez a su propio señor, a la mañana siguiente, en el reportaje diario. En medio de la conversación se pasa repentinamente la mano por la frente, con el aire distraído de quien acaba de acordarse de alguna bagatela sin la menor importancia: «¡Ah, sire!
Había olvidado decir que he recibido una carta de Metternich; como uno está ocupado con asuntos más importantes... Además, su mensajero no me entrego los polvos para hacer inteligible la escritura y sospeché un engaño. Así no he podido referirme a ello hasta hoy».
El Emperador no puede dominarse. «Es usted un traidor, Fouché -grita-; debía mandarle al patíbulo.»«No soy de esa opinión, Majestad», contesta impávido el ministro con la mayor sangre fría.
Napoleón tiembla de ira. Otra vez se le ha escurrido el Fra Diavolo con esta confesión indeseada, hecha antes de tiempo. Y el agente, que dos días después le trae el relato de la entrevista de Basilea, tiene poco decisivo que comunicar y mucho desagradable. Poco decisivo, puesto que de la actitud del agente austriaco se deduce que Fouché fue demasiado astuto para ponerse en evidencia, limitándose a poner en práctica, a espaldas de su señor, su maniobra favorita de tener todas las posibilidades en una mano. Pero también trae mucho desagradable el mensajero: las potencias están conformes con todas las formas de Gobierno en Francia, con todas, excepto con el imperio, con Napoleón Bonaparte. Furioso, se muerde los labios el Emperador. Su potencialidad se ha paralizado. Quiso sorprender por la espalda al hombre tenebroso y en este duelo recibió una herida mortal desde la sombra.
La parada de Fouché ha hecho fallar el momento preciso del ataque. Pero Napoleón se da cuenta exacta: «Es evidente que me traiciona- dice a sus confidentes-. Y siento no haberle echado antes de que me comunicara sus relaciones con Metternich.
Ahora ha pasado el momento y falta un pretexto. Divulgaría por todas partes que soy un tirano que todo lo sacrifica a su perspicacia». Con absoluta clarividencia reconoce el Emperador la superioridad de Fouché; pero sigue luchando hasta el último momento, intentando la posibilidad de atraerse a este espíritu todo doblez o sorprenderle, por lo menos, y eliminarle.
Utiliza todos los medios, hace la prueba con confianza, con amabilidad, con benevolencia, con prudencia... Pero su fuerte voluntad rebota impotente en esta piedra labrada en todas sus facetas, en todas igualmente fría y reluciente; a los diamantes se los puede machacar o tirar, pero no penetrarlos. Por fin pierde los nervios, atormentado por la desconfianza. Carnot cuenta la escena en que se descubre dramáticamente la impotencia del Emperador: «Me traiciona usted, Duque de Otranto; tengo pruebas de ello», grita Napoleón una vez en pleno Consejo de Ministros al hombre impávido; y añade, cogiendo un cuchillo de marfil que está sobre la mesa: «Tome aquí este cuchillo y clávemelo en el pecho; eso sería mas leal que lo que usted hace.
Estaría en mis manos mandarle fusilar y todo el mundo aprobaría ese acto. Pero si usted me pregunta por qué no lo hago, yo le diré que porque le desprecio, porque no pesa usted una onza en mi balanza». Puede advertirse que su desconfianza se ha convertido en ira; su sufrimiento, en odio. Nunca le olvidará a este hombre el haberlo provocado de tal manera; y eso lo sabe muy bien Fouché. Pero calcula con claridad mental las escasas posibilidades que le restan al Emperador. «Dentro de cuatro semanas todo habrá terminado con este furibundo», dice profético y despreciativo a un amigo. Por eso no piensa en pactar, ni mucho menos. Uno de los dos ha de abandonar el campo después de la batalla decisiva: Napoleón o él. Sabe que Napoleón ha anunciado que el primer mensajero del campo de batalla victorioso llevara a París la orden de su destitución, quizá la orden de detención...

El reloj del tiempo retrocede veinte años de un golpe: 1793. El hombre más poderoso de su época, Robespierre, anuncia con igual decisión que quince días después había de caer una cabeza: la de Fouché o la suya. Pero el Duque de Otranto tiene ahora la conciencia de su propio valor. Y con aire de superioridad recuerda a uno de sus amigos, que le aconseja que se guarde de la ira de Napoleón, aquella amenaza de antaño del puritano revolucionario. Y añade sonriente: «Pero cayo la suya».
El 18 de junio empiezan a tronar repentinamente los cañones ante el templo de los Inválidos. Los habitantes de París se estremecen entusiasmados. Hace quince años que conocen esta voz de bronce. Se ha logrado una victoria: se ha logrado una batalla... El Moniteur anuncia la derrota completa de Bluecher y de Wellington. Las masas afluyen entusiasmadas a los bulevares con animación dominguera. La tendencia general de opinión, que vacilaba aún pocos días antes, se trueca, de pronto, en simpatía y entusiasmo por el Emperador, únicamente el más fino barómetro, la Renta, baja cuatro puntos, pues cada victoria de Napoleón significa la prolongación de la guerra. Y un sólo hombre quizá tiembla en su interior al oír las detonaciones del bronce: Fouché. Puede costarle la cabeza la victoria del déspota.
Pero trágica ironía: a la misma hora en que disparan sus salvas los cañones franceses en París, destruyen los cañones ingleses en Waterloo las columnas de infantería y de la guardia; y mientras se ilumina la capital, mal informada, huyen los últimos restos del ejército disperso ante las nubes de polvo que levanta el galope de la caballería prusiana. Aún le queda un segundo día de confianza a París despreocupado. El día 20 empiezan a conocerse las noticias funestas.
Pálida, con los labios temblorosos, susurra la gente los rumores inquietantes. En las casas, en las calles, en la Bolsa, en los cuarteles, en todas partes se cuchichea y habla de una catástrofe, a pesar de que los periódicos callan como paralizados. Todos hablan, titubean, gruñen, se quejan y esperan en la capital, súbitamente amedrentada.
Uno solo actúa: Fouché. Apenas recibe (naturalmente, antes que nadie) la noticia de Waterloo, considera ya a Napoleón como a un cadáver gravoso que hay que hacer desaparecer rápidamente. Y en el acto pone su mano en la pala para cavar la fosa. Enseguida escribe al Duque de Wellington para estar de antemano en contacto con el vencedor; al mismo tiempo advierte a los diputados, con una clarividencia psicológica sin igual, que Napoleón intentará, ante todo, mandarlos a casa. «Volverá mas furioso que nunca y pedirá en el acto la dictadura.» ¡Hay que anticiparse, atravesarse en su camino! La misma noche está ya preparado el Parlamento, ganado el Consejo de Ministros contra el Emperador; se le ha quitado a Napoleón la última posibilidad de tomar nuevamente las riendas del mando. Y todo antes de que haya puesto su pie en París. El señor, el hombre del momento no es ya Napoleón Bonaparte, sino, al fin -¡al fin ... !-, José Fouché.
Poco antes del amanecer, envuelto en la capa negra de la noche como en un paño mortuorio, atraviesa una carroza vieja (la suya, con el tesoro del Trono; la espada y los papeles, se los llevo Bluecher como botín) las puertas de París, camino del Eliseo. Quien escribió seis días antes en su orden del día patéticamente: «Para cada francés que tenga valor, ha llegado el momento de vencer o morir», ni ha vencido ni ha muerto; pero en Waterloo y en Ligny han muerto sesenta mil hombres por él.
Ahora vuelve rápidamente, como de Egipto, como de Rusia, para salvar el Poder. Deliberadamente ha mandado retardar la marcha del coche para llegar secretamente, cubierto por la oscuridad. Y en vez de ir directamente a las Tullerías, para entrar con los representantes del pueblo francés en su Palacio imperial, esconde sus nervios abatidos en el Eliseo, mas pequeño y apartado.

Un hombre cansado, maltrecho, se apea del coche, balbuceando palabras incoherentes, perturbadas, buscando, demasiado tarde, explicaciones y excusas para lo inevitable. Un baño caliente le repone; después reúne su Consejo. Inquietos, vacilantes entre la ira y la compasión, respetuosos, sin el sentimiento íntimo del respeto, escuchan las frases perturbadas y febriles del vencido, que fantasea de nuevo sobre cien mil hombres que quiere levantar, acerca de la requisa de los caballos de lujo; y les explica (a ellos, que saben perfectamente que no se pueden sacar cien mil hombres más del país agotado) cómo en quince días puede volver a atacar otra vez a los aliados con doscientos mil hombres. Los ministros, entre ellos Fouché, permanecen con las frentes humilladas. Saben que esas alucinaciones de fiebre sólo son las últimas convulsiones de la gigantesca voluntad de Poder que no quiere morir en este titán. Exige precisamente lo que Fouché previó: la dictadura, la unión de todo poder militar y político en una sola mano, en la suya. Tal vez pide esto sólo para que se lo nieguen los ministros, para endosarles más tarde, ante la Historia, la culpa de haberle arrebatado la última posibilidad de victoria (la época presente ofrece analogías de semejantes transferencias). Pero los ministros se manifiestan con mucha cautela, con el pudor de herir con una palabra a este hombre atormentado y delirante. Sólo Fouché no necesita hablar. Calla, pues es el único que se ha anticipado a actuar, tomando todas las medidas para impedir este último ataque de Napoleón al Poder. Con la curiosidad objetiva del médico que observa fríamente las últimas convulsiones agitadas de un moribundo y calcula de antemano cuándo se detendrá el pulso, cuando se quebrara la resistencia, escucha sin compasión las frases vanas, frenéticas; ni una palabra sale de sus labios delgados, sin sangre. Moribundus: un extraviado, un desposeído... ¡A qué, todavía, sus palabras desesperadas! Sabe que mientras el Emperador se alucina para embriagar a los demás con fantasías forzadas, deciden los diputados a mil pasos de allí, en las Tullerías, con despiadada lógica, de acuerdo con el mando y voluntad, libres por fin, de José Fouché. Él, personalmente -igual que el 9 de Termidor-, no se presenta el 21 de junio en la Asamblea de diputados. Ha colocado -eso le basta- sus baterías en la sombra, ha planeado la batalla, ha escogido el momento y ha elegido el hombre propicio para el ataque: la contrafigura trágica, casi grotesca, de Napoleón: Lafayette. Repatriado hace un cuarto de siglo como héroe de la guerra de la Independencia americana, siendo un aristócrata casi adolescente, y coronado, sin embargo, con la gloria de dos mundos, portaestandarte de la Revolución, paladín de la nueva idea, ídolo de su pueblo, ha conocido Lafayette temprano, demasiado temprano, todos los éxitos del Poder. Y de pronto surge de la nada, del dormitorio de Barras, un pequeño corso, un teniente de casaca raída y tacones torcidos, y se apropia, en dos años, de todo lo que él construyó y empezó, robándole el sitio y la gloria. ¡Eso no se olvida! Despechado permanece en su finca el noble ofendido, mientras el otro, envuelto en la capa imperial bordada, recibe a los príncipes de Europa, que vienen a sus pies, y sustituye con el nuevo y duro despotismo del genio el antiguo despotismo de la nobleza. Ni un rayo de sol de benevolencia llega de este sol naciente a la finca lejana; y cuando el Marqués de Lafayette va una vez a París con su traje sencillo, no le hace caso el parvenu; las levitas bordadas de oro de los generales, los uniformes de los mariscales que surgieron de los campos de sangre, ensombrecen su gloria ya ajada. Lafayette esta olvidado; nadie pronuncia su nombre en veinte años. Le blanquea el cabello; la figura audaz enflaquece y se seca, y nadie le llama ni al Ejército ni al Senado. Ignorado, le dejan plantar rosas y patatas en La Grange. No, eso no lo olvida un hombre de ambición. Y cuando el pueblo, en 1815, acordándose de la Revolución, elige como representante a su antiguo ídolo, y Napoleón se ve obligado a dirigirle la palabra, contesta Lafayette con frialdad hostil...

Es demasiado orgulloso, demasiado honrado, demasiado sincero para ocultar su enemistad.
Pero ahora se adelanta a primer término, empujado por Fouché; y el odio acumulado en él produce casi un efecto de prudencia y de fuerza. Por primera vez se vuelve a oír la voz del antiguo paladín en la tribuna: «Al volver a levantar, al cabo de tantos años, por primera vez, mi voz, que reconocerán los antiguos amigos de la libertad, me siento impulsado a hablaros de los peligros que amenazan la Patria, cuya salvación sólo depende ahora de vuestra fuerza». Por primera vez ha vuelto a ser pronunciada la palabra Libertad, y eso quiere decir en este momento... liberación de Napoleón. La proposición de Lafayette obstruye de antemano cualquier intento de disolver la Cámara, de repetir un golpe de Estado. Con entusiasmo se decide que se declare en sesión permanente la representación del pueblo y que se califique como traidor a la Patria a todo el que se haga culpable del intento de disolverla.
No hay duda de a quién se dirige el duro mensaje; apenas le es transmitido, siente Napoleón el puñetazo en medio de la cara. «Debí echar a esa gente antes de mi partida; ahora ya es tarde», dice iracundo. En realidad, no es demasiado tarde. Aún podría salvar con una abdicación oportuna la corona imperial para su hijo; salvar para sí mismo la libertad; y aún podría, por otra parte, dar personalmente los mil pasos que separan el Eliseo de la Asamblea e imponerse con su sola presencia y su voluntad a aquel rebaño de ovejas titubeantes; pero siempre, reiteradamente, nos muestra la Historia el mismo fenómeno increíble que observamos precisamente en las figuras mas enérgicas y en el momento mas crítico: una extraña indecisión como una parálisis del alma. Wallenstein, antes de la defección; Robespierre, la noche del 9 de Termidor..., sin olvidar a los caudillos de la última guerra, todos muestran una fatal indecisión en el momento en que la misma precipitación hubiera sido un mal menor, una equivocación venial. Napoleón parlamenta, discute ante los ministros, que le escuchan indiferentes; precisamente en la hora que debe decidir su porvenir, habla infructuosamente sobre las faltas del pasado, acusa, fantasea, hace alarde de un énfasis verdadero o teatral, pero carece de valor. Habla, pero no actúa. Y como si fuera posible que la Historia se repitiese dentro del círculo de una misma vida, como si no fuera la analogía la falta ideológica más peligrosa en política, envía, lo mismo que el 18 de Brumario, a su hermano Luciano como tribuno en su lugar para ganar a los diputados. Pero entonces apoyaba a Luciano como abogado elocuente la victoria de su hermano, y tenía por cómplices granaderos de manos duras y generales decididos. Y además, Napoleón olvido fatalmente esto: entre esos quince años yacen diez millones de muertos. Y cuando Luciano sube a la tribuna y acusa al pueblo francés de abandono e ingratitud hacia la causa de su hermano, se desborda súbita en Lafayette la ira acumulada de la nación desengañada contra su verdugo en palabras inolvidables que, como chispas en la pólvora, deshacen de un golpe la última esperanza de Napoleón. «¿Cómo -truena contra Luciano- se atreve a reprocharnos de no haber hecho bastante por su hermano? ¿Ha olvidado que los huesos de nuestros hijos, de nuestros hermanos, dan testimonio en todas partes de nuestra fidelidad? ¡En los desiertos de África, en las riberas del Guadalquivir y del Tajo, en las orillas del Vístula, en los campos de hielo de Moscú, han perecido en diez años más de tres millones de franceses por un sólo hombre! Por un hombre que aún hoy quisiera luchar contra Europa con nuestra sangre. ¡Es suficiente, más que suficiente, por un hombre! Ahora nuestro deber es salvar a la Patria». El aplauso torrencial de todos podría hacer comprender a Napoleón que era ya tiempo de abdicar voluntariamente. Pero nada parece más difícil en la tierra que renunciar al Poder.
Napoleón vacila. Y esta vacilación le cuesta el Imperio a su hijo y a él mismo la libertad.

Pero a Fouché se le acaba la paciencia. Si el que ya le es incómodo no quiere marchar voluntariamente, habrá que echarle...
En todo caso hay que apoyar la palanca bien y pronto, pues logrado esto se derrumba la aureola más colosal. Por la noche trabaja a los diputados a él adictos para que a la mañana siguiente la Cámara exija, puntual e imperiosamente, la abdicación.
Pero ni esto siquiera parece lo bastante claro para quien siente la ola del Poder fluir en su sangre. Aún sigue Napoleón parlamentando de un lado para otro. Al fin, inducido por un gesto de Fouché, pronuncia Lafayette las palabras decisivas: «Si vacila en abdicar, propondré el destronamiento».
Una hora le dan al dueño del mundo para una abdicación honrosa; una hora, al hombre nacido para el Poder, para renunciar definitivamente a él; pero sólo la utiliza, lo mismo que en 1814, ante sus generales en Fontainebleau, con un fin teatral, en vez de utilizarla con un fin político. «¡Cómo! -exclama indignado-. ¿Por la fuerza? Si es así no abdicaré. La Cámara no es más que un pelotón de jacobinos y ambiciosos que debí denunciar a la nación y dispersar. Pero el tiempo que perdí puede recuperarse.» En realidad, lo que quiere es que le rueguen con más insistencia para hacer el sacrificio mayor; y, efectivamente: lo mismo que en 1814 sus generales, le animan ahora respetuosamente sus ministros. Sólo Fouché calla. Llegan noticias tras noticias; la manecilla del reloj sigue corriendo inclemente sobre la esfera. Por fin pone el Emperador su mirada en Fouché: una mirada, según cuentan los testigos presenciales, llena de ironía y al mismo tiempo de odio profundo. «Escriba a los señores -le ordena despectivo- que se mantengan tranquilos, que yo les contestaré.» En el acto escribe Fouché con lápiz un par de líneas en un papel dirigido a sus amigos de la Cámara, diciendo que ya no era necesaria la coz... Napoleón se dirige a un gabinete apartado para dictar a su hermano Luciano la abdicación.
Al cabo de algunos minutos vuelve al gabinete principal. ¿A quién entregar la hoja decisiva? Terrible ironía: precisamente a quien le obligó a escribirla, que espera, inmóvil, como Hermes, el mensajero inexorable. Sin una palabra se la entrega el Emperador. Sin una palabra recibe Fouché el documento tan a duras penas conseguido. Se inclina.
Fué su última reverencia ante Napoleón.
En la sesión de la Cámara ha faltado Fouché, el Duque de Otranto; pero ahora, decidida la victoria, entra lentamente y sube los escalones, en la mano el papel histórico. Le temblaría de orgullo la mano dura y fina de intrigante en estos momentos; por segunda vez vencía al hombre mas fuerte de Francia. Este 22 de junio repite en su recuerdo el 9 de Termidor. Ante un silencio conmovido, frío y sin emoción, un par de palabras de despedida para su antiguo señor: flores de papel sobre una tumba recién cavada. ¡Pero se acabaron los sentimentalismos! No se le ha arrancado el Poder a este titán para dejarlo rodar por el suelo, para presa de la primera mano hábil que se arroje sobre él; no hay que soltar el botín: hay que aprovechar el momento tantos años anhelado. Por eso propone la elección inmediata de un Gobierno provisional, de un Directorio de cinco hombres, seguro de ser elegido. Por una vez más amenaza escapársele de la mano el Poder tanto tiempo deseado; ciertamente, consigue eliminar a su peligroso competidor Lafayette y echar la zancadilla de manera traicionera al hombre que le sirvió de instrumento y le prestó, con su rectitud y su convicción republicana, tan preciosos servicios; pero en la primera elección tiene Carnot 324 votos y Fouché sólo 293. No hay duda, pues, que la Presidencia del nuevo Gobierno provisional corresponde a Carnot. Pero en este instante decisivo, a una pulgada de la meta, hace Fouché la más hábil jugada de tahúr, la más deliciosa e infame de sus piruetas. Según el número de votos, pertenece la Presidencia, naturalmente, a Carnot; con ello Fouché sería en este

Gobierno, como en otros anteriores, la segunda figura, precisamente cuando espera, por fin, ser la primera: el amo omnipotente. Se vale entonces de un ardid perverso: apenas se reúne el Consejo de los Cinco, y cuando Carnot se dispone a tomar asiento en el sillón presidencial, según le corresponde, dice Fouché, como la cosa más natural del mundo, a sus colegas, que «ha llegado el momento de constituirse». «¿Qué entiende usted por constituirse?», pregunta Carnot, asombrado. «Pues elegir nuestro secretario y nuestro presidente», contesta Fouché con la mayor ingenuidad. Y añade con falsa modestia: «Yo le doy, desde luego, mi voto para la Presidencia». Carnot muerde el anzuelo y replica muy fino: «Y yo a usted el mío». Y como dos de los miembros están previamente ganados, en secreto, por Fouché, logra, tres votos contra dos, sentándose, antes de que Carnot pueda darse cuenta de cómo le han birlado el puesto, en el sillón presidencial. Después de burlar a Napoleón y Lafayette, burla también con toda facilidad a Carnot, el más popular en aquel momento, y él, más astuto, le sustituye para regir los destinos de Francia. En el espacio de cinco días, del 13 al 18 de junio, cae el Poder de las manos del Emperador; en el espacio de cinco días, del 17 al 22 de junio, se apodera de él, ¡por fin!, José Fouché. Ya no será criado, sino señor; será por primera vez dueño absoluto de Francia; será libre, divinamente libre, para el juego amado y turbador de la política y de la Historia.
Su primera medida tiende a alejar la persona del Emperador. Aunque solo sea la sombra de Napoleón, agobia a Fouché. Así como no se sentía tranquilo Napoleón como soberano mientras permaneciera en París el hombre inasible, tampoco respira Fouché con holgura mientras no le separen dos mil leguas del paleto gris del Emperador. Evita hablar personalmente con él, pues a nada conducen sentimentalismos. Sólo le envía mensajes tenuemente envueltos todavía en el papel rosa de la benevolencia. Pero hasta esa pálida y cortés envoltura la desgarra pronto para mostrar sin compasión al vencido su impotencia.
Una proclama patética de despedida que dirige Napoleón al ejército la arroja al cesto de los papeles con la mayor naturalidad.
En vano busca, a la mañana siguiente, Napoleón, estupefacto, sus palabras imperiales en el Momíteur. Fouché ha prohibido su aparición. ¡Fouché prohibiendo al Emperador! Se resiste a creer en la inaudita osadía con que le trata su antiguo servidor. Pero obstinadamente, de hora en hora, siente la presión de esta dura mano con tal fuerza que, por fin, se traslada a It Malmaison.
Pero allí se planta y no cede. No quiere alejarse más, aunque ya se acercan los dragones del ejército de Bluecher, y Fouché le amonesta, cada vez con mayor insistencia, para que se avenga a razones y ponga tierra por medio. Pero cuanto más se siente caer, mas convulsivamente se agarra Napoleón al Poder. En el último instante, cuando ya espera en el jardín el coche de viaje, tiene todavía un gran gesto: ofrece ponerse, como simple general, a la cabeza de las tropas, para vencer una vez más o morir.
Pero el sobrio Fouché no toma en serio tales ofrecimientos románticos: «¿Se burla ese hombre de nosotros? -exclama irritado-.
Su presencia a la cabeza del ejército sería una nueva provocación a Europa; y el carácter de Napoleón no nos permite esperar que permanezca indiferente al Poder».
Ahora ya es libre Fouché: ha llegado a la meta. Después de haber eliminado a Napoleón, se encuentra, a los cincuenta y seis años, solo, sin que nadie ponga vallas a su voluntad, en la cumbre del Poder. Infinito rodeo por el laberinto de un cuarto de siglo: de pequeño y pálido hijo de mercader y triste y tonsurado profesor de seminario. Luego en pugna hacia arriba: tribuno del pueblo y procónsul, Duque de Otranto al servicio de un Emperador, y, al fin, arbitro y señor de Francia. La intriga ha triunfado sobre la idea, la habilidad sobre el genio. Una generación de inmortales se derrumbó en

torno suyo: Mirabeau, muerto; Marat, asesinado; Robespierre, Desmoulins, Danton, guillotinados; su compañero del consulado, Collot, desterrado a los penales infectos de Guayana; Lafayette, eliminado; todos, todos sus camaradas de la Revolución desaparecieron. Mientras él decide ahora en Francia, elegido libremente por la confianza de la Cámara, huye Napoleón, el señor del mundo, en pobre disfraz, con pasaporte falso, como secretario de un pequeño general, hacia la costa; Murat y Ney sólo esperan el momento de ser fusilados, y los reyezuelos familiares por la gracia de Napoleón vagan sin reino, con los bolsillos vacíos, escondiéndose.
Toda la gloriosa generación de este momento único de la Historia se hunde implacablemente, mientras sólo él asciende con su paciencia tenaz, con su actividad de zapa en la sombra. Como cera se amoldan ahora el Ministerio, el Senado y la Asamblea a su mano maestra; los generales, otras veces tan altaneros, tiemblan por sus pensiones, y, humildes como corderos, se subordinan al nuevo Presidente; la burguesía y el pueblo de todo un país esperan sus decisiones. Le envía mensajeros Luis XVIII; Talleyrand, saludos; Weilington, el vencedor de Waterloo, comunicados confidenciales... Por primera vez pasan los hilos del destino histórico libre y deliciosamente por su mano. Inmensa misión le espera: defender un país devastado y vencido, contra los enemigos que se acercan, evitar una resistencia patética e inútil, conseguir condiciones ventajosas, buscar la mejor forma de Estado y el jefe más adecuado y hacer surgir del caos una nueva forma y un orden estable. Esto requiere maestría, extrema flexibilidad de espíritu. Y, efectivamente, en el momento en que todos parecen perturbarse y pierden la cabeza, evidencian las disposiciones de Fouché la mayor energía, sus planes múltiples una seguridad asombrosa. Es amigo de todos, para engañarlos a todos y hacer tan sólo lo que le parece útil y conveniente. Simula apoyar ante el Parlamento al hijo de Napoleón; ante Carnot, defender la República; ante los aliados, al Duque de Orleáns, pero en realidad ofrece secretamente el timón al antiguo rey Luis XVIII. Imperceptiblemente, con virajes silenciosos y hábiles, sin que se enteren ni sus camaradas más próximos del verdadero rumbo, navega por un pantano de sobornos hacia los realistas y negocia con los Borbones el traspaso del Gobierno, a él confiado, mientras hace de bonapartista y republicano en el Consejo de Ministros y en la Cámara. Vista psicológicamente, es su solución la única acertada. Sólo una rápida capitulación hacia el Rey podía asegurar al país, desangrado y devastado, inundado de tropas extranjeras, la tranquilidad necesaria y un tránsito sin asperezas. Solo Fouché comprende, con su sentido de la realidad, esta necesidad evidente, y la cumple ante la resistencia del Consejo, del pueblo, del ejército, de la Cámara y del Senado: por propia voluntad y por propia fuerza.
Le sobran inteligencia y habilidad a Fouché en estos días para todo... menos para una cosa (¡ésta es su tragedia!), para la suprema, para la más alta, para la más pura: para olvidarse de sí mismo y de su propia ventaja y entregarse a la causa. Carece en última instancia de esa voluntad de renunciamiento necesaria, tras la hazaña magistral, que le hubiera llevado, a los cincuenta y seis años de edad, a la cumbre del éxito, multimillonario, estimado y respetado por sus contemporáneos y por la Historia. Pero quien se consumió veinte años para llegar al Poder, quien vivió veinte años de él sin poderse saciar, es ya incapaz de renunciar. Lo mismo que Napoleón, no acierta a renunciar Fouché ni un minuto antes de recibir el rudo empujón. Y como no tiene ya un amo a quien traicionar, no le queda otro recurso que traicionarse a sí mismo, a su propio pasado. Devolver a su antiguo Soberano la Francia vencida hubiera sido, en ese momento, una verdadera hazaña política, acertada y audaz. Pero hacerse pagar esta acción con la propina de un puesto de ministro del Rey fue una vileza y fue algo peor que un crimen: fue una estupidez. Y esta estupidez la comete arrastrado por la vanidad rabiosa que impulsa a avoir la main dans le páte, «tener las manos en la masa» un par de

horas históricas más. Ésta fue su primera estupidez, la mayor, la irreparable, la que le rebaja para siempre ante la Historia. Sube mil peldaños con habilidad, paciente y flexible, y un sólo traspié innecesario y torpe le hace caer estúpidamente al abismo.
Sabemos cómo se verifica la venta a Luis XVIII del Gobierno por el precio de un puesto de ministro porque poseemos, por fortuna, un documento característico, uno de los pocos que reproduce, palabra por palabra, una entrevista diplomática de Fouché, otras veces tan cauto. Durante los Cien Días reunió un partidario decidido del Rey, el Barón de Vitrolles, un ejército en Tolosa y atacó a Napoleón a su regreso. Hecho prisionero y llevado a París, quería el Emperador hacerle fusilar en el acto; pero Fouché intercedió aconsejando clemencia, como hacía siempre, particularmente con enemigos que podían ser útiles en ciertos casos. Se redujeron a encerrar en prisiones militares al Barón de Vitrolles hasta que el Consejo de Guerra pronunciara el fallo. Pero apenas se entera, el 23 de junio, la mujer del amenazado de que Fouché es dueño de Francia, se apresura a visitarle para pedir la libertad de Vitrolles, lo que Fouché concede enseguida, pues tiene el mayor interés en granjearse la simpatía de los Borbones. Y al día siguiente se presenta el Barón de Vitrolles, el jefe realista libertado, al Duque de Otranto para darle las gracias.
Entonces es cuando tiene lugar el siguiente dialogo político-amistoso entre el caudillo elegido por los republicanos y el archirrealista juramentado. Fouché le dice:
«-Bueno, y ahora ¿qué piensa usted hacer?
»-Tengo la intención de trasladarme a Gante; la silla de posta espera a la puerta.
»-Es lo más acertado que puede usted hacer, pues aquí no esta usted seguro.
»-¿No tiene usted nada para el Rey?
»-¡Ah, por Dios, nada! Absolutamente nada. Diga usted únicamente a Su Majestad que cuente con mi devoción y que, desgraciadamente, no depende de mí que pueda volver pronto a las Tullerías.
»-Pues yo creo que sí, que depende exclusivamente de usted que esto suceda pronto.
»-Menos de lo que usted supone. Las dificultades son grandes. Aunque la Cámara ha simplificado la situación, usted ya sabe -y aquí sonríe Fouché- que ha proclamado a Napoleón II.
»-¡Cómo! ¿Napoleón II?
»-Naturalmente, así había que empezar.
»-Pero supongo que esto no hay que tomarlo en serio.
»-Dice usted bien. Mientras más lo pienso más me convenzo de que este nombramiento es completamente absurdo. Pero no puede usted imaginarse cuantos partidarios tiene aún este hombre. Algunos de mis colegas, sobre todo Carnot, están convencidos de que todo se salvaría con Napoleón II.
»-Y ¿cuanto tiempo ha de durar esta broma?
»-Probablemente el tiempo que tardemos en librarnos de Napoleón I.
»-Y luego, ¿qué sucederá luego?
»-¿Cómo saberlo? En momentos como éste es difícil prever los acontecimientos con un día de anticipación.
»-Pero si el señor Carnot, su colega, profesa tanta lealtad a Napoleón, quizá le será difícil a usted evitar esa combinación.
»-¡Bah, usted no conoce a Carnot! Para quitarle esa idea de la cabeza basta proclamar el Gobierno del «pueblo francés».
«¡Pueblo francés!»; cuando él oye esto, figúrese usted...
»Y los dos se ríen: el Duque de Otranto, elegido por los republicanos, que se burla de su colega, y el agente realista empiezan a entenderse.

»-Así esta bien, así se arreglará -dice el Barón de Vítrolles reanudando el diálogo-; pero espero que después de Napoleón II y del «pueblo francés» pensará usted, por fin, en los Borbones.
»-Naturalmente -contesta Fouché-, entonces le habrá llegado el momento al Duque de Orleáns.
»-¡Cómo! ¿Al Duque de Orleáns? -exclama el Barón de Vitrolles, sorprendido-. ¿Al Duque de Orleans? ¿Pero cree usted que el Rey aceptará jamás una corona tan traída y llevada?
»Fouché calla y sonríe.»Pero el Barón de Vitrolles ha comprendido. Con este diálogo astuto, irónico, displicente en apariencia, le ha descubierto Fouché sus intenciones. Le ha dejado ver claramente que si él quiere existen dificultades... Que se podría proclamar, en vez del rey Luis XVIII, a Napoleón II, o el Gobierno del pueblo francés, o el Duque de Orleáns... Pero que él, Fouché, no tiene personalmente especial interés en ninguna de estas soluciones y que está dispuesto a excluir las tres a favor de Luis XVIII, si...
Este «si» condicional no lo ha pronunciado Fouché; pero el Barón de Vitrolles lo ha adivinado quizás en una sonrisa, en una mirada, en un gesto tal vez, y, repentinamente, decide suspender su viaje y quedarse en París cerca de Fouché. Claro que con la condición de poder corresponder libremente con el Rey. Pone sus condiciones: por de pronto, veinticinco pasaportes para que sus agentes puedan ir al Cuartel general del Rey a Gante. «Cincuenta, cien, todos los que usted quiera», contesta de buen humor el ministro de Policía republicano al representante de los enemigos de la República. «Es además mi deseo poder conferenciar con usted una vez al día.» El Duque contesta alegremente: «¡Una vez es poco! Dos veces: una vez por la mañana y otra vez por la noche». Ya puede quedarse tranquilamente el Barón de Vitrolles en París, mantener negociaciones con el Rey, protegido por el Duque de Otranto, y hacerle saber que las puertas de París están abiertas para él si... si Luis XVIII está dispuesto a nombrar ministro del nuevo Gobierno al Duque de Otranto.
Cuando le proponen a Luis XVIII dejarse abrir cómodamente las puertas de París por Fouché, a cambio de la propina de un puesto de ministro, se enfurece el Borbón, tan flemático de ordinario. «¡Jamás!», grita a los primeros que le proponen incluir en la lista este nombre odiado. Y ¿no es, efectivamente, una pretensión absurda introducir en la propia casa a un regicida, a uno de los que firmaron la sentencia de muerte de su hermano, a un sacerdote tránsfuga, un feroz ateo, un servidor de Napoleón? «¡Jamás!» grita indignado. Pero ya sabemos por la Historia que ese «jamás» de los reyes, de los políticos y de los generales suele casi siempre ser el preludio de una capitulación. ¿No vale París una misa? ¿No han hecho, desde Enrique IV, los reyes, sus antepasados, parecidos sacrifici dell' intelletto, semejantes sacrificios del espíritu y la conciencia por la Soberanía?
Asediado por todas partes, por los cortesanos, por los generales, por Wellington y por el mismo Talleyrand, empieza Luis XVIII a ceder poco a poco. Todos le aseguran que sólo un hombre le puede abrir las puertas de París sin resistencia: Fouché.
Sólo él, que es el hombre de todos los partidos y de todas las ideas, servidor insuperable y eterno, el hombre que tiene el estribo a todos los pretendientes de la corona, evitaría el derramamiento de sangre. Y además, el viejo jacobino hacía tiempo que se había convertido en un buen conservador, estaba arrepentido y había traicionado perfectamente a Napoleón. El Rey, por fin, se confiesa para descargar su conciencia. «¡Pobre hermano, si pudieras verme!», dicen que exclamó. Y declaró estar dispuesto a recibir secretamente a Fouché en Neuilly. Secretamente, pues en París no debe sospechar nadie que un caudillo elegido por el pueblo vende por un puesto de ministro a

su país, y que un pretendiente a la corona vende su honor por un aro de oro... En la oscuridad, secretamente, se lleva a cabo (el exobispo como único testigo) este negocio, el más desvergonzado de la Historia del siglo pasado, entre el antiguo jacobino y el futuro Rey.
Allí, en Neuilly, tiene lugar aquella escena lúgubre y fantástica, al mismo tiempo digna de Shakespeare y de Aretino: el rey Luis XVIII, el descendiente de San Luis, recibe al cómplice del asesinato de su hermano, al siete veces perjuro Fouché, al ministro de la Convención, del Emperador y de la República, para tomarle juramento, el octavo juramento de fidelidad... Y Talleyrand, que fué obispo, luego republicano, luego servidor del Emperador, introduce a su compañero cerca del Rey. El cojo pone su brazo sobre el hombro de Fouché, para poder andar mejor -«el vicio apoyado en la traición», según observa irónicamente Chateaubríand-, y así se acercan fraternalmente al heredero de San Luis los dos ateos y oportunistas. ¡Primero, una profunda inclinación! Luego cumple Talleyrand con el deber espinoso de proponer al Rey como ministro al asesino de su hermano. Más pálido que de costumbre esta el hombre enjuto cuando dobla la rodilla ante el «tirano», ante el «déspota», para prestar juramento, y cuando besa la mano, por la que corre la misma sangre que ayudo a verter, y cuando jura en nombre del mismo Dios cuyas iglesias saqueó y profanó con sus hordas en Lyon. Sin duda, un acto un poco fuerte hasta para un Fouché.
Por eso está aún muy pálido el Duque de Otranto cuando sale del gabinete del Rey. Ahora es más bien el cojo Talleyrand quien tiene que sostenerle a él. No habla ni una palabra. Ni siquiera las observaciones irónicas del depravado obispo cínico, que en sus tiempos decía misa como si jugara a las cartas, le pueden sacar de su mutismo y de su turbación. Por la noche regresa a París, con el decreto ministerial firmado en el bolsillo, para reunirse en las Tullerías con sus colegas, que no sospechan nada, a los que echará mañana y proscribirá pasado mañana. Hay que suponer que no se encontraría muy holgado entre ellos. Una vez había, por fin, logrado ser el más desleal de los servidores. Pero -¡maravillosa réplica del destino!- nunca pueden soportar la libertad las almas subalternas. Instintivamente huyen de ella siempre para refugiarse en una nueva esclavitud. Y así vuelve a humillarse Fouché, ayer aún fuerte y dominante, ante un nuevo señor, otra vez encadenadas sus manos libres en la galera del Poder. Pero pronto llegará también la señal de la galera, el estigma.
Al día siguiente entran las tropas de los aliados. Según el acuerdo secreto, ocupan las Tullerías y cierran sencillamente las puertas a los diputados. Esto da a Fouché, sorprendido en apariencia, un motivo propicio para proponer a sus colegas dimitir como protesta contra las bayonetas. Éstos, engañados, caen en la trampa del gesto patético. Así queda, como se había acordado, inusitadamente disponible el sillón del trono, pues durante un día no hay Gobierno en París. Y Luis XVIII sólo tendrá que acercarse a las puertas de la capital ante las manifestaciones de júbilo preparadas con dinero por su nuevo ministro de Policía y será recibido con entusiasmo, como salvador. ¡Francia es otra vez Reino!
Sólo entonces se dan cuenta los colegas de Fouché de la manera tan refinada como han sido burlados. Se enteran también por el Moniteur a que precio los ha vendido Fouché. Entonces se le sube la ira a la cabeza a Carnot, al hombre decente, leal, intachable, aunque tal vez un poco torpe. «¿Adónde he de ir ahora, traidor?», le grita a la cara, con desprecio, al nuevo ministro realista de Policía.
Pero con el mismo desprecio le contesta Fouché: «A donde quieras, majadero».
Y con este diálogo característico y lacónico de los dos antiguos jacobinos, los últimos del 9 del Termidor, termina el drama más asombroso de la época moderna: la

Revolución y la fantasmagoría rutilante del paso de Napoleón por la Historia. Se ha extinguido la época de la heroica aventura, comienza la época de la burguesía.

CAPÍTULO IX

CAÍDA Y MUERTE(1815-1820)

El 28 de julio de 1815 -han pasado los Cien Días del intermezzo napoleónico- vuelve a entrar Luis XVIII en su capital de París, con una carroza magnífica tirada por caballos blancos. El recibimiento es grandioso: Fouché ha trabajado bien. Masas jubilosas rodean el coche, en las casas ondean banderas blancas, y donde no las había se han amarrado en palos, a manera de astas, toallas y manteles y se han sacado por las ventanas. Por la noche brilla toda la ciudad alumbrada por miles de luces, y en el éxtasis de alegría se baila hasta con los oficiales de las tropas inglesas y prusianas. No se oye un sólo grito hostil. La gendarmería, colocada por precaución en todas partes, resulta innecesaria. El nuevo ministro de Policía del cristianísimo Rey, José Fouché, lo ha arreglado todo a las mil maravillas para su nuevo Soberano. En las Tullerías, en el mismo Palacio donde un mes atrás se mostraba respetuoso ante su Emperador Napoleón como el más fiel vasallo, espera el Duque de Otranto al rey Luis XVIII, hermano del «tirano» a quien veintidós años antes condenó a muerte aquí en esta misma casa. Ahora se inclina profundamente, con gran respeto, ante el vástago de San Luis y en sus cartas firma «con reverencia, de Vuestra Majestad el más fiel y sumiso vasallo» (lo que puede leerse, textualmente, bajo una docena de comunicados, escritos de su puño y letra).
De todos los asaltos insensatos de este carácter funambulesco sobre el alambre de la política ha sido éste el mas temerario, pero será también el último. Claro que por el momento parece marchar todo magníficamente. Mientras que el Rey se siente inseguro en el trono, no desdeña el agarrarse al señor Fouché. Y Además, todavía necesita a este Fígaro, que sabe hacer también de malabarista para las elecciones, pues la Corte desea una mayoría segura en el Parlamento, y para esto es único el republicano «probado», el hombre del pueblo, como organizador insuperable. Y también hay que arreglar aún algunos asuntos desagradables y sangrientos, y ¿por qué no utilizar este guante usado? Después se le puede tirar, para que no manche las manos reales.
Un asunto tan sucio hay que resolverlo cuanto antes, en los primeros días. El Rey prometió solemnemente conceder una amnistía y no perseguir a los que hubieran servido durante los Cien Días al usurpador. Pero Post festum cambia el viento. Rara vez se creen obligados los reyes a cumplir lo que prometieron como pretendientes de una Corona. Los realistas, rencorosos con la soberbia de su propia fidelidad, exigen, ahora que el Rey está seguro en el trono, que sean castigados todos los que abandonaron durante los Cien Días la flor de lis. Asediado, pues, duramente por los realistas -que son siempre más realistas que el Rey-, cede por fin Luis XVIII. Y al ministro de Policía le toca llevar a cabo la labor desagradable de componer la lista de proscripción.
Al Duque de Otranto no le place este cargo. ¿Será necesario, verdaderamente, imponer castigos por semejante bagatela, por haber hecho lo más razonable, por pasarse al mas fuerte, al vencedor? Además no olvida el ministro de Policía del cristianísimo Rey que, como primer nombre en la lista de proscripción, debería figurar con derecho y en justicia el Duque de Otranto, ministro de policía bajo Napoleón..., su propio nombre. ¡Situación violenta la suya! Por primera Providencia trata Fouché de librarse con un ardid del encargo antipático. En vez de una lista que, según se deseaba, contuviera los nombres de treinta o cuarenta de los principales culpables, presenta, ante el asombro de

todos, varias hojas de a folio con trescientos o cuatrocientos -algunos aseguran que mil- nombres, y pide que se castigue a todos o a ninguno. Espera que el Rey no tendrá tanto valor, y con ello se habría terminado la cuestión enojosa; pero, desgraciadamente, preside el Ministerio un zorro de su mismo calibre: Talleyrand. Éste se da cuenta enseguida de que a su amigo Fouché le es amarga la píldora; razón suficiente para exigir que se la trague. Sin compasión, manda borrar nombres de la lista hasta que no quedan más que cuatro docenas, y endosa a Fouché el encargo de firmar con su nombre estas sentencias de muerte y destierro.

Lo mas prudente, por parte de Fouché, en este momento, hubiera sido tomar el sombrero y cerrar la puerta de Palacio desde afuera. Pero ya hemos aludido varias veces a su flaqueza; su vanidad conoce todas las habilidades, menos la de renunciar a tiempo. Fouché prefiere sobrellevar la envidia, el odio y la ira antes que abandonar voluntariamente un sillón ministerial. Así aparece, ante la indignación general, una lista de proscripción, que contiene los nombres más famosos e ilustres de Francia, refrendada con la firma del antiguo jacobino. Figuran en ella Carnot, I'organisateur de la victoire, el creador de la República; el mariscal Ney, vencedor de innumerables batallas; el salvador de los restos del ejército de Rusia, todos sus compañeros del Gobierno provisional, los últimos de sus camaradas de la Convención, sus camaradas de la Revolución. Todos sus nombres se encuentran en esta lista terrible, que amenaza con muerte o destierro, todos los nombres que dieron gloria a Francia con sus hazañas en los últimos decenios. Un solo nombre falta en ella: el de José Fouché, Duque de Otranto.

O mejor dicho: no falta. También el nombre del Duque de Otranto figura en esta lista. Pero no en el texto, como uno de los acusados y proscritos ministros napoleónicos, sino como el ministro del Rey que envía a todos sus compañeros a la muerte o al destierro: como el del verdugo.

Por haberse rebajado tanto ante su conciencia, ante sí mismo, no puede negarle el Rey cierta gratitud al antiguo jacobino. A José Fouché, Duque de Otranto, se le otorga un honor, el último y más alto. Viudo desde hace cinco años, ha decidido volverse a casar; y el hombre que antaño perseguía con tanto encono la «sangre de los aristócratas», piensa unirse en matrimonio con persona de sangre azul; piensa casarse con una Condesa de Castellane, una rancia aristócrata; es decir, miembro «de aquella banda criminal que ha de caer bajo la espada de la justicia», según la expresión de uno de sus manifiestos revolucionarios de Nevers. Pero desde entonces ha pasado por lindas pruebas; ha cambiado a fondo sus ideas el antiguo jacobino, el sanguinario José Fouché. Si ahora, el día 1 de agosto de 1815, penetra en la iglesia, no lo hace, como en 1793, para destrozar con el martillo «los emblemas vergonzosos del fanatismo», los crucifijos y los altares, sino para recibir devotamente, junto a su novia aristócrata, las bendiciones de un hombre tocado con aquella mitra, que, como se recordará, encasquetó sobre las orejas de un burro. Según antigua costumbre noble -un Duque de Otranto sabe lo que le corresponde cuando se casa con una Condesa de Castellane-, firman también el contrato de desposorios las primeras familias de la Corte y de la nobleza. Y como primer testigo firma manu propria Luis XVIII este documento, seguramente único en la Historia, como testigo más digno... y más indigno del asesino de su hermano.

Esto es mucho ya, es algo inaudito. Es demasiado. Pues precisamente esta osadía inconcebible del regicida, de invitar como testigo al hermano del Rey guillotinado, provoca en los círculos de la aristocracia enorme indignación. Ese miserable tránsfuga, ese realista de antes de ayer -murmuran- se conduce como si verdaderamente perteneciera a la Corte y a la nobleza.

¿Para qué se necesita ya a ese hombre, le Plus dégoútant reste de la Révolution, último detritus de la Revolución que mancha con su presencia repugnante el Ministerio? Claro

que ha ayudado al regreso del Rey a París y ha prestado su mano sobornable para firmar la proscripción de los mejores hombres de Francia. Pero ahora, ¡fuera con él! Los mismos aristócratas que mientras el Rey esperaba impaciente a las Puertas de París le asediaban para que nombrara ministro al Duque de Otranto, con fin de entrar en la capital sin verter sangre, estos mismos señores no saben, de pronto, nada de semejante Duque de Otranto; se acuerdan sólo tenazmente de un cierto José Fouché que hizo matar en Lyon a cañonazos a cientos de nobles y sacerdotes y que pidió la muerte de Luis XVI. Un día nota el Duque de Otranto, cuando atraviesa la antecámara del Rey, que muchos nobles ya no le saludan, o que le muestran la espalda con desprecio provocativo. Súbitamente aparecen libelos contra el mitrailleur de Lyon que pasan de mano en mano; y una nueva Sociedad patriótica, los Francs régénérés (abuelos de los camelots du roi) organizan reuniones y piden con toda claridad que se limpie por fin a la flor de lis de esta mancha deshonrosa.
Pero tan fácilmente no se rinde Fouché cuando se trata del Poder; a él se agarra con todas sus fuerzas. En la información secreta de un espía que tenía encargo de vigilarle en aquellos días, puede verse cómo trata de sujetarse por todos lados. Al fin y al cabo aún están en el país los soberanos enemigos; ellos le pueden defender contra el celo excesivo de los realistas servidores del Rey. Visita al Emperador de Rusia; se entrevista diariamente durante horas enteras con Wellington y con el embajador inglés; hace estallar todas las minas diplomáticas, intentando, de un lado, ganar al pueblo con quejas contra las tropas extranjeras, y al mismo tiempo atemorizar al Rey con relatos exagerados. Hace que el vencedor de Waterloo se presente como intercesor del rey Luis XVIII; moviliza a los financieros; busca la mediación de mujeres y recurre a sus últimos amigos. No, no quiere ceder; demasiado cara pagó su conciencia la categoría que alcanzó, para no defenderla como un desesperado. Y efectivamente, durante algunas semanas logra sostenerse a flote en las aguas políticas, pugnando como un nadador hábil, tan pronto de costado como de espaldas. Durante todo este tiempo muestra, según relata el espía mencionado, una seguridad grande que sin duda tendría, pues durante veinticinco años se le vió siempre recobrarse fácilmente de todos los golpes. Y si venció a un Napoleón y a un Robespierre, ¿a que preocuparse por un par de simples aristócratas? Tan acostumbrado a despreciar a los hombres, está curado de espantos y no le asustan ya. ¿Cómo le asustarían a él, que batió a los mas grandes de la Historia, y les sobrevivió?
Pero una cosa no ha aprendido este viejo condottiere, este refinado psicólogo; una cosa que nadie podrá aprender: luchar con espectros. Ha olvidado que por la Corte vaga un fantasma del pasado, como una Erinia vindicadora: la Duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI y María Antonieta, única de la familia que pudo escapar a la gran matanza. El rey Luis XVIII puede perdonar quizás a Fouché; al fin y al cabo tiene que agradecer a este jacobino su trono; y una herencia así suaviza a veces, aún en las más altas esferas (la Historia dará testimonio de ello), el dolor fraternal. Para él es también mas fácil de perdonar, pues no ha presenciado en persona aquella época de horror. La Duquesa de Angulema, en cambio, la hija de Luis XVI y María Antonieta, tiene en la sangre las visiones más espantosas de su niñez. Tiene reminiscencias inolvidables, sentimientos de odio que no se dejan apaciguar por nada. Ha sufrido demasiado en su propia carne, en su propia alma, para poder perdonar a uno de aquellos jacobinos, de aquellos hombres del terror, presenció de niña en el palacio de Saint-Cloud, la noche horrible en que masas de sanscullottes asesinaron a los ujieres y se presentaron, con los zapatos chorreando sangre, ante su madre y su padre. Luego, la noche en que, prensados los cuatro en el coche, padre, madre y hermanos - «panadero, panadera y panaderitos»-, esperando, en medio de una multitud que gritaba y se burlaba, la muerte a cada instante,

mientras eran arrastrados de vuelta a París, a las Tullerías. Presenció, el 10 de agosto, el asalto de la plebe derribando a hachazos la puerta de los aposentos de su madre; colocando a su padre, entre burlas, el gorro rojo en la cabeza y una pica en el pecho. Ha sufrido los días espeluznantes en la prisión del Temple, los momentos espantosos en que subieron a la ventana, sobre la punta de una pica, la cabeza ensangrentada de su amiga maternal la Duquesa de Lamballe, con el pelo suelto empapado en sangre. ¿Cómo podrá olvidar la noche en que se despidió de su padre arrastrado a la guillotina; la despedida de su pequeño hermano, al que dejaron sucumbir y llenarse de miseria en un estrecho desván? ¿Cómo no acordarse de los compañeros de Fouché, tocados con el gorro rojo, que la hicieron declarar y la atormentaron durante días enteros para que confesara, junto con su hermanito, la supuesta impudicia de su madre, María Antonieta, en el proceso contra la Reina? ¿Y cómo borrar de su sangre y de su memoria el momento de arrancarse de los brazos de su madre y de oír rodar allí abajo, sobre las piedras, el carro que la arrastraba a la guillotina? No, ella, la hija de Luis XVI y María Antonieta, la prisionera del Temple, no ha leído estos horrores, como Luis XVIII, en los periódicos, o se los ha hecho contar por un tercero: los lleva como un estigma inextinguible por su alma infantil espantada, atormentada, martirizada. Y su odio contra los asesinos de su padre, contra los verdugos de su madre, contra las visiones de horror de su infancia, contra todos los jacobinos y revolucionarios, aún no se ha saciado, aún no se ha vengado.
Tales recuerdos no se olvidan. Por eso ha jurado no dar jamás la mano al ministro de su tío, al asesino de su padre, a Fouché; y no respirar el mismo aire permaneciendo cerca de él. Franca y provocativamente le testimonia ante toda la Corte su desprecio y su odio. No va a ninguna de las fiestas, a ninguna de las reuniones a que asiste este regicida, este traidor de sus propias ideas. Y su desprecio contra el tránsfuga, ostentado con franqueza, con desdén y fanatismo, excita poco a poco el pundonor de los demás. Por fin exigen unánimemente todos los miembros de la familia real de Luis XVIII que, ya que está asegurado su Poder, expulse con oprobio de las Tullerías al asesino de su hermano.
De mala gana, como se recordará, y sólo porque le necesitaba imprescindiblemente, accedió Luis XVIII a admitir como ministro a José Fouché. Con gusto, con contento casi, lo pone a la puerta cuando no lo necesita. «La pobre Duquesa no debe estar expuesta a encontrarse con esta cara repugnante», dice sonriente, refiriéndose al hombre que sigue firmando, sin sospechar nada, su «más fiel servidor». Y Talleyrand, el otro tránsfuga, recibe el real encargo de explicar a su compañero de la Convención y de la época napoleónica que su presencia en las Tullerías no es ya deseable.
Talleyrand acepta gustoso este encargo. De todas maneras, ya le va siendo difícil hinchar sus velas con el fuerte viento realista. Por eso espera sostener mejor su nave sobre el agua tirando lastre. Y el lastre mas pesado en su Ministerio es este regicida, su antiguo compinche: Fouché. Y el echarle por la borda es un encargo, en apariencia embarazoso, que lleva a cabo con su habilidad encantadora de hombre de mundo. No le anuncia, brusco o solemne, su despido, no; como viejo maestro de las formas, como verdadero hombre de mundo, busca un modo delicioso de hacerle comprender que «para el señor Fouché ha sonado la hora». Ya se sabe que este último aristócrata del dixhuitième elige siempre un salón para poner en escena sus comedias e intrigas. En esta ocasión acierta también a vestir el despido brutal con las formas más delicadas. El 14 de diciembre se encuentran Talleyrand y Fouché en una soirée. Se come, se habla, se charla... Particularmente Talleyrand parece estar de muy buen humor. A su alrededor se reúnen mujeres bellas, dignatarios y gente joven. Todos se acercan con curiosidad para escuchar a este maestro de la palabra. Y efectivamente, narra hoy con especial encanto.

Cuenta de los días, ya lejanos, en que tuvo que huir a América ante la orden de detención de la Convención, y alaba entusiasmado, este país grandioso. «¡Ah, que bien se está allí: bosques impenetrables, habitados por la raza primitiva de los pieles rojas, ríos enormes sin explorar, el Potomac, potente, y el gigantesco Lago Erie, y en medio de ese mundo heroico y romántico, una raza nueva, fuerte, trabajadora y férrea, probada en la lucha, entregada a la idea de libertad, ejemplar en sus leyes, ilimitada en sus posibilidades! Allí sí que se puede aprender, allí se presiente un porvenir nuevo y mejor, mil veces más intenso que en nuestra Europa gastada. Allí se debería vivir, allí debería tener uno su campo de acción», exclama entusiasmado, y ningún cargo le parecía «mas lleno de atractivos que el de embajador en los Estados Unidos ... »Y de repente se interrumpe en su entusiasmo, aparentemente casual, y se dirige a Fouché: «¿No le agradaría, Duque de Otranto, un cargo así?»Fouché se pone pálido. Ha comprendido. Interiormente tiembla de ira por la habilidad y la astucia con que el viejo zorro le ha puesto en evidencia ante todo el mundo, ante toda la Corte, invitándole claramente a abandonar el sillón ministerial. No contesta. Pero al poco tiempo se despide. Va a casa y escribe su dimisión. Talleyrand sigue muy animado con sus amigos, y ya de regreso, en el camino, les confía, con sonrisa maligna: «Esta vez le he torcido el cuello definitivamente».
Para velar ante el público esta despedida brusca de Fouché se ofrece pro forma un pequeño puesto al antiguo ministro. Así no dice el Momiteur que ha sido privado el regicida José Fouché de su puesto de ministro de Policía, sino que Su Majestad el rey Luis XVIII se ha dignado nombrar a Su Excelencia el Duque de Otranto embajador en la Corte de Dresde. Naturalmente, se espera que rehuse este cargo insignificante, que no corresponde ni a su categoría ni a su posición ya histórica. Pero nada de eso. Con un mínimo de sentido común, debería comprender Fouché que para él, como regicida, no hay salvación posible al servicio de un reinado reaccionario, y que a los pocos meses le quitarían también ese miserable hueso de entre los dientes. Pero su hambre insaciable de Poder ha convertido a este lobo audaz en un perro cobarde. Así como Napoleón se agarro hasta el último momento no solamente a su posición, sino al mero nombre de su dignidad imperial, así, y con menos decoro, se cuelga Fouché del título insignificante de un Ministerio aparente. Tenaz como una sanguijuela se pega al Poder; y obedece - ¡eterno criado, lleno de amargura!- también esta vez a su señor. «Sire, acepto con gratitud la Embajada que Vuestra Majestad se ha dignado ofrecerme», escribe humildemente este hombre de cincuenta y siete años que posee veinte millones, al hombre que hace seis meses volvió a ser Rey por la gracia de su ministro. Hace sus maletas y se traslada, con toda su familia, a la pequeña Corte de Dresde. Se instala espléndidamente, como si quisiera permanecer allí, como embajador del Rey, hasta el fin de su vida.
Pero pronto va a cumplirse lo que hace mucho tiempo temía. Casi durante veinticinco años ha luchado Fouché como un desesperado contra la vuelta de los Borbones. Certeramente le decía su instinto que al fin le pedirían cuentas por aquellas dos palabras: La mort, con las que empujó a Luis XVI a la guillotina. Pero insensatamente había esperado poder engañarlos deslizándose entre sus filas disfrazado de bravo servidor realista. Esta vez no engaño a nadie: se engañó a sí mismo. Apenas había mandado empapelar de nuevo su habitación de Dresde, apenas había instalado cama y mesa, cuando se desató la tormenta en el Parlamento francés. Nadie pronuncia ya el nombre del Duque de Otranto, todos han olvidado que un dignatario de este nombre llevo en triunfo a su rey Luis XVIII a París. Sólo se habla de un señor Fouché, «del regicida José Fouché», de Nantes, que condeno en 1792 al rey. Sólo se habla ya del mitrailleur de Lyon. Y con la mayoría inmensa de 334 votos contra 32, se excluye de

toda amnistía al hombre «que levantó la mano contra el ungido del Señor», y se decreta, de por vida, su destierro de Francia. Naturalmente, supone éste también la destitución ignominiosa de su Embajada. Sin compasión, con desprecio, con escarnio, es puesto en la calle de un puntapié «el señor Fouché», que ya no es ni Excelencia, ni caballero de la Legión de Honor, ni senador, ni ministro, ni dignatario; y al mismo tiempo se indica oficialmente al Rey de Sajonia que no es deseable ya la estancia personal en Dresde del individuo Fouché. Quien envió a miles al destierro, sigue ahora, veinte años después, como el último sin patria, proscrito y ultrajado, a los compañeros de la Convención. Como es ahora impotente y esta desterrado, se echa sobre el caído el odio de todos los partidos con la misma unanimidad con que antaño lisonjeaban al poderoso sus simpatías. Ya no le valen ardides, ni protestas, ni juramentos; un poderoso sin Poder, un político liquidado, un intrigante gastado es siempre lo mas miserable del mundo. Tarde, pero con usura, paga Fouché su deuda, su pecado de no haber servido nunca a una idea, a un sentimiento moral de la Humanidad; su culpa de haber sido siempre esclavo del provecho deleznable del momento y del favor de los hombres.
¿Adónde dirigirse? El Duque de Otranto, desterrado de Francia, no se preocupa al principio. ¿No es el protegido del Zar, el confidente de Wellington, vencedor de Waterloo, el amigo del omnipotente ministro austriaco Metternich? ¿No le deben gratitud los Bernadottes, que él ayudó en su ascensión al trono de Suecia, y los príncipes bávaros? ¿No conoce desde largos años íntimamente a todos los diplomáticos? ¿No solicitaron todos los príncipes y reyes de Europa apasionadamente su favor?
No necesita más -así cree el caído- que hacer una suave alusión y todos los países se disputarán el honor de poder albergar al Arístides expulsado. ¡Pero la Historia no actúa lo mismo con el caído que con el poderoso! De la Corte zarista no llega, a pesar de varias indicaciones, ninguna invitación; tampoco de Wellington; Bélgica rehusa, allí sobran los jacobinos; Baviera se inhibe con cautela, y hasta su antiguo amigo el príncipe Metternich demuestra una extraña frialdad: «Que en caso de quererlo y desearlo insistentemente -le dice-, podría trasladarse el Duque de Otranto a territorio austriaco, que estaba dispuesto magníficamente a no oponerse a sus deseos. Pero de ninguna manera podía ir a Viena; no, allí no se le podía tolerar, y tampoco podía entrar en Italia, menos aún que en parte alguna. Sólo en una pequeña capital de provincia bien alejada de Viena podría (contando con su buen comportamiento) fijar su estancia».
Verdaderamente, no insiste mucho el antiguo buen amigo Metternich, y aunque ofrece el multimillonario Duque de Otranto emplear toda su fortuna en tierras o valores del Estado austriaco y promete hacer servir en el ejército imperial a su hijo, no sale de su actitud reservada el ministro austriaco. Cuando el Duque de Otranto anuncia una visita a Viena, rehusa con amabilidad; no, que se traslade con todo silencio, como un particular cualquiera, a Praga.
Así se escabulle de Dresde sin verdadera invitación, sin honores, sólo tolerado, no deseado, José Fouché, camino de Praga, para fijar allí su residencia. Su cuarto destierro, el último y más cruel, ha comenzado.
Tampoco en Praga están muy encantados con huésped de tanta alcurnia, aunque ya bastante descendido de su antigua altura. Sobre todo, la rancia aristocracia vuelve la espalda al intruso indeseado, pues los nobles bohemios siguen leyendo periódicos franceses, y estos llegan repletos de los ataques más vengativos y rabiosos contra el «señor» Fouché. Describen muy detenidamente como saqueó este jacobino en 1793 las iglesias de Lyon y cómo vació las cajas de Nevers. Todos los pequeños escribientes que temblaron alguna vez ante el puño duro del ministro de Policía y que se veían obligados a contener su ira, la escupen ahora con saña sobre el indefenso. Con velocidad vertiginosa se vuelven las tornas. Quien vigiló una vez a medio mundo, es vigilado

ahora por los demás. Todos los métodos policíacos que creó su genio de inventor los emplean ahora sus discípulos y sus antiguos subalternos contra el propio maestro. Todas las cartas que recibe o manda el Duque de Otranto pasan por el gabinete negro y son abiertas y copiadas. Agentes de Policía atisban e informan sobre sus conversaciones, espían sus relaciones, vigilan cada uno de sus pasos. En todas partes se siente cercado, atisbado, espiado. Su propia sabiduría, su propia arte es probada con la habilidad mas cruel en el más hábil de los hábiles. En vano busca un remedio contra estas humillaciones. Le escribe al rey Luis XVIII, pero éste no contesta al destituido, como hizo Fouché con Napoleón al día siguiente de su destronamiento. Escribe al príncipe Metternich, que, en el mejor de los casos, le manda contestar por un subalterno con un «no» o un «sí» bruscos. Que se aguante con la paliza que todo el mundo le desea; que acabe, por fin, de inquietar y de intrigar. El que todos estimaron únicamente por miedo, es despreciado por todos desde que no le temen. El más grande de los jugadores políticos lo ha jugado ya todo y lo ha perdido.

Durante veinticinco años jugó con el Destino este espíritu escurridizo, escapándose mil veces de su garra amenazante; ahora que esta caído definitivamente, es el Destino quien juega con él, golpeándole cruel e inclemente. En Praga tiene que sufrir su Canosa más lamentable como hombre particular, después de haberla sufrido como político. Ningún novelista podría inventar un símbolo más ingenioso para su humillación moral que el pequeño episodio que se desarrollo allí en 1817, pues a lo trágico se une ahora la caricatura más terrible de toda desgracia: la ridiculez. No sólo el hombre político es humillado, sino también el esposo. Se puede suponer, sin temor a errar, que no fue el amor lo que ligó a la aristócrata bellísima, de veintiséis años, con este viudo de cincuenta y seis, de rostro pálido y flaco como el de un muerto. Pero este pretendiente poco atractivo era en 1815 el segundo capitalista de Francia, multimillonario, Excelencia, Duque y ministro respetado de su cristianísima Majestad, y todo esto ofrecía a la condesa de provincia, venida a menos, la esperanza de poder brillar como una de las mujeres más distinguidas de Francia en todas las fiestas de la Corte y en el Faubourg Saint-Germain. Efectivamente, los primeros indicios parecían cumplir sus deseos: Su Majestad se dignó firmar en persona su acta de desposorio; la Corte y la nobleza se apresuraron a felicitarla; un palacio magnífico en París, dos fincas y un castillo en la Provenza se disputaron el honor de albergar como dueña a la Duquesa de Otranto. Por tales lujos y honores y por veinte millones es capaz una mujer ambiciosa de soportar un esposo frío, calvo, amarillo como el pergamino, de cincuenta y seis años. Pero la condesa vendió precipitadamente su alegre juventud por el oro del diablo, pues apenas pasada la luna de miel se encuentra con que no es la esposa de un respetable ministro de Estado, sino la mujer del hombre más despreciado y odiado de Francia, del expulsado, del desterrado, de un señor Fouché desdeñado por todo el mundo. El Duque, con todas sus riquezas, se ha eclipsado... y queda un anciano gastado, amargado y bilioso. Así no sorprende en Praga que se inicie entre esta mujer de veintiséis años y el joven Thibaudeau, hijo de un republicano igualmente desterrado, una amitié amoureuse, de la que no se sabe con certeza hasta qué punto fue amitié y hasta qué punto amoureuse. Pero con este motivo se desarrollan escenas muy tormentosas. Fouché prohibe al joven Tlhibaudeau la entrada en su casa, y desgraciadamente no queda en secreto esta discordia matrimonial. Los periódicos realistas, que acechan toda ocasión de hostigar al hombre ante quien temblaron tantos años, publican noticias mordaces sobre sus desengaños familiares y propagan, para regocijo de los lectores, la mentira burda de que la joven Duquesa de Otranto había abandonado al viejo cornudo huyendo de Praga con su amante. Pronto advierte el Duque de Otranto, cuando va a alguna reunión de Praga, que las señoras reprimen a duras penas una leve sonrisa y que

comparan, con miradas irónicas, la prestancia y la esbelta juventud de su mujer con su propia figura, tan poco seductora. Ahora siente el viejo murmurador, el eterno cazador de rumores y escándalos, en la propia carne, qué poco agradable es ser víctima de una calumnia maligna, y ve que sólo es posible luchar contra tales injurias huyendo de ellas. En la desgracia ve toda la profundidad de su caída, y su destierro en Praga se convierte en un infierno. De nuevo se dirige al príncipe Metternich para que le sea concedido el permiso de dejar la ciudad insoportable y poder elegir otra dentro de Austria. Se le hace esperar. Por fin le permite Metternich, magnánimo, trasladarse a Linz, donde se retira, entre el odio y la burla de las gentes que antaño tenía a sus pies, desilusionado, cansado, humillado.

Linz... En Austria siempre se sonríe al pronunciar este nombre, pues se piensa instintivamente en su consonancia con Provinz (provincia). Provincianos de la pequeña burguesía y de origen campesino, barqueros, artesanos, casi siempre gente pobre, y sólo unas cuantas casas de rancia nobleza austriaca. No encuentra allí una tradición grande y gloriosa como en Praga.

No hay ópera, ni biblioteca, ni teatro, ni brillantes bailes aristocráticos, ni fiestas... Una verdadera y auténtica ciudad provinciana, somnolienta, un asilo de veteranos. Allí se instala el anciano con las dos mujeres jóvenes, de casi igual edad, una su esposa y la otra su hija. Alquila una casa magnífica, la manda decorar elegantemente, para mayor alegría de los comerciantes de Linz, que no estaban acostumbrados a tener clientes millonarios. Algunas familias se apresuran a relacionarse con el extranjero interesante y distinguido gracias a su dinero; pero la nobleza manifiesta ostensiblemente su preferencia por la nacida condesa Castellane, desdeñando al hijo del mercader burgués, a ese «señor» Fouché a quien Napoleón (también un aventurero a sus ojos) puso la capa de Duque sobre los flacos hombros. Los funcionarios tienen orden secreta de Viena de tratarse lo menos posible con él. Así vive, quien antaño era tan apasionadamente activo, en completo aislamiento, casi rehusado por los demás. Un contemporáneo narra en sus Memorias muy plásticamente su situación en un baile: «Llamaba la atención como festejaban a la Duquesa y desatendían a Fouché. Era él de estatura mediana, fuerte sin ser grueso y de rostro feo. En los bailes se presentaba siempre de frac azul con botones de oro, pantalón blanco y medias blancas. Llevaba la gran Cruz austriaca de Leopoldo. Generalmente permanecía solo cerca de la chimenea, contemplando el baile. Observando a quien fue ministro omnipotente del Imperio francés, viendo lo triste y solo que estaba allí, advirtiendo como se alegraba si cualquier empleado iniciaba una conversación con él o le proponía una partida de ajedrez, tenía que pensar, instintivamente, en la veleidad de todo Poder y de toda grandeza terrenales».

Un sólo sentimiento sostiene, hasta el último instante, a este hombre espiritualmente apasionado: la esperanza de recobrarse y ascender una última vez en la carrera política. Cansado, gastado, un poco torpe y hasta algo obeso, no se puede separar de la idea de que por fuerza tendrían que volver a llamarle a un cargo en que tantos méritos hizo; que otra vez el destino le sacaría de la oscuridad y le volvería a mezclar en el divino juego universal de la Historia y la política. Sin cesar se escribe secretamente con sus amigos en Francia: la vieja araña sigue tejiendo sus redes ocultas; pero allí quedan, inútiles e ignoradas, en el rincón de Linz. Publica con nombre falso las «Observaciones de un contemporáneo sobre el Duque de Otranto», un himno anónimo, que pinta en colores vivos, casi líricos, sus talentos y su carácter. Al mismo tiempo divulga en sus cartas particulares, para amedrentar a sus enemigos, que el Duque de Otranto trabaja en sus Memorias, y hasta que aparecerían pronto en la casa Brockhaus y que las dedicaría al rey Luis XVIII. Con esto quiere hacer recordar a los demasiado audaces que el antiguo ministro de Policía, Fouché, conservaba aún unas cuantas flechas en el carcaj, flechas

envenenadas, mortíferas. Pero, cosa extraña, nadie le teme ya, nada le libra de Linz, nadie piensa en llamarle, nadie quiere su consejo, su ayuda. Y cuando se discute en la Cámara francesa, por otro motivo, la cuestión de la repatriación de los desterrados, le recuerdan sin odio y sin interés. Los tres años que han transcurrido desde que abandonó la escena mundial han bastado para hacer olvidar al gran actor que brillaba en todos los papeles. El silencio se aboveda sobre él, como un catafalco de cristal. Ya no existe para el mundo un Duque de Otranto, sólo existe un anciano que se pasea por las calles aburridas de Linz, cansado, irritado, solitario. De vez en cuando se quita el sombrero ante él, achacoso y doblegado, algún comerciante. Por lo demás, ya no le conoce nadie en el mundo y nadie piensa en él. La Historia, ese abogado de la Eternidad, ha tomado la venganza más cruel en el hombre que sólo pensó siempre en el momento presente y fugitivo: le ha enterrado en vida.

Tan olvidado está el Duque de Otranto, que nadie se da cuenta, excepto algunos policías austriacos, cuando por fin Metternich, en el año 1819, le permite trasladarse a Trieste, y esto únicamente porque sabe de fuente segura que esta pequeña merced se la concede a un moribundo. La inactividad ha cansado y perjudicado más a este hombre inquieto, a este trabajador fanático, que treinta años de actividad febril. Sus pulmones empiezan a funcionar mal, no pueden soportar la rudeza del clima; y Metternich le concede un sitio más soleado para morir: Trieste. Allí se ve, a veces, un hombre rendido ir a misa con pasos inseguros y arrodillarse ante los bancos con las manos juntas. Este resto de hombre es José Fouché. El que un cuarto de siglo antes destrozaba con su propia mano los crucifijos en los altares, se arrodilla ahora, humillada la cabeza blanca, ante los «emblemas ridículos de la superstición»... Quizá se apoderó de él en esos momentos la nostalgia de los claustros silenciosos de los antiguos conventos.

Algo se ha transformado en él por completo: el viejo ambicioso y luchador quiere paz con todos sus enemigos. Las hermanas y los hermanos de su gran adversario Napoleón -también ellos humillados y olvidados por el mundo- vienen a visitarle, charlan con él, en confianza, de los tiempos pasados, y se admiran de cómo el cansancio le ha vuelto verdaderamente apacible. Nada en esta pobre sombra recuerda ya al hombre temido y peligroso que perturbó al mundo durante dos decenios y que obligó a doblegarse ante él a los hombres más poderosos de su época; sólo quiere paz y un buen morir. Y efectivamente: en sus últimas horas hace las paces con su Dios y con los hombres. Paz con Dios: el viejo ateo, el rebelde, el perseguidor del cristianismo, el destructor de altares, el iconoclasta, hace llamar en los últimos días de diciembre a uno de esos «embusteros infames» (como él los llamaba en el mayo florido de su jacobinismo), a un sacerdote, y recibe, las manos devotamente cruzadas, los Santos Sacramentos. Y paz con los hombres: pocos días antes de morir ordena a su hijo abrir su escritorio y sacar los papeles. Se enciende una gran hoguera; cientos, miles de cartas son arrojadas al fuego; probablemente también las Memorias temidas, ante las que temblaron tantas personas. ¿Fué una debilidad del moribundo o una última bondad; fue temor ante la posteridad o fría indiferencia? En todo caso, destruyó en su lecho de muerte todo lo que pudiera haber comprometido a otros, cuando podía ser arma de venganza contra sus enemigos. Y fue esto en un arranque de benevolencia nueva y casi religiosa, buscando por primera vez, cansado de los hombres y de la vida, en lugar de gloria y poder, otra dicha: olvido.

El 26 de diciembre de 1820 termina esta vida extraña y multiforme en la meridional ribera triestina, esta vida que comenzó en un puerto de mar septentrional de Francia. Y el 28 de diciembre llevan al último reposo los restos mortales del eterno inquieto, del proscrito. La noticia de la muerte del famoso Duque de Otranto no despierta, de momento, gran curiosidad en el mundo, únicamente un humo delgado y pálido de

recuerdo se levanta fugazmente de su nombre extinguido y se deshace, casi sin dejar rastro, en el cielo apacible del tiempo.
Pero cuatro años más tarde surge una nueva inquietud. Se divulga el rumor de que están a punto de aparecer las Memorias del hombre temido; y a más de uno de los poderosos, de los ambiciosos que golpearon con excesiva temeridad al caído, acomete un extraño temblor: ¿Volverá a hablar verdaderamente desde la tumba esta boca peligrosa? ¿Saldrán, por fin, a la luz del día los documentos escamoteados de los cajones de la policía, las cartas demasiado íntimas y las pruebas comprometedoras, para asestar un golpe asesino a ciertos prestigios? Pero Fouché permanece fiel a sí mismo mas allá de la muerte.
Las Memorias, que publica en París en 1824 un librero hábil, son tan dudosas como él mismo. Ni desde la tumba delata el tenaz silencioso toda la verdad. A la tierra fría se lleva, celoso, sus secretos, para subsistir él mismo como un secreto, todo crepúsculo y tinieblas, figura siempre hermética, impenetrable. Pero precisamente por eso seduce e incita al juego inquisitivo, que él mismo ejercía tan magistralmente, a intentar descubrir, en la huella fugaz, todo el rumbo laberíntico de su vida y adivinar en su destino, lleno de vicisitudes, la estirpe espiritual de quien fue el más excepcional de los hombres políticos.

